URUG
056
Rev

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

AÑO VIII - JULIO DE 1945 - N.° 91

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
BIBLIOTECA

MONTEVIDEO — URUGUAY

1945

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXXI

JULIO A SETIEMBRE DE 1945

MONTEVIDEO — URUGUAY

1945

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

Año VIII Montevideo, Julio de 1945 Nº 91

CERVANTES EN LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS (1)

Montevideo, Octubre 31 de 1944.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Letras, Don Raúl Montero Bustamante.
Presente.

Señor Presidente:

En septiembre último, se resolvió que los distintos sillones académicos fueran designados con el nombre de aquellos escritores uruguayos ya desaparecidos, que más brillo y gloria dieron a las Letras de nuestro país.

De tal manera se incorpora a nuestra Casa, una norma que rige en todos los Institutos similares.

En estos momentos los señores Académicos están a la tarea de proponer nombres, para proceder luego a la selección definitiva.

Yo no voy a añadir una lista más, a las que ya se han presentado.

En cambio, me permito someter a la consideración de mis colegas, la iniciativa de que paso a dar cuenta.

Deseo, en efecto, pedir la prioridad para el nombre de un escritor que pertenece por igual a todos los pueblos que hablan nuestra lengua y al que rendimos el homenaje incontestado de nuestra admiración. Me refiero a Miguel de Cervantes Saavedra.

Entiendo que no es desertar de un justo y natural nacionalismo, incluir el nombre de este insigne español entre aquéllos que ha de escoger nuestra Academia Nacional de Letras, porque, en rigor, Cervantes tiene carta de ciudadanía en todos los países de hispanoamérica.

Según mi idea, el sillón que se habría de honrar con su nombre, sería el del Presidente del Instituto, y quien lo ocupe, hallará en tan

(1) En una de las sesiones de la Academia Nacional de Letras, el Académico, Dr. Don Daniel Castellanos, que hoy ocupa el cargo de Ministro de Instrucción Pública, presentó la exposición y proyecto de resolución que publicamos. El Presidente de la Academia, señor Raúl Montero Bustamante, interpretando el sentir de la corporación, dijo que el carácter de la iniciativa y la belleza de las páginas leídas dan al documento singular trascendencia y jerarquía literaria y anunció la publicación del mismo en la revista.

ínclita personalidad literaria, material más que sobrado para hacer un panegírico.

Por otra parte, asigno a este proyecto un alto valor simbólico.

En el nombre representativo de Cervantes, rendiríamos culto al acervo maravilloso e ingente que constituye el tesoro de la literatura española, que perfila sin duda, uno de los signos más ciertos del genio de la raza!

*
* *

Fuera de su jerarquía máxima, la personalidad de Cervantes tiene para los hijos de este Continente, rasgos que no pueden pasar inadvertidos.

La inspiración de este gran ingenio es de evidente raíz popular y por tanto, de marcado acento democrático.

Se dice con frecuencia, que Velázquez realiza el arquetipo del pintor «áulico» y por tanto su obra es inconfundiblemente *cortesana*...

Goya, por el contrario, inspirándose en majas y chisperos, o en escenas de la Pradera de San Isidro o en las verbenas de San Antonio de la Florida, crea una pintura que extrae su fuerza y colorido de esa auténtica savia popular, tan copiosa en la tierra española.

De Cervantes cabría decir lo propio.

Escritor el menos palaciego, busca su inspiración en el riquísimo venero que ofrece ese pueblo español, venero que lleva en su impronta, no sólo estilo propio, sino alto señorío!

¡Acaso como ningún otro en Europa!

*
* *

Tampoco Cervantes es escritor que alumbró su obra, encastillado en el exiguo término geográfico de la península Ibérica.

¡Cervantes traspuso mil horizontes!

No sé si como Arquiloco de Paros, pudo escribir aquello de:

"Εν δορὶ μὲν μοι μάζα μεμαγμένη, ἔν δορὶ οἶνος
Ἰσμαρικὸς πίνω δ' ἔν δορί κεκλιμένος.

que yo traduzco en esta forma:

«Gracias a mi lanza, hallo mi sustento.»
«Gracias a mi lanza, logro vino Ismárico.»
«¡Bebo apoyado en mi lanza!»

Pero de todos modos, fué soldado; vivió mil aventuras y padeció entre cristianos y moros, mil desventuras también...

Sin embargo, sus andanzas no fueron baldías porque le sirvieron de magnífica experiencia humana y a la postre, en lo que toca a la

perfección de nuestra lengua, para enriquecer su caudal y vivificarla con un soplo renovador.

Ese signo girávago de su existencia le valió además, para afinar su percepción y *velar* su obra con una suerte de «espalto» de tenue sabor cosmopolita.

En ella apunta a veces, cierto aire de «fuera de frontera» que es matiz que se diluye hasta hacerse casi imponderable, pero que no obstante se capta en algunos motivos que trata o en la misma exaltación de ciertos modos espirituales de los personajes que crea.

Posición que no choca en nuestro ámbito Río-Platense, donde ese aire foráneo, es también cosa sensible y hasta gravita como fenómeno que influye en nuestra producción artística...

Por lo demás, no rima mal del todo, el nombre de América con el de este genial escritor.

En el Archivo de Indias aun puede verse la «instancia» que dirigió Cervantes a Felipe II.

No fué sin gran dósis de emoción que le dí lectura!

En ella el gran alcalaíno solicita del Monarca, la merced de un cargo en América: el Corregimiento de la ciudad de la Paz, el Gobierno de Soconusco, la Contaduría del Reino de Nueva Granada o algún otro «oficio» que a la sazón se hallaba vacante!

Seguramente las malandanzas de su vida, llevaron a su alma el desengaño y la congoja y le hicieron alentar la ilusión de una dicha mayor en este Nuevo Mundo.

A él volvía los ojos para soñar esperanzado, y así una vez más, América, se tornaba en «tierra de promisión»!

Nuevo vínculo —sutil si se quiere— entre Cervantes y nuestro Continente.

Por fin, si me fuera dado explanar cierto personalísimo enfoque, (y tal vez no falte la oportunidad de hacerlo), cabría la certificación de otro punto de contacto —siquiera tangencial— que tiene Cervantes con nuestro mundo americano.

Yo entiendo, que cuando se pulsa el «tono» y «calidad» del «*pícaro*», ese protagonista múltiple que presta su nombre y sustancia a un género de novela en la España de esos siglos, se da en mucha parte con la clave que explica la «idiosincracia» y la «técnica» del *Conquistador*.

Y no es lícito olvidar que Cervantes ha tratado también más de una vez, ese tipo del «pícaro» a que me refiero.

*
* *

Todos estos motivos, más fáciles de sentir que de expresar, me inducen a presentar este proyecto.

La decisión que se adopte, dirá si es acertado o no.

Saludo al señor Presidente con mi más alta y distinguida consideración.

DANIEL CASTELLANOS

ARTICULADO

1º — El sillón académico correspondiente al Presidente de la Corporación, llevará el nombre de «*Miguel de Cervantes Saavedra*».

2º — El Académico a quien se elija Presidente del Cuerpo, hará —en la oportunidad que se señale— el elogio de Cervantes o de su obra.

POEMAS

I

FIGARI

Barbado amigo ya en la gloria pura,
Donde los bosques son laurel y mirto
Y han de cebarte tu criollo amargo
Arcángeles retintos.

(¡Oh, qué sonrisa!)

Barbado amigo que te fuiste un día,
Ya bien seguro de quedarte siempre,
Entre los hombres que te dieron himnos,
Finos puñales y terribles mieles:

(Ah... ¡qué sonrisa!)

Aquí tenemos tu pasión y sueños
En los colores y la intensa vida,
Que trasplantaste de tus propias venas,
Al mundo inmóvil que por tí respira.

La muchedumbre que creaste anda,
Entre nosotros, con el mismo fuego,
Con que latiera por tu pulso joven
Y tras el pecho de encrespados duelos.

Tus criaturas nos donaste hechas,
Ya para un mundo que no tiene muerte,
Y las forjaste como tú, sin hieles,
De frentes claras y de puños fuertes.

Aparta un poco los ramajes sacros,
En esos bosques de laurel y mirto
E inclina el rostro de agrisadas barbas,
Hacia tu oscura multitud de hijos.

Verás, poeta que pintando hablaste,
El resplandor que de tu sangre queda.
Eres de aquellos que al marcharse dejan,
Para siempre encendida su lucerna.

II

PAZ

Noche mía, perfecta.
Noche azul de los ángeles.
Alguno tiene entre sus labios puros
La dulce mejoría de mi tránsito.

Una flecha pequeña,
La del día de paz sin nuevas músicas,
Y el sueño de aquietados heliotropos,
Sin fiebres ya, sobre la tierra dura.

Ronda de los espíritus arcanos.

Hay uno, en el umbral del cielo inmenso,
Que en el vaso de nardo de sus manos
Lleva el tesoro del eterno sueño.

III

PULSO

¿De dónde viene este aire de inocentes
—Ojos abiertos, embobada risa—
Y este vibrar de espadas en la brisa,
Y este gemir de lotos en las fuentes?

¿De dónde vienen fríos tan ardientes,
—De pronto Agosto como Enero en liza—
De pronto nardos que la planta pisa
Como bramido bronco de torrentes?

¡Ah, es que tengo tendido hacia mi pecho
El tenso oído en vigilante acecho
Del pulso de mi sangre y de mi aliento...

Y ya conozco el paso de mi cielo,
Y ya sé sin mirar si es llama o hielo
Lo que viene acercándose en el viento.

JUANA DE IBARBOUROU

PEDRO FIGARI [1]

Hace ya algunos años, en una de nuestras playas montevideanas, ví llegar, avanzando por la orilla del mar, la noble figura de un venerable anciano. Tocada su cabeza ya encanecida por áspera gorra, de también encanecida y cuidada barba, apoyado en su bastón, —marchaba él como encorvado, no por el peso de los años, sino por el peso de sus glorias. Tras de sus lentes, brillaba una mirada con reflejos de juventud espiritual; y su voz reposada, que se hacía oír, apenas llegaba a una carpa donde le rodeaban hijos y nietos, daba a su personalidad un aire de dignidad, y de prestancia patriarcal. Era Don Pedro Figari.

Yo me acerqué muchas veces a aquella carpa, donde celebraba su tertulia veraniega y familiar, y llegué a convertirme en uno de los asiduos concurrentes a esas reuniones.

Allí oí de sus labios: juicios, narraciones, descripciones de maravillosos salones de arte, disquisiciones sobre valores plásticos mundiales y sobre evoluciones de escuelas. Le oí hablar de todo, de todo, menos de una cosa: de sí mismo, de sus triunfos, de su consagración. De todo, menos de Pedro Figari, el creador de una escuela y de una religión en la pintura, cuyo maestro y cuyo pontífice era él mismo.

Ese era el autor de esta maravillosa obra, toda movimiento, color y acción, que hoy nos rodea en este escenario excepcional. Era esa la figura de ese plástico genial de quien ya se ha apoderado América entera, como que en su territorio había nacido, —y no importa limitado porqué fronteras. Su obra es parte del pago, y toda una ofrenda del Uruguay, a la cultura de nuestro continente.

Difícilmente podrá darse en mi vida, una más íntima conjunción entre los deberes derivados de mi cargo, y los particulares impulsos de mi espíritu, como la que se registra en la tarde de hoy, en esta sala milagrosamente poblada de color y de ritmo, por una vieja mano de eterna juventud.

En mi carácter de Ministro de Instrucción Pública, tributó homenaje en nombre del Gobierno que me ha distinguido con su representación, a uno de los valores preclaros de la cultura nacional.

Y como ciudadano traigo a este acto de justicia, que ya tardaba demasiado en realizarse, la reverencia de quien ha recogido, en el esfuerzo genial de otro hombre, la emoción que depura y la belleza que exalta, para enriquecer la sensibilidad y el espíritu propios.

No menos de treinta veces durante 24 años se abrieron las puer-

(1) Estas bellas páginas constituyen el discurso pronunciado en la ceremonia inaugural de la exposición organizada por la Comisión Nacional de Bellas Artes de las obras del ilustre pintor, Don Pedro Figari, por el Dr. Don Adolfo Folle Juanicó, en el carácter que entonces investía de Ministro de Instrucción Pública.

tas de los grandes salones de arte de París, de Nueva York, de Buenos Aires, de Londres, de Bruselas, de Sevilla, de La Plata y Rosario, y de Los Angeles para exponer al público, ávido de emoción estética, los cuadros de este gran pintor uruguayo; y hoy, bajo el patrocinio del Estado, la Comisión Nacional de Bellas Artes inaugura esta muestra, —sin duda una de las más completas—, buscando con ello tributar al artista desaparecido en la cumbre de su fama, el homenaje que la cultura nacional y los Poderes Públicos debían al hombre que, como artista eximio, honró a su país en los escenarios de la plástica mundial.

Y aquí, como pasaron frente a sus telas cientos y miles de personas antes, seguirán desfilando ahora y después, por mucho tiempo, aquí o en otras partes, absortos los unos, curiosos los otros, pensativos éstos, indiferentes aquellos, fervorosos los de más allá; pero atraídos todos por el sortilegio de su pintura, fuente inagotable de inspiración, a la que se acercarán quienes tengan sed de arte y quieran saciarla debidamente.

Y se seguirá oyendo, como tantas veces se ha oído, la crítica ligera y superficial, borroneando opiniones, y la crítica sapiente y seria, administrando justicia. Pero, —cuántos serán los que, frente a este chisporroteo de colores que saltan de los enmarcados cartones que giran en remolinos de luz, —y por el camino sereno de las pupilas se adentran en el alma hechos ritmo y alegría, tedio o pesadumbre, risa o dolor; ¿cuántos serán, repito, los que traten de develar el misterio psicológico de este hombre que al término de su vida se vió invadido de una nueva juventud? Juventud del arte, que estalla sin balbuceos, sin la incertidumbre de los primeros pasos, y se hace presente así, de improviso, y da a vivir a su actor una existencia nueva, de emociones distintas, de distintos triunfos; y que logra el milagro de que en la misma persona física, se cumpla el ciclo prodigioso de dos obras igualmente fecundas, e igualmente brillantes.

Pintura la suya, que vale por sí misma, sin el andamiaje circunstancial o la consideración humana o literaria de sus figuras o paisajes protagonistas, —así como la jerarquía de una obra musical se define por la calidad del lenguaje sonoro que le es propio, y no por las fuentes que la inspiran, por más nobles y plausibles que ellas sean.

Aun considerando en todo su valor e importancia el antecedente impresionista de su modo expresivo; hay que reconocer en el idioma plástico de Figari la superior concreción original de una individualidad vigorosa que resuelve y ordena las grandes líneas y los sutiles matices de un estilo personal, diferenciado, e inconfundible. El es, en el movimiento moderno, el que sincroniza con mayor sentido plástico nuestra realidad, pero esa realidad que no percibe el vulgo, si no la que por estar en él, —sólo quien se aleja de sus formas, capta la densidad de su aureola, y el aire de su vitalidad.

Su influencia, de este modo, es visible y su ejemplo dignificante.

En su pintura, lo que nunca cesará de asombrarnos inmediatamente después de la actitud admirativa frente a su obra, es que ese estilo haya nacido de súbito, pleno, rotundo y decisivo; sin que antes su creador haya tenido necesidad de quemar las etapas de una ardua búsqueda y una larga ascención depuradora.

Yo siento que cada uno de estos cuadros es una salida, una válvula de escape para el conflicto intelecto-emocional de aquel hombre que, nacido poco después del mediado de siglo, arrastró a través de casi 80 años un bagaje de recuerdos que impresionaron vivamente su infancia y su juventud, y que fueron, para su agitada vida de profesional, de político, de hombre de letras, de periodista, de jurisconsulto, de diplomático, como un remanso donde el espíritu lograba evadirse de la premura del presente, para adormecerse en el reparador descanso de la evocación del pasado.

El arte de Figari nos recordará siempre al prodigio natural de la flor que esplende de pronto con recóndito ritmo, sabia simetría y deslumbrante color.

Lo que primero nos llama en la presencia de la flor es el color que la muestra a la atención de la mirada. Aquí está el color de Figari, «su» color, tendido a lo largo de estos muros. Es lo que primero nos recibe. De lejos, como un lujo primitivo; más cerca, como la sapiente contraposición de signficaciones primarias de la que emerge un sortilegio fresco y novedoso para la aguda sensibilidad de nuestro tiempo.

Color que juega, en absoluta libertad, en los pollerones polícromos de sus negras, en las faldas patricias de sus chinas, y en las faldas grandilocuentes de la Colonia. Color que plasma seres, árboles, cosas y animales y que se derrama generoso en los campos tendidos sobre la soledad, y en los límpidos cielos donde transitan como solitarios ángeles, redimidos de su servidumbre luminosa, el sol y la luna tamizados por el tiempo antiguo.

El color es el acento magistral en la obra de Figari.

Y junto al color, destaco, el ritmo recóndito. Ese que crea en toda su vasta labor una profunda calidad dinámica, vibrante y enérgica, que parece nacer, del mismo color y luego trasmitirse a las danzarinas, a los cortejos, a los circos, a los ruedos, a las comparsas y a los hombres y los animales inmóviles, donde queda detenido; pero, latente; tiempo que corre y espacio que aguarda.

Y es ese espacio que la flor entrega al gobierno de las leyes simétricas; la composición, que es en Figari, un aspecto natural y milagroso de su propio y natural milagro. Todo surge recreado en un ordenamiento simple y lógico. Ningún esfuerzo visible. Ningún torturado ángulo de enfoque. Nada denuncia el erudito ensayo de líneas, planos y perspectivas. Es la visión, cándida, límpida y directa con que el hombre se asomó, hace mucho tiempo, al espectáculo del mundo sin que los años que después vinieran le hayan facultado para descubrir visión de más real trascendencia para su pupila.

Con un alma apta y feliz para el pasado, Figari debió seguir el ritmo de una época que hacía evolucionar rápidamente el medio social en que se movía. El nuevo siglo trajo consigo una etapa de la civilización desconocida hasta entonces.

Un nuevo aspecto del vivir, afiebrado por la incidencia aguda de las conquistas científicas, de los problemas colectivos, de las crisis sociales, de los factores económicos. La Tierra sigue su marcha acompasada en el ritmo que el Universo ha marcado a su órbita; pero el pensamiento se desplaza, corre, se adelanta, va más allá de cuanto es conocido, y se hace chispa, y vibración, y vuelo, cumbre o abismo.

Todo entra a girar en un torbellino de colores, de formas deformadas, donde la impresión y la intuición sustituyen a la observación reposada y meditativa.

Ahí está el movimiento, el brillo, el fuego, la fiebre del torturado vivir, tentando a la paleta de colores que nunca quiso salir del reservado retiro del artista; y ahí está también, en el fondo de su alma, encendido a través de los años como una lámpara votiva, el tesoro de recuerdos de imágenes que eran también fuego, fiebre, pasión y ritmo que se encendían en los viejos patios coloniales, salpicados de sombras y perfumados de magnolias y de jazmines.

Y así el presente y el pasado hallaron en el alma del artista, la ocasión donde fundirse, abrazados en el estremecimiento ancestral de un «Candombe» o en la luz fantasmal de esos cielos con lunas apresuradas, que parecen girar junto con el torbellino de la danza.

Le hubiera sido fácil a Figari llevar a la evocación en sus telas, los aristocráticos y encumbrados ambientes en que había alternado. Pudo reproducir el París que lo acogía en su último viaje. Pudo buscar temas que agradaran a los «*nouveaux riches*» y que se abren fácilmente paso en los mercados. Pero no, prefirió desenterrar del olvidado cuadro de los deheredados, de los humildes, de los desconocidos, una época entera de la vida y costumbres del Río de la Plata, para dejárnosla como un documento de inestimable valor para la crónica histórica de aquélla.

El abrió de par en par las puertas de los salones negros, de la sórdida vivienda de los esclavos y los hijos de esclavos, y al conjuro maravilloso de sus pinceles, encendió en ellos el movimiento, la luz y el color, y los trajo a la objetividad del presente para mostrarnos cómo hubo un reinado de la alegría honesta y sana en los más miserables y oscuros rincones de la ciudad. Rojo, amarillo, verde, naranja, azul, todos los colores menos uno danzando al compás de los tamboriles; todos menos uno, el blanco, al que no necesitaba, porque estaba allí impregnado en la sencillez y en la inocencia del alma negra, abierta en la lealtad de sus procederes y en la pureza de sus francas intenciones.

Y tan grande, y tan íntima y tan bella es esa aleación del presente y del pasado, que el futuro la recogerá quizás, para mostrar cómo el Arte puede concretar en la inspiración de un hombre de genio, las emociones de un siglo del humano vivir.

Si el destino supremo del arte, es como se ha dicho, colocar porciones de la vida al margen de la muerte, Don Pedro Figari, con sus pinceles urgidos por la certidumbre del próximo extinguirse, cumplió con ese designio superior. Con esfuerzo admirable levantó del olvido, que en la existencia del hombre, es un comienzo del morir, el cuadro completo de una vida que huía y que él supo revivir como un sueño que se recuerda en la vigilia...

Aquí está, íntegra, la retina de sus días jóvenes velada por la nostalgia de su madurez. Aquí está la imagen rotunda de la infancia, limada en sus ásperos contornos por la distancia que la separa del corazón que la evoca; pero conservando, como los tintes clásicos cuyo secreto se ha perdido, el júbilo festivo e intacto de sus colores.

Esa es la obra imperecedera que hoy exponemos cumpliendo con los fines del Estado de fomento del Arte. No podrán disminuir los años, lo que no fué aminorado por la incomprensión o la indiferencia de los contemporáneos, por la duda de unos y por la ignorancia de otros. Por el contrario, el tiempo oficiará de cristal a través del cual se depurarán los conceptos, se apreciarán mejor los valores y se exaltará también mejor la fuerza de inspiración creadora de aquel maravilloso anciano que durante sesenta años guardó en el cofre secreto de su vocación, el preciado don que habría de llevarle a la inmortalidad.

Y he ahí, volviendo al principio, cómo este acto tiene la significación de un doble y recíproco homenaje.

Es, por un lado, el homenaje que el pueblo del Uruguay debía a la memoria inolvidable de aquel Pedro Figari, gran señor del arte, que deslumbró al mundo con su inspiración creadora de una escuela y de una modalidad pictórica hasta entonces desconocida e insospechada, y que el Gobierno, en nombre de ese pueblo a quien auténticamente representa, le tributa hoy, oficializando por primera vez, después de su muerte, una vasta exposición demostrativa de su genio artístico.

Y por otro lado, es el homenaje que él, desde la hondura infinita del espacio, que sólo los espíritus superiores pueden volver a cruzar en un retorno de mágicas presencias, viene a tributarle a las generaciones de su patria; —al entregarles, en un maravilloso haz de colores, por cuya escala se desenredan los recuerdos; la emoción estética, que se hace sonrisa en el gracioso danzón del patio negro, que es tragedia y color en el asesinato de Quiroga, que es meditación triste y profunda en la escena humilde del velorio pueblerino, que es pasión en el ritmo violento del candombe, que es tibia y perfumada serenidad en el pericón bailado bajo el dosel de oro de los naranjos en fruto, que es piedad en la sombra protectora del ombú gaucho, bajo el cual, epiloga la vida de un caballo acechado por repugnantes cuervos que se preparan al tétrico festín; que es placidez, en el deslizarse de esa carreta, conductora de trabajo y afán, en el final de la noche, mientras la luna recuesta sus últimos rayos en las

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA

blancas paredes del caserón; y que es fantasía, en fin, en el espectral concierto de los tamboriles lánguidos y de las lunas hiperbólicas...

Señoras y Señores:

Al agradecer en nombre del Uruguay, el aporte que a su cultura ofrece una vez más Figari desde la inmortalidad, declaro inaugurada, en nombre del Presidente de la República, esta exposición de la obra, de quien tanto hizo por nuestra Patria, dentro y fuera de sus fronteras.

ADOLFO FOLLE JUANICO

LA TRAGEDIA DE LOS MEDINA [1]

CAPITULO VIII

La desolación cayó sobre el pago de los Medina y aplastó hasta los recios ombús. Los mozos no salían al campo. Las porteras se caían, los cercos se derrumbaban y el festín de los caranchos y de los cuervos se alargaba sobre la muerte de los ganados. Los senderos se tapaban de yuyos y el ancho calvero bajo los ombús —patio campero— se iba llenando de ortigas.

Los mozos Medina se dieron a la caña; eran los duendes de aquella caverna. El viejo Fileto trenzaba y trenzaba arreos inútiles. Solo el peón Evangelio y la negra Adoración seguían en sus tareas mecánicas: aquél, trayendo la tropilla para un trabajo que nunca se hacía, y ordeñando las vacas cuyo número iba diezmando el tiempo y la tragedia; ésta, cocinando, remendando, acunando a Flor del Alba.

Maindica, que de allí no salió más, era menos que una sombra.

Invierno.

El río Negro corría desbordado. Sus aguas habían tapado el monte y se extendían sobre el campo en grandes lagunas. El cielo

(1) JOSE MONEGAL nació en Cerro Largo. El mismo ha dicho que, en su juventud, «hizo una vida de real bohemia. Ambuló —esa es la palabra exacta— por la república Argentina y por el sur del Brasil. En Guazú Nambí, campos sobre la falda del Cerro Largo, estuvo concentrado un año, por voluntad propia, sin hacer más nada que observar el ambiente y sus tipos.» La Comuna de su departamento le concedió una beca para estudiar dos años pintura en España. Terminada la beca permaneció cuatro años más en aquel país, el que recorrió en todas direcciones. Profundamente compenetrado de la pintura española, desde los primitivos hasta Zuloaga, recogió sus observaciones en un libro —inédito— que tituló: «Pintores Españoles de Cuatro Epocas». Actualmente cultiva la literatura dramática, género en que su temperamento literario ha hallado nuevos caminos. De su producción literaria anterior deben citarse «Las Canciones Gauchas», algunas de las cuales, figuran en la antología de poetas uruguayos, de Julio Casal. También ha escrito «Los Romances de la Isla Perdida», leídos en España en rueda de intelectuales y artistas (García Lorca, Barradas, Valentín de Pedro, etc.), romances que fueron muy elogiados por el autor de «Bodas de Sangre». Es autor de una novela inédita de ambiente gaucho, en la que narra la vida sombría de cuatro hermanos en su rancho de la costa del río Negro. Se titula «La tragedia de los Medina», y de ella publicamos cuatro capítulos que revelan el vigor de temperamento de este escritor, cuyo áspero realismo y el sabor primitivo de su prosa trae el recuerdo de los novelistas rusos del período gorkiano. Su bibliografía teatral ostenta ya inmarcesible laureles. Es autor de tres obras laureadas en el Concurso de Teatro Nacional, Ministerio de Instrucción Pública: «El Pirata Li», mención (año 1944); «El Jinete Blanco», primer premio (año 1943), y «El Compuesto de Tristán Lima», primer premio (año 1945), cuyo lauro consagratorio acaba de serle otorgado.

caído, el campo aquietado, la lluvia mansa e interminable, las lejanías esfumadas, todo el paisaje fundido en un gris oscuro sin variación, de una monotonía espantosa. La tierra sufría una de sus maravillosas y sombrías gestaciones.

Después de una comida silenciosa los hombres jugaban al truco en el galpón grande. Ubaldo y Cirilo contra el tuerto Serafín y el tape Cirilo. Narciso, sobre unos cojinillos grandes y bajo un poncho grueso, roncaba estentóreamente. Fileto trenzaba. En un gran jarro de lata la caña iba y venía.

Evangelio seguía los lances casi en éxtasis. El no sabía nada del maravilloso juego; pero sentía un extraño goce en el griterío de las pujas, en las largas consultas o en el profundo silencio de cálculo —angustioso sondaje de puntos— después de una *falta* o de un *resto*. Se había hecho tácitamente aparcero de Cirilo. Aquella rara simpatía por el contrabandista patizambo era correspondida en la misma medida; existía una mutua atracción entre ellos; sordo amor de perros de distintas castas pero de idénticas miserias.

Acurrucado detrás del tape se pasaba largas horas inmóvil y cuando este gritaba sus *retruco* o sus *real envido* cesaba de respirar. Esperaba con ansia la respuesta. Si el tape ganaba, su pecho se abría, las aletas de su nariz temblaban. Si perdía, sus ojos se achicaban, se tornaban opacos y duros.

Pero Evangelio sentía algo inefable — en la medida de su simple alma— cuando Cirilo cantaba *flor*. La breve palabra brotada de la geta brillante y pulposa el contrabandista adquiría un color maravilloso y una singular música. ¡Flor! — gritaba el tape. Era una palabra que llenaba todo un estilo. Entonces, en los ojos de Evangelio se clavaba un punto de luz fugaz pero intensa y su boca parecía estirarse como buscando una sonrisa que nunca aparecía...

Después de cada partido, ganado o perdido, el tape alcanzaba al peón el jarro de lata.

—¡Tomá, hermanito, por tu pena...!

Cirilo siempre decía la misma frase al convidarlo. El negro Fileto más de una vez, después de ella, contempló profundamente a Evangelio. ¿Por que el tape decía aquello siempre? ¿Se conocerían de antes? ¿Que pena podía guardar aquel viviente, frío como un lagarto y duro como estaca de tala?-¿Aquel Evangelio de ojos de agua de pozo, que nunca reía ni se quejaba nunca...?

Ambulaban los perros sucios, mojados, temblorosos y encogidos.

Oscureció de golpe.

—Andá, trai unas velas, —ordenó Ubaldo a Evangelio.

En ese momento Narciso lanzó un corto gemido y se enderezó bruscamente.

—¡Gran perra, se me pegaron los ojos... Tengo las patas como vidrio!

Hacía rato que Fileto cebaba mate y le pegaba fuerte a la caña.

Evangelio llegó a la cocina.

—Deme unas velas,— dijo a Adoración.

—¡Que jedor a caña tráis!, —fué la respuesta de la negra.

Adoración hacía dormir a Flor del Alba. Tendida en su regazo la niña luchaba con el sueño y los versos de la negra encajados en una melancólica canción de cuna. Adoración creaba sus cantos. Ella misma, maravillada al fin, se perdía en los paisajes, escenas y peripecias surgidas de su fantástica y pueril imaginación de negro. Había creado un mundo singular para sus cuentos o canciones. En ese mundo eran figuras de gran relieve el tigre Raya Negra, el toro Mujidor, el zorro Juan, el zorrilo Letrina, el cuervo Nube, el lagarto don Frío, la crucera doña Colmillo y la lechuza doña Agüero. Selvas inmensas, lagunas admirables, cerros formidables. No faltaban los incomparables colores de magníficas flores, ni los cantos misteriosos de espectrales insectos entre los que se destacaban, nítidos y puros, la avispa Celestina, la chicharra Roncona y el mangangá don Panza.

Flor del Alba abría grandes los ojos y los fijaba en el rostro de la negra que, con la mirada perdida describía puntualmente a doña Agüero augurando en los vuelos de Nube algo que a Raya Negra escalofriaba de terror... Maindica, también oía la historia, pasmada y suspendida de ella, que pasaba en la monótoma melodía de un arrorró...

Del galpón grande llegaban a veces, hasta la cocina, gritos cortados.

Adoración miró a Maindica y murmuró:

—Hoy va a ser grande el candombe, doña...

Los hombres estaban bien borrachos. El truco había degenerado en gritería y, por último, cansados los jugadores, llenos los ojos de oros, copas, espadas y bastos, habían dejado el naipe. En sus narraciones el paisaje gaucho pasaba con colores de fiebre por la boca de los hombres. La embriaguez balanceaba a Evangelio: pero sus pies estaban como pegados a la tierra y sus ojos fijos, como hundidos en algo invisible. De pronto Serafín se dirigió a Narciso y le dijo:

—Hermanito, trái la guitarra.

—¿La guitarra...?

Caviló un rato el mozo.

—Güeno, —dijo al fin.

—Si, tráila. Tengo apretao un canto y le quiero dar campo.

Salió y volvió con la guitarra, Narciso. Templó Serafín. Los hombres hicieron silencio. Y la voz del tuerto, sonora, de una diáfana agudez, se abrió en la noche como una mano recogiendo el ruido de la lluvia.

La mirada de los hombres se hizo vaga y sus bocas se entreabrieron sin el control de la voluntad fascinada. La caña daba una sensual sonoridad a la voz del contrabandista y filtraba en las cuerdas de la guitarra un extraño encanto. La viril milonga estaba inspirada en el caballo de un gaucho.

Cuando cesó el canto los dedos de Serafín apagaron en un duro rasgueo el arpegiado de las cuerdas.

La noche elevó su coro.

Los hombres callaban. La luz oscilante de las velas y la roja claridad de las brasas del fogón los había cambiado en espectros.

—¡Tuerto amargo... —murmuró apenas el tape.

Bruscamente Serafín rompió en una canción alegre. El punteo de la guitarra era como una risa mezclada en la letra picarezca: canto abrasilerado, penas y andanzas de un *manbira* tras de una mulata de rasgados ojos, pendientes de plata y pañuelo de colores cruzado sobre los senos...

En una de esas, entre pie y pie dijo fuerte el tape Cirilo:

—¡Pobre la moza María, como se reiba cuando le cantabas eso, tuerto!

El tuerto no sintió esto; corría, olvidado de todo, por el trillo de su canción, verso tras verso. Pero los Medina se estremecieron y se encogieron. Rígidos, curvados en arco sobre los bancos de ceibo, quedaron como tallados en piedra. Y, poco a poco, Ciriaco empezó a balbucear una carcajada que se fué ampliando en sonoridad y angustia, hasta que llegó a un potente alarido. Ese grito horroroso y trágico llegó hasta la cocina y dejó trémula de espanto a la negra Adoración quien se irguió y quedó con la espera de la muerte en los ojos blancos de terror. Maindica abrió desmesuradamente los suyos y los cerró enseguida. El negro Fileto se sintió poco a poco invadido de un miedo desconocido, helado y hondo, y miró la noche por la boca del galpón. Se levantó, doblado, y salió tambaleante. Fué hasta su pieza, resbalando y cayendo, entró a oscuras y buscó, temblando, el rosario negro. Y lo halló. Y lo apretó ardientemente entre sus dedos sarmentosos. Y gimió de impotencia porque buscó algo que decir, algo que clamar sin poder hallarlo. Y se sentó en su catre y se fué humillando, humillando... Sus manos se hicieron como una copa para contener las cuentas; apretaban y acariciaban el rosario y se pegaban a él en una imploración de piedad...

Pero, ¿cómo describir el dolor de un árbol?

CAPITULO IX

Un lluvioso atardecer de primavera se sintió el fragor de un galope.

Sobre un tostado de fina estampa un ginete de poblada barba rubia sujetó a pocos metros del galpón grande. La perrada cargó de firme. El tostado caracoleaba y se sangraba en el freno. El hombre gritó fuerte, imperativamente:

—¡Espanten, pues, canejo!

La llegada, el grito, el ademán y el tono de voz del forastero eran cosas nunca vistas en el rancho de los Medina. Fileto auyentó a los

perros. El hombre desmontó. Entonces, el perro Timote, en dos o tres saltos se pegó a él y le lamió una mano lanzando cortados y agudos gritos de alegría. El hombre miró abiertamente a los mozos perplejos y al negro: exclamó sonriendo:

—¡Bien haiga el perro de mejor recuerdo que los hombres!

Y medio abrazando al mastín:

—¿Cómo te va Timote?

Ubaldo se levantó de un salto, diciendo:

—¡Si es Licinio, por mi ánima!

Su ausencia había sido digna de un cantar de gesta. Pero él la contó así, con la cruda elocuencia de un estilo tocado en los bordones:

—Llegué a los pagos de mama y di la noticia. Y supe que el hombre era de la Florida, aunque su mesma querencia no la pude aviriguar. Se llamaba Primitivo Aldama. Y pa la Florida enderezamos mi Chato, mi doradillo y yo. ¡Hermanito, al último se me iban haciendo las leguas como si jueran de sismaría! Pero, talón va y talón viene dentré en la cancha al cabo. Les viá decir algo como alvertencia: vale más tropiar ovejas pariendo que aviriguar la vida de un cristiano en otro pago. En una pupería medio agarré su güeya. Pero en la mesma pulpería casi la perdí porque era día domingo y había californias: me dejaron el cinto como tripas en un palo. Entonces no tuve mas remedio que conchabarme en una estancia que le llaman Santa Marta, campo grande y ganao tupido. Domé y acomodé algunas tropillas.

Allí un puestero me aclaró bien la vida del hombre. Un festivo me juí a su aguada. Lejos de la estancia. Era una pulpería grande. No estaba. Se había ido en una tropa. Pero me fijaron, por lo más o menos, el día de su güelta y allí juí. Y allí estaba. Pero, ni mal llegué, él, con aparcería grande marchó a una fiesta. Y a la fiesta jui yo. Rancho grande, pasteles rebentones y chinaje empoyerao por lo duro. Al prencipio me miró la gente como si llevara un zorrillo abajo el poncho. Pero los palmié suave, como quien arrocina, y dentré. Siempre ha de haber una hembra que es un abrojo pal forastero. Y a mí se me prendió una sobre el comienzo nomás. Yo no bailaba. Mi par a veces si. En la primer rueda, uno de los de la aparcería del hombre me preguntó:

—¿Y, no dentra compañero?

—No se bailar, amigo.

Y siguió la cosa. Sobre el atardecer el licor había subido como boga contra la corriente. Entonces el hombre cantó. Cantaba bien... Y el mesmo me dijo:

—¿Y tampoco no canta?

—Tampoco canto.

—Nunca vide hombre solo, —dijo— y forastero, sin alguna prienda que dejar pa que lo ricuerden en el pago.

Yo lo miré bien, me afirmé como pa saltar en pelo en un mañero, y le contesté:

—¡Yo soy Licinio Medina y la prienda que traje es mi cuchillo!

No era guapo el hombre... Pero aguantó obligao. Me salió un año y unos meses. Le dentré por mal lao el fierro...

¿Anda irás...?, decía yo atrás de las rejas.

Y volví a la Florida. Pero le pasaron la palabra. Y comencé la rastriada. Saltaba el hombre de pago en pago; yo iba como apadrinándolo, de lejos. Una vez, allá por Rivera, se me resbaló como bagre de entre los dedos. Aquello era como cuando uno apalea un gato, que más se caliento cuanto él menos muere...

Y dentramos al Brasil en ese son. A veces lo tenía que buscar como a picada en noche escura. En unas pencas grandes lo vide, al fin, un día. Estaba sumido y barbudo. Me cruzó como una lástima... Pero lo aguaité hasta la noche. Dentró a una carpa ande se tallaba al monte. Sobre la madrugada salió con otro. Los seguí como una legua...

Licinio calló. Empezó a liar un cigarro. Luego, con voz más baja siguió:

—Tuve que matar a los dos.

De nuevo calló Licinio. Dió dos o tres chupadas grandes a su cigarro de gruesa chala. Y terminó así, ya casi tapado su acento:

—Esto jue hace cinco días...

Se hizo un hondo silencio. Los Medina miraron a su hermano recién llegado con mirada agradecida, sintiendo en lo hondo un extraño alivio.

Y Ciriaco rezongó de pronto:

—¡Quién te diba a conocer con esas barbas de chivo!

CAPITULO X

Licinio, al otro día de llegar de su viaje épico, madrugó mucho.

Se sentó azorado en su catre. Respiraba un aire distinto al de otro tiempo. Otro había sido el silencio de la noche. Otro el canto del gallo.

Salió al campo, se mojó la cabeza, miró el rancho y los ombús como si no fueran los de su solar.

Fué hasta el caballo del piquete, lo saltó y trajo la tropilla. Ensilló, montó y enderezó al Río Negro.

Volvió sobre las diez de la mañana.

Ubaldo tiraba un solitario y en el galpón chico Narciso hacía sonar por vez vigésima el mismo motivo de estilo en su guitarra. Fileto trenzaba y Evangelio lo miraba trenzar mientras le cebaba mate.

Los pájaros parecían hablarse en voz baja. Pasó un bando de cotorras murmurando apenas. Los perros dormían.

Licinio volvió silenciosamente al corral, en donde aun los caballos encerrados plumereaban moscas, ensilló otro y se fue a la sierra.

Allí, en un cerco de encerrar potros crudos metió unas yeguas con cría.

Licinio había sido el domador del pago. De su padre había aprendido a amansar de freno. Los caballos que él entregaba prontos, después de largos trabajos de Job, maravillaban por sus cualidades y dotes.

En aquel corral, donde había una gran piedra socavada por el viejo Medina y él, metía las madres y las sacaba dejando adentro sus hijos. Hasta medio día se pasaba de arriba a abajo, paseándose lentamente, sin mirar los potrillos que, el primer día se pechaban contra la portera del cerco, el segundo lo miraban con ojo despavorido y el tercero casi no le hacían caso. Llegado el medio día, de una cachimba cercana tenía agua y llenaba el pozo de la piedra. Y se iba. Al anochecer volvía y soltaba los potrillos que corrían y saltaban sobre los pastos, pateando el aire, en pos de sus madres.

Después venían las largas horas del arrime y manoseo. El pasarles un cojinillo por el lomo y el freno por el hocico. Y luego el cincharlos... hasta que llegaba el día que el mozo decía: los viá licenciar.

Al año siguiente, por la misma época, lo mismo, con idéntico tesón, con paciencia idéntica.

Ya cada bestia tenía su nombre y hasta su árbol genealógico. Y su destino: este va ser güeno de camino, este superior pa un rodeo, este de ley pa los trillos.

Y otra licencia y otro año.

La cuestión es que cuando Licinio, sin ayuda de orejeadores ni padrinos montaba por vez primera, *montaba en un convencido no en un aporreao.* Corcovos, dos o tres, más por instinto que por protesta.

A su espuela con solo acariciar el pelo le alcanzaba.

También Ciriaco había domado bastante. Pero para él y usando el sistema bárbaro: mas que amansar quebrar por el dolor. El acero de las nazarenas y la lonja del rebenque; el bocado duro y el orejeo; las largas galopadas con el martirio del tironeo; y el tardío reconocimiento del potro al sentir sobre él, no otra bestia, sino una potencia que lo subyugó con un poder desconocido.

Ciriaco había clavado un bramadero cerca de los ranchos. Y cuando alguno de sus potros se golpeaba furiosamente en él, quebrándose la boca y el instinto, el mozo miraba a su hermano, el *domador de freno,* y reía.

—Yo los arrocino en días. Vos en años. Alguno me sale cabortero. Pero el que se me entriega del todo no se me escapa de la

rienda ni aunque un gato se le prienda e la verija. Al potro y al charlatán hay que quebrarles la boca de salida...

Y le respondía suavemente Licinio:

—Mirá, Ciriaco: mas vale convencer que aporrear. Mis fletes tienen como de seda la geta. A un duro de boca lo podés hacer callar a palos; pero en cuanto se vea aliviado te putea. A vos, a veces, se te alzan campo ajuera tus reservaos...

—Tengo el talero pa esas ocasiones.

—A mí con un tironcito me alcanza.

—Sin rigor el cristiano y el caballo se güelven muy consentidos.

—Mirá: hombre tratao a garrote es siempre enemigo encuevao. El caballo es igual...

Esa mañana el mozo Medina sentado en una ancha piedra, mirando caracolear yeguas y potrillos, pensaba: Viá seguir domando. ¿Pa quien? ¡Yo que se!

Y así como Ciriaco, que vivía a monte con algunos perros; como Ubaldo, que se había dado a un solitario sin fin y Narciso a un interminable guitarreo, él se dió a una doma larga, de días, de años. Vivió entre los potros, conversó con ellos. Solo venía de noche a los ranchos. Se hartaba de caña y carne y se tendía, después, a roncar ruidosamente. De madrugada partía hacia la sierra.

De vez en cuando llegaba temprano, antes de atardecer, montado en un *nuevo*, relumbrante, coludo y clinudo. Gritaba, lo atropellaba, lo sentaba de golpe, lo hacía *escaramuzar*, lo desensillaba, le sacaba el freno, lo acariciaba, lo espantaba y lo hacía volver, silbándole.

Ubaldo y Narciso —y Ciriaco cuando allí estaba— sonreían, admirándolo silenciosamente.

A Fileto, también silenciosamente, se le caían las lágrimas.

CAPITULO XI

El horno de ladrillos —otra de las páginas de la tragedia— se había derruido, avivándola.

Un gran yuyal cercaba el rancho de los Medina. Las quinchas se desflecaban, se desgarraban en anchas heridas que nadie curaba. Los terrones agrietados caían en pedazos dejando negras bocas. Las puertas torcidas chirriaban con estridencias ingratas. Dos o tres jaulas vacías, partidas las cañas por donde había volado el canto de los pájaros, colgaban de las rugosas paredes frente al campo. Lejos, en los potreros, reses pudriéndose, osamentas. Caballos con las colas tiesas de abrojos.

De vez en cuando, alguna mañana, cuatro ginetes pensativos, encorvados, recorrían las cuchillas, los bajos y la sierra. Su presencia y el ladrido de los perros, levantaban puntas de ganado que, por

instinto, se iban juntando en el sitio del rodeo. Toros y vacas, hoscos, bufaban. Un inmenso y bronco grito llenaba el día. Hasta que, de pronto, el rodeo se abría en tres o cuatro ríos sonoros que se desbordaban sobre los pastos.

Y los ginetes volvían pensativos y encorvados...

Ya tenía diez años la niña de la tragedia. Extrañamente sonaba en el rancho triste y negro su charla ardiente. Sus grandes ojos oscuros habían recogido toda la luz del pago.

Fileto había empezado a blanquear de tiempo. Adoración cantaba y lloraba. Su mirada sufría en ocasiones misteriosos extravíos y en algunos días hablaba sola largas horas. Los mozos, de barba poblada, mirada sombría y chiripá rotoso parecían flotar, a veces, en el ambiente.

En algunos atardeceres Narciso tocaba la guitarra y cantaba bajito, como con temor de ser oído. Cuando el sordo sonar de las bordonas y el armonioso de los agudos resbalaba sobre los pastos y llegaba hasta el oído de Flor del Alba, esta suspendía el juego, la charla o lo que fuera, pasaba sobre el sendero entre los yuyos y llegaba silenciosamente hasta el galpón chico, por detrás de él. Allí quedaba quieta y recogida hasta que la voz y la guitarra enmudecían.

Ubaldo, Ciriaco y Licinio miraban a veces esta maniobra y quedaban mudos y angustiados.

Después Flor del Alba cantaba las canciones de Narciso. Y aquella música dolorosa, áspera y honda cobraba una frescura tan profunda y bella que las almas, tapadas de odio, sentían una caricia inefable: como el frío de una hoja de camalote sobre el pecho.

Cuando los Medina oían esa música se apartaban bruscamente. Ubaldo entraba al galpón grande y sobre una carona comenzaba un solitario ilímite. Narciso se metía en su cueva del galpón chico. Ciriaco salía al campo como huyendo de algo invisible. Y Licinio se iba a la manguera. Allí, sentado sobre una piedra grande, miraba largas horas los horizontes de su pago. Es que ellos sabían que en sus miradas, en aquellas horas, se clavaría una chispa de dolor y de amor; y no querían verla en los otros ni que fuera vista por los otros. Así cultivaban su odio que el canto de la niña volvía frágil.

CAPITULO XII

Amaneció lloviendo. Sobre el mediodía arreció el temporal. Entonces Fileto habló así:

—Hay que dir al potrero de la tuna. A estas horas el agua se va estendiendo y seguidamente quedarán animales cortaos.

Nadie habló nada. Fileto siguió:

—Si naides va voy yo con Evangelio.

—Deje nomás, tata — dijo con desgano Narciso. Y se enderzó sobre su asiento.

Y Ciriaco:

—Casualmente hace algún tiempo que no galopo sobre los bañaos... ¿Vamos Licinio?

Momentos después corrían bajo la lluvia los dos mozos.

Ubaldo entró al comedor y empezó a tirar su baraja. Y la tarde siguió fría y monótona. Ya iba en su vigésimo juego cuando le dijo a Fileto que observaba atentamente las combinaciones:

—Prienda la vela, tata.

Fileto encendió una clavada en una botella.

Ya de noche volvieron del campo Ciriaco y Narciso. Enorme era la creciente del río. Ellos habían repuntado para los altos algunos rezagos de ganado. Ciriaco había rodado y traía la cabeza abierta. Con su pañuelo de cuello había vendado la herida que cruzaba la frente y tocaba un ojo. La barba muy negra, retorcida y llena de barro; la nariz puntiaguda; el ojo sano, retinto, pequeño y luminoso; y el pañuelo oscuro que le ceñía la cabeza hacían de Ciriaco un ser extraño y temeroso.

Los mozos venían borrachos del rudo trabajo. Las botellas vacías en el caño de la bota; los chiripás chorreando agua. De sus cuerpos se exalaba un denso vapor de vida. Entraron en la habitación donde Ubaldo manejaba los naipes y Fileto seguía su contemplación. Ciriaco medio cayó sobre una silla que crujió estridentemente.

—¿Qué jué? — interrogó Fileto.

—Rodé, tata, —respondió sonriendo Ciriaco— y me abrí el mate. Me curé con caña... por ajuera y por dentro, pero vengo medio azonzao. Será la sangre...

Ciriaco estaba lívido. Entró Adoración.

—¿A ver? —dijo la negra.— Tengo un cocimiento güeno pa heridas.

En ese instante Flor del Alba agrandó la rueda. Ella fijó su mirada en Ciriaco. Lo vió medio encogido sobre la silla, pálido y dolorido. Y la piedad agrandó sus ojos. El mozo arrancó de un tirón el pañuelo. Un hilo de sangre empezó a correr por debajo del ojo tapado, mejilla abajo, escondiéndose en la tupida barba. El rostro del hombre se hizo horroroso. La niña se pegó a él y agarrándole una mano exclamó sordamente, pero con recia ternura:

—¡Pobre tío Ubaldo!

Y al hacer un movimiento como para besar aquella mano, aquella mano en un arranque brusco fué hasta el suelo donde había tirado su rebenque húmedo, negro de barro, y con la sotera cruzó el rostro de la niña. Una voz incisiva dijo:

—¡Juera guacha!

Flor del Alba reculó tres pasos y quedó agobiada. Una de sus manos cubrió la mejilla herida. Sus ojos se clavaron en Ciriaco fi-

jamente y, poco a poco, fueron perdiendo la luz. Su mirada se hizo como la de un ahogado. Su boca se entreabrió como para lanzar un grito que no emitió y quedó, en esa mueca, inmóvil. Pasaron tres o cuatro segundos espantosos...

Entonces Adoración lanzó un grito breve, estridente, mezcla de gemido y de reto.

—¡Ciriaco!

La mirada de los hermanos se clavó como un puñal, silenciosa, profunda, en Ciriaco, quien se iba doblando sobre su asiento. Los ojos de Fileto, que comenzó a temblar, quedaron blancos.

Se sentía nítido el sonar de la lluvia. La llama de la vela hacía oscilar las densas sombras...

Ciriaco salió al campo, en la plenitud de la tempestad. Caminó a tientas entre los yuyos rumbo al galpón grande. Su ojo miraba algo, interrogando, no a la negrura impenetrable: a algo más negro que ésta. Allí fuera sintió el frío de la noche, del agua y el suyo. Se estremeció y quedó un rato inmóvil sobre la tierra crepitante.

Sentía patente en su carne el latigazo; pero lo sentía, no como si la lonja húmeda, ruda y flexible lo hubiera herido también a él; lo sentía en aquella breve, honda y tremenda mirada, llena de terror y de duda de la niña. Lo sentía en su sangre, a través de la tragedia; lo sentía en su corazón al través de su raza; lo sentía en su espíritu al través de su hombría. Dentro de él, tres potencias se entrelazaban y, en su alma tosca, retorciéndose, libraban una sorda e inusitada lucha. Y la lluvia caía sobre él, el agua se juntaba en el pelo tupido, se desflecaba por el rostro y la nuca, mojaba la ancha espalda y chorreaba por las puntas del chiripá. De vez en cuando los perros venían silenciosamente y lo olfateaban asombrados.

Bruscamente se estremeció Ciriaco y enderezó rectamente hacia donde se dejaba siempre el caballo del piquete, bestia vieja e indiferentes, sobre la que caían los soles y las lunas sin hacerle mover los ojos. Febrilmente, después, en el galpón grande, buscó su freno. En eso sintió una garra sobre su carne y una voz fina y contenida:

—¿Quién sos, qué querés?

Era el peón Evangelio que allí tenía su vizcachera. El había sentido, en su sueño, algo fuera de hora. El, gritara el tero o aullara el perro, seguía su dormir de piedra. Pero el tero tiene su queja y él, al oirla en el suelo, se despertaba bruscamente y exclamaba con velada ira: —¡Zorro hijo'e puta, ya te agarró perrito! O al sentir el cavernoso gruñido de algún mastín, revolviéndose en su tosca cama, le gritaba: —¡Callate Nambí, que son carpinchos matreros!

Esa noche había sentido un ruido que no estaba en su sueño y a gatas vino junto a Ciriaco. Este tembló, con un temor raro, al sentir los dedos duros y calientes del peón y al oir su voz tenue como un silbido.

—Soy yo, Evangelio, dejame.

—¿Ande va, don Ciriaco?

—¡Dejame, te digo!

Ciriaco puso el freno. Saltó en pelo y salió. Evangelio se estuvo inmóvil largos minutos. Luego, arrastrando los pies desnudos, más duros que la tierra que pisaban, fué sin ruido hasta su cama, se tiró, se envolvió en el poncho y siguió durmiendo profundamente.

Ciriaco, con la suya, entró en la noche. Las piernas pendían balanceándose. Iba curvado sobre el pobre caballo que marchaba lentamente. Se sentía clarito el sonar del agua que los cascos chapoteaban rítmicamente. Y así avanzaba Ciriaco, con un odio violento contra la fuerza salvaje que había movido su brazo... Apretaba los dientes y sentía patente y terrible el grito de Adoración...

La guacha... Pero, ¿quién era ella? La muerte del viejo Medina, la de su madre, la de la moza María, el yuyal, el rancho deshecho, las orgías de caña. ¿Entonces, era el mal? ¡No! Los dientes de Ciriaco se apretaban más, crujiendo. El mal eran ellos todos contra ella.

Y Ciriaco seguía bajo la tormenta, sin sombrero, abierta la herida que ahora no dolía; y por primera vez su corazón se endulzaba y su ojo, ahora que nadie lo podía ver, perdía su diabólico brillo.

—¡No, no! —quería gritar Ciriaco. — Ella es güena, nosotros semos los malos.

El volvería... pero, ¡canejo!, Adoración había gritado contra toda la barbarie de su raza.

Y así, atormentado, rumbo al Río Negro que bramaba, se fundió en la noche.

JOSE MONEGAL

ESTIMACIONES HISTORICAS DEL URUGUAY

Una mentira histórica puede tener, como la murmuración, rastros de verdad: los que señala el tiempo de producirse o los que, posteriormente, otros tiempos descubren.

Los antecedentes coloniales del Uruguay, fundan una supercheria: el Río de la Plata. La independencia política del país, indica otra: las Provincias Unidas. La época presidencial de sus tres primeros mandatarios, sostiene otra quimera: el espíritu nacional vencido por el europeo.

Tres hechos de espejismo que apuran en el entendimiento a las fuerzas de la verdad. Conviene, sin embargo, vaciar las palabras, pues reconocer la certeza particular o el flanco de un suceso, no basta a justificarlo ni a restablecerlo íntegramente.

Las verdades sustitutas del error, son los términos intergiversables de la realidad que, controvertida o mellada, madura y fortalece en la posteridad. ¿Qué importa, —por ejemplo—, que se impugne a un héroe, si el héroe existe? ¿Qué importa que un día de sombra interrumpa al sol?

EL RIO DE LA PLATA

El Virreinato del Río de la Plata existió en potencia, como el Código de Indias, para mantener una institución: la potestad teológica del reino español en la comarca del litoral atlántico americano, del paralelo 35 de latitud sur.

Algún nombre había que darle al lugar, para diferenciarlo de las fundaciones del Perú. Hallóse entonces adecuada la denominación de su característico estuario, ensenada, o llanura de agua del Paraná-Guazú, traducido infelizmente con el nombre de «Río de la Plata». Río de la Plata: no río, ni plata. Sólo, ancho mar festoneando la costa del solar charrúa con bordes de piedra y arena. Acaso, también, y en su rinconada occidental, cuenca y vertedero de los ríos Paraná y Uruguay, fatigados de arrastrar limos que enturbian la pureza azul.

Ilusión geográfica es el Plata y, según hombres de ciencia, estuario que habrá de extinguirse en la postrera evolución de un río. Ya en 1832, Darwin definió la transitoriedad de las aguas, pintando la imagen retrospectiva de un gran brazo de mar que cubría remotamente la actual provincia argentina de Entre Ríos. Diez años después del citado, D'Orbigny confirmó y amplió la definición de Darwin; y casi en nuestros días, Herbert Smith ciñó el marco del antiguo cuadro a una hidrografía muerta.

Continúa, entre tanto, la pronosticada evolución geográfica. Las corrientes del Paraná y del Uruguay, porfían en su tarea incesante de rellenar de limo el último trecho de la cuenca, para crear planicies nuevas. Consecuentemente, la tierra crecerá en tiempos futuros, obturando la «garganta» del organismo occidental donde se depositan preferentemente los sedimentos aluviales. La tierra emerge, se extiende y las aguas bajan, con inconmovible fatalidad...

La imaginación arrogante de los conquistadores, —¡cómo había de ser!— eludió la geografía empapada de agua, pero no aun de historia. El bruñido nombre de argento alucinó a los navegantes, con fulguraciones de riqueza. Oro, ya era el Perú. Plata, sería la nueva comarca.

Pero, en vez de caudales, las costas uruguayas de formación calcárea, fueron lo que no había fantasía capaz de contrariar: atalaya del océano, puerto de mar, comercio y dominio militar, es decir, defensa de propios, rivalidad mercantil de vecinos y codicia de extraños. La crónica de los sucesos historiales, certifica desde entonces arraigo de moradores, competencias aduaneras de las bandas y luchas del extranjero, —inglés, portugués o francés—, por la conquista del lugar.

Establecido el Virreinato, se dislocó a poco y naturalmente en regiones fronteras del estuario: la oriental y la occidental. Tierras ambas geológica y espiritualmente distintas, aunque las apariencias las mostraran semejantes. Se miraban de soslayo y desconfiadas controvertían intereses. Una, alta y empinada; otra, extensa y cenagosa. Una, poblada y fuerte; otra, pequeña y compacta. Una, más cerca de España, servía de recalada a sus naos. Otra, era término de viaje y punto final de los mercados. Una, asiento del Virrey y raíz de su tradición; otra, gobierno provincial con sede del contrabando e impulsos de rebelión. Una, jerárquicamente principal era Buenos Aires y otra, subsidiaria, Montevideo, con la Colonia y Maldonado.

Un río cualquiera, una vertiente común genuinamente tal en el sentido científico de la palabra, habría cursado la historia de otro modo. Pero un estuario, una hoya profunda, cavada en inmenso remanso del litoral oceánico, tenía que alterar toda unidad, fuera ésta política, económica o social. Históricamente, lo acreditaron después cinco episodios decisivos de la Banda Oriental: a) El Cabildo o gobierno propio de Montevideo. b) Las invasiones inglesas. c) Artigas. d) Los Treinta y Tres. e) La Defensa, o llamada Guerra Grande.

El Cabildo de 1808, es la emancipación institucional. Las invasiones ingleses, deciden la vida patrimonial. Artigas, todo él, la conciencia de la nacionalidad. Los Treinta y Tres, la redención; y la Defensa, el triunfo del mar y de la cultura, aunque se proclame que «no hay vencidos ni vencedores».

A través del tiempo y sobre el territorio marítimo del gran estuario, dos ambientes naturales enunciados acentúan sus diferencias. Uno, es de dispersión y otro de cohesión; uno, más cerca de Teócri-

to que de Edison. Uno, impele a la irradiación económica y otro, atrae con pasional atractivo. Tradiciones comunes hermanan afortunadamente a los pueblos, pero naturaleza tiene voz fuerte que la política escucha.

Las aguas profundas del gran estuario siguen dictando su grave lección. Hablar de una cultura unitaria, —la «rioplatense»—, es expresarse acerca de un mito completo. Es lo mismo que, en otros términos y regiones, significa aspirar para América la nominación arcáica de Latinoamérica o de Indoamérica, en vez de la genuina realidad de sentir a América americana, angla al Norte e Ibérica al Sur.

Dos culturas diferenciadas —la oriental y la occidental— emergen de las riberas del gran estuario. El ambiente y la geología las caracteriza. Una, de piedra y agua, con la mole de Acevedo Díaz y la fluencia de Zorrilla de San Martín. Otra, de tierra y fuego, con la pampa de Sarmiento y el ardor de Alberdi. Como siempre, no falta la antinomia, comprobando, por ejemplo, que Hudson, el gran novelista argentino, construye su mejor novela, —«La tierra purpúrea»—, en el paisaje uruguayo; y que Quiroga, el gran cuentista uruguayo, escribe sus mejores narraciones en el delta argentino. Por eso es que, no obstante su grandeza, uno y otro no son genuinos, como Javier de Viana aquí y Ricardo Güiraldes allá.

LAS PROVINCIAS UNIDAS

Viven desunidas, particularmente la Oriental, por su arbitrio. El subsuelo pétreo y el agua salobre del estuario, marchitan y destruyen la raíz institucional. El núcleo central de la organización, se mantiene sin embargo, transformándose al cabo de cruentos años de anarquía y convulsión en la poderosa Nación Argentina.

El viento huracanado del Este barre las campiñas uruguayas, gruñe sus estridencias en el rancherío y excita el brío de los centauros. El mar del Sur se encrespa y rezonga en los acantilados. La gente, —gobierno y pueblo—, come, duerme y camina en la tierra en pos de la libertad, con alaridos salvajes. Obtenida la prenda, la misma gente se asoma al balcón marítimo, esperando a los bergantines cargados de noticias, de leyes tutelares, de funcionarios, de proscriptos, de especies, de dineros, de colonos y hasta de frenos y espuelas hechos en Manchester para los potros de la montonera...

Las provincias unidas se descoyuntan. Impulsos repentinos y necesidades momentáneas, —como las de 1825—, aglutinan la Oriental con promesas lisonjeras, pactos y brindis que se lleva el viento. La realidad, ahonda el cisma o pare un caudillo que tropieza con su rival y lo despedaza.

El pasado oprime en todas partes y cuesta eludirlo. La única salida es la que da el pensamiento irguiéndose sobre aquel para conver-

tirlo en conocimiento y no en simple materia rectora. La historiografía hace lo demás. Está bien acercarnos al pasado con respeto y curiosidad; pero no está bien quedarnos en él alelados de contemplación. Las viejas culturas de América, ingentemente ricas en su aspecto arqueológico, han perdido alma y esencia. La misma cultura ibérica, que fué de España brote substancial e institución normativa, es hoy entre nosotros brote adventicio y disgregativo. Es cierto que de ambas eras históricas quedan la lengua, la técnica, la biología y la fe. Pero, también es cierto que ello cuenta como cimiento, en el que habrá de erigirse la elaboración de la cultura continental.

La Revolución de Mayo, geográficamente unitaria, no había querido ni podía querer la desintegración del Virreinato. Los Triunviratos, los Directorios y la Asamblea Constituyente, deseaban sofocar el espíritu autonómico de la Banda Oriental. Todo inútil, pues Artigas, hasta contra su propia voluntad y dócil a la soberanía popular, inicia en 1811 el proceso de desintegración política. Bajo la advocación del Congreso del Paso de la Arena, se fija el nacimiento de la Provincia Oriental y se labra en la historia la piedra fundamental del uruguayismo.

Otra vez toma alas la imaginación. Ahora es en los hombres encumbrados, en los principistas, que quieren educar con decretos, para interrumpir un proceso natural de evolución. Se clama contra el caudillaje ignaro. El hombre, ciudadano un tanto europeizado, quiere matar al habitante del campo y éste, procesar al de la ciudad. Tarea inútil, también. La ciudad vive del campo con sus rentas del corambre y la masa rural se plega instintivamente a la burguesía. El estanciero no sabe leer, pero arrienda, suma y merca.

La desunión provincial, evidencia la identidad característica de la Banda Oriental. Se la pretende unir nuevamente al conglomerado y sojuzgar luego al imperio del Brasil, en el enervante tutelaje de la Cisplatina. Pero, la entidad social está creada y, hasta sin establecerle límites, la reconoce después la trabajosa mediación diplomática.

Digan lo que digan publicistas extranjeros, «no se perdió» el Uruguay para las Provincias Unidas; no se le concedió «el favor de la independencia»; ni tampoco se impuso «por la presión y el fraude» con predominio absorbente de las potencias vecinas, para suprimir «sus motivos de discordia». Excusas quiere la muerte, como dice el refrán.

El Uruguay, el mismo, ganó su libertad por predestinación y derecho. Pueblo «desatinadamente libre», suprimió los retoños monárquicos e hizo perecer el principio de la unión provincial. Murió con él el sistema directorial, ejerciendo una acción creadora, como muere la esperma después de haber fecundado. Murió hasta en el esfuerzo final en que Artigas, bajo el epitafio del Tratado del Pilar, pierde en Las Tunas, Abalos y Cambay, la esperanza de su mandato protector con la «Liga de las Provincias Unidas».

EL ESPIRITU NACIONAL Y EL EXTRANJERO

Veinte años después, —más o menos— Rosas desea restablecer el orden caduco. El hombre es tenaz, receloso, desconfiado y mira con malos ojos la autonomía del Uruguay, máxime cuando la rige Fructuoso Rivera, la ampara la mediación anglo-francesa y la exaltan los emigrados argentinos. Su ojeriza es grande. Teje y desteje el ansia de dominio en largas cavilaciones. Avanza, retrocede, arriesga, contiene. En notables documentos y determinaciones, guarda hábilmente las formas para acreditar respeto, pero no desiste de su afán de predominio sobre un país que le ha declarado la guerra. Al fin, proclamando su saña contra la intervención de potencias extranjeras, interviene él en los asuntos del Uruguay, hasta el punto de comprometer la independencia de éste.

Federal a sangre y fuego, que en el fondo descubre a un recalcitrante unitario, desmonta la estructura social de su país y nivela todo bajo un orden terrible, de simplicidad elemental. Por eso no repara la diferencia entre las dos contiendas que por él se desatan: una guerra civil, —que es la argentina—, y una lucha internacional, que es la del Uruguay.

Hay, últimamente divulgadas por la investigación histórica, claras pruebas documentales, del respeto de Rosas y su gobierno por la integridad del Uruguay. (¿No las hay, también, en la época de Sarratea y de Pueyrredón, que nos trajo la invasión portuguesa?). Pero, las convicciones arraigadas, surgidas del eslabonamiento de los hechos, tienen más fuerza de evidencia que los papeles escritos, que, nuevamente pueden servir a la historia para disimular la verdad. Rosas no abandonó jamás la preocupación de incorporar el Uruguay a la Confederación Argentina, aunque no lo haya declarado oficialmente. El lenguaje de las intenciones no es el de las palabras, generalmente. Suele andar detrás de ellas, como conviene a los intereses.

Rosas anda siempre sin prisa y no acomoda las ideas a su pensamiento. En vez, va extrayendo de los vocablos sentidos que no tienen. Los torrentes de sus oficios y proclamas de literatura enfática, estilo dieciochezco, le van trazando el rumbo de su política. Es como quien habla para pensar. Opuestamente, su naturaleza de poderosa energía y enorme capacidad de trabajo, es la de un hombre de acción. De acción retardada, de inercia cómoda, con un régimen que requiere para su consolidación, la inmovilidad de las tradiciones y la ruina de las innovaciones. En el fenómeno cambiante de la vida donde se arriesga menos seguir las huellas que abrir caminos, él opta por lo que sostiene la gente que le rodea y la tierra que pisa, ancha, recia, de austera desnudez, sin alambrados ni vertientes. Defectos y virtudes los suyos, son también los del pueblo del que había surgido, mostrándole como lo más parecido que hay a la uniforme perspectiva de la Pampa, a la integridad de un orden rígido, al gusto de la burguesía, al sentimiento de la clase rural, a la seguridad de la administración pública y a la vocinglera expresión de la plebe.

La geografía del gran estuario de las bandas Oriental y Occidental, determina el factor de mayor importancia en el trajinado asunto de las intervenciones anglo-francesas. Ella es más elocuente por cierto, que el capricho de un gobernante o el de un agente diplomático. Pero, los sucesos quieren que el empeño del genuino anti-héroe que es Rosas, y su porfiada hostilidad a las intervenciones europeas, le presenten impensadamente como el mejor contribuyente a la doctrina americana de su país. Del mismo modo que la generosa mediación europea, truécase al final en rivalidades imperialistas entre Francia e Inglaterra, luego del concierto de las mismas naciones para abrir a la navegación los ríos clausurados.

El valle marítimo del estuario y las tierras fronterizas donde se guerrea, forman una zona de intervención universal: los europeos en las aguas; los emigrados en Montevideo para combatir a Rosas. «El que esté sin pecado, que tire la primera piedra». Y no ha de ser Rosas, sin duda, solicitando la ayuda de los Estados Unidos de Norte américa por intermedio de Harris, agente diplomático, o escribiéndole a Venancourt, jefe de la escuadra francesa, que hostilizara a Lavalle... Las cosas en su lugar y que no alucine la defensa de buenos principios, al extremo de exaltar la misión de un tirano.

Erigido en la historia como una fatalidad, Rosas resulta al término de su larga misión más corto que la misma. Sus compatriotas, pueden deberle a Artigas la Federación; a él, un retardo de veinte años y haber defendido la nacionalidad contra agresiones europeas, en una querella más personal y conveniente que doctrinaria.

Quiere vencer hasta la naturaleza. ¿Cómo? Suprimiendo la extensión marítima que le separa de la Banda Oriental. ¿No intentó mover con bueyes la piedra del Tandil? Más, los medios de que su intención dispone, —marinos y barcos—, son mercenarios, insuficientes, menguados. A la larga, el mar le ha de vencer. Sus ejércitos aguerridos pueden triunfar en la lucha, dominar la campiña charrúa y asediar la codiciada ciudad de Montevideo. Nada logra, sin embargo, darle lo que apetece, esto es, la posesión del mar, aliado y protector silencioso de la ciudad invicta.

Uruguay es peninsular, no isleño. Sus enemigos le cercan y retacean por tierra. Brasil, ha de apoderarse de la mitad de su territorio y Argentina de su isla de Martín García. Uno y otro país, agrandarán sus dominios a expensas nuestras, al vaivén de ambiciones imperialistas, mutuos recelos y fatigas, como si la nacionalidad artiguista no fuera una entidad *sui juris* y en vez un menor de tutela. ¿Y el espíritu continental? ¿Y la defensa contra la agresión? El despojo no es serio ni honroso. Es cosa deplorable que denigra, resiente y construye odio.

La libertad del mar contraría pues las intenciones. Rosas desata entonces una guerra lenta en la tierra Oriental, guerra de destrucción, de aniquilamiento, de exterminio, grata, —por otra parte—, a las miras políticas del Brasil. No desea Rosas, ni le conviene, —pese

a cuanto alegue—, la entronización de Oribe en el gobierno de que fuera despojado, pues que ello aparejaría, al final, la integridad de una nación autónoma que él, en su fuero interno, no reconoce ni admite. Contra las intervenciones europeas, invoca al espíritu nacional. Contra Oribe, esconde el espíritu nacional del Uruguay, aunque combata a los que lo defienden.

El desarrollo natural o violento de los sucesos durante años cruentos de esperanza y de decepción, de confianza y de incertidumbre, va robusteciendo en la ciudad sitiada al espíritu nacional, por el entronque, precisamente, de la universalidad. Rivera, Herrera y Obes, Magariños, Vidal y Pacheco y Obes, son anticipaciones del Uruguay, son el futuro que se apresura en contra de la cruda realidad de Rosas. Los hombres de tal porte son necesarios, para que el proceso de la historia se libere periódicamente de formas caducas. Si la extranjería de la España provocó la independencial colonial, la de Inglaterra la reconquista, y la del Brasil la emancipación, la de la Defensa promueve el espíritu propio y característico del país. La realidad localista aquella, de pueril ignorancia, ofrecía a los ojos de la juventud una muralla que la separaba de los horizontes de una educación libre, ya asentada en su espíritud. Juventud, flor de la segunda gran generación uruguaya, —heredera de la primera que vivió la época artiguista—, y a la que, cuarenta años después, habría de sucederle la tercera (1880), educada también en las disciplinas universales que ensanchan el ánimo y dejan ver todos los puntos del horizonte, abriendo la inteligencia a las ideas generales.

Una y otras edades uruguayas, expresan en distintas épocas la necesidad de la cultura, esto es, el mundo de lo movil, de lo libre, de lo necesariamente mundial, de lo que no reclama par sí una vigencia despótica, como la del guarango alarido de «¡Libros no, alpargatas sí!». Adaptarse, es civiliarse; y ser culto consiste principalmente en acomodar el medio a los requerimientos de la inteligencia, en extraer de la naturalea los elementos por medio de los cuales mejora la condición humana, no sometiéndose al ambiente, sino dominando las circunstancias.

La cultura nuestra, inclusive la suramericana, no ha logrado aún estado de madurez requerida para forjar un ideal genuino e influir en la cultura mundial. No es suficiente una docena de obras admirables, para dar a un continente inmenso fisonomía propia. Localismo, —como gaucho o llanero—, es tema particular, cosa en abatimiento que se concluye, —tal que el indigenismo—, y que no alcanza más que a una mínima parte del panorama psicológico suramericano.

Las naos españolas trajeron a estas comarcas lo más caro y durable de una raza: el alma, el idioma y la religión. Un siglo después, —en 1840—, Francia, meridiano intelectual de entonces, llegó en las naves de la mediación. Acogida o resistida por el sentimiento nacional de ambas fronteras marítimas, cundió como buena siembra, imponiéndose y propagándose. Caía en terreno fértil, ávido de sembra-

dura. Representaba en la avanzada centinela del estuario, el espíritu de cultura universal que toda América requería, expresando su estilo en las románticas estrofas de la Defensa. Era lo fundamentalmente opuesto a una tradición caduca, que Rosas, ni nadie, podía revivir y asomaba sus esplendores sobre la modorra colonial.

El gaucho murió entonces al término de su hora y fué inútil el empeño de volver a atar sus redomones en las verjas o subir a caballo la escalera del Cabildo... Los caminos secretos de la nacionalidad, pasaron a través de la cultura europea y hubo que educarse con el mar para tener expresión, no de oficio, ni de proclama, sino de esencia, cuando el aluvión cosmopolita de la inmigración arrolló al hombre nativo y enriqueció el caudal de la sociedad. Que la nostalgia del sentimiento entrañable intente volvernos a lo que fuimos, es una necesidad poética; pero, que seamos lo que no fuimos, es una realidad.

Pasó el gaucho, para quedar en la historia. Pero pasó también Francia, hace apenas poco tiempo, luego de plasmar en Montevideo el estilo de la vida universal. Uno, —la tradición—, dió al uruguayo el sentimiento, al despertar la nacionalidad. La otra, —la cultura—, modeló su espíritu. Ambos términos, sin excluírse, como la tierra y el mar, son los fundamentos de un estado singular, curiosa avidez, atalaya de los mares, que no conoce el miedo y arriesga temeridad.

¿Qué vendrá después, por las tierras, los mares y los aires? ¿No basta ya para regirse y caracterizarse el lastre que dejó la historia? El tiempo dirá lo que no es difícil presagiar como una fuerza constructiva que el mundo espera.

Sentimiento, cultura, enhorabuena todo ello. Pero, no echemos en descuido la estimación del poder, que, por no ser don del cielo, es valor de adquisición difícil, ahincada, tenaz. Poder, es tan digno como saber y amar, sobre todo y ejemplarmente, arrancándolo a la naturaleza, —al mar y las campiñas—, y cavando nuevas fuentes de riqueza.

EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA

LA UNIDAD DE AMERICA POR LA HISTORIA (1)

Todo cuanto tienda a robustecer la unidad americana, representa una sagrada faena.

No bastan, sin embargo, ni el instinto, ni el sentimiento de la unidad. Es necesario algo que la razone, esclarezca, fortifique y aliente de vida, renovando constantemente sus hondas fuentes primordiales el impulso de energía creadora. Es preciso, así, que América posea sobre el vaivén de las cosas transitorias y el huyente tumulto de los días efímeros, el espíritu fecundo de la unidad y la activa conciencia de sus finalidades.

Ni el intercambio económico, ni los pactos políticos, ni los acuerdos defensivos, ni las aproximaciones circunstanciales, alcanzan por sí solos para animar ese espíritu, ni para crear esa conciencia. Lo precario no tiene substancia para nutrir la eternidad del ser americano, ni lo material ofrece base para sostener la esencia de una personalidad colectiva que ya representa, en el concierto humano, un ademán, un acento y un estilo de vida característicos y diferenciados.

La unidad de los pueblos americanos debe ser fundamentada en motivos superiores a la fatal transitoriedad de las cosas económicas y políticas, y en razones independientes y extrañas a los intereses limitados y perecederos.

Sobre las distancias territoriales, las heterogeneidades demográficas, las disimilitudes de las influencias de cultura y las distinciones de procesos políticos, sociales y económicos, hay, en efecto, una zona en que los pueblos americanos se combinan y confunden en una compleja unidad que asemeja, por su composición diversa y su producto armonioso, la de una vasta y heroica sinfonía.

(1) Este hermoso ensayo es trasunto de la conferencia que el autor, representante diplomático del Uruguay en Cuba, dictó recientemente en la Institución Hispanocubana de Cultura. Fué dicha conferencia precedida de las elocuentes palabras que transcribimos en seguida:

«Sean mis primeras palabras de gratitud a vuestro exquisito gesto de amistad, de gozosa evocación de los días de noble camaradería que convivimos en Santiago de Cuba, y de homenaje muy sincero y merecido a quien fué, con esplendidez de esfuerzos y de afanes, animador fervoroso y cordialísimo del Cuarto Congreso Nacional de Historia. Me refiero al ilustre Presidente de la «Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales» y muy querido amigo, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring. Recojo así de aquel memorable Congreso, donde tantas y tan altas ideas se agitaron, el rico saldo moral del conocimiento personal y directo, del compañerismo efusivo y de la amistad militante con los hombres que en Cuba trabajan la misma noble materia a que he consagrado dedicación entrañable, buscan en la Historia los secretos del pasado y las claves del porvenir, y llaman a ejemplar vida futura sobre los sepulcros gloriosos de los paladines. Y fortalezco la convicción confortadora, asimismo, de que he sido fiel, de tal modo, al desideratum de que la diplomacia representa, no solamente a los

Así como se ha dicho que la unidad de la Filosofía se realiza en su historia misma, en el curso del filosofar, en el hacerse y rehacerse de su propia trama en la evolución del pensamiento, podría decirse que la unidad de los pueblos americanos se realiza también en su historia general, en el curso de sus destinos convergentes, en el modelarse y remodelarse incesantes de espíritus y temperamentos, de problemas y soluciones, en la evolución de la vida.

La Historia, como instrumento unificador, descubre, a través del proceso americano, lo común entre lo diferente, lo universal entre lo particular, lo constante entre lo transitorio, y lo substantivo entre lo objetivo de la realidad hemisférica.

Existen, en verdad, en el acontecer histórico del Continente, las notas características de la personalidad peculiar y permanente de América, Atributos del ser, del pensar y del actual continentales, surgen de la biología colectiva, definen a nuestros hombres, califican a nuestros pueblos, definen nuestra originalidad, enlazan a las muchedumbres del Norte, del Centro y del Sur en una solidaria actitud ante la vida, y custodian el acervo de ideas y de ideales de una unidad moral que, como el espíritu bíblico sobre las aguas, hace alternativamente la serenidad y la borrasca.

La vocación y la pasión de libertad, llevadas en algunos casos hasta el desenfreno de la anarquía; la tendencia a constituír y mantener el estado de derecho a pesar de todas las violencias; el sentido de la respetabilidad de la persona humana extremado hasta su magnificación en el concepto de la soberanía del hombre sobre las cosas; la noción natural e intuitiva de una democracia que no admite diferenciaciones entre los individuos por jerarquías, castas, o clases sociales; la innata rebeldía contra las formas de coacción sobre la conciencia y de imposición sobre la voluntad; el impulso instintivo a terrenalizar la justicia y a ofrecerla al pueblo en bienes tangibles y rea-

gobiernos ante los gobiernos, sino a los pueblos ante los pueblos, buscando en cada país amigo a la muchedumbre hirviente que forma su substancia, al espíritu que anima su materia, al ideal que forjó su Historia y sigue inspirando su vida, y al grupo de hombres representativos y ungidos para uno de los más elevados ministerios, que traman y recrean, en la dura agonía de cada jornada, el proceso de su cultura. En lo que me es personal, puedo afirmaros que bien fácil y agradable es mi tarea, porque nada cuesta, en verdad, reforzar los vínculos amistosos entre el Uruguay y Cuba y llegar, con el santo y seña de los sentimientos de mi pueblo, al alma profunda del pueblo cubano. Todo predispone a uruguayos y cubanos a la cordial relación: el común origen, la idéntica aspiración de libertad, el compartido respeto a los valores de la justicia, las jerarquías del espíritu y las normas del derecho, y la franca y espontánea simpatía que supera las distancias, desvanece los recelos y permite sellar en un apretón de manos el contrato moral de la amistad. Mas, esa amable imagen de amistad acrisolada y jamás interrumpida entre el Uruguay y Cuba, podría representar, asimismo, la de la amistad entre todas las naciones de América, en una hora lacerada de la Historia en que la transida esperanza del mundo se vuelve ansiosamente hacia nuestras tierras y nuestros pueblos como para hallar en el seno de estas jóvenes y vigorosas sociedades, nacidas y desarrolladas al soplo fecundo de la libertad, el preanuncio de un mejor destino venidero.»

les; la inclinación irreprimible a amar el ideal y a practicar el idealismo como un arriesgado deporte que se juega con el peligro y con la muerte; y la mesiánica entrevisión de que América ha de ser algún día magna tierra de promisión para todos los desventurados del mundo, son los elementos subjetivos irreductibles que, desde el comienzo, poseen en común los pueblos americanos, distinguen a sus multitudes de las de otros continentes, e inspiran y provocan, frente a los acontecimientos y problemas universales, sus reacciones solidarias.

Si bien se mira, esos mismos elementos puestos en acción determinan y señalan para América un papel director en el cuadro de los destinos humanos, luego que representan la garantía y, al tiempo mismo, la sublimación de los valores y fervores que constituyen la causa finalista, el impulso teleológico, el «motor inmóvil que mueve por la atracción de lo deseable», del esfuerzo civilizador.

Lo cierto es que, en todo tiempo, las muchedumbres americanas, pese a veces a conductores despistados, han tenido el sentido espontáneo y vital de su originalidad y de su unidad.

En el principio emancipador y tumultuario, los jefes y los soldados, los caudillos y los pueblos, tuvieron la sensación de la magna patria continental, gustaron de preferencia de llamarse a sí mismos americanos antes que por el nombre de sus propios países, compartieron el sueño anfictiónico de Bolívar, y mezclaron sangre y armas en las batallas por la libertad.

Hombres de todas las regiones de América, figuraron en las filas comunes de los ejércitos libertadores, como si la emancipación de cada pueblo continental hubiera estado destinada a ser una empresa solidaria. Entre los mambises del 68 y del 95, en la sierra y la manigua, militaron, como capitanes esclarecidos o soldados rasos, americanos de diversas latitudes. América, pues, desde el Norte hasta el Sur, también estuvo presente en la independencia de Cuba.

Y como ya os dijera en la sesión de clausura del Congreso, El Uruguay se asoció al ideal de Cuba Libre, honrando a Martí en el destierro, designándolo su Cónsul en Nueva York sin importarle el desafío a las autoridades españolas, e invistiéndolo, en 1891, con la calidad, que no habría podido merecer si no se le hubiera considerado hijo de la patria común americana, de delegado plenipotenciario a la Conferencia Monetaria Internacional de 1891. Y en afirmación y signo de esa preciosa suerte de interpatriotismo que existe entre los pueblos de América, Martí mismo, al emprender la sacra ruta emancipadora que los heroicos mambises rubricaron de caliente y densa sangre popular, declaró que amaba al Uruguay como a su patria y siempre se consideraría su hijo.

Permitidme ahora una pequeñas digresión que deseo dedicar a los epígonos del Apóstol, a los martianos de Cuba, entre los que se destaca con singulares relieves nuestro eminente amigo, el Dr. Roig de Leuchsenring. Sé por la tradición personal y viva de los descendientes de Enrique Estrázulas, que conocieron a Martí en Nueva York, có-

mo era el Maestro. Triste, pequeño de talla, magro, descuidado de toda presunción y modestamente vestido, sus únicos alardes eran la dignidad del gesto y la pulcritud de la presencia física. Su lujo, en realidad, no estaba fuera, sino dentro, en la limpieza del alma. Pero, si el aspecto no mostraba a primera vista nada de seductor ni de notable, su persona, en cambio, tenía algo de profético, arrobaba con la majestad de la inteligencia y el esplendor de la palabra, y provocaba en los espíritus un sentimiento de admiración entusiasta a su vida desposada con la angustia y la miseria, para servir al ideal y cumplir su misión, lejos de los bienes y las tentaciones de la tierra. Esas cardinales virtudes de sacrificio y de austeridad en tributo a un ideal y una causa superiores, las veo reproducirse en sus discípulos de hoy, que también creen como Martí que «la patria es agonía y deber», prefieren la pobreza a la regalada vida a cambio de la conciencia, renuncian a las vanaglorias de la «carrera de los honores» para cumplir altas obligaciones con su pueblo, y limpios en el exterior y el interior, como nuestro ilustre compañero Gerardo Castellanos, convierten el fecundo esfuerzo al servicio de Cuba, en la decorosa gala de sus vidas. Y pienso por ello que uno de los más grandes beneficios dejados por Martí a su patria, sea quizás —y sin quizás— el de ese núcleo moral constituído a su imagen y semejanza, que ha de renovarse seguramente a través de la misteriosa palingenesia de las generaciones, y que ha de prolongar en la sucesión de los tiempos, acendrados y fieles, el ejemplo, la lección y el mensaje del Maestro.

Esa solidaridad popular americana de que os hablaba, no desapareció por cierto al dislocarse las antiguas unidades y surgir las jóvenes naciones del Continente, como consecuencia de los movimientos revolucionarios que alborearon en 1810. A pesar de las distancias, de las dificultades de las comunicaciones, y aún mismo de rivalidades pasajeras, de conflictos episódicos y hasta de guerra internacionales que tuvieron el doloroso acento de las luchas fraricidas, los pueblos americanos no perdieron jamás la conciencia de que eran miembros de una misma familia espiritual peculiarizada con respecto a los otros grupos humanos del planeta. Toda vez que alguna razón profunda perturbó al mundo, desde la Santa Alianza hasta el presente, nuestras naciones se han unido para defender la seguridad, el honor y los ideales colectivos. Artigas proclamó en 1817, seis años antes que Monroe, que «consideraría enemigo a todo aquel que lo fuera de cualquier nación americana», y más de una centuria después, frente a los peligros exteriores y a las amenazas del despotismo, nuestros pueblos se comprometieron a hacer causa común con cualquier nación americana que fuera agredida por una potencia extracontinental. En la primera guerra mundial, nos unimos para salvar en la tierra, como decía Woodrow Wilson, los «tesoros del derecho». Y en esta segunda y tremenda conflagración que acaba de finalizar con la derrota de los agresores, también nos unimos para preservar nuestras fronteras, salvaguardar nuestras soberanías, y colaborar en el triunfo de las democracias sobre las tiranías. Todas las muchedumbres de

América vieron claro desde el primer momento y sintieron y procedieron al mismo diapasón, cuando supieron a la libertad amenazada por regímenes y sistemas que despreciaban al derecho y negaban al hombre y su dignidad. He ahí una refutación ilevantable para los falsos ciencistas que se complacen en admitir y divulgar aquella tesis de Le Bon, según la cual el régimen en cierto modo forzoso de los países americanos sería la dictadura, como si nuestros pueblos fueran indignos del sentimiento de la libertad, como si la libertad no fuera en ellos una pasión consubstanciada con el ser, y como, en fin, si no hubieran ido surgiendo, desde la segunda decena del siglo XIX, al llamado resonante de la democracia. Sólo algunas ínfimas minorías resentidas, algunos pequeños grupos claudicantes y sin descolonizar, algunos reducidos y desvalorizados sectores de adoradores enfermizos de la fuerza, fueron extraños al unánime estado de espíritu de los pueblos.

La hipertrofia del sentido histórico particular, empero, produciendo historias parciales, fragmentarias y ensimismadas, ha obstado, frecuente y desgraciadamente, a la visión panorámica y total del proceso americano, ha sobrepuesto lo diminuto a lo magno, ha escondido el conjunto tras el detalle, y ha solido avivar la ínfula de campanario en detrimento de la concepción general.

Así han prosperado algunas corrientes nacionalistas sin visión y sin grandeza, se han sobrevalorizado hombres pequeños y episodios mezquinos, y se han echado a rodar, sonoras y huecas como tambores, leyendas y fábulas que menoscaban la verdad histórica e hinchan la petulancia pueblerina.

Ese tipo de historia, o de historias, justificábase en los períodos subsiguientes a la independencia y organización de las nacionalidades americanas, cuando no había muerto el coloniaje recién abolido y había necesidad imperiosa de avivar hasta el paroxismo, para combatir las sombras del pasado, el sentimiento nacional de cada pueblo. Historias apologéticas, buscan el lenguaje relumbrante que excita la imaginación y la fantasía, suelen desmesurar hechos y personajes, complácense fruitivamente en la descripción de las batallas hasta los pormenores más deleznables, sobreponen la porción castrense de la historia a la parte civil, se enardecen en el fuego de la epopeya que no había encendido ni excitado la musa de los poetas, aspiran a infundir en los países respectivos la noción de «pueblo elegido» o «pueblo extraordinario», y ocultando, o violentando en veces lo que hubo de genuinamente humano en cada héroe, o negando absurdamente sus terrenales errores, si los tuvo, pretenden poblar los olimpos patrios de extraños semidioses inaccesibles a la multitud. El mantenimiento de ese estilo historiográfico, que aun satisface a muchos espírtus, está fuera, a mi juicio, del horario de nuestro tiempo. Explicable en los años en que América debía superar las últimas consecuencias de su primer conquista, y enfrentar y vencer el intento de segunda conquista espiritual y financiera por los hombres, los capitales, las ideas y la técnica de las inmigraciones del siglo XIX, a

fin de no transformarse en poli-colonia de la economía ajena y del exotismo intelectual, no puede conservarse en los días en que los pueblos americanos han consolidado, tanto en lo político como en lo cultural y económico, sus personalidades nacionales.

Por lo demás, ese estilo historiográfico, así como la pedagogía que inspiró, eran obra de la cultura foránea sin decantar. Al instaurarse los estados nacionales y surgir en Europa, con ellos, la política y las guerras internacionales, después de la llamada Edad Media, aparece también el espíritu nacionalista de la Historia como réplica, o antinomia, por mejor decir, del sentido de la vida de la comunidad cristiana medioeval y de la «*inmensa romana pacis majestas*» que loara el más sabio de los Plinios. Los años y las peripecias de la vida europea desenvuelven, incrementan e irritan ese espíritu. Las historias se componen para ser recitadas en las groseras liturgias del patrioterismo inflamado y agresivo y se destinan a arrancar resplandores guerreros a las armas que se cruzan en las auroras del odio y las primaveras de la sangre; imparten una apasionada enseñanza de rencores remotos y de venganzas inextinguibles; se alimentan de la aspiración tenaz y falaz de obtener «la fuerza en el interior por el aislamiento del exterior; y prefieren la crónica militar, los anales «*ad usum delphini*» y las biografías al rojo vivo de los héroes, los paladines y los mártires, a la historia de las instituciones, de la evolución del derecho, del desarrollo de las ideas, del desenvolvimiento progresivo de la razón pública, de las creaciones artísticas, de las transformaciones económicas, de las conquistas científicas y de las gestas de las multitudes en pos de ideales de libertad, de bienestar y de justicia. La admonición de Voltaire, para que los historiadores escribieran historias de la sociedad y la civilización, la sugestión del término «Filosofía de la Historia» que él mismo creara, y su propio ejemplo en la historia de «El Siglo de Luis XIV», resultaron casi siempre vanos en su época y después de su época. También fueron infortunadamente estériles, en la mayoría de los casos, los esfuerzos de los Congresos contemporáneos que predicaron una reforma de la pedagogía de la historia. Y fueron baldíos, igualmente, los afanes de los pensadores y conductores de la Europa posterior a 1918 que, igual que Hegel compuso su «Fenomenología del Espíritu» al retumbar de los cañones de Jena, levantaron su fe en la ciencia, la inteligencia y la civilización al fulgor siniestro de las llamaradas aún ardientes de la primera guerra mundial. Los historiadores europeos siguieron diciendo, como Henri de Tritschke, que escribían para sus pueblos. Y así como Arístides Briand pudo creer que eran los maestros de historia de Prusia quienes habían ganado la btalla de Sedán, podrían afirmar ahora que fueron los profesores de Geopolítica —pseudo historia mezclada con pseudo sociologa y pseudo antro-geografía— quienes llevaron las juventudes de Alemania a la agresión, la inmolación y la derrota.

Fuera de lo dicho, aquellas historias apologéticas y tantos otros

libros necios que se editan en nuestros días, reducen con exceso el contenido de la historia, no atienden sino superficialmente la acción de las secretas fuerzas del pensamiento y la obra de los factores sociales, se pierden en prolijidades eurísticas y en detalles de mezquina erudición, dejan de ver en el pueblo al principal protagonista de la historia del Continente, y obstan al desarrollo del sentimiento de unidad entre las naciones americanas.

Respondiendo a recomendaciones de Congresos y Conferencias, y especialmente de la VII Conferencia Panamericana reunida en Montevideo en 1933, de la Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires en 1936, y de la de Cooperación Intelectual efectuada en Santiago de Chile en 1938, se han suscrito últimamente numerosos tratados bilaterales y diversas convenciones multilaterales destinados a fortalecer la unidad y la paz entre los pueblos americanos, por el procedimiento de la testación o eliminación de los textos de historia y geografía de las expresiones injuriosas, inconvenientes, o molestas para un país. Reconozco la noble intención de dichos instrumentos internacionales, pero no creo que el medio escogitado sea el de mayor y más trascendental eficacia para los fines perseguidos. Confieso, por lo demás, que siempre he sentido cierta aprensión de que, en la depuración de los textos históricos, la mano que derribe la fronda parasitaria o viciosa, pueda derribar también la vida de la planta; que la verdad —fin, objeto y magisterio de la Historia— pueda caer junto a la hojarasca que oculta el tesoro de eternidad que se guarda en cada uno de sus frutos; y que, al socaire de aquellos tratados y convenciones, prolifere una desabrida literatura histórica, como de medida para divagadores y para necios, que a la postre no sirva ni a nuestra paz, ni a nuestra unidad, ni a nuestra vida. En todo caso, el levantado propósito que aspira a depurar los libros históricos de los vocablos gruesos y de las expresiones duras, podría hallar en una resolución análoga a la que don Julio Casares presentó a la Liga de las Naciones, el cauce propicio de su feliz realización. Casares, «por ello se colocaba en la justa medida», —limitó su iniciativa a la rectificación de los errores de hecho—, los cuales debían extirparse mediante conversaciones que, bajo la autoridad del Instituto de Ginebra, «entablarían los países, dos a dos, para obtener la corrección de los manuales escolares en el caso de que éstos suministrasen a la juventud indicaciones inexactas sobre otro país», —como afirma Eduardo Herriot. Bajo la cúpula y el signo de la «Unión Panamericana», por ejemplo, cualquier pueblo de América afectado por la literatura de un manual de Historia, podría discutir con los representantes del otro pueblo en que dichos textos se difunden, las razones por las cuales demanda se corrija y se subsane la descripción defectuosa, o el calificativo injusto que lo perjudica.

Para reconocernos en la imagen de nuestra propia comunidad, identificarnos en la noción de nuestro destino solidario y congregarnos al llamado de nuestro genio colectivo, los americanos precisamos

una historia que, sin abdicar de la verdad, nos revele las profundas razones que nos estrechan en el conjunto homogéneo de una misma civilización, una sola unidad moral y una única empresa política.

Ha habido, sin duda, nobles esfuerzos tendientes a superar los lindes de las historias particulares y a reconstituir el sentido general de la Historia de América.

Pero, intentados por un solo autor, o por varios historiadores de distintas nacionalidades americanas, desconectados entre sí, han carecido de la eficacia perseguida.

En el primer caso, el historiador acumula datos e informes de segunda mano, repitiendo muchas veces errores revisados y desechados por críticos para él desconocidos, y se inclina a dilatar y magnificar, a causa quizás del mayor dominio del tema, la parte correspondiente a los sucesos y hombres de su país. Algunos libros de este tipo, perjudican más que sirven y benefician al desiderátum de la unidad continental por obra de la historia.

En el segundo caso, los autores se limitan a sus pueblos respectivos, encerrados dentro de vigiladas fronteras espirituales, y por tal razón la que pudo y debió ser una Historia General de América, redúcese y rebájase a una colección de historias deshilvanadas y parciales.

Falta, pues, la obra de historia concebida y escrita con amplio y complejo sentido americano, que reúna y coordine los fenómenos particulares de cada país en una continua hechología continental, precise las influencias que unos pueblos ejercieron sobre otros, demuestre las corrientes de ósmosis y endósmosis espirituales que han circulado recíprocamente entre naciones y regiones, y revele que ha habido en América desde el principio remoto, a través de tumultos, disociaciones y divergencias formales, un alto ritmo de integración y de unidad.

Esa obra serviría al conocimiento de nuestro pretérito, a los fines de nuestra realidad presente y a nuestro porvenir, luego que el historiador que lo sea cabalmente, como decía Terán, «debe saber ver en el curso de agua que se insume estéril y un día destruyó la ciudad cuyas ruinas contempla y cuyos anales ha trillado, un destino de reconstrucción y florecimiento». Del pasado sale el futuro, podemos decir sin vacilar como el astrólogo Anselmo a Juana, la reina medioeval de Nápoles, en los «Diálogos de los Muertos» de Fontenelle. En tal forma, la historia dejaría de ser «vasto cementerio» que se ha dicho para atribuirle esterilidad; serviría a la vida y al ideal colectivos de América; y realizaría el desiderátum de estimular, como quería Guyau, la corriente de energía de las creaciones.

¿Tendrían que desaparecer, ocultarse, naufragar en esa obra general de historia, las historias nacionales de los pueblos americanos y sus hechos característicos? Como la historia no puede ni debe perder su carácter venerable y antiguo de «maestra de la vida», ni las naciones, ni sus circunstancias, ni sus accidentes, ni sus episodios par-

ticulares, podrían periclitar hasta desvanecerse en los horizontes profundos de la obra preconizada. Mas, en el orden del libro histórico-común que se propicia en estas palabras, los países, con sus historiales y sus hechos, no aparecerían para rutilar ensoberbecidos y solitarios, sino para mostrarse en toda la intensidad de sus relaciones mutuas y sus influjos recíprocos, pues que, históricamente, los sucesos y las cosas no tienen importancia en sí mismos. Como decía Broocks Adams, «lo que importa en la Historia no son los hechos, sino las relaciones y repercusiones de los hechos entre sí». La historia de cada pueblo americano, de tal modo, acusaríase como un proceso conexionado con el proceso general de la historia de América, como un sonido que se une con otros sonidos en el conjunto de una sinfonía, como un color que se integra en la unidad cromática de la luz solar. Pueblos y hombres continentales, de ayer y de hoy, unificaríanse activamente en esa historia general de América, igual que los ríos que reúnen sus caudales fluídos para producir el prodigio cósmico de los océanos.

Valdría la pena atreverse a razonar el estilo de elaboración de obra semejante, que podría ser el tema de algún trabajo de largo aliento que atrae, desde ahora, a la voluntad y al espíritu con irresistible fuerza de simpatía.

Dígase por el momento que los Congresales de Historia podrían tomar una iniciativa enderezada a que las Comisiones de Cooperación Intelectual, o las Academias, o los Institutos Históricos de cada país, designaran de su seno comisiones de investigación interamericana de la Historia, con progresivo sentido de lo particular hacia lo general, en forma de metódico avance de lo nacional hacia lo regional, y de lo regional hacia lo continental, que representaría la síntesis, la cúspide y la victoria del esfuerzo solidario.

América dejaría, así, de ser una vaga entidad que se apaga o resplandece según el curso de los sucesos políticos, para convertirse en el mensaje vibrante del destino manifiesto en la conciencia de cada uno de los pueblos y el corazón de cada uno de sus hijos.

No se me ocultan las dificultades del esfuerzo, pero, ellas mismas, excitan el vivo deseo de superarlas y vencerlas.

Hora férvida y llameante la que vivimos, no consiente el ademán superfluo, ni el gesto vano, ni la declamación estéril. Hora de trabajadores y de edificadores, en ella no pueden adquirir realidad ni formas, ninguna disimulada manera del ocio y ninguna pérfida excusa de la holganza que se adormece al canto polirrítmico de las palabras sonoras. Edad de la sombra, de la noche, de las tinieblas, deberíamos llamar los americanos, al tiempo en que vivíamos respirando vocablos como balones de oxígeno, ya que la idolatría al verbo inútil no es inferior a los idolatrismos que caracterizaron «la era de la oscuridad» en las tribus de la Arabia. Pensemos que las chispas que surgen armónicas de los contactos de la acción y de los choques de la vida, son las únicas que pueden darnos una edad que sea

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - DEPARTAMENTO DE DOCUMENTACION Y BIBLIOTECA

como la contrafigura de la otra. Apresémosnos, pues a «hacer las cosas en vez de declamar sobre ellas», en este instante en que el nombre de América fulgura en el mundo como un inmenso resplandor.

NELSON GARCIA SERRATO

LA INSTRUCCION PUBLICA Y LAS ESCUELAS INGLESAS EN MONTEVIDEO (1845-1861) [1]

La instrucción primaria en la República del Uruguay, hasta la llamada Reforma Valeriana en 1877, se desarrolló en condiciones precarias, por no decir indigentes, no obstante algunas espaciadas resoluciones gubernativas. Baste asentar que a mediados del siglo, para una población de campaña de 129 mil habitantes, sólo existían 30 escuelas (18 de varones y 12 de niñas) con 899 alumnos. Consecuencia fué ello del estado general de cosas y, en medida sensible, de la situación política que atravesó el país en medio de frecuentes convulsiones, a veces cruentas.

Por eso más de notar es la obra realizada por hombres patriotas como aquel prócer que fué el Vicario Dámaso Antonio Larrañaga, en 1821, (llamémosle el Padre Larrañaga según así gustaba él que le llamaran) y como más tarde aquellos ciudadanos comprensivos que fundaron, en 1847, en plena Guerra Grande, el Instituto de Instrucción Pública, en el cual figuraron nombres ahora ilustres en la historia nacional: Florentino Castellanos, Luis José de la Peña, Francisco Araúcho, Esteban Echeverría, Manuel Herrera y Obes, Joaquín Requena, Andrés Lamas, Cándido Juanicó, José Gabriel Palomeque, entre ellos; orientales y argentinos reunidos en el noble pensamiento.

Aquel se esforzó, hasta lograrla, en la instalación de la escuela lancasteriana, ya organizada en Buenos Aires, y éstos se preocuparon de penetrar en la complejidad del problema social, que era para el país la instrucción de su pueblo y de buscarle la necesaria solución.

Fué el Instituto el que en 1855 resolvió destacar a su Secretario en una gira por todo el territorio, a fin de informarse e informar luego ampliamente sobre el estado de la educación popular en sus distintas faces. Esa labor fué llevada a cabo y el Secretario del Instituto, que lo era el Dr. José Gabriel Palomeque, expuso con vivos colores la situación de la enseñanza, pobre y desamparada de los más elementales recursos como carente de toda norma de adecuada organización administrativa, financiera y pedagógica.

Pero no se limitó a eso el informante, sino que concretó con precisión y amplitud de vistas, en 14 conclusiones, todo un programa de reformas que fué aprobado y que no pudo realizarse, por desgracia, debido a causas ajenas a la voluntad de aquellos hombres. Abar-

(1) Este artículo fué escrito como ampliación de las disertaciones radio-eléctricas del mismo autor trasmitidas el 12 de Junio y 21 de Diciembre de 1945, por la «Emisora Monumental» a solicitud de la organización «La Marcha del Tiempo» que dirige el Dr. Manuel A. Barraza con la colaboración de la Sra. R. B. Lewis.

caban tales conclusiones, como puntos salientes; la obligatoriedad y la reglamentación de la enseñanza; la educación de la mujer; la organización de una Inspección General; las rentas escolares propias; la instalación de la escuela normal; la ley de instrucción pública.

«Ese mismo programa», dice el conocido historiógrafo de la escuela en el Uruguay, don Orestes Araújo, «fué el que más tarde pondría en práctica el malogrado José Pedro Varela, imprimiendo a la escuela nacional esa marcha ascendente que constituye hoy uno de los mejores prestigios institucionales del Uruguay».

Otro reputado escritor uruguayo, Alberto Lasplaces, ha dicho últimamente en su *Vida admirable de José Pedro Varela* que aquel trabajo del Secretario del Instituto de 1855 «puede estimarse como el más amplio y completo de los realizados en aquellos tiempos en materia de orientación de la instrucción popular.»

No está demás recordar que don Alberto Gómez Ruano, al organizar la Sección histórica del Museo Pedagógico del que era Director, solicitó para incorporarlo a su fondo documental, el Informe autógrafo del Dr. José Gabriel Palomeque así como su retrato, teniendo en cuenta que «fué el primero que aconsejó a los poderes públicos la difusión de la enseñanza primaria y sobre todo su organización, pidiendo a todo trance el aumento de escuelas y el planteamiento inmediato de una escuela normal destinada a preparar cuanto antes un cuerpo docente idóneo y digno de comprender y desempeñar su civilizadora misión. También fué él quien tuvo la clarividencia de que el país necesitaba un *brazo robusto, inteligente y enérgico* (1), capaz de llevar a feliz término la preciosa aunque pesada e ingrata carga de una reforma radical y duradera en nuestro régimen escolar de aquel entonces. Veinte y cinco años más tarde, para llenar ese vacío, surgió la luminosa personalidad de José Pedro Varela. Con razón se ha dicho que el que da una verdad al espíritu del pueblo, hace una limosna eterna a las generaciones del porvenir.» (2).

*
* *

La escuela privada había contribuído en muy señalada medida a suplir en la capital de la República, la acción de las autoridades en la fundación y sostén de establecimientos de enseñanza. Las escuelas públicas estaban en notable minoría. Igual aspecto asumió el problema educacional en la República Argentina, en Buenos Aires y la Provincia de su nombre. La escuela privada suplió las deficiencias de la acción gubernativa. El número de las escuelas privadas llegó

(1) Palabras del Dr. José I. Palomeque en su *Informe*.

(2) Carta de don Alberto Gómez Ruano al Dr. Alberto Palomeque, fechada en 12 de Setiembre de 1901 y publicada en *El Siglo* de Montevideo, del 14 de Setiembre de 1901.

a superar enormemente el de las escuelas oficiales. Fueron ellas verdaderos baluartes contra la ignorancia, beneméritas por eso, hasta que en 1872, bajo la égida de Sarmiento, se dió el impulso reclamado a la educación popular y sus escuelas comenzaron a multiplicarse llenando así el Estado una de sus funciones específicas ((1)

Aquí en Montevideo, entre esas escuelas privadas deben citarse las religiosas: de los jesuítas, franciscanos y escolapios, famosa ésta con Don Pedro Girált al frente, así como las laicas de Juan Manuel Bonifaz, Cayetano Ribas, José María Cordero y Mariano Pereira para no citar más.

A mitad del siglo anterior, se incorporaron algunas escuelas inglesas, primarias y secundarias, que atrajeron a niños de la sociedad pudiente en razón del prestigio que les acordaba su origen europeo, fundado en la mejor preparación de su magisterio, su mayor disciplina y el conocimiento del idioma foráneo que suministraban, concepto éste que todavía prevalece en muchos padres de familia (2).

Las escuelas inglesas han tenido en toda época buena reputación en el Río de la Plata y no está fuera de lugar en esta ligera glosa, recordar que fué un sistema británico el que hizo dar un paso de adelanto a la difusión de la enseñanza por medio de la incipiente escuela primaria en estas naciones de América: el sistema de la enseñanza mútua, consistente en preparar a los mejores alumnos a quienes, con el nombre de monitores, se encomendaba luego la misión de impartir las enseñanzas a los demás alumnos, multiplicándose de tal manera la acción docente de los preceptores, nada abundantes, por cierto, en aquellas épocas. Llevado el sistema por Andrés Bell de la India a Inglaterra y adoptado, aunque con algunas variantes, por el cuáquero José Lancaster (de ahí el nombre de sistema lancasteriano) fué difundido por éste en la América del Norte. Más tarde, otro súbdito inglés, el filántropo Diego Thompson, colaborador y propagandista de Lancaster, introdujo el sistema en nuestra América meridional viniendo en 1820 hasta Buenos Aires, donde llegaron a 100, en el año 1826, con más de 5.000 alumnos, las escuelas regidas por el mismo sistema.

De Buenos Aires fué traído en 1821, en plena dominación portuguesa, por obra del Padre Larrañaga, como se ha mencionado, para ser implantado con carácter oficial en las escuelas hasta 1840. A ese efecto organizóse la famosa «Sociedad Lancasteriana» cuyas actas y reglamento se conservan en el Museo Pedagógico de esta ca-

(1) Es interesante consignar la estadística. En 1830 existían en la Provincia de Buenos Aires 75 escuelas privadas y 39 públicas; en 1860, eran 205 las privadas y 126 las públicas: en 1872 las públicas fueron ya 283 y las privadas 278 y en 1932 alcanzaban a 2.177 las escuelas del Estado mientras que las particulares eran solamente 296.

(2) Existían asimismo establecimientos franceses de enseñanza. Es notorio que los residentes franceses alcanzaban un número muy superior a los ingleses en la población de Montevideo. Según los *Apuntes Estadísticos* del Dr. Andrés Lamas, en 1843 habitaban en Montevideo 606 ingleses y 5.324 franceses.

pital y que constituyen preciosos documentos para la historia de la instrucción primaria en el país. Demostró el Padre Larrañaga con aquella iniciativa la amplitud de sus vistas y de su criterio, ya que el sistema había tomado origen en hombres de otra procedencia religiosa.

Añadiré que Lancaster y Thompson divulgaron el sistema por los países del Pacífico, —en el Perú prohijado por San Martín—, hasta Colombia a donde el primero fué llamado por Simón Bolívar. (1)

*
* *

Entre las primeras escuelas inglesas de que tenemos noticia, se encuentran: el *Colegio Inglés* de John B. Lennon que funcionaba ya en 1845 (2); el *Seminario Inglés (English Seminary)* que dirigía Joshua Negrotto, en 1846, luego llamado *British School* (3); la *Escuela de Niñas (Girl's School)* en 1850 (4); el *Instituto de estudios del idioma inglés* de Guillermo Geary, en 1851 (5); el *English Seminary* de Mrs. Byrnes, en 1852 (6); y el *Colegio Inglés* de Mr. William Rae, fundado según creemos entre 1856 y 1858.

Tiene interés dar una idea de la orientación impresa a esos establecimientos de enseñanza; percibiremos en los enunciados planes de estudio de algunos de ellos, una tendencia a alejarse de las viejas normas de la enseñanza mnemónica, y de la pasividad receptiva del alumno, significando de tal modo esa reacción un verdadero progreso en los métodos pedagógicos, a más de la finalidad educativa y no sólo ilustrativa de la escuela.

Mr. Lennon, por ejemplo, después de referirse a la elevada misión del maestro, a la necesidad impuesta a los padres de no economizar en la educación de los hijos, no haciendo «perecer su inteligencia y empobrecer su corazón para poder dejarles una fortuna», decía:

«Convencido de la verdad de estas observaciones, el Sr. Lennon se ofrece como educador de la juventud y se permite asegurar a aquellos que le confíen la educación de sus hijos, que él nunca deja

(1) El Dr. Alberto Palomeque ha historiado la escuela lancasteriana en el Río de la Plata y en América del Sud en su estudio «El ambiente educacional y el Dr. D. Jaime Estrázulas» publicado en *El Día* de Montevideo del 9 de Noviembre al 25 de Diciembre de 1896.

(2) El colegio de Mr. Lennon se instaló primeramente en la Calle Misiones Nº 177; después, en 1850, se trasladó al Nº 194 de la misma calle.

(3) Se hallaba establecido en la Calle de las Cámaras Nº 132 y después en la Calle 25 de Mayo Nº 50.

(4) Estaba en la Calle 1º de Mayo Nº 61, cerca del Fuerte.

(5) Sito en la calle 25 de Mayo 76.

(6) En la calle Buenos Aires entre las de Cámaras y Cerro. El perímetro de la ciudad era entonces reducido; de ahí la proximidad de las escuelas entre sí, como puede notarse. La ciudad nueva recién se desarrollaría años después de la Guerra Grande.

de infiltrar en la mente de la juventud ideas de superioridad moral como base de una honradez que ninguna adversidad podrá destruir.

«Aunque por la naturaleza del medio comercial en que se encuentra el Sr. Lennon, su ocupación debe consistir por fuerza, principalmente, en impartir un conocimiento meramente verbal, la instrucción incluirá, sin embargo, todo aquello que tienda a ampliar las ideas da la juventud en todo lo que se considera como esencial en el mundo físico y moral.

«Junto a la instrucción particular de los alumnos, el Sr. Lennon desea dar ocasionalmente breves lecturas sobre asuntos de arte o ciencia, que entran en la esfera de la educación general; y al proceder así, quiere cuidar de ejemplarizar y simplificar sus ideas sobre cada asunto, de manera tan clara como pueda concebirlo la capcidad más indolente.» (1)

El curso común de educación comprendía: lenguaje inglés, «el más aprobado en su dicción, el más correcto en su acento y enunciación»; español, francés, aritmética, teneduría de libros, geografía, declamación, etc. Las clases de inglés eran diarias, de mañana y de tarde. También el latín y el griego eran enseñados en mira a preparar a los jóvenes para los clásicos más elevados.

Hay que agregar que la señora de Lennon tenía a su cargo una escuela preparatoria para niños y niñas de tierna edad.

En cuanto al *Seminario Inglés (English Seminary)* que regenteaba Joshua Negrotto, éste, al participar su traslado a una casa más amplia y confortable, exponía:

«En este establecimiento se les enseña a los alumnos no simplemente a nutrir su memoria con las ideas de otros, sino a pensar y reflexionar por si mismos; y de ahí que sus aptitudes naturales y sus facultades intelectuales sean despertadas, estimuladas y llamadas a la acción. Frecuentes interrogatorios son introducidos en forma variada, de tal manera que detengan su atención y les sugieran el ansia de saber. Por eso en lugar de un conocimiento muerto en la cabeza, habrá vida sensible en el corazón, lo que invariablemente engendra amor y vivo interés por su propia educación.»

Y agregaba esta prudente advertencia: «Los padres y tutores pueden estar seguros que se da estricta satisfacción al adelanto intelectual y moral de sus niños tanto como a su bienestar. No se infligen castigos corporales; más aun, tampoco se intenta aplicarlos a los refractarios y desobedientes.» (2) Significaba esto también un progreso contra el procedimiento de los castigos corporales, hoy re-

(1) Publicación en inglés aparecida en el *Comercio del Plata*. Montevideo. 18 de Octubre de 1845.

(2) Publicaciones en inglés aparecidas en el *Comercio del Plata*. Montevideo 30 de Diciembre de 1846 y 20 de Octubre de 1847.

conocidamente antipedagógico y que no obstante hemos visto prolongado, en algunos casos, hasta cerca de nuestros días. (1)

Las materias comprendidas en el plan de estudios eran: lectura, escritura, aritmética, gramática, geografía, estenografía, uso de los globos, geometría, historia antigua y moderna, mitología, música vocal, francés, latín, griego, música instrumental dibujo y gimnasia. Estas seis últimas materias a cargo de maestros especiales acreditados.

A las jóvenes se les enseñaba costura y labores de fantasía.

Con respecto a la Escuela de Niñas (*Girl-s School*) allí se enseñaban los ramos usuales de una sencilla educación inglesa (2).

No entra en nuestro propósito detenernos a desarrollar las observaciones de carácter social y pedagógico que estos planes sugieren. Es ésta una simple reseña trazada para una disertación que tuvo el exclusivo objeto de difundir antecedentes históricos, algunos de los cuales reputamos novedosos y que podrían servir, tal vez mañana, para una historia integral de la cultura en esta margen del Plata.

*
* *

Queda por referirnos al Colegio inglés de Mr. William Rae, que estaba situado en la calle Ituzaingó esquina Sarandí, donde se encuentra actualmente el Hotel Pyramides.

William Rae era un eximio educador, de origen inglés, dotado de virtudes enérgicas. Abría sus clases, —relata el Dr. Alberto Palomeque, que fué uno de sus discípulos de 1859 a 1861, — a las 9 de la mañana y terminaba sus tareas a las 4 de la tarde, o sea el clásico horario inglés. Quedaban con él solamente los penitenciados y entonces sacaba a luz un bultito que contenía un pequeño pan francés, convertido en sandwich. Hacía traer por uno de los alumnos un ja-

(1) Es bueno recordar que ya en el Reglamento de la Escuela Lancasteriana de 1821, figuraban proscriptos los castigos corporales que «se oponían», decía, «a la dignidad del hombre».

(2) En la misma época de que tratamos funcionaban en Montevideo otras escuelas privadas en las cuales se enseñaba inglés; entre ellas: la *Escuela de Lenguas y Comercio,* de Agustín de Velasco; el *Colegio de Humanidades,* de Vargas, Cabré y Mendoza; el *Colegio Oriental* de Juan Manuel Bonifaz, ya citado; el *Colegio de los PP.Escolapios* fundado en 1836, también mencionado; el *Colegio Montevideano* de Angel Costa; el *Colegio del Uruguay* de Carlos Clarmont y Alberto Larroque; el *Colegio de Estudios Comerciales* de José I. de Mula; el *Colegio Oriental de Señoritas,* de Gabriela Bellon; el *Colegio de Señoritas* de Camilo Rancé y Eulalia Martí de Ransé, cuya clase de inglés la dictaba el profesor Guillermo Fergueson. En el *Gimnasio,* luego *Colegio Nacional,* fundado por el benemérito Don Luis José de la Peña e incorporado a la Universidad, también figuraba el idioma inglés en el plan de estudios. Además varios profesores daban clases particulares de idiomas, especialmente de inglés y francés; entre estos: Mariano Rodríguez Palmer, quien pregonaba un método oral particular para el rápido aprendizaje del idioma; Enrique Bradish, que hacía 28 años enseñaba inglés en el país y Federico Mogador que enseñaba por el *nuevo* método Ollendorf. Este último fué nombrado, en 1853, profesor de inglés en la Universidad.

rrito de agua, llamada por él *Adan's wine* (vino de Adán) y delante de ellos, sometidos así a una especie de suplicio de Tántalo, recién almorzaba.

Era sobrio, recto, honrado e inteligente. Poseía un carácter fuerte y violento a veces. De ahí que castigase *de hecho* a los que cometían faltas graves, con las que no transigía. Ese procedimiento hoy reconocidamente antipedagógico y que hemos visto prolongado hasta cerca de esta época, sufrió transformación a causa de un incidente serio acaecido con un hijo de don Francisco A. Gómez, personaje difundido en la vieja sociedad de Montevideo. Fué aquel un episodio muy conocido y comentado que tuvo su trascendencia en el ambiente reducido de la capital de entonces.

El joven Francisco R. Gómez inquieto y travieso, de genio vivo, a estar a la tradición trasmitida por personas de su familia y de su amistad, había cometido sin duda una falta muy grave, pues tuvo como sanción un castigo corporal excesivamente severo al parecer, que llenó de lógica indignación al padre del alumno, provocando una reacción violenta de su parte. En efecto, don Francisco A. Gómez se proveyó de un bastón y se encaminó al Colegio de Mr. Rae a quien no sólo increpó sino que retribuyó los golpes recibidos por su hijo con otros tantos bastonazos hasta romper el arma contundente sobre el cuerpo del maestro. (1)

WILLIAM RAE

Aquel desagradable suceso tuvo al principio graves consecuencias para Mr. Rae; pero sirvió luego como factor de moderación, de transformación en los procedimientos, según hemos dicho.

El incidente motivó la clausura del colegio. Pero era tal el aprecio que no obstante, se le conservaba a Mr. Rae, que los padres de

(1) Don Francisco R. Gómez, a quien hemos conocido en nuestra mocedad, era un hombre con un don singular de simpatía por sus maneras llanas y joviales, dentro de un carácter de esos que llamamos de una sola pieza. Había nacido en 1842, de don Francisco A. Gómez y doña Josefa Brito. Su padre era uno de los 21 hijos de don Roque Antonio Gómez y doña Rita Calvo, entre los que estaban los generales don Andrés Gómez y don Leandro Gómez así como don Juan Ramón Gómez, para no citar más que a los que marcaron huella en

familia firmaron una solicitud intercediendo para que se le permitiera el ejercicio de su magisterio. Y así sucedió para bien de la educación de sus alumnos. (1)

Enseñaba en inglés exclusivamente y algunas materias las amenizaba con el canto, como por ejemplo, el análisis gramatical, que él denominaba *Lexicón A*. Consistía éste en la descomposición de la oración dada por escrito el día anterior, siendo obligación de los alumnos llevarla analizada en cuadernos confeccionados por ellos mismos con papel de oficio. Este nunca debía tener dobladas las puntas de sus hojas, lo que él denominaba *orejas de burro*.

No daba premios al final del año lectivo. En cambio tenía instuído en esa época el *Veredicto Escolar*, que luego andando el tiempo, en 1890, se consagraría como una evolución moderna, en la célebre *Escuela de Elbio Fernández* de la *Sociedad Amigos de la Educación Popular* de Montevideo.

Ese veredicto lo pronunciaban los alumnos. Votaban, con absoluta independencia, por dos de los compañeros que se habían distinguido durante el curso: el uno por su conducta y el otro por su aplicación. Para la moral estaba destinada una medalla de oro y para la ilustración, una de plata. Cómo distinguía bien el sabio maestro!

El pueblo nunca se engañó, expresa en un capítulo inédito de sus «Recuerdos de mi generación» el Dr. Palomeque». «Una vez, sin embargo», agrega, «Mr. Rae vetó el veredicto, pues se reservaba ese derecho. La opinión pública había sido viciada por el caudillaje formado de tiempo atrás. El maestro se había apercibido y con su veto mató el germen del mal. La medalla de oro fué así adjudicada al joven Francisco A. Lanza. El tiempo se ha encargado de demostrar que Mr. Rae tenía razón en contra del caudillismo. Ahí estuvo la vida intachable de Pancho Lanza, como le llamamos, probándolo, moviéndose él en medio del ambiente nacional y de la sociedad inglesa que siempre cultivó». A este respecto cabría mencionar que don Francisco A. Lanza perteneció durante muchísimos años a la compañía inglesa del Telégrafo Platino-Brasilero, desde su fundación en 1873, propulsada por John Oldham, el Barón de Mauá y Don Andrés Lamas, llegando a ser Director General de las líneas del interior y apreciadísimo por los Directores de Londres.

«En cambio el que era caudillo en la escuela, siguió siéndolo en su vida, sin dejar ejemplo digno de imitar a su prematura muerte.»

Qué lecciones de democracia práctica!

las páginas de la historia militar y política de su país. Casado don Francisco R. Gómez con doña Mariana Cibils Buxareo, fué el jefe de una familia de distinción en el medio social montevideano, de un señorío no por sencillo menos reconocido por su tradicional arraigo y prolongado en los amables aspectos de la convivencia de las gentes.

(1) El Dr. Eduardo Acevedo en sus *Anales Históricos del Uruguay*, dice: «Entre los colegios extranjeros se destacaba por la amplitud de su programa y la seriedad de su disciplina la Escuela Británica dirigida por don Guillermo Rae.» Tomo II, pág. 376 de la obra cit.

*
* *

El colegio inglés de Mr. Rae provocó emulaciones. Desde 1836 existía en Montevideo el Colegio de los PP. Escolapios dirigido por Don Pedro Giralt, como se ha dicho y Don Joaquín Riba. Llegó este colegio a crear fama; por él desfilaron varias generaciones de niños y jóvenes de familias tradicionales del país (1).

En 1853 fué trasladado este colegio a la calle Sarandí 233, muy próximo así a la sede que tuvo el de Mr. Rae. Esa proximidad contribuyó a crear emulaciones, por no decir rivalidades infantiles, entre los alumnos de uno y otro instituto de enseñanza. Cuenta la tradición, —tan reveladora de costumbres perdidas, de circunstancias singulares que aclaran episodios históricos o explican una época, — que esos alumnados concretaron su emulación en sendos dichos en pretendidas rimas; así los alumnos de Don Pedro Giralt propalaban:

«Pan, vino y pejerrey.
Para los burros de Mister Ray».

Lo que era contestado en el mismo tono festivo por los aludidos con este otro pareado.

«Pan, vino y apio
Para los burros de los Escolapios». (2)

Tales ingénuas expresiones no pasarían de ser desahogos de espíritus juveniles en una simpática puja de estudiantes, que no lograría perturbar la convivencia de aquellas generaciones, que no pasaron en vano por esta tierra, hoy ¡loado sea Dios! tierra de libertad en el orden.

*
* *

El prestigio adquirido por Mr. Rae como profesor de inglés hizo que el Consejo Universitario le designara para formar la mesa examinadora en las pruebas finales de los alumnos de esa materia, del *Colegio Nacional* incorporado a la Universidad.

En cierta oportunidad no pudo, a pesar de su deseo, desempeñar la honrosa comisión. Se opusieron sus creencias y prácticas religiosas de protestante. Le decía al Secretario de la Universidad excusándose «que en esta ocasión me hallo impedido por mi creencia religiosa que no me permite ocuparme en asuntos seculares, el día Domingo (el 11); a no ser en caso de necesidad.» (3)

(1) Entre los alumnos de los PP. Escolapios también estuvo en los años de su primera infancia, el Dr. Alberto Palomeque.

(2) Era alumno entonces de los PP. Escolapios quien fué después el ingeniero Don Rodolfo de Arteaga, distinguido ciudadano, cuya prestancia tanto evocaba la de los hidalgos de la noble España. Debemos a la deferente atención de su hijo el ingeniero Don Juan José de Arteaga la referencia anotada.

(3) Carta de Mr. Rae al Dr. José Gabriel Palomeque, Secretario de la Universidad de Montevideo, fechada el 7 de Diciembre de 1859, en nuestro archivo.

Era, se ve, cumplidor estricto de esa práctica religiosa como tantos de sus connacionales.

El conocimiento del idioma inglés que supo trasmitir Mr. Rae a sus alumnos resistió al tiempo y en cuanto a sus enseñanzas morales, realzadas con el ejemplo, empezaron a modelar el carácter de ciudadanos como Lucio Vicente López, Omar Landívar, los ya nombrados Alberto Palomeque, Francisco A. Lanza, Alejandro Zumarán y otros. Todos ellos guardaron del maestro un recuerdo imperecedero. De nuevo orientales y argentinos juntos!

A su muerte, obra de los indios en la Provincia de Buenos Aires, dejó unos hijos huérfanos y una viuda amante. Años después, hechos ya hombres, sus ex discípulos buscaron aquella viuda, que se hallaba en la ciudad de La Plata, obtenían de ella un retrato del maestro respetado y querido, lo hacían reproducir y lo distribuían entre los sobrevivientes. Lucio López también recibió el suyo. Ya se sabe como murió éste, fruto de aquella escuela del deber. (1)

El Dr. Palomeque cierra sus recuerdos manifestando que ese retrato de Mr. Rae lo ha colocado entre los de los seres caros a su corazón, en su gabinete de estudio. «Así me recuerda lo que sostenía Quintiliano: de nada vale el saber cuando no lo acompaña la virtud».

RAFAEL ALBERTO PALOMEQUE.

(1) El doctor Omar Landívar remitió al Dr. Alberto Palomeque la fotografía que se reproduce en este artículo, con la siguiente dedicatoria: «Querido Alberto: Estoy seguro que al ver este retrato de nuestro inolvidable y querido maestro Mr. Rae, has de experimentar como yo, las dulces emociones con que se recuerdan en la edad madura, los bulliciosos y felices días de compañerismo colegial. Me es grato ofrecértelo como un recuerdo de tu condiscípulo y querido amigo *Omar Landivar*, Septbre. 30 de 1886». En nuestro archivo.

EL AVANCE SOCIAL DE LA PROPAGANDA Y SU PROGRESIVA TENDENCIA PSICOLOGICA [1]

Ayer y hoy. El prospecto de César Birotteau. Proceso psicológico de la propaganda moderna. El aumento cuantitativo. Ultima fase: la propaganda monopolizada.

AYER Y HOY

Una y otra vez aludimos en el capítulo anterior a la gran diferencia que —pese a la básica similitud de ciertos motivos psicológicos— aparece entre la propaganda de antaño, fruto de inspiración personal o de empirismos invariables, y los modernos complejos técnicos manejados a la usanza científica. Es una diferencia análoga a la de los talleres de trabajo manual y los modernos establecimientos fabriles.

Hasta hace muy poco—apróximadamente hasta a comienzos de este siglo— la única psicología utilizada en propaganda era la del dominio corriente, la que se practica y enseña desde la antigüedad en forma de recursos de expresión, elocuencia, retórica, etc. Todavía encontramos sus fórmulas primarias y rotundas en las ofertas y pregones de cualquier feria o mercado, en las circulares redactadas por comerciantes sin experiencia o en el manifiesto lanzado por estudiantes liceales. Y sus recursos, más o menos perfeccionados, los hallamos en las artes del comprar y el vender, los expedientes para causar buena impresión o dar golpes de efecto, los ardides polémicos, la oratoria; en fin, en casi todas las fórmulas de relación social.

Todo este legajo era en extremo eficaz —aún antes de haber sido instrumentado y amplificado por la técnica— porque su acción se ejerce sobre instintos humanos fundamentales. La antigüedad conoció la fuerza sugestiva de la mera repetición y nos dejó como ejemplo el histórico *slogan* con que Catón pedía el arrasamiento de Cartago. Los pintorescos charlatanes que a fines del siglo pasado recorrían las aldeas vendiendo el cúralotodo, comenzaban casi siempre por el procedimiento de vender monedas de $ 0.50 por $ 0.25 o cosa parecida; con ello operaban directamente sobre uno de los instintos más poderosos y formaban en pocos momentos una corriente de atracción y simpatía de innegable efectividad. Los productos terapéuticos de esa misma época, cuya etiqueta tantas veces rezaba «antiguo secreto de hierbas de Oriente» o «prodigioso descubrimiento de un hombre de ciencia que ha consagrado su vida a la salvación de la humanidad», obraban empíricamente sobre el gran poder atractivo

(1) Capítulo de la obra inédita «Filosofía de la Propaganda».

de la tradición y el misterio en el primer caso; de la autoridad científica en el segundo.

EL PROSPECTO DE CESAR BIROTTEAU

Analicemos ahora una muestra típica de esa psicología personal y empírica, que opera sobre las debilidades y preferencias humanas pero que anda todavía a tientas entre ellas; que posee recursos pero que no los ha desarrollado ni mucho menos planificado; que está muy lejos de formar un cuerpo técnico y como tal crecer y desarrollarse por su cuenta. Se trata del texto —sin duda histórico— redactado por el famoso personaje de Balzac y transcripto por el novelista alrededor del año 1840. Es un prospecto de propaganda de dos productos de belleza: la Doble Pasta de las Sultanas y el Agua Carminativa. He aquí algunos párrafos:

«Desde hace mucho tiempo, una pasta para las manos y un agua para el rostro que diesen un resultado superior al que se obtiene mediante el uso del Agua de Colonia, eran deseados por los dos sexos en Europa. Después de haber consagrado largas veladas al estudio de la dermis y la epidermis en personas de ambos sexos, que justicieramente otorgan el mayor valor a la dulzura, elasticidad, brillo y sedosidad de la piel, el señor Birotteau, perfumista ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero, ha descubierto una Pasta y un Agua que tienen asombrosas propiedades sobre la piel, sin arrugarla prematuramente, efecto inevitable de las drogas... Este descubrimiento se basa en la división de temperamentos, que se ordenan en dos grandes clases indicadas por el color de la Pasta y del Agua, los cuales son rosados para la dermis y la epidermis de las personas de constitución linfática y blancos para las que poseen un temperamento sanguíneo.

Esta Pasta ha sido denominada «Pasta de las Sultanas» porque su descubrimiento había sido hecho ya, para el harem, por un médico árabe. Está aprobada por el Instituto, mediante informe de nuestro ilustre químico Vauquelin.

El agua de colonia es pura y simplemente un perfume banal, sin eficacia especial, mientras que la Doble Pasta de las Sultanas y el Agua Carminativa son dos compuestos activos, cuyo poder opera sin peligro sobre las cualidades internas y las secunda; sus perfumes, esencialmente balsámicos, regocijantes, alegran admirablemente el corazón y el cerebro, encantan y despiertan las ideas; son tan asombrosos por sus méritos como por su simplicidad; en fin, es un atractivo más que se ofrece a las damas y un medio de seducción que los hombres pueden adquirir».

En otro pasaje:

«(El Agua Carminativa) refresca y aviva los colores de la tez, abre o cierra los poros según las exigencias de la temperatura; es tan conocida por su poder de detener los estragos del tiempo, que

muchas damas, por reconocimiento, le han dado el nombre de Amiga de la belleza».

Balzac cita este texto a título de ridículo (1) y muchas de sus expresiones lo son en efecto; además obsérvese la *gaffe* del descubrimiento de la Pasta, que Birotteau se atribuye primero a sí mismo y luego adjudica a un médico árabe. Empero hay que reconocer que en esa hinchada fraseología están presentes todos los recursos que actualmente se emplean —dentro de un alto nivel de adecuación— en la propaganda de cosméticos; y que expresiones muy semejantes a las de Birotteau se encuentran todavía en las etiquetas de tradicionales productos franceses de farmacia o tocador.

Veamos esos recursos. En primer lugar, tenemos la sugestión de las denominaciones. Como apunta el mismo Balzac («César Birotteau», pág. 37 de la edición Luis Conard, 1913) «en una época en que no se hablaba más que de Oriente, denominar Pasta de las Sultanastanas a un cosmético, adivinando la magia ejercida por esas palabras...» constituía ya un acierto. Actualmente, ese recurso se ha tecnificado bajo las formas que los autores anglo-americanos suelen llamar *labeling* (rotulación) y también *name-calling* (poniendo-nombres), ya se trate de ensalzar o de desprestigiar una idea o producto. Así, la selección de adjetivos, consignas y gritos suele hacerse muy cuidadosamente en ciertas campañas ideológicas o políticas, según veremos en el capítulo correspondiente.

Destaca asimismo Balzac que en los affiches, Birotteau hizo estampar la frase «Aprobadas por el Instituto» y agrega: «Esta fórmula, empleada por primera vez, tuvo un efecto mágico» (ibid, pág. 27) Hoy se la clasifica sin esfuerzo: esa fórmula constituye el ardid testimonial, la utilización de un sello de prestigio, en este caso científico, a favor de un producto.

La primera frase del prospecto «Desde hace mucho tiempo...» comienza por crear hábilmente clima a la idea que luego se va a exponer. Obsérvese que en lugar de *argumentar*, *se afirma* el deseo de la gente de poseer un producto superior al Agua Colonia.

Seguidamente se exponen los desvelos del autor durante el estudio de «la dermis y la epidermis», lo que está destinado a provocar consideración y simpatía. Luego, una etiqueta de prestigio «ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero...» que también da impresión de arraigo. La digresión fisiológica sobre los temperamentos que encontramos a continuación está destinada a prestar visos científicos a los cosméticos.

En el párrafo siguiente aparecen —un poco ex-abrupto— el médico árabe y el harem, con lo cual se ponen en juego el atractivo del misterio oriental y el peso de la tradición; en el acto Birotteau

(1) Pues dice textualmente de su personaje... «il rédigea lui-même un prospectus dont la ridicule phraseólogie fut un élément de succès...» No obstante, por algunas otras de sus expresiones, y aún por el hecho de transcribirlo íntegro, parece concederle valores representativos e históricos.

equilibra esa fantasía con la científica realidad del Instituto y el ilustre Vauquelin.

El párrafo que sigue —donde la acumulación de adjetivos llega frecuentemente al disparate— contiene sin embargo motivos muy interesantes. Nos insinúa que el Agua Colonia es un perfume banal y anticuado, de modo que quienes usen el Agua Carminativa se encontrarán en una etapa más adelantada (recurso hoy día de vasta aplicación); reitera que se trata de «compuestos activos» que operan sobre las «cualidades internas» arraigando así la impresión de eficacia específica; por último, mediante las promesas de seducción y atractivo, estimula directamente los instintos de agradar y conquistar en mujeres y hombres.

El párrafo final vuelve a ofrecernos el ardid testimonial en forma vaga e imprecisa —propia de la ausencia de técnica e instrumental— al mencionar las «muchas damas» que están reconocidas a los efectos del cosmético.

Tal la pieza que —auténtica o corregida— nos permite analizar Balzac y en la cual apreciamos la utilización de los motivos psicológicos corrientes, sin mayores complicaciones y sin los habituales trabajos analíticos que hoy son previos a cualquier campaña publicitaria.

En casi todos los avisos contemporáneos se registran esos mismos recursos, dentro de los términos y caracteres de la publicidad moderna. En vez de largas veladas consagradas al estudio por el perfumista, se nos habla de meticulosas series de investigaciones hechas en gigantescos laboratorios; las estrellas de Hollywood sustituyen a las beldades del harem; los «compuestos operantes» han sido desplazados por las «vitaminas cutáneas»; en lugar de «detener los estragos del tiempo», las cremas «quitan la máscara de la vejez» y así sucesivamente.

Por lo demás, desde el punto de vista moderno —y no desde el punto de vista de la época en que fueron escritos— los recursos de Birotteau pertenecen a un registro de ingenuidades; se les reconoce en primera instancia, todavía no desprendidos del acervo habitual de la expresión; aunque bien encaminados, han recorrido un trecho muy corto desde el punto de partida. Les faltan los supuestos de las sucesivas experiencias que les permitirán desdoblarse, disfrazarse, aparecer a una distancia tal que se pueda olvidar su origen.

Por ejemplo, no es necesario insistir sobre la pobreza —casi la timidez— con que está presentado el médico árabe, sin expresión de nombre, fecha ni lugar. Hoy sería necesaria una biografía concreta. El hecho se repite cuando el prospecto nos habla de las «muchas damas» que están reconocidas a los beneficios del Agua Carminativa. Tan vaga indicación tampoco surte efecto en nuestros días. Los avisadores presentan actualmente fotos auténticas y testimonios facsimilares de damas de sociedad o de maquilladores de actrices, según puede verse en las ilustraciones que reproducimos. En cuanto a la

lejana figura del químico Vauquelin, será sustituída por la del honorable doctor Dafoe al frente de las quintillizas, jurando que éstas no pueden bañarse con otro jabón que el de Olivepalm, o cosa por el estilo. Certificados médicos prestigiosos o análisis químicos reveladores se emplean, con entera objetividad, en la propaganda de tónicos y medicamentos, etc. etc. Birotteau desaparece así del prospecto y en su lugar aparece un tercero —que a veces es una entidad abstracta como la ciencia, la historia, el progreso— que hace el gasto de los argumentos.

PROCESO PSICOLOGICO DE LA PROPAGANDA MODERNA

De Birotteau a la *Advertising Federation of America* y los Ministerios de Propaganda algo han cambiado las cosas; la propaganda ha seguido el extraordinario in-crescendo que registraron en el mismo período la sociología y la psicología. Desde luego, no vamos aquí a describir ese proceso, sino simplemente a dar una idea de él.

Ya quedó dicho —en el capítulo anterior— que fueron las necesidades comerciales, la fuerte expansión industrial y la consiguiente lucha por los mercados, los factores predominantes del desarrollo específico de las diversas artes propagandísticas. Las fórmulas habituales de affiches, prospectos y anuncios se utilizaban tanto y por tantos a la vez, que necesariamente sus efectos publicitarios se gastaban o palidecían.

Urgía entonces buscar nuevas fórmulas y expedientes para lo que comenzaba a llamarse «la réclame» y nada mejor para ello que personas determinadas se especializasen en la tarea. Así surgió primero el hombre que se ocupaba de publicidad y luego el verdadero profesional, con su oficina y sus ayudantes. Mientras tanto, el primer soplo de publicidad concebida en grande como tal, organizada y planeada, se hacía sentir en París bajo la inspiración de Emilio de Girardin.

Las novedades y perfeccionamientos comenzaron a hacerse notar bien pronto en anuncios, prospectos y carteles; famosos dibujantes y redactores experimentados colaboraban en la tarea. Se introdujo la publicidad a base de estímulos —concursos, encuestas, cupones, premios, etc.—; se organizó la propaganda directa o dirigida, esto es, el envío de muestras o circulares a determinado núcleo social, etc. etc.

Siempre dentro del campo comercial, apareció un día en el periodismo la reclame disimulada, el anuncio que trata de no parecerlo. Día memorable habrá sido éste en los anales de la propaganda, que la historia no cuidó de registrar y que nos ha sido imposible establecer ni aún aproximadamente. Es, a fines de siglo, una crónica inserta por lo general entre las «Sociales», donde se ensalzan las

bondades de un producto bajo apariencia noticiosa (1) Innovación importante, primer desdoblamiento en especie; hallazgo de la estratagema sustitutiva que después permitiría volver a reflejar otras diez veces sus imágenes virtuales en los procesos de la propaganda ideológica.

Hacia esa época aparecen las primeras menciones específicas de psicología en los temas publicitarios, por ejemplo, en 1895, la revista neoyorkina «Printer's Ink» decía a sus lectores: «Probablemente, cuando haya mejorado nuestra cultura, el redactor de avisos estudiará Psicología»». Un poco más tarde, el periódico «Publicity», también de Nueva York, reiteraba: «Pronto el redactor de anuncios hallará inapreciables beneficios en el conocimiento de la Psicología».

El tema estaba sin duda en el ambiente, lo que no tenía nada de extraño. Era el acento de la época. Se desarrollaba por entonces como un gran desquite de la Psicología, hasta entonces subordinada a la Filosofía. Vivían y trabajaban William James y Sigmund Freud, Charcot y Coué, Wundt y Ribot, Mary Baker-Eddy y Mrs. Piper. La ciencia y las religiones comenzaban a comprobar que la riqueza de los filones psíquicos excedía a todas las estimaciones admitidas. Se había fundado la *Society for Psychical Research* y muy pronto sus temas alcanzaron boga periodística.

De ahí que el vaticinio de aquellos dos periódicos se cumpliese en forma por demás brillante. Parece haber sido en Estados Unidos donde por primera vez se llegó a la noción fundamental: el arte propagandístico debe basarse en un estudio sistemático de la psique; hay que conocer sus preferencias, reacciones, repulsiones, maneras de impresionarse; deben tenerse en cuenta las particularidades

(1) Véase una muestra, algo rudimentaria por cierto, realizada en nuestro país. Se trata de un suelto publicado entre las noticias de la «Gacetilla» de «La Razón» de Montevideo del 23 de Noviembre de 1884:

«Ayer entró en nuestra imprenta un amigo, persona por cierto muy seria y circunspecta, y más grave que el más grave inglés, en tal estado de agitación y dando muestras tan vivas de satisfacción, que nos sorprendió a todos grandemente.

Inquiriendo los motivos de cambio tan brusco en el severo y correcto continente de nuestro amigo, nos mostró, por toda contestación, una elegante cajita de cartón en cuya tapa leímos: «Pastillas de limonada - L. Zivinger - París» y en el centro: «Confitería del Telégrafo».

Es de advertir que nuestro amigo es algo obeso y muy propenso a sofocones, lo que le hace mirar con gran terror la proximidad del estío, y trata de precaverse por todos los medios a su alcance, de los rigores de esta estación. Asi es que el hallazgo en los escaparates de esa casa de las «Pastillas de limonada», uno de los más exquisitos refrescos que se conocen, lo transportó de alegría.

Nosotros, después de usar una de las pastillas, disuelta en un vaso de agua, convinimos con nuestro amigo en que ellas constituyen el refresco más agradable, económico y saludable que se conoce. Y como no somos egoístas, nos apresuramos a comunicar al lector esta novedad, agregando que la cajita contiene seis pastillas cada una de las cuales sirve para un refresco».

Obsérvese cómo se ha enriquecido y matizado el ardid testimonial desde la época de Birotteau y el ingenuo esfuerzo por disimular la índole interesada del anuncio mediante la expresión «Y como no somos egoístas...»

de la sensación, la memoria, la asociación, etc. Muy pronto las técnicas publicitarias comienzan a beneficiarse con las prescripciones de la psico-fisiología; simultáneamente los propagandistas se lanzan por su cuenta a la pesquisa del intelecto; a la compulsa de apetitos, intereses y temores donde ahincar los argumentos. Ellos serán en adelante parte de su material de trabajo. «No piense en los avisos, piense en la gente», recomienda el publicista Richard Manville a sus alumnos. Y uno tras otro se van extrayendo del vivero humano los fundamentos —casi siempre trágicos, a veces repulsivos— del nuevo arte propagandístico: la mentalidad del cliente es la materia prima de todo negocio; un objeto indiferente se convierte en interesante si sabemos asociarlo a otro que lo sea; la gente desea excusas y pretextos para satisfacer sus instintos; las proposiciones y sugestiones que se aceptan más fácilmente son las que se relacionan con esos instintos... Quizás hace treinta siglos que el hombre conoce esas sus propias tendencias, pero nunca se habían reunido tantos para explotarlas ni se las había destacado con tanta precisión tras los exámenes clínicos y la confrontación de experiencias.

A la vez se comprueban las posibilidades de la psicología colectiva. Clasificando a la gente según edad, sexo, estado, gremio, zona, creencia, profesión, etc. etc., se obtienen resultados de precisión numérica en el uso de los instrumentos publicitarios. A semejanza de la *máquina* cartesiana, las colectividades humanas responden en forma previsible y permiten formar índices estadísticos tanto para la prédica de un nuevo credo como para la publicidad de una heladera de bajo costo! Este es todo un anticipo de lo que después de 1918 sería la psicología de masas, la estrategia de estímulos e inhibiciones en alta escala.

Podría incluso afirmarse que al margen de los cursos universitarios se formó una rama autónoma de la Psicología Aplicada, que es la Psicología publicitaria. La creación de esta disciplina, a base de ingenio, empirismo y obstinación, en la cual intervinieron más los propagandistas que los profesores, es de por sí uno de los fenómenos más elocuentes de nuestra época.

El éxito de esa Psicología sui-generis es por demás evidente. Será doloroso decirlo, pero acaso es la rama de la psicología que ha progresado más. Quizás por ser la más estrechamente vinculada a los factores económico y político. No se le toleraron chapuceos, deficiencias ni estancamientos; los gigantescos presupuestos que están a su servicio reclamaban una labor pronta y eficaz, y la lograron. Difícilmente encontramos en falta a esta hermana menor de la psicología, tanto porque se puso en sus manos el cuerno de la abundancia como porque desde sus primeros años estuvo sujeta a una competencia implacable.

Llegada a ese punto de madurez y cuando por el mayor alcance de los medios técnicos la propaganda poseía ya volumen social e internacional, sonó en Europa la hora de los regímenes totales y con ellos se inauguró la era de la propaganda monopolizada, a la que

dedicamos párrafo aparte. Adquirió entonces caracteres extraños, despiadados y morbosos; sus efectos repercutieron con tal violencia que pronto llamaron la atención de sociólogos y filósofos. Así como la propaganda volvió antaño sus ojos a la psicología, ésta terminó por volver los suyos hacia esa cátedra de audacia desde la cual noveles instructores imponían al mundo opiniones y mandamientos que muchas veces ellos mismos no hubieran podido explicar. Aparecen entonces el crítico y el tratadista de la propaganda, sobre todo de la propaganda social. Comienza la réplica de la cultura hacia este arte originado en su trastienda, desarrollado en medios utilitarios y convertido ahora en su imperioso guía. Esa es la etapa en que nos encontramos actualmente.

El proceso de dicha etapa se verificó en tiempo record. Las primeras investigaciones de psicología colectiva no toman en cuenta la propaganda; este es un tema que falta típicamente en la «Psychologie des foules» de Le Bon y apenas si se le menciona en tratados posteriores, algunos de ellos muy próximos a la actualidad, como la Enciclopedia de Psicología de Dumas.

Es en los años que subsiguen a 1918 cuando —por los factores ya apuntados— la propaganda se incorpora firmemente a los temas de psicología colectiva y llega a constituir en sí misma un objeto de estudio. La «Psicología Social», de Knight Dunlap, editada en 1925, constituye un exponente de esa urgida introducción al análisis de las actividades propagandísticas. Desde entonces los estudios se multiplican en tal manera que apenas diez años después surgen nutridas obras bibliográficas, guías de lecturas y reseñas, como ser «Propaganda and Promotional Activities» editado en 1935 por la Universidad de Minnesotta y realizada por los profesores Harold D. Lasswell, Ralph Casey y Bruce L. Smith, donde se clasifican unas cinco mil obras completa o parcialmente relacionadas con la materia.

Títulos prominentes jalonan el desenvolvimiento de esa etapa de control y crítica —de esa etapa de asombro, pues se encontró mucho más de lo que se pensaba— y la sola mención de algunos de ellos revela las angustias del filósofo y del educador a medida que progresaban en la estimación de los fenómenos: *Spreading germs of hate*, por G. S. Veireck, 1930; *The propaganda menace*, por Frederick Lumley, 1933; *Mobilizing for chaos; the story of the new propaganda*, por O. W. Riegel, 1934; *Propaganda and Dictatorship*, por Harwood Childs, 1936; *Education against Propaganda*, del National Council for the Social Studies, de Harvard, 1937... Parecen señales de alarma, advertencias casi desesperadas: se nos habla de gérmenes de odio, de amenaza, de caos, de dictadura, de oponer la educación contra la propaganda. Y el tiempo dió sobrada razón a sus autores. Ya en 1937 Denis de Rougemont comprobaba la realidad del «mobilizing for chaos» en Alemania y en 1939 la comprobaba el mundo entero.

Ultimamente, los investigadores estadounidenses llegaron a la conclusión de que no bastaban el libro, el folleto y la revista para

conjurar los crecientes efectos sociales de la propaganda. El estudio debía tratarse prácticamente en escuelas y aulas universitarias. Así se ha hecho en buen número de colegios y centros. Debe señalarse muy satisfactoriamente que también el gobierno norteamericano se ha preocupado de suministrar medios de defensa espiritual a los estudiantes. El preciso folleto de Ruth Strang *How to read the news* (1942), publicación oficial del U. S. Office of Education, contiene ejercicios para escuelas urbanas y rurales, primarias y superiores. Es realmente confortador que este magnífico folleto haya salido de las prensas del Estado en Washington. Que yo sepa, es la primera vez que un gobierno ha preferido ilustrar a la gente sobre los efectos de las técnicas publicitarias antes que utilizarlas hasta el máximo en provecho propio. Existen además centros particulares dedicados exclusivamente al estudio de la propaganda: el Instituto de Análisis de la Propaganda, de Nueva York; el Williamstown Institute of Human Relations, etc. etc.

En los demás países (1) las observaciones se limitan generalmente a la esfera de la propaganda comercial. Son recomendables revistas como «Impetu» de Buenos Aires, que realiza un excelente trabajo en pro de la honestidad y eficiencia de la publicidad.

EL AUMENTO CUANTITATIVO

Acabamos de esquematizar el proceso de la propaganda desde el punto de vista psicológico, cualitativo; tócanos ahora decir unas palabras respecto al aumento de su volumen. Este ha crecido hasta el punto de ocupar enteramente el área social. Ningún sector humano se encuentra actualmente fuera de sus órbitas locales e internacionales y todos los ambientes resultan sacudidos por las interferencias —a menudo curiosas— entre las diversas ondas propagandísticas de los centros políticos, religiosos, culturales, gremiales, etc. La plaza pública, el agora, es hoy día el mundo entero. Para ser escuhado hay que saber de técnica y poseer una cierta ubicación en los centros difusores. De otra manera hay que resignarse a escuchar, y este es uno de los peligros de la moderna asamblea, invisible, tecnificada y dirigida.

También los planes —merced a la organización— pueden tra-

(1) En el Uruguay, me corresponde el honor de haber promovido la discusión del tema con mi obra «Investigaciones de Lógica Social» (1943), y con dos conferencias sobre «Filosofía social de la Propaganda» pronunciadas el mismo año respectivamente en el Ateneo y en la Biblioteca Artigas-Wáshington, de Montevideo.

Luego, tuve oportunidad —la primera en América del Sur, según tengo entendido— de llevar el tema a las aulas de la enseñanza oficial, al dictar la asignatura «La sugestión y la persuasión en la sociedad y en la escuela» en los Cursos Magisteriales de Vacaciones de 1944, y «Esencia y caracteres de la propaganda. Posibilidades pedagógicas frente a su desarrollo» en los mismos Cursos del año 1945.

zarse en tamaños desproporcionados con la figura humana. Si ayer se los concebía en radios urbanos, hoy puede calculárselos sobre áreas continentales. Oímos decir «la propaganda para el mundo árabe» o «el jefe de publicidad para América Latina» y lo juzgamos cosa corriente. Y esta presión horizontal no requiere profundidad de ideas, sino instrumental adecuado.

Al lado de estas significaciones las de los números, por elocuentes que sean, palidecen bastante. Aún cuando he querido ofrecer algunas cifras al lector, creo sea superfluo querer medir algo que está en todas partes, a la vuelta de cada esquina y en el ambiente que respiramos. Por otra parte, todo cálculo referente a presupuestos de propaganda debe tomarse con cierta reserva, ya que ningún ministerio, agencia ni fábrica tiene interés en exhibir las cifras de sus egresos. Existen además otros inconvenientes: 1) las actividades propagandísticas casi nunca están completamente discriminadas de otras que se realizan simultáneamente; por ejemplo, las Oficinas de Turismo de un país, que efectúan a la vez tareas de organización y publicidad, o el Departamento de Correspondencia de un establecimiento, que atiende indistintamente el envío de prospectos y folletos y el correo ordinario; 2) pueden calcularse aproximadamente los gastos de propaganda en diarios, revistas y radios, pero es casi imposible establecer lo gastado en propaganda directa, lo pagado a agentes y comisionados, oficinas especiales, etc.; 3) es imposible igualmente apreciar en guarismos la propaganda tenaz, cotidiana y a menudo gratuita o pagada con valores inmateriales de las muchas personas dedicadas al proselitismo político, religioso e ideológico; 4) los gobiernos guardan secreto de sus inversiones en este renglón.

Con tales salvedades podemos decir que en el Uruguay las grandes firmas comerciales mantienen presupuestos anuales de propaganda que sobrepasan los doscientos mil pesos. En la Argentina esas cantidades resultan ya de segundo orden. En cuanto a Estados Unidos, el país donde más se gasta en propaganda comercial, veamos a continuación las cifras que nos proporciona George Seldes (1) respecto a los diez industriales más importantes:

Gastado en propaganda durante un año

	Dólares
General Motors	15.514.000
Procter & Gamble	13.755.000
Reynolds Tobacco	9.295.000
Ligget y Myers	8.926.000
General Foods	8.251.000
Lever Bros	7.545.000

(1) «The facts are... A guide to falsehood and propaganda in the press and radio» por George Seldes, Nueva York, 1943.

Chrysler Corp	7.453.000
Colgate — Palmolive	6.262.000
Sterling Products	6.203.000
Ford	6.172.000

Lo que arroja un total cercano a los noventa millones de dólares solo para diez fabricantes y es más que suficiente para advertirnos el volumen eminentemente social que ocupa la propaganda, aún considerada solo dentro del campo comercial.

En lo que respecta a la propaganda político-social, ya hemos recordado la insalvable dificultad del secreto mantenido a su respecto, a la cual habrá de agregarse la de que en general sus actividades no están discriminadas de otras que pueden considerarse de difusión cultural, de investigación y aún de verdadero espionaje, etc. No obstante, peritos estadounidenses, por estimación y cálculo de las actividades realizadas, han determinado que en sus buenos tiempos, el Ministerio de Propaganda del Tercer Reich invertía 600 millones anuales de pesos para aquellos fines. A pesar de su magnitud, esta cifra no parece exagerada si se la compara con los presupuestos de los industriales estadounidenses que acaban de transcribirse.

Por mucho que digan tales cifras no hacen más que confirmar un convencimiento harto generalizado. La formidable expansión de los medios publicitarios es una evidencia universal y a cada minuto que pasa advertimos la distribución de sus fluídos por la tinta de imprenta y las ondas del éter. Casi han acabado por darle un sabor particular a cuanto se hace y se dice en las urbes.

Por otra parte, la propaganda ha acaparado casi completamente la función de informativo comercial, político y social. Casi ninguna noticia proviene de fuentes neutras u objetivamente concebidas. Son las agencias las que nos dicen donde se venden y qué características tienen los cigarrillos, las estufas o las estilográficas. Son igualmente expertos publicistas quienes nos explican el programa de un partido, los postulados de una religión o los propósitos de un gobierno. Todas estas tareas debe desempeñarlas alguien, y como hemos dicho, son escasísimos o inexistentes los informantes neutrales, desinteresados e imparciales. Así, al absorber la propaganda las funciones de noticioso, catálogo y baedeker —en las cuales, como veremos, se opone a la educación en su aspecto instructivo— ha logrado todavía un extraordinario crecimiento de sus servicios y efectos y, lo que es más, se ha ahincado decisivamente en la interna relojería de la convivencia social.

Todos necesitamos hoy una crecida cantidad de informaciones internacionales y locales; políticas, económicas, de actualidad, etc. Y solo podemos obtenerlas a través de agencias propagandísticas que nos las darán *de cierta manera*, después de una selección arbitraria, obedeciendo a normas impuestas por terceros, etc. Es rara la noticia

importante que nos llega sin haber pasado previamente por puentes retóricos cuidadosamente dispuestos en cierta dirección. Muchas veces se nos brindan sistemas o constelaciones de informes asociados de manera que produzcan un efecto determinado. Los datos, las cifras y relatos se acortan o se estiran, se patetizan o se toman a broma según las instrucciones que reciban los agentes, etc. De ahí el pesimismo que tantas veces trasunta el investigador en sus proposiciones para contrarrestar los efectos sociales de la propaganda. Los procedimientos analíticos necesarios para ello resultan fuera del alcance de la mayoría; además, de adoptárseles, representarían para aquellos que estuvieran capacitados un ejercicio fatigoso e interminable.

De todo esto resulta esa sensación de cosa incorporada que hoy nos produce la propaganda. La sentimos integrar el cuerpo social en toda efectividad; si ella faltase, el resto no podría entenderse. Mas evitemos un juicio excesivamente pesimista recordando las calificaciones hechas en el capítulo II. Existen, entre las muchas falsedades y maquinaciones, innegables corrientes auténticas y legítimos esfuerzos del *animus propagandi* por convertir y adoctrinar. No importa si los contenidos son erróneos; lo fundamental es que sean sinceros. Todo hombre debe gritar su idea y su creencia a los demás y nuestra época le brinda los medios más grandes de hacerlo que jamás hayan existido. Debemos emplearlos sin vacilar, aunque el hecho de que sean ellos los que ejercen la soberanía de las comunicaciones humanas les dé casi siempre esas características tan particularmente abusivas. Ningún autor, político, industrial, investigador o viajero puede dejar a un lado esos medios, aún cuando reconozca el cariz imperialista que la técnica les ha dado. Cualquier sector social que renunciase a ellos sería juguete de sus enemigos y hasta quedaría aislado de sus propios simpatizantes. «¿Cómo creerán a aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?» se preguntaba ya el genial propagandista del siglo I (Epístola a los Romanos, 10, 14) Hoy por igual, una nación a la que faltasen las técnicas de difusión condenaría al aislamiento a todos sus intelectuales y dejaría en tinieblas a la masa social. Por lo demás, aún dentro de una mera apreciación cuantitativa, si un día la propaganda, en virtud de un fenómeno imprevisto, tuviese que callar al punto tendríamos la sensación de haber quedado en un desierto. Todas las actividades culturales se resentirían esencialmente; gremios enteros quedarían desocupados y dos de las notas características de nuestro tiempo —prensa y radio— tendrían que desaparecer.

ULTIMA FASE: LA PROPAGANDA MONOPOLIZADA

Habíamos ya indicado que después de su desarrollo y tras haberse adiestrado en todas las disciplinas de la técnica y la psicología, la propaganda hubo de alcanzar hace unos pocos años otros avatar, al convertirse en instrumento del Estado, absoluto e incontestable, al

servicio de regímenes totales. Hasta ese momento, la propaganda se concebía dentro de las normas de competencia; ese era el clima en que había nacido y prosperado. Era casi su esencia y su razón de ser. Sus infatigables agentes sabían que entre las muchas influencias que se disputan el mercado de las voluntades, solo lograban su finalidad las más inteligentes, las más reiteradas y oportunas. Toda campaña publicitaria suponía la lucha contra agencias rivales. El abecé de los programas persuasivos se trazaba a sabiendas de la competenci y el alcance de los recursos quedaba limitado por el de los métodos de los adversarios, existiendo además el control recíproco.

En los sitemas totalitarios de gobierno esos caracteres, que justamente constituyen lo vivo y lo interesante de la propaganda, son erradicados. Así, de la competencia la publicidad pasó al absolutismo; de la controversia al monopolio. El Estado se apoderó de los medios colectivos de expresión y discusión para realizar su interminable monólogo. A la vez se observó que simultáneamente la propaganda se psicologizaba aún más, entroncando ahora con las técnicas psicoanalíticas e hipnóticas, para contribuir a formar la estrategia del terror, la del relajamiento de la moral adversaria, las diversas tácticas de fanatismo, de opresión y liberación de instintos primarios. Esta psicología ofrece ya un franco cariz de perversión y morbosidad. (1)

Es probable —decía Lippmann— que jamás desde hace 25 siglos ningún gobierno occidental haya pretendido ejercer sobre las vidas humanas una autoridad comparable a la que ejercen los estados totalitarios de nuestros días. La parte que de ello corresponde a la propaganda es considerable, debe agregarse.

Bajo un régimen de propaganda absolutista, la expresión humana, el discurrir, la dialéctica y todo el instrumental que la cultura ha ido perfeccionando en torno a las necesidades del pensamiento, son forzados a servir contra su propia esencia. Sus fluídos se convierten en discos impresos e inapelables. No existen ya dudas, hipótesis, estados previos del espíritu, lento y gradual formarse de convicciones: todo está concluído, allanado, bruñido al cromo-níquel; sintetizado en cartillas y consignas. Quien no lo entienda así dará muestras de debilidad o de inadaptación.

Dentro de un semejante estado de cosas ¿qué podríamos esperar que fuera la propaganda oficial? Sin duda, el más vicioso de los remedos dialécticos; la más corrompida simulación de las potencias expresivas del espíritu. En los medios sociales, concebimos la palabra, la retórica, los recursos expositivos, como medios de lucha, o de

(1) «Fanaticé a la masa para hacer de ella el instrumento de mi política, expresó Hitler. «Lo que decís al pueblo cuando se encuentra en un estado receptivo de devoción fanática, eso se imprime y queda cual sugestión hipnótica; es una impregnación indeleble que resiste a cualquier argumentación razonable... Puedo exigir las privaciones más penosas, más debo procurarle al mismo tiempo las sugestiones emotivas que le permitirán soportarlas».

(«Hitler me dijo», por H. Rauchsning, pág. 184 de la edic. española Hachette).

competencia. Cuando nos erigimos en defensores nos representamos de inmediato al fiscal frente a nosotros. El orador político o doctrinario supone la presencia de antagonistas e indiferentes. El valor de la razón dialéctica y expositiva se aprecia con los obstáculos que debe salvar y los adversarios a quienes toque enfrentar, lo cual constituye además un sano y equilibrador ejercicio, por cierto imprescindible para esquivar durezas, fanatismos e inercias.

Ahora bien, la propaganda totalitaria no admite adversarios sino oyentes; no conoce la oposición sino la *claque*. El juego habitual de la razón, el pugilato de pros y contras, *se lo fabrica ella misma a medida de su capacidad*. Todo el terreno es apisonado y encerado en cierto derrotero; se cumplen luego jornadas de infalible demostra-

Cierto es que éste es defecto inherente a toda propaganda y aún a toda exposición; existe, aún cuando sea como tendencia, en todo esfuerzo humano por convencer y prestigiar; Pero en los ambientes libres, cada expositor y cada propagandista está rodeado por otros de opiniones muy diversas a la suya que le obligan a limitarse y a salir de tan cómoda posición; mientras que en una de las modernas tiranías el locutor oficial lleva la voz inapelable e infalible del Estado. Las palabras y pensamientos deben responder a un estampado que el gobierno fabrica hasta cierto límite, más allá del cual reina absoluto el cero, pues nadie se atrevería siquiera a discurrir sobre un tema no reglamentado. El mero hecho de tomar iniciativa podría ser sospechoso.

Y nuestra razón necesita el chocar y el golpearse con la parte contraria, esa que Goebbels mandó eliminar como principio primero de buena propaganda. De lo contrario sobrevienen el relajamiento o la esclerosis, las increíbles deformaciones psíquicas de los fanáticos y los obsesos.

¡Cuánto son necesarios los demás para nuestra propia razón! Según el ingenuo expediente de Hegel, toda tesis es negación de su concepto contrario; ello significa que todo concepto tiene su contrario en sí mismo y puede pasar a él, a la antítesis; que esta negación constituye a su vez una afirmación, etc... La realidad nos dice que ese proceso, realizado por el pensamiento a solas consigo mismo, es un circuito seco y cerrado donde por lo general se va a parar a lo previamente establecido. La realidad exige que sean antagonistas de temperamento muy diverso al nuestro quienes elaboren la contrapartida; que sean ojos de otro color y de otra vis los que sitúen los nuevos puntos de mira que permitirán confrontaciones severas; que el monólogo debe alternar con el diálogo y la polémica.

Pero volvamos al tema. De todos los monopolios y absolutismos, este *de la razón que previamente tiene razón* es seguramente el peor. No se pueden montar fábricas de razones y entusiasmos sin haber primero renegado de ellos. Al faltarle las limitaciones y responsabilidades que habitualmente se dan por la crítica y la competencia, la propaganda y el ánimo proselitista degeneran rápidamente hasta

la descomposición. Si es eficaz, cualquier receta es permitida; las oficinas anexas se encargarán de brindarle los auxilios de una pseudo ciencia que la justifique a posteriori. Así, cuando el Dr. Ley afirmó que las razas superiores necesitan comer más, y que el alemán debe biológicamente nutrirse más que el polaco, lo hizo con acopio de datos históricos y estadísticos de aparente congruencia. ¡La industrialización de ideas por el Estado no va a detenerse por cuestiones de detalle! La brújula de la moral está perfectamente reemplazada por la veleta de las conveniencias del gobierno; después de todo, al público es fácil demostrarle que lo que se mueve es el resto del mundo. En las exposiciones interpretativas o descriptivas no existe para el público seguridad ninguna, no ya para las altas operaciones del espíritu, sino para la más simple analogía, el silogismo más elemental, la inducción más reiteradamente propuesta por la experiencia. (1)

En conjunto, la corrupción es tan completa que pareciera constituir una verdadera contra-cultura o acaso, dando a la palabra un significado amplio, una contra-religión. La tenaz difusión de ideas agresivas, disolventes e inhibitorias; la sistemática propagación de sentimientos torpes y el ilícito aprovechamiento de los estados colectivos semejan en conjunto el reverso del budhismo o del cristianismo en su estado de pureza original, en el momento en que se dirigen solícitamente a la criatura humana para confortar sus flaquezas, corregir sus errores y fortalecer sus virtudes. Aquí se tienen en cuenta flaqueza y error, cierto; mas para explotarlos cuanto sea posible. Se ha partido del supuesto de un inconmensurable desprecio por el alma humana, el mismo que tantas veces está registrado en *Mein Kampf:*

«Las masas se avergüenzan muy poco de ser atemorizadas intelectualmente y tienen muy escasa conciencia del hecho de que su libertad haya sido violada de un modo descarado, y no tienen la menor sospecha de la falsedad intrínseca de la doctrina entera. Solamente ven la fuerza despiadada de las declaraciones tajantes a que siempre se someten.»

Los efectos de la técnica concebida sobre semejantes bases, sin crítica ni contrapeso, sin escrúpulos ni rendición de cuentas, sobrepasaron todas las marcas conocidas desde la antigüedad. Por momentos la sugestión sistematizada nos recuerda el mitológico aguijón que enloqueció a Io. La nación entera parece atacada de un delirio moral que para los espectadores del exterior resulta inexplicable. Los discursos que inflaman al pueblo parecen desde afuera inconsistentes cuando no pueriles y si les nota plagados de preparaciones sofísticas de especie bastante vulgar. Las liturgias son de una teatralidad ex-

(1) Otras veces, en su afán demostrativo, los teóricos totalitarios llegaron al ridículo. Así Estabrooks, en su libro «Los fundamentos del hipnotismo» cita el caso de un psicólogo del Tercer Reich que escribió un ensayo sobre la superioridad de las gallinas nórdicas sobre las mediterráneas.

travagante. Pero es que allí adentro está formado el clima; el ambiente favorece ciertas tendencias y ahoga las que se le oponen. Incluso el sentido entero de la vida y de las ideas llega a variar radicalmente. (1) Ello está atestiguado en la sombría revelación de Hermann Rauchsning «La revolución del nihilismo» (págs. 141 y 143):

«Las fuerzas intelectuales y morales de la nación están paralizadas. El pueblo alemán está inmovilizado, hipnotizado por su propia sugestión, como la gallina sobre una raya de tiza, porque sería falso creer que está detenido tan solo por la energía de sus nuevos dirigentes o por el terror brutal.»

Y luego:

«...Sigue los impulsos que recibe de fuera, se le impide meterse en sí mismo y reflexionar... La masa adquiere un nuevo carácter. Lleva sobre sus rostros los rasgos del horror, del espanto y está peligrosamente inclinada a odiar. Los ejercicios de propaganda del nacional-socialismo han despertado y exacerbado las fuerzas destructivas... El nacional-socialismo ha hecho desaparecer todas las barreras morales en las que creía y que le impedían exteriorizar sus deseos en las explosiones destructivas. La sugestión verbal de la propaganda se gastará un día. Resultarán de ello acciones elementales, revueltas de esclavos contra el orden, cualquiera que sea éste, contra todo orden existente.»

¿Qué puede agregarse a tan tremendas palabras? Cuando los complejos sugestivos se socializan, cuando se incorporan al ambiente y llegan a adquirirse como «cultura» (no hay más remedio que emplear la palabra), producen la alteración esencial, de fondo, de todo cuanto el hombre piensa y quiere; lo mismo arrojarán a los fanáticos bengalíes bajo las ruedas del carro de Yaggernaut que a las juventudes del centro europeo a la guerra y el caos.

Todavía se refiere Rauchsning a la obra arrolladora que, sobre un vacío espiritual, puede desarrollar la propaganda moderna merced a la perfección de sus instrumentos:

«...Obras y empresas gigantescas pueden ser edificadas en la ausencia misma de todo fundamento previo. La técnica y la organización modernas permiten hoy dar, por algún tiempo, una apariencia de realidad a cualquier clase de fantasmagorías y los medios de sugestión permiten comunicar a las masas un movimiento cualquie-

(1) Una verdad tan accesible como esa parece haber sdo olvidada durante el lustro que precedió a la contienda de 1939. Sólo así es explicable que en esa época comenzara a «no entenderse» lo que sucedía en los países del Eje. Fué característica la frase «yo ya no entiendo lo que sucede en el mundo» tanto en los estadistas como en el público. La política de apaciguamiento se funda en el mismo motivo. Por lo demás, a muchos les pareció preferible desentenderse del monstruo. Los más próximos a él —estadistas e intelectuales franceses— estuvieron casi siempre fuera de la cuestión. Para los demás países, bastará una mención: un hombre de la categoría intelectual de Aldous Huxley fundó y presidió una liga anti-bélica cuyos miembros se comprometían solemnemente a no empuñar las armas en caso de guerra...

ra mediante una explosión elemental. La política está ahora ligada a la existencia de un «aparato» especial».

Palabras a las que debe agregarse que ese «aparato», esa técnica y organización no fueron creados por los modernos sofistas de Estado, sino simplemente aprovechados. Millares de hombres —psicólogos, dibujantes, periodistas, electrotécnicos, reggiseurs, expertos en venta, artistas, estadígrafos— acababan de arribar a los fundamentos y detalles de la ciencia propagandística, según el proceso reseñado en este capítulo. El sofista no tuvo más que exacerbar y explotar; destruir límites, inhibiciones y escrúpulos, y finalmente, hacer que la policía política encerrase al pueblo dentro del circuito de influencias. Fué así que la propaganda oficial, encaramada en ministerios, universidades, fundaciones, centros de ciencia y campos de deporte, repercutió, como en 1833 la famosa erupción del Karakatoa, en los ámbitos de todo el mundo, e incluso hizo tambalear la cultura occidental entera.

Todavía no nos hemos repuesto del choque.

ROBERTO FABREGAT

DEL CIRCO GRANDE SE HA ESCAPADO UN ARTISTA

Pieza en un Acto

DIVERSION PRELIMINAR

La Diversión Preliminar se desarrolla en el año 2045, en un paraje de la Luna. Yerma planicie de lavas endurecidas. En el centro, un montículo, no más elevado que la cintura de un hombre, de piedra-pómez. Claridad espectral. Los objetos no proyectan sombra. El disco ruboroso de la Tierra, hundido hasta la mitad, en el horizonte, al fondo. Soledad absoluta, los turistas que vienen desde otros mundos, no asoman nunca por el lugar; se dedican a recorrer la parte del satélite que jamás se muestra a los ojos terrestres. Se oye una levísima música de fondo, hasta que aparece el primer personaje, quien entra por la izquierda a la carrerita:

DIRECTOR DE TEATRO. — *(Edad madura. Corpulento y enfurruñado. Enteramente afeitado, incluso las cejas. Cabeza rapada, salvo un largo mechón de cabellos negros, en la coronilla, a la usanza de los tártaros, que a la sazón dictan modas en la Tierra, de donde él procede. Lleva por toda vestimenta, un taparrabos sintético hecho con la piel del último crítico teatral, esterelizada. A la altura del vientre exhibe, sujeto a la piel, un disco provisto de agujas y de diales, que le sirve a la vez de reloj y de receptor interplanetario de radio. De su cuello cuelga, a modo de chupete, una imitación metálica de cigarro, sin humo, desde luego, pero provisto de un fuego eléctrico que se intensifica o decrece a impulsos de la respiración de quien se sirve de él para substituir el inconcebible vicio de fumar, ya extirpado de la Tierra como tantos otros. El andar del personaje consiste en una alternación de carreritas angustiadas y de pasos abandonados. Por hábito, mira a menudo su reloj umbilical, entonces frunce horriblemente el ceño y pega unos brincos hacia adelante. Sosegado en seguida, se detiene, aplica una chupada al cigarro, sus ojos se reviran de deleite y prosigue su camino fumando idealmente y dejando que se deslicen al descuido sus pies calzados con sandalias rojas de extraña forma, para recomenzar a poco la pantomima. Se detiene a la altura del montículo, del lado de afuera del mismo. Se lleva a los labios la imitación de cigarro y empieza a pasearse a lo largo, fumando arrobado, mientras sintoniza su aparatito con la mano libre, diciendo):* Vamos a ver que irradian desde el Viejo Mundo.

VOZ DE LOCUTOR. — *(Se oye la voz de un locutor, monótona y rapidísima)* Trasmite L.R.X. cuatrocientos de Tierra del Fuego. Dormir es perder de ganar, combata el terrible flagelo adquiriendo una máquina de sumar al dictado marca Todo para Mí. La Tierra no envió representantes al Torneo del Amor que se inicia hoy en el planeta Marte; la Ciencia, con sus progresos, ha hecho desaparecer felizmente de nuestro globo tan pueril cuan anti-higiénico deporte que ya no conoce por acá sino un culto simbólico, ejemplo que debería ser seguido universalmente por cuanto...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(sin detenerse, silencia el aparatito)* ¡Bah!... No vale la pena venir desde la Tierra a la Luna a pasar el día del descanso anual, para escuchar esas banalidades... *(Aparece el segundo personaje).*

AUTOR DRAMATICO. — *(Joven. Desfachatado y vivaz como un pájaro. Luce un traje de juglar medieval, ceñido al cuerpo, con esclavina. La blusa es roja y verde por mitades, la esclavina marrón, y las piernas negras. Melena rubia de paje que le cae hasta los hombros. Carga en bandolera un manuscrito arrollado en forma de trabuco. Surge de un brinco de atrás del montículo de piedra-pómez, y cae graciosamente a los pies del Director. Coloca una rodilla en tierra y se prosterna delante de él, estirando la otra pierna e inclinando el busto hasta tocar con la frente la rodilla extendida. Se reincorpora con otro salto, y juntando los manos, inquiere embelesado)* ¿El señor Director de Teatro?

DIRECTOR DE TEATRO. — *(se detiene bruscamente)* ¿Eh? *(Se saca presuroso el cigarro de los labios y lo esconde dentro de la mano. Su boca se retuerce sin lograr articular ninguna palabra. Por último exclama, furioso)* ¡No soy yo! *(Y reemprende la marcha con paso lento y majestuoso, sin mirar al Autor, dando vuelta al montículo).*

AUTOR DRAMATICO. — *(le da alcance con unas cuantas zancadas, y colocándose de frente a él, comienza a caminar hacia atrás, precediéndole y explicándole con placidez)* Le esperaba, señor Director... ¡Hace tanto tiempo que le esperaba!... Yo vivo cerca de aquí, a la orilla de un mar que no está desecado, como se me enseñaba de niño, en la Tierra, sino rebosante de espejismos de los cuales me alimento, porque éstos no son venenosos... Un hada, refugiada como yo, y que se esconde en el fondo de un cráter por miedo al zumbido de los pájaros de acero, me predijo un día su llegada... Desde entonces, he estado esperándole...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(sin detenerse)* Pierde el tiempo... *(mira su reloj)* Estoy apurado. Adiós... *(echa a correr en torno del montículo).*

AUTOR DRAMATICO. — *(siempre precediéndole. Con tono suplicante)* ¡Señor Director!...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(se detiene bruscamente. Se lleva ansiosamente el cigarro a los labios y aspira una larga bocanada de humo ideal, poniendo los ojos en blanco)* ¡Déjeme fumar en paz! Es mi último placer... *(mira su reloj)* ¡Estoy muy apurado. Adiós... *(echa a correr de nuevo).*

AUTOR DRAMATICO. — *(siempre precediéndole, y riendo)* Yo no tengo prisa. El tiempo es mi colaborador.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(exasperado, sin detenerse)* ¿Qué significa esta insistencia?

AUTOR DRAMATICO. — Soy su sombra.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(aminorando el paso, trágico)* Mi sombra es negra. Está hecha de actores y de autores. La dejé en la Tierra.

AUTOR DRAMATICO. — *(alegremente)* La sombra es negra cuando anda detrás. Yo voy adelante. Mis colores son bellos.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(suspirando ruidosamente)* ¡Ni en el día del descanso!

AUTOR DRAMATICO. — Yo no descanso nunca. *(Muestra el firmamento)* Como los astros *(ejecuta unas cabriolas).*

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Payaso!

AUTOR DRAMATICO. — Juglar. Los dos somos juglares, divertimos y hacemos llorar, encantamos o afligimos por dinero.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(con alivio, señalando el manuscrito que el Autor lleva a la espalda)* ¡Le había tomado por un Autor!

AUTOR DRAMATICO. — *(quitándose el rollo de la espalda y apuntando con él al Director, riendo)* ¡Ah! ¡ah! ¡ah!...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(deteniéndose horrorizado y con voz tonante)* ¡Traidor!

AUTOR DRAMATICO. — *(siempre apuntándole y riendo)* ¡Arriba las manos!

DIRECTOR DE TEATRO. — *(tapándose la cara con un brazo)* ¡Vil ralea!

AUTOR DRAMATICO. — *(suavemente y colocándose de nuevo el manuscrito a la espalda)* Se ofende usted mismo, colega... Yo soy el vino. Usted el vaso... *(Muestra con un amplio ademán una imaginaria asamblea reunida en la planicie)* Los convidados aguardan... se levanta la cortina *(mima el cobrado de un cabo que cuelga)* ¡Comienza el festín!...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(observándole con cierta curiosidad)* ¿Su nombre?

AUTOR DRAMATICO. — Parece un seudónimo.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(con inmenso desdén)* ¿Autor desconocido, eh?... ¡Todos iguales! ¡Ninguno se resigna a permanecer ignorado! *(mira con angustia su aparatito umbilicar)* ¡Estoy muy apurado! ¡Adiós!... *(reemprende la carrera en torno del montículo).*

AUTOR DRAMATICO. — *(volviendo a precederle)* Nuestro mejor amigo nos fué desconocido hasta que le encontramos.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(desviándose en ángulo recto y pasando por encima del montículo para zafar de la persecución)* ¡Usted es un imbécil! Si tuviera talento, se sabría.

AUTOR DRAMATICO. — *(saliéndole al paso después de rodear el montículo)* Es que no lo tengo...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(deteniéndose para examinarle, intrigado)* ¿Ah?

AUTOR DRAMATICO. — *(riendo)* ¡No lo tengo reconocido, es hijo natural!

DIRECTOR DE TEATRO. — *(reemprende la fuga)* ¡Inscríbalo, y después muérase!

AUTOR DRAMATICO. — *(arrodillándose a su paso y tocando el suelo con la frente)* ¡Cifraba tantas esperanzas en usted! ¡Nadie me lo había recomendado!

(El Director de Teatro echa a correr a través del escenario, cambiando de rumbo en cuanto el Autor le da alcance. Siempre corriendo, los dos personajes se cambian a gritos las siguientes exclamaciones. El Autor de más en más divertido y el Director de más en más fatigado.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡¡¡No hay vacantes!!!

AUTOR DRAMATICO. — ¡De supernumerario!

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡¡¡No hay interés!!!

AUTOR DRAMATICO. — ¡Para ensayar!

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡¡No hay tiempo!!

AUTOR DRAMATICO. — ¡Gratis!

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Abusador!... *(se deja caer sentado encima del montículo, sin aliento).*

AUTOR DRAMATICO. — *(se quita el manuscrito de la espalda y lo pasea delicadamente debajo de las narices del Director)* ¡Huela!

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Ah!... *(cae de espaldas como fulminado).*

AUTOR DRAMATICO. — ¡Es mi pieza! ¡Será un negoción! *(observa al Director sirviéndose del rollo como de un anteojo de larga vista).*

DIRECTOR DE TEATRO. — *(Se reincorpora y apela desesperadamente a su chupete, apaciguándose en el acto, y pregunta)* ¿Su pieza está escrita en una forma tan grotesca como su modo de expresarse?

AUTOR DRAMATICO. — *(vuelve a cargar el manuscrito a la espalda y se sienta en el suelo delante del Director, cruzando las piernas)* Mucho más. Está escrita para el vulgo, según las reglas.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¿A que llamas el vulgo, audaz?

AUTOR DRAMATICO. — A las gentes que se dan cuenta de todo en el acto, sobre todo de las fallas. *(Comienza a pulirse las uñas contra la roca).*

DIRECTOR DE TEATRO. — El público que concurre a mis salas es muy comprensivo y sin embargo no tiene nada de vulgar.

AUTOR DRAMATICO. — Estará compuesto por distinguidas vulgaridades.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¿Crees que el público podrá apreciar tu obra?... Hablo en general...

AUTOR DRAMATICO. — Si se coloca en general no me extraña que se le ocurran disparates... *(Desternillándose de risa con las manos en el vientre)* ¡El público apreciando una obra! ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Já!, já, já!... *(Se pone en pie de un brinco, y recobrando la seriedad, hace una grave reverencia)* Puedo asegurarle que gustará... Gustará de veras...

DIRECTOR DE TEATRO. — ¿Es decir?

AUTOR DRAMATICO. — Que se multiplicarán por todas partes las opiniones sobre como habría quedado mejor... *(Sacude la cabeza hacia uno y otro lado, como un tontito, repitiendo)* Le gustará al público... le gustará... sé lo que digo... *(se inmoviliza y empieza a apuntar gravemente, con el índice, hacia diferente sitios de la planicie delante del montículo, como señalando, por órden, a cada uno de los imaginarios espectadores a quienes alude con las siguientes reflexiones)* Le gustará a aquella cien kilos que se hartó antes de venir en tribu al teatro, a la usanza ancestral, y está dando las réplicas en voz alta antes que los actores... Lo mismo que a esta enigmática damisela espigada y solitaria... Le gustará a esos pomposos reclinados en sus butacas-camas, y que suelen conservarse despiertos detrás de las pupilas de vidrio que remedian sus miopías... Así como a aquellos famélicos semi-ocultos y que rara vez se duermen... *(Señalando con rapidez varios puntos más o menos próximos, uno después del otro)* Gustará a esta, y a esa, y a aquella pareja que se susurran denuestos... y a aquella otra, y a aquella otra, y a aquella otra en comunión de silencios como en los tiempos remotos en que aún se amaba sobre la Tierra... *(Señalando un lugar en la base del montículo)* Habría gustado a estos patriarcas, si todavía percibieran lo que pasa en escena... y a los jovenes atletas, si aún frecuentaran los teatros... *(Apuntando hacia el horizonte)* Al hombre de Estado que va a llegar tarde por haberse demorado ensayando disfraces, y al elector hermafrodita que vendrá en su pos a prometerse fielmente a sus miradas voraces, como el acoplado - despensa sigue a la casa - volante del magnate... *(se interrumpe bruscamente examinando con suma atención el suelo a sus pies)* ¡Pienso!... como decían en tiempos de los caballos... ¡Pienso, luego como! máxima que se le escapó a Hamlet... *(se deja caer de rodillas, e inclinándose velozmente, comienza a dar besos glotones a la roca, a la manera de un ave que picotea granos caídos y dispersos)* ¡Píldoras alimenticias! ¡se le habrán caído a algún turista!... *(paladea)* Mortadela... *(hace chasquear la lengua)* o melón helado... no me doy bien cuenta...

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Feliz edad!... ¡El médico me ha prohibido comer a deshoras!...

AUTOR DRAMATICO. — *(vuelve a sentarse, relamiéndose satisfecho, y apunta con el dedo al cigarro imitación del Director, aconsejándole)* Debería dejar eso...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(vehemente y asiendo su chupete)* ¿Esto? ¡Jamás!... Es un hábito que me viene de herencia de nobles antepasados... *(contempla conmovido el cigarro y lo golpea con el índice como si hiciera caer la ceniza inexistente, explicando con orgullo)* ¿Ves? ¡así hacían ellos cuando fumaban!...

AUTOR DRAMATICO. — *(se pone en cuatro pies, contemplando al Director con fingida admiración)* ¡Oh!...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(movido a condescendencia)* Dáme el título de tu pieza.

AUTOR DRAMATICO. — No lo vendo suelto.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¿De que trata la obra?

AUTOR DRAMATICO. — ¿De que trata un día de la vida?

DIRECTOR DE TEATRO. — ¿Pero cual es su trama?

AUTOR DRAMATICO. — La de la carne viva, cuando se arranca la piel.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(impaciente)* ¡Puedes decirme al menos como termina!...

AUTOR DRAMATICO. — A lo macho de antes. Dejando cría.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Te estás burlando de mí, gana-píldoras!

AUTOR DRAMATICO. — *(con una reverencia)* Sobre usted haré una pieza aparte.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(poniéndose de pie y bajando del montículo)* ¡No volverás a encontrarte conmigo! ¡Te lo aseguro!

AUTOR DRAMATICO. — *(ejecutando un parado de manos en la cima del montículo)* Le describiré por intuición. Saldrá favorecido.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(mostrándole el puño)* ¡Insolente!

AUTOR DRAMATICO. — *(recuperando su posición natural y haciéndole una nueva reverencia)* Insólito nada más... En cambio usted es común.

DIRECTOR DE TEATRO. — *(fuera de sí)* ¿Quiere que lo mate, diga, quiere que lo mate?

AUTOR DRAMATICO. — *(suavemente)* Podría sucederme algo peor, Que lea usted mi pieza y me la rechace.

DIRECTOR DE TEATRO. — ¡Petulante! ¡Ni que supieras que es buena!

AUTOR DRAMATICO. — *(se descuelga el manuscrito de la espalda y lo contempla melancólicamente)* Podría no resultarle demasiado buena, pero como es mía, y usted no me quiere...

DIRECTOR DE TEATRO. — *(trepa rápidamente el montículo y arrebatando el manuscrito de manos del Autor, vuelve a bajar*

con él alejándose unos pasos) ¡Leeré tu pieza pero no la representaré jamás!... *(Se pone a hojearla con rapidez. De pronto se inmoviliza recorriendo una página, hace un gesto de sorpresa y pregunta maravillado, como para sí mismo)* ¿Pero de quien es esto?

AUTOR DRAMATICO. — *(desciende del montículo, iluminado por la esperanza, y hace una profunda reverencia)* ¡Es mi obra!

DIRECTOR DE TEATRO. — *(cerrando de golpe el manuscrito, se lo coloca debajo del brazo, y mira severamente al Autor)* ¿Tu obra?... *(con fuerza)* ¡La obra de un autor sin fama es una obra anónima!... *(Apreta el manustrito contra sí y se dirige majestuosamente hacia la derecha del escenario).*

AUTOR DRAMATICO. — *(yendo en su pos, angustiado)* ¿Ya la va a hacer plagiar?

DIRECTOR DE TEATRO. — *(magnánimo)* Dependerá de tí el que te consideres plagiado o no.

AUTOR DRAMATICO. — *(ansioso)* ¿Que debo hacer?

DIRECTOR DE TEATRO. — *(solemne y sin detenerse)* Olvidar lo que dice este manuscrito.

AUTOR DRAMATICO. — *(paralizado un momento por el estupor, corre luego hacia el Director exclamando con acento sollozante)* ¡Me sería más fácil olvidarme de usted! *(extiende las manos hacia el manuscrito).*

DIRECTOR DE TEATRO. — *(muy digno, haciendo un movimiento para evitarle)* Gracias. *(Mira su aparatito umbilical)* Estoy apurado, muy apurado. Adios. *(echa a correr en línea recta y sale del escenario por la derecha).*

AUTOR DRAMATICO. — *(ya sólo, se entrega a toda suerte de cabriolas de desesperación, mesándose los cabellos y clamando entre sollozos)* ¡El bandido me robó mi pieza! ¡me robó mi pieza! ¡me robó mi pieza! ¡me robó mi pieza!... ¡Mi pieza! ¡mi pieza! ¡mi pieza!... *(Se arroja al suelo, ocultando el rostro entre las manos y sacudiendo el cuerpo. Sus sollozos se van haciendo cada vez más sordos y espaciados. Por último se queda dormido. Vuelve a oirse la música de fondo del principio, la que se mantendrá hasta que caiga el telón. Transcurre un minuto, y un rayo de luz dorada se posa sobre los cabellos del Autor, despertándole poco a poco, y con él al poeta, al hombre eternamente niño, que adora al Sol y sólo vé encantamientos en la existencia. Se despereza, se sienta en el suelo, mira en torno, pasea sus ojos por el cielo, mira hacia el rayo de luz, y comienza a sonreir dulcemente. Recoje el rayo luminoso como si se tratara de un chorro, en el hueco de sus dos manos extendidas, que termina por cerrar, apretándolas. El rayo de luz desaparece, aprisionado. El mozo se pone de pie, siempre con las manos reunidas, y comienza a bailar suavemente, riendo con gozo cada vez más intenso, sacudiendo su melena en todos sentidos, y exclamando)* El Director del teatro va a representar mi pieza! ¡va

a representar mi pieza!... *(calla de pronto, abre sus manos, ha llándolas vacías; parpadea violentamente y mira con fijeza hacia el lado por donde desapareció el Director. Ha recordado lo acaecido. Inclina la cabeza, cierra los ojos, suspira hondamente, pero reponiéndose enseguida, se entrega a una danza alocada, con el propósito de aturdirse, exclamando con forzado acento de triunfo)* ¡Mi pieza!... ¡mi pieza!... ¡mi pieza!... *(Pónese a girar sobre sus pies, con exaltación cada vez mayor, gritando con sollozos en el fondo de la garganta)* ¡Vivirá!... ¡vivirá!... ¡vivirá!... *(Y se desploma quedando inmóvil).*

Cae el telón, cesa la música de fondo, y unos minutos después, un alto - parlante comunica a los espectadores:

VOZ DEL ALTO - PARLANTE. — Se va a dar comienzo a la representación de «Del Circo Grande se ha escapado un artista», comedia en un acto, compuesta a la manera arcaica por un singular escritor que vive en la Luna. La obrita está inspirada por las curiosas costumbres que imperaban hace un siglo, allá por el 1940 y tantos, sobre nuestro planeta y en particular en las comarcas del Río de la Plata. Eran los tiempos en que los hombres todavía fumaban, dormían, tenían días de fiesta, amaban, exhalaban quejas, acariciaban sueños, y hasta comían comida, distrayéndose de tanta puerilidad y monotonía haciéndose pequeñas guerras con métodos que hoy nos resultarían infantiles. El público sabrá agradecernos los esfuerzos que hemos debido realizar a fin de obtener del Comisario de la Opinión Pública, permiso para dar a conocer esa obrita, cuya representación ha sido tan criticada por anticipado, por juzgársela susceptible de provocar sentimentalismo entre los espectadores a quienes, por nuestra parte, no inferiremos la ofensa de creerles capaces de semejante reacción inservible. Estamos apurados. Adios.

ESCENA I DE LA PIEZA

Vuelve a levantarse el telón, mostrando el despacho del Secretario de un Ministro de Estado. Epoca actual, ambiente elegante y lujoso. Al fondo, dos amplias ventanas con visillos largos a través de los cuales se divisa la edificación de una gran capital, en pleno día. Entre las dos ventanas, una chimenea, con fuego de gas entre carbones simulados; en el centro del dintel de la chimenea, una aplicación de bronce que representa una máscara riente de teatro griego; sobre la repisa, un objeto de arte estilizado, y al lado de éste, una máxima de colgar con la siguiente leyenda en gruesos caracteres: «A tales obras, tales pagos». A la derecha, dos puertas, cerradas. Del mismo lado, un sofá y dos sillones de cuero, profundos, soberbios, y en medio

de ellos una mesilla, todo dispuesto como para tertulia. A la izquierda, otras dos puertas, hallándose cerrada la que queda más al fondo y entornada la más cercana al proscenio. Del mismo lado, haciendo frente a los muebles de cuero, una mesa-escritorio de gran aspecto, con su sillón; encima del escritorio, un aparato telefónico, tablero de timbres, útiles de escribir, cenicero, una hermosa caja de cigarrillos, con tapa, una pequeña pila de expedientes, todo en perfecto órden; siempre sobre el escritorio, de reverso hacia el proscenio pero visible desde los asientos de cuero, una fotografía dentro de un marco con pie. Muy próxima a la ventana de la izquierda, una mesilla con máquina de escribir y su asiento. Mullidas alfombras. Son pasadas las catorce horas de una tarde invernal; en el hogar de la chimenea, el fuego de gas llamea silenciosamente entre los carbones de imitación. En el lado derecho del proscenio, una escalera practicable está dispuesta para que se pueda subir y bajar desde el escenario a la platea. — Un desconocido va y viene por el despacho y termina por detenerse junto al escritorio, poniéndose a jugar maquinalmente con la tapa de la caja de cigarrillos, abriéndola y cerrándola.

EL DESCONOCIDO. — *(Viste un sobretodo muy usado por debajo del cual asoman sus pantalones con vueltas barrosas. Cargado de espaldas. Cabeza canosa, peinada sin preocupación. 40 años. Actitud y andar fatigados. Dá la impresión de un hombre educado, otrora robusto y agradable, quebrado ahora físicamente, amargado, y que sólo actúa por sostenido esfuerzo de la voluntad. Lleva en la mano un sombrero blando, sobre el cual ha llovido recientemente, y deformado por el uso. De pronto levanta la cabeza, sin dejar la tapa de la caja de cigarrillos y mira hacia la puerta de la derecha más próxima al proscenio, exclamando a media voz)* Me parece que ahí viene.

Se abre bruscamente la puerta de la derecha más próxima al proscenio y entra otro personaje.

ARTURO. — *(25 años. Ordenanza supernumerario del Ministerio. Traje de color fantasía, con insignia de ordenanza en el ojal de la solapa. Calza unos fascinadores botines negros con caña de gamuza blanca. Aire guarango y cándido a la vez. Descubriendo al desconocido, se detiene y le interpela insolentemente).* ¡Diga... don! ¿Quien le dió permiso para meterse aquí?... ¿que está haciendo ahí?

EL DESCONOCIDO. — *(con tono cansado)* Estoy esperando al señor Secretario.

ARTURO. — *(adelantándose hacia él, amenazador)* ¿No sabe que hay que esperar turno en el patio *(Señala la platea del teatro).* ¿Donde se cree que está?... ¡No, pero diga! ¿había sido caradura usté, eh?... *(indica la caja de cigarrillos)* ¿Que estaba tocando ahí?... *(Va a la caja, examina el contenido, extrae un cigarrillo, que se guarda, cierra la caja, y encarándose severa-*

mente con el Desconocido, hace con las manos el gesto de espantar un ave de corral) ¡Afuera, afuera!

EL DESCONOCIDO. — *(se encamina lentamente hacia la derecha del proscenio)* Está bien, está bien...

ARTURO. — *(siguiéndole como un cusco ladrador)* ¡Y si no está bien, es lo mismo!... Yo le voy a dar comprometer mi servicio... Esta vez se lo lleva barato... Vuelva a hacer esto y verá... *(Le coloca una mano en la espalda para acelerar su marcha)* ¡Raje, raje!

EL DESCONOCIDO. — *(apartándose indignado)* ¡Bueno, no empuje! *(sigue caminando hacia la escalera).*

ARTURO. — ¡Camine ligero, entonces!... ¿Donde ha visto colarse así en un despacho de Ministerio?... ¡Es el Superior Gobierno, aquí! ¿Qué se ha creído?

EL DESCONOCIDO. — ¡Yo no digo nada!

ARTURO. — ¡Pero me imagino lo que está pensando!... *(señalando hacia la platea)* ¿Se cree que no lo oí chismear con los demás ahí afuera?... ¡Vuelva a esperar su turno... si lo quieren recibir!... *(De pronto, con una inspiración súbita, toma al Desconocido por un brazo y le dirige hacia la puerta de la derecha situada al fondo)* ¡Ah, no, al patio no lo dejo ir más! Ahora va a esperar en el reservado. Allí estará más tranquilo...

Arturo y el Desconocido van hasta la puerta indicada, aquel empujando a éste y éste debatiéndose indignado.

EL DESCONOCIDO. — ¿Pero que es lo que quiere conmigo?... ¿está loco?... ¡Esto es un atropello!... ¡Yo puedo caminar sólo!... ¡lárgueme!...

ARTURO. — *(abre la puerta e introduce al Desconocido por ella, dejándole encerrado. Luego se dirige hasta la escalera, exclamando satisfecho)* ¡Para agilizar las audiencias, no hay otro como yo! ¡Van cuatro!... *(Se restrega las manos, se planta delante de la parte superior de la escalera, de frente al público, con las piernas abiertas, mete sus manos en los bolsillos del pantalón, y comienza a balancearse silboteando un tango, recorriendo la platea con una mirada desafiante).*

ESCENA II

Se abre enteramente la puerta de la izquierda más próxima al proscenio y entra

RAUL KELISTO. — *(El Secretario del Ministro, 40 años. No representa su edad pareciendo mucho más jóven. Viste traje de calle, impecable; camisa de cuello y puños almidonados. Cabello negro y lustroso, alisado y ceñido como un gorro de nadador. Enteramente afeitado, sonrosado, empolvado. Su rostro ofrece habitualmente una expresión de buen muchacho jaranista y se hace simpático en el acto, aunque la mirada es de*

una fijeza desconcertante. Principio de barriga. Parco en gestos. Camina con la cabeza echada hacia atrás. Desde el umbral de la puerta interpela a Arturo con desconfianza) ¿Que pasaba aquí?

ARTURO. — *(volviéndose hacia el Secretario, con displicencia)* Nada... Un individuo que se coló en lugar de esperar en el patio.

RAUL KELISTO. — *(entra del todo en el despacho, cierra la puerta y dice severamente)* Ya le he advertido que mucho cuidado con manosear a los que vienen a pedir audiencia.

ARTURO. — ¡Si yo no lo manosié a ese, fué él que se me refregó en las manos!

RAUL KELISTO. — ¡Llévelas detrás de la espalda para evitarle tentaciones al público!... ¡Cuando no debía salir con alguna de las suyas!... Usted recién está practicando de ordenanza. El señor ministro va a ser candidato a la presidencia en las próximas elecciones y exige que todos los que vienen, absolutamente todos, sean tratados con suma deferencia. ¡No me lo haga repetir todos los días!... ¿Quien era esa persona?

ARTURO. — ¿El sujeto que se coló? !Y yo que sé!... Algún gato, no hay más que verle las vueltas del pantalón.

RAUL KELISTO. — Dígame un poco, ¿de donde lo sacaron a usted cuando lo nombraron aquí?

ARTURO. — ¿A mí?... Del Clú con libertá ni ofendo ni temo ¿porqué?

RAUL KELISTO. — ¿Pero de qué trabajaba?

ARTURO. — ¿Eh?... de eso.

RAUL KELISTO. — ¿Y esa costumbre de juzgar a las gentes por las vueltas de los pantalones?

ARTURO. — ¡Ah!... se me pegó de cuando era pedícuro.

RAUL KELISTO. — ¿Pedícuro? ¿Era pedícuro usted?

ARTURO. — Es un modo de decir... como un basurero conocido mío ponía en las tarjetas que era Técnico en Resíduos... Así no más... Yo un tiempo trabajé en un salón de lustrar calzado. Era pedícuro externo.

RAUL KELISTO. — Aquí hay que levantar las miras, compañero. *(Se dirige al escritorio y hojea un expediente, de pie).*

ARTURO. — Para que vea si es guiso ese que se coló, dijo que este ministerio parece una casa... una casa de esas que están entreabiertas de noche y de día.

RAUL KELISTO. — ¡No es posible!

ARTURO. — Talmente. Se lo estaba diciendo a otro, en el patio... Habrá sido por la pinta de unas que están esperando ahí afuera... una Doña Encarnación no sé cuantas, y...

RAUL KELISTO. — ¿Ah?... ¿está la señora esa?... ¿sóla?

ARTURO. — No, con un elemento.

RAUL KELISTO. — ¿Que quiere decir? ¿con alguna señorita?

ARTURO. — *(encogiendo los hombros)* Yo quise decir otra cosa, ¡pero a mí no me interesa!

RAUL KELISTO. — ¡No se trata de lo que le interesa a usted o no! ¿entiende? Tiene que expresarse respetuosamente de todos los visitantes y suprimir las apreciaciones... Y cada vez que me habla, debe decirme «señor secretario», no se le va a hinchar la boca...: *(señalando el proscenio)* Haga pasar al primero.

ARTURO. — *(con un gesto de desprecio hacia la platea)* Es la... la señora esa... la Doña...

RAUL KELISTO. — ¡Bueno, bueno, que pase!... *(Deteniendo a Arturo con un ademán)* ¡Ah, momento!... ¿entre los que esperan no está un caballero que se llama Amy Galán? ¿un señor ya viejo, de mucha presencia?

ARTURO. — De apariencia de caballero hay varios, pero de ese nombre no me ha caído ninguno.

RAUL KELISTO. — Ese nombre no lo tengo en lista, señor secretario, así se contesta... *(Imperioso)* Que pase la señora.

ARTURO. — *(encaminándose hacia la escalera)* Bueno, que pase...

RAUL KELISTO. — Apenas llegue el señor Galán, avisáme. Lo voy a recibir en el acto... Y tratálo con la mayor consideración ¿entendés? Es un gran amigo mío ¡no te vayas a hacer el loco con él!

ARTURO. — Si es tan personaje, el que se hará el loco será él. ¡Me arrempujará y se meterá sólo!...

RAUL KELISTO. — *(llamándole con tono de confidencia)* ¡Arturo!

ARTURO. — *(se detiene y se vuelve hacia el Secretario)* Diga no más.

RAUL KELISTO. — Le conviene tratar de portarse bien... Cuando el señor ministro gane las elecciones, lo llevará de conserje a la Presidencia... Yo le he pedido el puesto para usted... esto entre nosotros.

ARTURO. — ¿No?...

RAUL KELISTO. — Cuide el servicio y esté tranquilo, el puesto será suyo. Pero no lo comente, hay muchos niños para el trompo y empezarían a moverse.

ARTURO. — ¡Se... señor Secretario!... ¡Yo!... ¡De veras que!... ¡Mu... muchas gracias!... ¡muchas gracias!... ¡que fiera es usté!...

RAUL KELISTO. — De nada, de nada. Atento al servicio y deje correr.

ARTURO. — ¡Cuando sepa mi patrona!... Es decir... ¿A ella... le podré anunciar?

RAUL KELISTO. — No creo que haya inconveniente. Recomendándole reserva *(Señala hacia la escalera)* Hacé pasar.

ARTURO. — ¡Al galope, señor Secretario! *(Se precipita hacia la escalera, y desde arriba grita dirigiéndose a alguien que está en la platea, con exagerada deferencia en el tono)* ¿Quiere incomodarme teniendo la amabilidad de pasar, excelentísima señora?

RAUL KELISTO. — *(para sí)* ¡Que animal!

ARTURO. — *(al Secretario)* ¡Ahí se larga! *(Sale rápidamente por la puerta de la derecha más próxima al proscenio).*

ESCENA III

De los asientos contiguos que ocupaban en platea, inadvertidas entre los espectadores desde el comienzo de la función, se levantan Doña ENCARNACION DE LOS DOLORES MARTINES y su hija PURA, las que se dirigen a la escalera que sube al escenario, ascendiendo por ella y entrando a él. Doña Encarnación va en primer término, seguida tímidamente por Pura. El Secretario las espera, sólo.

Da. ENCARNACION. — *(60 años. Aspecto de viejecita muy humilde. Sin sombrero. Vestida toda de negro, con un chal sobre los hombros. Lleva habitualmente las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza dulcemente inclinada de costado y hacia adelante. Se sonríe sin cesar, en forma desagradable. Cuando habla, lo hace con suavidad, insinuantemente).* ¡Ay, hijita... estas escaleras, a mi edad!...

PURA. — *(18 años. Hija de Doña Encarnación. Hermosa y de formas sobrado opulentas. Vestimenta poco edificante. Expresión modosita y voz melíflua).* ¡Que susto, mamaíta!

RAUL KELISTO. — *(Se adelanta hasta el centro del despacho, al encuentro de las visitantes, divertido pero reservado)* Como le va, Doña Encarnación.

Da. ENCARNACION. — ¡Mi estimado joven!... ¿Como está?... ¡Tanto tiempo sin vernos!...

RAUL KELISTO. — Muy bien, Doña Encarnación ¿y usted, que tal?

Da. ENCARNACION. — *(tomando la iniciativa de darle la mano y reteniendo la de él un momento, le contempla con afectada ternura)* ¡Don Raulito!... *(Presentando a Pura, con acento conmovido)* ¡Es mi hijita Purita, la menor!... yo le hablaba de ella en mi carta... ¿recibió la carta que le mandé, verdad?

RAUL KELISTO. — Es posible... no recuerdo...

Da. ENCARNACION. — *(mostrando a Pura)* La tenía afuera y ahora la he hecho venir... no estaba con nosotras cuando usted venía por casa... ¡Nena, saludá! ¡el joven es el secretario del señor ministro y un antiguo amigo nuestro!

Pura y el Secretario se dan la mano.

Da. ENCARNACION. — ¡Que bien está usted!... ¡más joven y más buen mozo que nunca!... ¿Y el señor ministro está bien? ¡A lo mejor puede ser que usted ya le haya hablado de nosotras!...

El Secretario parece no haber oído.

Da. ENCARNACION. — *(mirándolo todo a su alrededor)* ¡Que lindo

aquí! ¡Siempre dije que usted haría carrera!... ¡cuanto me alegro!... *(Con suma dulzura)* ¿Se acuerda de la calle Gaboto?... ¡si una contara, nadie lo creería, como pasa el tiempo!...

RAUL KELISTO. — *(poniéndose grave)* Usted dirá en que puedo servirla.

Da. ENCARNACION. — *(con suavidad aún más acentuada)* ¡Tan amable!... *(Tomando a Pura por testigo)* ¡Mirá, nena, como recibe a tu mamá vieja! ¿que te había dicho yo, no es una monada el joven?... *(señalando los asientos de cuero)* ¡Siéntese, Don Raulito, no haga cumplimiento!

RAUL KELISTO. — *(contrariado, señalando a su vez los muebles de cuero)* Tome asiento, Doña Encarnación... Señorita...

Los tres personajes se dirigen a los asientos.

PURA. — *(parecer resbalar y se agarra del brazo del Secretario, permaneciendo asida de él más de lo indispensable)* ¡Oh!... ¡casi me caigo!... ¡Disculpe, señor!

RAUL KELISTO. — *(toma a su vez a Pura por un brazo para conducirla a los asientos, muy favorablemente impresionado por el incidente)* ¡No es nada, señorita! Son las alfombras que resbalan sobre el piso encerado. Tome asiento... *(La instala en el sofá).*

Da. Encarnación se sienta al lado de Pura y el Secretario en un sillón, frente a ellas.

RAUL KELISTO. — *(a Doña Encarnación, señalándole a Pura)* ¿La menor, eh?... ¿por el momento?

Da. ENCARNACION. — ¡Pero Don Raulito, soy viuda!

RAUL KELISTO. — ¿Ah, no se volvió a casar niguna otra vez?

Da. ENCARNACION. — ¡Cállese, usted siempre tan chichón!... ¡Que me iba a volver a casar!... ¡No ha sido por falta de oportunidades, le aseguro! ¡La nena sabe bien!... *(Contempla embelesada a Pura)* Sí... esta es la menor... la única de mis hijas que ha quedado conmigo... ¡Las otras! cría cuervos y échate a esperar, como dice el proverbio... En cuanto fueron crecidas y pudieron haber empezado a ayudar a su pobre madre ¡si te he visto, no sé donde!... ¡Unas ingratas! ¡no me pregunte lo que se han hecho porque ni lo sé ni quiero saberlo! *(Volviendo a admirar a Pura)* ¡Quince años apenas!... *(Como si hablara del juguete de una criatura)* Tiene su cedulita... *(saca una Cédula de identidad de un bolsillo de su falda y la presenta al Secretario).*

RAUL KELISTO. — *(toma la Cédula y la examina con curiosidad)* Pura-Blanca-Nieves Martínes... Pura-Blanca-Nieves ¡lindo nombre!... Pero aquí su señorita hija figura con veintiun años...

Da. ENCARNACION. — *(cambiando una rápida mirada con Pura)* ¿No me diga?... ¡Ah, sí! ¿Te acuerdas, hijita? *(Al Secretario)* Fué un amigo nuestro que le arregló eso así por si quería buscar empleo... ¿Siempre es preferible a quitarse la edad, no es cierto?... *(Volviendo a contemplar a Pura, enternecida)* ¡Ella no es coqueta!... ¿Y dígame si no parece realmente mayor de edad?

¡Tan bien desarrolladita!... Yo siempre le digo ¡pero nena, van a decir que tuvistes familia! Ella se ríe... ¿Cuando se tiene la conciencia tranquila, verdad?... ¿No es encantador?... ¡Lo que sí que hoy en día con tantos mónstruos que andan por ahí! ¡No hay más que perversión!... Por eso es que he pensado que era tiempo de venir a verlo a usted...

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Muchas gracias!

Da. ENCARNACION. — ¡No se burle, Don Raulito, soy madre!... *(contemplando a Pura y hablando con el Secretario, alternativamente)* Hoy está un poquito desmejorada... incomodidades de las niñas.. usted sabe lo que son esas cosas... ¡Pero cuando le dije que venía a hacerle una visita, no hubo forma de que se quedara en casa! ¡lloró a mares! ¡pobrecita!... quiso acompañarme de todos modos... ¡Le ha tomado un cariño de tanto oirme hablar de usted!... Un poquito paliducha, pero una salud a toda prueba... ¡Y un apetito! ¡come y duerme como un ángel!

PURA. — Los ángeles no comen ni duermen, mamá... *(se sonríe).*

Da. ENCARNACION. — *(mirándola arrobada)* ¡Que chiquilina! ¡Siempre tan ocurrente! *(Al Secretario)* ¿Se fijó en la dentadura? *(A Pura)* Sonríete otra vez, nena, para que el joven vea tus dientes.

PURA. — ¡Pero mamá!

Da. ENCARNACION. — ¡Las amiguitas del barrio le tienen una envidia atroz porque dicen que parece una estrellita de Colivú... ¿Verdá que parece?... El otro día la llevé...

RAUL KELISTO. — Perdone, Doña Encarnación. Hoy es día de audiencia del Ministro y tengo los minutos contados. Vamos al asunto que la trae por acá. ¿De que se trata?

Da. ENCARNACION. — ¡Ah, discúlpeme, Don Raulito!... ¡Del gusto que me dá volver a verlo me olvido de todo y hablo, hablo... Así le decía yo a esta criatura antes de salir, ya vas a ver que...

PURA. — ¡Pero mamaíta, el señor está apurado!

RAUL KELISTO. — Hágame el favor de exponerme rápidamente ..

Da. ENCARNACION. — *(mostrando a Pura)* Se trata de ella, Don Raulito... sino nunca me habría atrevido a venir a incomodarlo... ¡En fín!... ¡Con lo cara que está la vida! ¿que quiere que haga una pobre viuda como yo?... Mi sueño es conseguir algún puestito para esta... cualquier cosita... cualquier empleíto, honesto ¡ni que hablar! usted sabe la educación que he dado a mis hijitas!... Yo...

RAUL KELISTO. — *(a Pura)* ¿La señorita posee algunos conocimientos de oficina?

Da. ENCARNACION. — Había empezado a estudiar... ¿como le dicen a eso que se hace con los dedos?... *(imita los movimientos de los dedos sobre un teclado).*

PURA. — Dactilografía, mamá.

Da. ENCARNACION. — Eso... Pero cuando trabaja mucho le vienen mareos... Una pena! ¡si supiera lo aplicada que es!... Un doctor amigo nuestro...

PURA. — *(caprichosa)* Yo quería ser bailarina clásica.

Da. ENCARNACION. — *(juntando las manos)* ¡Como baila, Don Raulito!... ¡Así son las pantorrillas que está echando!... Traje una carta que me mandó un señor de teatro que la quería para discípula... *(Busca en su bolsillo)* ¡pero eso no es para una niña como ella, figúrese!... ¿Donde he puesto esa carta, hijita?... Quería mostrársela al joven...

RAUL KELISTO. — No importa... Me doy cuenta...

Da. ENCARNACION. — ¡Véngase una tarde de estas por casa, Purita le hará una exhibición y tomaremos unos mates!... Casa de pobres ¡pero usted es de confianza!... ¡Usted se nos ha perdido... es un ingrato! ¿Se acuerda de antes? ¡Como pasa el tiempo!... ¿Que lindas tertulias aquellas, no es cierto?

RAUL KELISTO. — Muy familiares... *(Riendo)* Pero usted recordará que me he casado, y mi esposa...

Da. ENCARNACION. — *(mirando a Pura)* ¡Que inocente!

RAUL KELISTO. — ¿Quien es un inocente?

Da. ENCARNACION. — ¡Esta criatura! *(baja la pollera de Pura de un tirón)* ¡Pero niña!... *(Al Secretario, fríamente)* ¡Es cierto que está casado!... ¡Es el destino!... ¡Enfín!... ¿Y el ministro, Don Raúl?

RAUL KELISTO. — También es casado.

Da. ENCARNACION. — ¡No es eso!... quiero decir que si el ministro nos conociera, puede ser que se interesara por nosotras... *(Mimosa)* Don Raúl, usted va a conseguir que el ministro nos reciba, verdad?

RAUL KELISTO. — Vamos a esperar un poco... Ahora se aproximan las elecciones... En cuanto se presente una oportunidad de empleo como para la señorita, yo mismo les avisaré.

Da. ENCARNACION. — Gracias, Don Raúl... *(Un silencio)*. ¿Sabe que ya no vivo más en la calle Gaboto? Ahora vivimos en la calle Honduras... ¿No quiere apuntar?...

El Secretario saca un carnet del bolsillo y apunta.

Da. ENCARNACION. — Encarnación de los Dolores Martínes... Martínes con ese al final... calle Honduras cinco mil... Desde las seis de la tarde en adelante nos encontrará siempre ¡vivimos muy retiradas! Con decirle...

RAUL KELISTO. — Doña Encarnación, me va a disculpar... *(Se pone de pie)*.

Dr. ECARNACION y PURA se ponen de pie a su vez, sin prisa.

Da. ENCARNACION. — ¡Si supiera cuanto le agradezco!... *(Mirando a Pura)* ¡Una criatura que quiero como a la niña de mis ojos!... ¡La he criado con bombones, como quien dice!... *(Se*

lleva una mano a los ojos) ¡Pensar que un día de estos voy a tener que separarme de ella!

RAUL KELISTO. — ¿Se va a casar?

Da. ENCARNACION. — ¡No, por favor!... ¡Pero como usted la va a emplear!

RAUL KELISTO. — Yo no he prometido nada... Pero tendré en cuenta su deseo.

Dr. ENCARNACION. — *(a Pura)* Nena, dále las gracias al joven... Y díle hasta muy pronto.

PURA. — *(extendiendo la mano al Secretario con una sonrisa graciosa)* Señor... tanto gusto... y muchas gracias...

RAUL KELISTO. — *(dándole la mano y reteniendo un momento la de ella)* Señorita... encantado...

PURA se dirige sola, lentamente, hacia la escalera, observando todo a su alrededor.

Dr. ENCARNACION. — *(demorándose junto al Secretario y en voz baja pero ahora rápida y firme)* ¡Ay, hijo, que poca suerte!... Yo siempre reservándome para llevarla a ver al Presidente ¡y el Presidente no ha querido recibirnos!... Entonces pensé en tu ministro, todos dicen que va a ser el sucesor... *(Un silencio y después añade, con fuerza)* ¡Purita es mi última esperanza!

RAUL KELISTO. — *(aplicándole una palmada en un hombro y riendo) ¡Pasarlo bien,* Doña Encarnación de los Dolores!

Da. ENCARNACION. — *(a Pura, con voz meliflua)* Vamos, hijita,

PURA. — *(con el mismo tono de voz)* ¡Sí mamaíta!

Da. ENCARNACION y PURA se dirigen juntas hacia la escalera que baja a la platea, volviéndose una y otra vez para saludar al Secretario con la cabeza y una sonrisa. Descienden la escalera y abandonan la sala.

RAUL KELISTO. — *(que ha quedado sólo en el escenario, sacude la cabeza y repite divertido)* ¡Purita es mi última esperanza!... *(Va a su mesa-escritorio y toca un timbre).*

ESCENA IV

Se abre la puerta a la derecha más próxima al proscenio y entra

ARTURO. — ¡A la orden, señor Secretario!

RAUL KELISTO. — Hacé pasar al que le toca.

ARTURO. — *(se dirige a la escalera y desde arriba ojea la platea severamente; de pronto hace un llamado con un dedo a alguien que se encuentra entre los espectadores)* A usted le toca.

Del asiento que ocupaba en platea, inadvertido en medio del público desde el comienzo de la función, se levanta el Sr. SALITA, quien se dirige a la escalera, ascendiendo por ella y entrando al escenario.

Sr. SALITA. — *(52 años. Trajeado con prendas de alta calidad. Muy acicalado. Aire importante y autoritario. Bigote recortado y agresivo. Camina con paso rápido y resuelto. Sus ademanes son tajanjantes, pero afecta, habitualmente, una amabilidad condescendiente y excesiva. Sube la escalera exclamando)* ¡Ya era tiempo!

ARTURO. — *(haciéndose a un lado para dejar pasar al Sr. Salita, le anuncia al Secretario con aire de triunfo)* ¡Acá está el hombre con apariencia de caballero!

Sr. SALITA. — *(entreparándose para medir a Arturo, sofocado de indignación)* ¿Cómo ha dicho?... ¡Sinvergüenza, atrevido!... *(se adelanta furioso por el despacho dirigiéndose derechamente hacia el Secretario).*

ARTURO. — *(Satisfecho, para sí mismo)* ¡No me equivoqué! Es el personaje... *(Sale por la puerta de la derecha más próxima al proscenio).*

RAUL KELISTO. — *(disimulando su contrariedad)* ¡Señor Salita! ¡que placer! *(le extiende la mano).*

Sr. SALITA. — *(encarándose provocativamente con el Secretario y sin tomar su mano)* ¿Puede explicarme que significa lo que dijo ese atorrante que estaba ahí?

RAUL KELISTO. — *(muy dueño de sí y buscando mentalmente una salida)* No se formalice. Es un supernumerario. Está practicando...

Sr. SALITA. — ¿Practicando? ¿practicando a insultar a la gente?

RAUL KELISTO. — *(sonriendo)* No lo tome a mal. Más bien déle las gracias.

Sr. SALITA. — ¿Las gracias? ¿las gracias?... ¿Quién es que está loco aquí?

RAUL KELISTO. — Yo le ordené a ese muchacho que hiciera pasar primero al caballero de mejor *presencia*... sabía que usted estaba esperando afuera... ¡y el infeliz confundió la palabra presencia con la de apariencia, que en este caso podía interpretarse mal... Eso es todo... Apesar de ser tan crudo ese hombre ¡cómo supo distinguir su porte señoril entre todos! ¡Su clase se impuso netamente, amigo Salita!

Sr. SALITA. — *(inmediatamente serenado y halagado)* ¿Ah?... ¡Está bueno!... *(tiende la mano al Secretario)* ¿Como le va, joven amigo?

RAUL KELISTO. — *(dándole la mano efusivamente)* ¿Qué tal, señor Salita?

Sr. SALITA. — ¿El ministro no ha venido todavía?

RAUL KELISTO. — Todavía no... *(le señala los asientos de cuero)* Hágame el favor...

Sr. SALITA. — Muchas gracias... *(se dirige a los asientos y toma* posesión de un sillón).

RAUL KELISTO. — *(sentándose en el sofá)* El ministro vendrá recién a las diez y seis, y se quedará un momento nada más. A las

diez y ocho tiene que ir a recibir al Presidente que regresa de su gira.

Sr. SALITA. — ¿Cómo, el Presidente no regresaba pasado mañana?... ¿Abrevió el viaje?

RAUL KELISTO. — *(sonriendo finamente)* Las cosas no anduvieron como él esperaba... Dato confidencial.

Sr. SALITA. — ¿Ah, sí, eh?... Es un buen indicio... *(guarda silencio un momento)* ¿No estuvo Rampolla, el diputado? Quedó en que se iba a encontrar aquí conmigo para ver juntos al ministro.

RAUL KELISTO. — Todavía no ha venido.

Sr. SALITA. — ¿Y el senador Richetti?

RAUL KELISTO. — Telefoneó a las catorce, me pidió que le llamara en cuanto llegara el ministro... ¿es por algún asunto suyo también?

Sr. SALITA. — Sí, por el mismo asunto... Dato por dato, le confiaré que se trata de un puestito que quiero para un hijo mío, que es estudiante. Así el muchacho se rebuscará unos pesitos para el bolsillo sin andar pechándome contínuamente... Es un puestito de morondanga, pero hoy en día no hay empleo chico, y tengo que apurarme... ¡Dá verguenza como anda la gente a la pesca de empleos públicos!

RAUL KELISTO. — ¿Un puesto que depende de este ministerio.

Sr. SALITA. — Sí... Pero en una repartición fuera de aquí?

RAUL KELISTO. — ¿Ah, en una repartición fuera de aquí?

Sr. SALITA. — Sí... El que lo ocupa está por renunciar indeclinablemente.

RAUL KELISTO. — Pero... ¿entonces el cargo no está vacante?

Sr. SALITA. — Como si lo estuviera. El que lo ocupa —podemos decir el que lo ocupaba— está desahuciado por los médicos, le dán pocas horas de vida... Me enteré por mi jardinero, que conoce a esa gente... El hombre se muere sin vuelta... *(Guarda silencio un momento y de pronto se echa a reír con fuerza)* ¡Já, já, já!... ¡Jé, jé, jé!...

RAUL KELISTO. — ¡Caramba, señor Salita! ¡Sobrepóngase a la emoción!

Sr. SALITA. — ¡Déjeme reir!... ¡Me estoy acordando de lo que me pasó recién con su ordenanza!... ¡Ahora agarro la onda!... ¡Jé, jé, jé!... ¡Lo contaré a mis amigos, y a mi mujer!... *(Se iergue, plenamente satisfecho)* ¡La clase se impuso, como usted dijo!... *(Mira su reloj)* ¡Las quince y diez! ¡Me disparo!... Felizmente tengo mi auto en la puerta. Voy a buscar al diputado y a las diez y seis estaremos los dos aquí... Le sorprenderá a usted que me empeñe tanto por cosa de tan poca monta ¡pero yo siempre he hecho cuestión de honor el conseguir lo que me propongo!... Hasta que salga el nombramiento de mi hijo, será vela de armas para mí, como decían los antiguos caballeros la víspera de la ce-

remonia... ¡Seguramente esta misma noche habrán velas en alguna otra parte también! *(echa a reir, pero observando que el Secretario permanece grave, recobra la seriedad y domenta)* No le gustó el chiste.

RAUL KELISTO. — No... ¿por qué?... Es cuestión de dinamismo.

Sr. SALITA. — ¿No es cierto? Debemos pensar un poco en los demás. Mi hijo recién se inicia... ¡Al fin y al cabo yo no lo mato a ese pobre diablo para que deje el empleo, se muere sólo!... La vida vive de la muerte de la vida, como decía no sé quien... ¿qué bien está eso, eh?... Cuento con usted para hacerme pasar a ver al ministro, sin antesala, a las diez y seis... Por lo demás, vendré con el diputado...

RAUL KELISTO. — Aunque venga sólo, señor Salita, a una persona como usted se le dará siempre la preferencia mientras yo me encuentre aquí. *(Sonriendo y señalando la escalera)* Ya pudo darse cuenta hace un momento.

Sr. SALITA. — ¡Es cierto, no puedo negarlo!... ¡Jé, jé, jé!... Muchas gracias. *(Se pone de pie para marcharse).*

RAUL KELISTO. — *(poniéndose de pie a su vez)* Estoy tan seguro de que obtendrá lo que desea del ministro, que ni insisto en preguntarle de que cargo se trata.

Sr. SALITA. — ¿No se lo dije? ¡Qué cabeza la mía!... *(extendiéndole la mano)* Luego le daré todos los detalles. Me voy a escape no sea que no lo encuentre a Rampolla... *(Se dirige rápidamente a la escalera, desciende a la platea y desaparece).*

RAUL KELISTO. — *(que ha quedado sólo en el escenario, se encamina a su mesa-escritorio, pensativo. Se detiene delante de la mesa y exclama)* ¡Que lo velen a él! ¡Tocá madera, Raulito! *(toca el escritorio).* ¡Y no largó prenda! *(Agriamente, mirando hacia la escalera)* ¿Con tapujos conmigo, eh? *(Apreta un timbre).*

ESCENA V

Se abre la puerta de la derecha más próxima al proscenio, y entra

ARTURO. — *(muy solícito, volviendo a cerrar detrás suyo)* ¿Señor Secretario? ¿Qué ordena el señor Secretario?

RAUL KELISTO. — Ché, Arturo ¿y ese señor Galán que estoy esperando?

ARTURO. — ¿No era el que acaba de salir de aquí? ¡Estaba muy bien empilchado!

RAUL KELISTO. — ¡No hombre! ¡El que yo digo es muy diferente de físico, y usa anteojos!... ¡No es posible que no haya venido, me prometió que estaría aquí a primera hora!... A ver, llamá por el nombre, Amy Galán.

ARTURO. — Enseguidita. *(Se coloca delante de la parte superior de*

la escalera y llama a gritos hacia la platea) ¿Caballero Galán?... ¿caballero Galán?... ¿Amy Galán?... *(Como nadie se da por aludido en platea, se lleva la mano al mentón, mira hacia la puerta de la derecha al fondo, y se pregunta a media voz?* ¿Lo tendré en la amansadora?... ¡La pepa!... *(Va hacia esa puerta y penetra por ella, dejándola entornada. En el acto se le oye gritar, irritadísimo)* ¿A usté quien lo llama? ¡vuelva a su sitio!... ¡No me haga perder la paciencia!...

Se oyen en el interior, entre bastidores, por aquel lado, un rumor de forcejeo entre personas, y varias voces que protestan indignadas.

VOCES DE COMPARSAS INVISIBLES. — ¡No hay derecho! ¡Qué modos! ¡Es escandaloso! ¡Es un bruto! ¡Deberían llamarlo al orden!

ARTURO. — *(siempre entre bastidores, con voz que domina el tumulto)* ¡A ver si le doy un tortazo!

RAUL KELISTO. — *(hace sonar un timbre desesperadamente, y llama a gritos)* ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Venga inmediatamente, Arturo!

ESCENA VI

Vuelve a aparecer Arturo, caminando de espaldas, forcejeando con alguien que pretende entrar al despacho de cualquier modo, saliendo por la puerta de la derecha al fondo. Ese alguien es el DESCONOCIDO de la Escena I, que ahora trae anteojos puestos.

RAUL KELISTO. — *(furioso)* ¿Qué escándalo es éste? ¡Arturo! ¡Arturo!...

EL DESCONOCIDO. — *(logrando zafarse de Arturo y apelando al Secretario)* ¡Raúl! ¡Soy yo!... *(se detiene sofocado).*

RAUL KELISTO. — *(le examina de pies a cabeza, azorado)* ¡Galán! ¿eres tú?...

AMY GALAN. — *(sonriendo con calma)* Parece que no querían que nos viéramos... por segunda vez...

ARTURO. — *(contempla estupefacto a Amy Galán, desliza una mirada hacia el Secretario, y exclama)* ¡Salute Vitoria!... *(Se precipita hacia la puerta, que había quedado abierta, y desaparece por ella cerrándola detrás suyo).*

ESCENA VII

El Secretario y Amy Galán se adelantan uno al encuentro del otro, hasta el centro del despacho.

RAUL KELISTO. — *(dando la mano a Amy con nerviosa efusivi-*

dad) ¡Es esa bestia! ¡Qué barbaridad! ¡Enseguida lo voy a arreglar!

AMY GALAN. — *(con tono cansado)* Déjalo...

RAUL KELISTO. — ¡Ah, no! ¡esto no se puede tolerar más!... *(Se dirige rápidamente a su mesa-escritorio, y colocándose de espaldas a Amy, toca repetidas veces un timbre, mientras con la otra mano dispone disimuladamente la fotografía en marco con pie, de modo que, al apartarse él, quede bien en evidencia. Luego vuelve hacia Amy)* ¡Con todo lo que le había prevenido... *(Se interrumpe examinando a Amy de arriba abajo y añade con cierta vacilación)* ¡Que eras todo un caballero!... *(Le toma afectuosamente por un brazo y le conduce hasta uno de los sillones de cuero)* ¡Siéntate, por favor!

AMY GALAN. — *(permaneciendo de pie junto al sillón)* Me dijistes ayer que tenías absoluta necesidad de verme hoy, y aquí me tienes... Te aseguro que he hecho un verdadero esfuerzo para salir de casa, anoche estuve bastante embromado, me había caído mal aquella comida... pero por nada hubiera dejado de venir... supongo que si has apelado a mí después de tantos años, debe ser por algo grave... ¿En qué te puedo ser útil?... Dispón de mí con toda franqueza, como antes.

RAUL KELISTO. — *(tomándole los brazos, con emoción)* ¡Ese querido Amy!

ESCENA VIII

Se abre la puerta de la derecha junto al proscenio, y entra

JOSE. — *(35 años. Ordenanza efectivo del Ministerio. De uniforme. Luce en el ojal de la solapa una insignia idéntica a la que llevaba Arturo. Muy estilado)* ¿Llama el señor Secretario?

RAUL KELISTO. — *(a Amy)* Perdoná un minuto... instálate... *(A José, severamente)* Mándeme a ese Arturo que estaba atendiendo mi servicio.

JOSE. — Se marchó, señor.

RAUL KELISTO. — ¿A dónde se fué?

JOSE. — Creo que se fué para la casa...

RAUL KELISTO. — ¡Lo que faltaba!... Cuando vuelva, anúnciele que está suspendido hasta nueva orden. Yo hablaré con el jefe de personal.

JOSE. — Es que... no va a volver... comprendió que él no es para una oficina como ésta... Se fué llorando.

RAUL KELISTO. — ¿Ah?... Está bien... Ocupe su lugar.

JOSE. — Bien, señor Secretario. *(Sale por la misma puerta por donde entró, volviendo a cerrarla).*

ESCENA IX

RAUL KELISTO. — *(que ha quedado sólo con Amy, toma a éste por un brazo y le fuerza a sentarse, con cierta impaciencia)* ¡Siéntate, querido!... *(Se apodera del sombrero informe de Amy y lo coloca en el otro sillón, después de examinarlo con irónica curiosidad. El mismo se instala en el sofá).*

AMY GALAN. — *(se acomoda con aire preocupado)* Bueno, aquí estoy...

RAUL KELISTO. — *(riendo)* Nuestro encuentro de ayer fué milagroso ¡pero un loquero entre toda aquella gente! No tuve tiempo ni para preguntarte por tu familia ¿cómo están tus padres... los tienes todavía, supongo?

AMY GALAN. — Sí, felizmente. Están bien, gracias... Mi padre se jubiló... ¿Y los tuyos? ¡Es decir, tu tía vieja! *(Sacude la cabeza)* Ya...

RAUL KELISTO. — *(divertido)* ¡Vive todavía, figúrate! ¡Veo que te acuerdas de ella!

AMY GALAN. — ¡Hombre, no tenías más familia que ella! ¡Me imagino que gusto será para tí el poder darle ahora buena vida en tu propia casa!

RAUL KELISTO. — Hum... Cuando me casé no quiso venirse con nosotros. *(Fija intencionadamente la mirada en la fotografía colocada sobre su mesa-escritorio).*

AMY GALAN. — *(sin seguir su mirada)* ¿Ah, te casaste?

RAUL KELISTO. — ¡Ya hace algunos añitos!... ¿Y tú, cual es tu estado civil?

AMY GALAN. — Yo también estoy casado... hará ocho años en Setiembre.

RAUL KELISTO. — ¿Tienes hijos?

AMY GALAN. — Uno... ¿Y con quién vive tu tía ahora?

RAUL KELISTO. — Sola... Salió de ella el no querer vivir con nosotros. Fué mejor para todos.

AMY GALAN. — ¡Ah!...

RAUL KELISTO. — ¿Cuánto tiempo me dijiste ayer que hacía que no nos veíamos?

AMY GALAN. — Como veinte años.

RAUL KELISTO. — ¡Veinte años!

AMY GALAN. — *(sacude la cabeza una y otra vez, sin razón aparente, como tratando de deshechar una preocupación y dejando oir un silbidito de contrariedad)* ¡Pss! ¡Pss!...

RAUL KELISTO. — ¿Qué te pasa? ¿No estás cómodo?

AMY GALAN. — Raúl... Nunca te he pedido nada, y como te dije hace un momento, si me ves aquí es porque me dijiste tú mismo que me necesitabas. todavía no sé para que... Pues de entrada voy a pedirte un favor, formalmente.

RAUL KELISTO. — Lo que sea.

AMY GALAN. — Haz volver a ese ordenanza que no me quería dejar entrar. No lo suspendas. ¿No oíste que se fué llorando? ¿Te imaginas su regreso a su casa?

RAUL KELISTO. — *(echándose a reir)* ¡Era eso lo que te preocupaba? ¡Pero hombre, si es una bestia! ¡nunca se podrá sacar nada de él!... *(Toca un timbre en la pared, detrás del respaldo del sofá).*

Asoma JOSE por la puerta de la derecha junto al proscenio.

RAUL KELISTO. — *(a José)* Sírvanos dos cafés.

JOSE. — Bien, señor Secretario... El diputado Sánchez acaba de llegar.

RAUL KELISTO. — Que lo atienda otro..., no estoy para nadie.

JOSE. — Muy bien, señor Secretario.

Sale JOSE.

AMY GALAN. — Dices que nunca se podrá sacar nada del ordenanza que se fué. ¿Y tú, qué idea de un caballero has sacado de tí mismo hasta ahora? ¿Crees que no observé la mirada que me echaste cuando aparecí en la puerta vestido así? ¿Y la forma como agarraste mi sombrero?... ¿Reconociste hoy en mí al mismo Amy que estaba vestido de etiqueta en el banquete de anoche?

RAUL KELISTO. — *(sonriendo con turbación)* ¡Habíamos pasado tantos años sin vernos, que ya me había olvidado de que antes eras medio anarquista! ¡Qué loco lindo! ¡Anoche de smoking y hoy!... *(Le señala las ropas).*

AMY GALAN. — Mis ideas no cambian con la ropa. Y en cuanto a eso de anarquista, llamar al pan pan y al vino vino siempre fué una actitud anárquica.

RAUL KELISTO. — Bueno, querido, dejemos esos temas... En cualquier caso te concedo tu pedido en favor de ese animal que te manoseó, ¿estás contento?

AMY GALAN. — Haces bien.

RAUL KELISTO. — *(contemplándole y colocándole una mano sobre la rodilla)* ¡Estoy tan dichoso de verte a mi lado!... ¡Déjame que te mire!... ¡Ayer apenas tuve tiempo para darte cita aquí!... Ya hablaremos después de mi asunto... ¡Me hace el efecto de que hemos vuelto veinte años atrás!

AMY GALAN. — ¿Te parece?... Hace veinte años nunca rehuías una controversia conmigo, fuese sobre lo que fuera. ¿Si ahora encuentras en mí facetas que prefieres no encarar, no será porque ya no te sientes exactamente el mismo de antes delante mío?

RAUL KELISTO. — ¡Discutidor incorregible! ¡Pero es claro que muchas de mis maneras de pensar han cambiado! ¡Lo mismo te habrá sucedido a tí!... Nuestra situación en la vida ha cambiado también... Lo importante es que no haya variado el afecto.

AMY GALAN. — Tienes razón...

Se abre la puerta de la derecha junto al proscenio y entra JOSE trayendo dos cafés servidos, en una bandeja que coloca sobre la mesita delante de los asientos de cuero, con gran esmero y respeto.

RAUL KELISTO. — *(a José)* Si lo necesito, llamaré. Que no nos interrumpa nadie.

JOSE. — Bien, señor Secretario.

Sale JOSE.

AMY GALAN. — *(mirando la mesita servida)* Tienes razón... ¡Tantas cosas han cambiado!... ¿Te acuerdas de nuestras reuniones nocturnas en el Café del vasco, con la barra?... ¡Aquellos debates interminables!... Lo arreglábamos todo... el mundo y el resto... Lo único que no solucionábamos nunca eran nuestros problemas pecuniarios que giraban alrededor de un par de pesos... De madrugada tú me acompañabas hasta casa por las calles desiertas, y para estar juntos un rato más, yo desandaba lo andado y te acompañaba a tí a lo de tu tía vieja, y así seguíamos hasta que aclaraba... *(encoge los hombros)* ¡Siento frío al acordarme, a nuestra edad la sola idea de trasnochar ya nos produce esa impresión!

RAUL KELISTO. — *(frunciendo el ceño)* ¿A nuestra edad?... *(Bruscamente)* ¡Pensándolo bien, qué modo estúpido de perder el tiempo era aquel!

AMY GALAN. — Con todo, sobró tiempo para perder ilusiones.

RAUL KELISTO. — No las perdimos, las ajustamos a la realidad... Tomá tu café... *(Riendo)* Antes empeñábamos cosas para convidarnos mútuamente ¡ahora convida el Estado!

El Secretario y AMY sorben los cafés.

AMY GALAN. — *(mirando a su alrededor)* ¿Parece que te has hecho a esta existencia?

RAUL KELISTO. — ¿Que si me he hecho a esta existencia? ¡No embromes! ¿Me vas a compadecer?

AMY GALAN. — No sé... ¡Debe ser bravo tener que llevar una vida de figuración, de mímicas!... ¡siempre encerrado entre muebles de lujo, o en salones llenos de máscaras!

RAUL KELISTO. — *(riendo con desgano)* ¿Y las mujeres divinas, dónde las dejas? ¡Hay también de eso en los salones, te aseguro!

AMY GALAN. — ¡Oh, ya sé, no me refería solamente a los hombres!... *(Se pone de pie y da unos pasos por el despacho como para estirar las piernas. Se detiene delante de la chimenea y toma la máxima, que lee en voz alta, gravemente)* A tales obras, tales pagos... ¿Y esto?

RAUL KELISTO. — *(mortificado)* Un obsequio. Me lo trajeron ayer, lo voy a sacar de ahí, es ridículo.

AMY GALAN. — ¿No te resulta cierta esa máxima?

RAUL KELISTO. — ¿Cierta? ¿con las injusticias que hay en todas partes?

AMY GALAN. — Por eso mismo.

RAUL KELISTO. — No te entiendo.

AMY GALAN. — *(coloca otra vez la máxima sobre la repisa y pasa a examinar el objeto de arte que le hace compañía).* Está la vida invisible, con sus compensaciones.

RAUL KELISTO. — ¡La otra vida! ¡Te regalo la justicia para después de muerto!

AMY GALAN. — ¡Después de muerto!... Cuando se muera tu cuerpo, seguirán viviendo tus obras.

RAUL KELISTO. — ¡Yo no veré el pago que les darán!

AMY GALAN. — No es seguro... *(Observa el fuego del hogar, a sus pies, sacudiendo la cabeza con desagrado)* Para estar tan convencido de que después de muerto no te espera nada, encuentro que vives bastante sacrificado. ¡Hasta el fuego que te ofreces es postizo!

RAUL KELISTO. — El edificio es viejo, no ha sido posible instalar aire acondicionado.

AMY GALAN. — *(siempre contemplando el hogar)* ¿Te acuerdas de los fuegos de campamento, cuando nos juntábamos con algunos pesos y nos íbamos a vagabundear por campaña, comiendo y durmiendo al raso?... ¡Qué fuerza de verdad cobraba nuestra amistad junto a las llamas, en la soledad de los campos dormidos!... ¿Aquellos dúos que entonábamos las noches de luna, mientras el fuego se apagaba humeando como fantasmas hasta la copa de los árboles?... Eramos más ricos que todos los millonarios de la tierra juntos, porque en la cacerola que dejábamos con agua al lado nuestro, cuando nos levantábamos de noche a beber siempre encontrábamos alguna estrella...

RAUL KELISTO. — ¡Así decías tú! *(Riendo)* ¡Cómo me secabas con esa frase! ¡la repetías como un estribillo durante nuestras excursiones!... Yo nunca ví más que una cacerola con agua adentro.

AMY GALAN. — Sí... precisamente...

RAUL KELISTO. — ¡Qué lejos está todo aquello!

AMY GALAN. — *(vuelve a dar unos pasos por el despacho)* Teníamos veinte años... Era la partida...

RAUL KELISTO. — ¡Déjate de romanticismos, pensá a lo que hemos llegado ya! Eso es lo importante.

AMY GALAN. — Secretario de un ministro... Secretario... el que guarda los secretos... ¿No te quitan el sueño?

RAUL KELISTO. — *(riendo)* Uno se habitúa... Soy secretario del ministro y su hombre de confianza... ¡Y verás cuando te exponga mis proyectos, esos en que te voy a hacer colaborar conmigo!... No llegué a ser intelectual, como tú, pero sé dar valor

a las ideas. Te aseguro que me emocioné cuando te descubrí entre los académicos... Creí ver al Convidado de Piedra.

AMY GALAN. — A lo mejor te resulto un Convidado de Piedra, como a muchos otros.

RAUL KELISTO. — ¡Te hago esa comparación nada más que para que veas que yo también conozco literatura!

AMY GALAN. — ¿Y no me hallaste fuera de lugar entre aquella gente?

RAUL KELISTO. — ¡Desde luego que no!... Tú eras el más inteligente de nuestro grupo cuando éramos muchachos, y ya entonces tenías aficiones intelectuales... ¡eras una fiera al dominó! ¡entendías los nombres en francés de los perfumes!... hasta me quisiste preparar para examen de ingreso... cierto que me rechazaron todas las veces... ¡Y con los libros que te habrás tragado después!... Lo que hubo ayer fué que me quedé perplejo al encontrarte de igual a igual con tantas eminencias, cuando durante veinte años no había sabido nada de tí.

AMY GALAN. — *(observa fijamente al Secretario durante un momento, en silencio. Luego dice)* De tí yo me enteraba a menudo, por los diarios. Hasta he solido verte por ahí, desde lejos... El mes pasado me pareció que eras tú, que estaba en un auto parado frente a un teatro, una tarde... yo esperaba el tranvía, al lado... Pero no serías tú.

RAUL KELISTO. — No ¡sino, imagínate!

AMY GALAN. — Imagínate... fué lo que pensé, por eso no me acerqué esa vez tampoco. *(Vuelve a sentarse en el sillón).*

Ambos personajes guardan silencio un momento.

RAUL KELISTO. — ¿Y qué me dices de la guerra?

AMY GALAN. — ¡Por favor! ¡no me hables de esa carnicería!

Ambos personajes vuelven a callar un instante.

RAUL KELISTO. — Cuando el doctor Rienzi, ese que conoce a todo el mundo, vió que yo te saludaba desde lejos en la mesa del banquete, me enteró de tus éxitos como novelista, y de que ganas lo que quieres...

AMY GALAN. — *(muy interesado)* ¿Ajá? ¿Fué así la cosa?

RAUL KELISTO. — ¡Por suerte te pude agarrar para citarte aquí, a la salida! ¡Ya te escabullías! ¡Eso es lo que no te perdono, que no te hayas acercado a hablarme tú mismo!

AMY GALAN. — Pensé que a tí te correspondía dar el primer paso hacia tu viejo amigo... Estás convertido en un político, es decir en un dispensador de gracias... *(Después de un silencio)* ¿Entonces, ese doctor Rienzi me conoce?

RAUL KELISTO. — Por lo menos de reputación... ¡no te hagas el chiquito!

AMY GALAN. — ¿A los otros muchachos de la barra los has vuelto a ver?

RAUL KELISTO. — Con quien he seguido la relación es con Paco. ¿Sabes que está en el extranjero, de secretario de legación?

AMY GALAN. — ¿Paco?... No lo ubico...

RAUL KELISTO. — ¡Uno bajo, rubiecito... que tenía mucha parada y vestía muy bien...

AMY GALAN. — ¿Aquel que era de familia rica y trampeaba a las cartas?

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Ahí tienes!... Resultó un gran tipo... Creo que él y nosotros dos somos los únicos que hemos hecho camino... ¡A mí me gustan los hombres que llegan, los de nuestro corte!

AMY GALAN. — Algunos llegan porque no van muy lejos.

RAUL KELISTO. — ¡Paco se ha recorrido medio mundo desde que está en la diplomacia!

AMY GALAN. — Viajar no quiere decir cambiar de lugar... Un tipo como ese se quedará en el mismo sitio vaya adonde vaya.

RAUL KELISTO. — Los otros de nuestro grupo de antes sí que no habrán cambiado de lugar. Por ahí andarán todavía, como muertos que caminan.

AMY GALAN. — Eran unos niños grandes. Habrán seguido contentándose con poco y se sentirán ricos... Por lo demás, yo ahora los veo muy de tarde en tarde... Poco a poco me he vuelto un espíritu complicado... A ratos los envidio.

RAUL KELISTO. — Muy original... No cabe duda de que estás hecho todo un intelectual.

AMY GALAN. — ¡Oh! ¿si dejaras de hablarme de mi intelectualidad?

RAUL KELISTO. — *(señalando las tazas vacías)* ¿Tomamos otro cafecito?

AMY GALAN. — Te agradezco. Me hace daño, mucho daño. Tomé ese por acompañarte... Ya te dije que estuve muy mal anoche nada más que por haberme salido un poco del régimen, en ese banquete...

RAUL KELISTO. — ¿No anda bien tu salud?

AMY GALAN. — ¿Mi salud? No sé como andará, hace años que no se junta conmigo.

RAUL KELISTO. — ¡Caramba! ¿No será nada serio?... Antes eras medio aprensivo.

AMY GALAN. — *(sordamente)* Ahora ya no... mis aprensiones se han realizado. Es el corazón... No tiene cura.

RAUL KELISTO. — ¡Bah! ¡el corazón!... ¡enfermedad de sanos!... *(inquieto)* ¿Pero eso no te impide trabajar, supongo?

AMY GALAN. — *(sombrío)* Hasta el fín.

RAUL KELISTO. — Hace un tiempo yo también creía sentir, a veces... *(respira hondo)* ¿Ves? cuando hago así, todavía me parece que tengo una opresión aquí... *(se coloca la mano en ple-*

no sobre el vientre). ¿Tú que habrás estudiado tu caso ¿qué opinas? ¿será el corazón?

AMY GALAN. — Posiblemente... se te habrá bajado al estómago... *(Empieza a mirar con empeño hacia la fotografía colocada sobre la mesa-escritorio).*

RAUL KELISTO. — *(con preocupación creciente)* ¿Ah?... ¿suele suceder eso?... ¿Es grave?

AMY GALAN. — No te preocupes... enfermedad de ricos... *(Señala la fotografía)* ¿Quién es la chica que está en aquella fotografía? ¿Una hija tuya?

RAUL KELISTO. — ¿Ese retrato? ¿cómo va a ser de una hija mía? Por de pronto, yo no tengo hijos, y además... *(riendo agrio)* ¿Qué edad te imaginas que tengo?

AMY GALAN. — Tú eres de mi edad.

RAUL KELISTO. — ¿Teníamos la misma edad?

AMY GALAN. — Y seguimos teniéndola.

RAUL KELISTO. — ¿Ah?... Esa es mi esposa.

AMY GALAN. — ¿Tu esposa?

RAUL KELISTO. — ¡Margarita de Ullóas!... Haz de haberla visto citada muchas veces en los diarios.

AMY GALAN. — ¡Tu esposa!

RAUL KELISTO. — ¡Margot de Ullóas, hombre!

AMY GALAN. — ¿Citada en los diarios? ¿es una artista?

RAUL KELISTO. — ¡No embromes! ¡en las crónicas sociales! ¡Es la hija del doctor de Ullóas!

AMY GALAN. — Al doctor Ullóas lo conozco de nombre, tengo entendido que es una gran persona.

RAUL KELISTO. — ¡Mi suegro es un mamarracho, un hombre del siglo pasado! ¡Pero es una familia de abolengo! Tenemos relación con lo más distinguido de la sociedad... ¿Estás asombrado de mis éxitos en todo sentido, eh?

AMY GALAN. — Yo no he dicho nada.

RAUL KELISTO. — ¡Se te lee en la cara! *(Señalando el retrato)* ¿Cómo la encuentras? Es una belleza consagrada. Ven a verla de cerca... *(se pone de pie y se encamina hacia el escritorio).*

AMY GALAN — *(se pone de pie a su vez y va en pos del Secretario, sin el menor entusiasmo, diciendo)* Yo creía que era una hija tuya.

Ambos personajes se detienen delante del retrato.

AMY GALAN. — ¿Y es tu señora?... *(Examina el rostro del Secretario)* ¡Pensar que tú y yo somos de la misma edad!

RAUL KELISTO. — *(volviendo la cabeza hacia el lado opuesto a Amy)* ¡Dále con la edad! *(Mira a Amy de pies a cabeza, y dice con saña)* Tú estás viejo al lado mío.

AMY GALAN. — Es lo que estaba pensando... *(Señala el retrato)* ¡No soy yo quien podría mostrar el retrato de una muchacha de esa edad y decir que es mi mujer, sin que se rieran de mí!...

RAUL KELISTO. — Bueno... te diré... este es un retrato de cuando era jovencita. Lo tengo aquí porque predispone bien, en general, me he fijado. Hay que cuidar el detalle. Sin embargo no creas que ahora está muy cambiada. De soltera era lo que los americanos llaman una glamour-girl.

AMY GALAN. — *(mirándole irónicamente)* ¿Ah, también hablas en inglés?

RAUL KELISTO. — Esta noche la vas a conocer. Estás invitado a comer en casa... ¡De hoy en adelante no quiero perder más el contacto contigo, tenemos mucho que hacer juntos!

AMY GALAN. — *(sin el menor entusiasmo)* ¿Me invitas a comer en tu casa?... *(muestra el retrato)* ¿Con ella?

RAUL KELISTO. — *(acomoda el retrato ventajosamente)* Ya la previne de que esta noche le llevaría un gran amigo, y todo un personaje de las letras... *(Vuelve hacia los asientos de cuero).*

AMY GALAN. — *(siguiéndole)* ¿Qué horas serán?

RAUL KELISTO. — ¡Es temprano!... ¿No estarás pensando en irte ya? todavía tenemos que hablar de lo principal... Cuando llegue el ministro, te pondré en libertad condicional, y a las veinte te pasaré a buscar con mi auto adonde me digas. Iremos primero a tomar unos copetines... *(Riendo)* ¡Hoy seré tu médico!... Siéntate... *(Se instala de nuevo en el sofá).*

AMY GALAN. — *(sentándose, indeciso, en el sillón)* No voy a poder ir a tu casa esta noche...

RAUL KELISTO. — ¡Eso sí que no! ¡Tendrás que dejar cualquier cosa para venir! ¡Después de veinte años, no faltaba más!... *(Le mira la ropa)* Lucías muy bien con tu smoking en el banquete... póntelo esta noche... darás golpe...

AMY GALAN. — La ropa sería lo de menos... si fuera, iría como estoy. Pero no puedo, mi mujer me espera.

RAUL KELISTO. — ¿Ah, es por eso? *(Riendo)* ¡Es cierto que me dijiste que estás casado! ¡cómo te tienen!... *(Seriamente)* Traerás a tu mujer. Las dos señoras tienen que hacerse amigas... ¡Vamos a empezar a hacer programas de parejas! ¡pero ahora no serán farras a lo guiso, como antes, cuando salíamos con nuestras amiguitas!...

AMY GALAN. — *(mirando hacia el retrato, melancólicamente)* ¿Te acuerdas de la Coca?

RAUL KELISTO. — ¿A qué viene esa pregunta ahora?

AMY GALAN. — Como tú me hablabas de los tiempos en que salíamos juntos con muchachas.

RAUL KELISTO. — Pensé que ibas a volver a empezar como antes, con tus reproches... ¡Yo, casado con la Coca! ¡en lo que me habría convertido!

AMY GALAN. — Con seguridad no te habrías convertido en lo que eres.

RAUL KELISTO. — ¡No me hables!... *(Señalando el retrato)* Al lado de Margot, la Coca era una yegua.

AMY GALAN. — ¿Qué placer puedes sentir en insultar de ese modo el recuerdo de tu gran ilusión de muchacho?

RAUL KELISTO. — ¡No exageres! ¡Ilusiones eran las que se hacía ella! ¡Qué metida tenía conmigo!... ¡Te vas a reir, pero al final no me animaba a largarla, decía que se iba a matar!... Eso fué cuando tú y yo ya nos habíamos perdido de vista...

AMY GALAN. — ¿No la has visto más?

RAUL KELISTO. — *(displicente)* Nunca más. ¡Quién sabe qué se habrá hecho!

Ambos personajes guardan silencio un momento.

AMY GALAN. — ¿Y tu esposa es feliz?

RAUL KELISTO. — ¡Pero ché!... ¿Te estás preparando para consolarla?

AMY GALAN. — Cuando un marido de tu manera de ser está tan satisfecho con su mujer, siempre me pregunto qué pensará ella...

RAUL KELISTO. — ¿Mi manera de ser?... ¿Y tú qué sabes cuál es mi manera de ser?

AMY GALAN. — Es cierto... Tú y yo estamos ahora como dos parientes que no se conocían y han intimado precipitadamente.

RAUL KELISTO. — ¡No hombre, no quise decir eso!... ¡Es que me sales con cada cosa!... A mí no se me había ocurrido nunca preguntarme si mi mujer es feliz... ¿Cómo no va a ser feliz?... Me adora... Se hace todos los gustos... Vivimos de fiesta en fiesta... ¡Nos hemos formado una barrita de amigos selectos, toda gente de clase! ¡Ya verás qué diferencia con nuestra merza de antes!... Los programas a escote, desde luego... *(Con cierta inquietud de verse sobrepujado)* ¿Y tú, con quién te casaste? Has de haber sacado algún pez gordo... Me extraña no haber oído hablar de tu casamiento.

AMY GALAN. — No conoces a la que es mi mujer... ni tu señora tampoco, con seguridad.

RAUL KELISTO. — *(francamente inquieto ahora)* ¿No es de aquí?... Antes hablabas de casarte con alguna millonaria extranjera como una solución...

AMY GALAN. — ¿Yo decía eso?

RAUL KELISTO. — No te lo recuerdo para criticarte... Has hecho perfectamente.

AMY GALAN. — ¡Ah! ¿De modo que no lo encuentras mal?... Porque antes a casarse por conveniencia lo llamabas ser macró del matrimonio, y porfiabas que sólo era propio de niñas cursis.

RAUL KELISTO. — Inexperiencia de la vida...

AMY GALAN. — Tú lo has dicho... la vida enseña... Mi mujer es de aquí, de familia pobre, y muy humilde.

RAUL KELISTO. — ¿Ah?... Bueno, no importa. La ilustración del

marido eleva a la mujer... *(Malicioso)* ¿Muy bonita, desde luego?

AMY GALAN. — Para mí es la más linda que existe.

RAUL KELISTO. — ¡Humm!... *(Calla un momento)* ¿Qué edad tiene tu hijo?

AMY GALAN. — No es un varón, es una niña... paralítica.

RAUL KELISTO. — *(sobresaltado)* ¿No me digas?

AMY GALAN. — Vivimos para cuidarla.

RAUL KELISTO. — *(con trivial solicitud)* ¿En alguna playa, sin duda? ¿Sabes que es lo mejor para esa enfermedad infantil?... Nosotros tenemos un chalet estilo noruego en la costa, para el verano, ya lo conocerás.

AMY GALAN. — Nosotros vivimos en la ciudad todo el año... Algún día, si Dios permite... Por ahora llevamos a la chica todos los días a una plaza que queda cerca... unas veces mi mujer, otras yo... Los Domingos vamos los tres... son nuestras salidas de día de fiesta... *(Guarda un momento de silencio y luego)* ¿De modo que tú no has tenido hijos?

RAUL KELISTO. — *(contrariado)* No... Felizmente, ¡con la vida que llevamos mi mujer y yo!...

AMY GALAN. — Te gustaban las criaturas...

RAUL KELISTO. — *(sombrío)* Me gustaban y siempre me gustan... *(muy excitado)* ¡Pero no me cites el pasado a cada momento! ¡parece que me estuvieras acusando yo que sé de qué!

AMY GALAN. — *(sin inmutarse)* Hablemos del futuro, entonces... De esos proyectos en que yo tomaría parte... ¿De qué se trata? Mirá que voy a tener que irme pronto, le prometí a mi mujer que volvería temprano para acostarme... Me ha de estar esperando con una bolsa de agua caliente y una taza de té, como siempre cuando ando mal... Y me siento muy fatigado... *(se inclina hacia adelante y se reincorpora con esfuerzo).*

RAUL KELISTO. — *(fastidiado)* ¿Quieres un whisky? ¿una cafiaspirina?

AMY GALAN. — No, gracias. Ya pasó.

RAUL KELISTO. — Bueno... te expondré el asunto a grosso modo, los detalles quedarán para otro día... Se trata de lo siguiente: el ministro se presentará a las próximas elecciones como candidato a la Presidencia. Yo seré el organizador de la campaña.

AMY GALAN. — El Tamany-Hall del ministro.

RAUL KELISTO. — Más o menos... Después tomaré su ministerio. El triunfo está descontado. Voy a desarrollar un plan formidable. Disponemos de sumas fabulosas, tales como nunca se han gastado aquí otras iguales en cuestión electoral...

AMY GALAN. — *(interrumpiendo)* ¿De quién son? ¿del ministro?

RAUL KELISTO. — ¡Eso es lo de menos! Déjame seguir explicándote. *(Toma poco a poco un tono declamatorio)* ¡Vamos a movilizar en nuestro favor todas las fuerzas vivas del país, por

secciones que luego se reunirán en el acto del comicio para volcar sus votos, como otros tantos ríos y arroyos, para formar el lago avasallador del triunfo!... *(mira a Amy)* ¿Eh, que tal? es improvisado.

AMY GALAN. — No está mal... En lugar de lago podrías decir mar... Los lagos no salen de su lecho y no pueden volverse avasalladores.

RAUL KELISTO. — ¡No se me había ocurrido! ¡Tienes razón!... *(Se pone de pie, entusiasmado, y comienza a pasearse delante de Amy)* ¿No vés? ¡Si eres el hombre que necesito!... ¡Mirá, tu observación me permite abreviar explicaciones! Te preciso para que me escribas mis discursos y mis artículos de propaganda.

AMY GALAN. — *(estupefacto)* ¿Que qué?

RAUL KELISTO. — ¡Que te necesito de proveedor literario, gran hombre! *(le asesta una feroz palmada en un hombro).*

AMY GALAN. — *(se encoge dolorosamente y tose)* ¡Por favor!

RAUL KELISTO. — ¡Ah, perdóname, pobre! ¿te hice daño?

AMY GALAN. — No es nada... pero evita el aplicarme esos recursos de proselitismo, si puedes... Con tu elocuencia basta.

RAUL KELISTO. — ¡Tú eres el hombre que necesito, de todos los puntos de vista!

AMY GALAN. — Dí desde todos los puntos de vista, es lo mismo y queda mejor.

RAUL KELISTO. — *(de más en más entusiasmado y pronunciando todas las letras, como en español)* ¡Ni parole de plus! ¡Quedas contratado! *(Vuelve a sentarse en el sofá).*

AMY GALAN. — ¿Probablemente los discursos y artículos que yo te escribiría los darías a conocer como tuyos?

RAUL KELISTO. — ¿Por quién me tomas? ¡Yo no acostumbro vestirme con las plumas del pavo!... Pero en este caso puedes contar con que tu nombre no figurará para nada, es forzoso... Por otra parte comprendo muy bien que un intelectual tan trashumante como tú...

AMY GALAN. — *(interrumpiéndole plácidamente)* ¡Epa, eso que acabas de decir es un disparate!

RAUL KELISTO. — ¿El qué? ¿lo de intelectual trashumante? La palabra trashumante está en el Quijote.

AMY GALAN. — ¿De veras? Entonces no insisto... Pero de preferencia aplica el elogio a los intelectuales que te hagan oposición.

RAUL KELISTO. — Bueno... prosigo. También te ocuparás de prepararme los cuadros estadísticos que se precisen, de hacer los rebusques en los archivos...

AMY GALAN. — Las búsquedas.

RAUL KELISTO. — ¡Andá al diablo! ¡Te doy franco el día de hoy!... *(calla como un niño enfadado).*

AMY GALAN. — ¿Tendré que cumplir horario?
RAUL KELISTO. — Venir a tomar órdenes todos los días.
AMY GALAN. — Y... ¿cual será mi recompensa?
RAUL KELISTO. — Dejá eso por mi cuenta.
AMY GALAN. — Con todo, si me dieras alguna idea...
RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Te suponía más lírico!
AMY GALAN. — Vivo de mi literatura.
RAUL KELISTO. — La misión que pienso confiarte es, más que nada, patriótica... Yo, por lo menos, la veo así, pero cada cual... Tu compensación, concreta, ya que has llevado el asunto a ese terreno, consistiría en lo siguiente: De sueldo, ni hablemos... con la situación que tienes no te puede interesar... y quedaría mal entre nosotros... Te reservo algo ¡pero algo!... ¡Agarráte bien, si no te mueres de esta es porque no tienes nada al corazón!... *(Con tono confidencial)* Cuando yo sea ministro... ¡tú serás mi secretario!... honorario, así no daremos lugar a habladurías... Y cuando yo sea Presidente a mi vez...
AMY GALAN. — ¡Yo seré el ministro! ¡Magnífico! ¡Eso es hablar plata, como dicen los yanquis!
RAUL KELISTO. — *(modestamente)* Yo soy así. La amistad a mis ojos es algo sagrado... es la supinación del espíritu humano... esa supinación que... es esa supinación que... ¡A ver hombre, volvé a entrar en funciones!
AMY GALAN. — *(riendo)* ¡Es que no sé lo que quieres decir!
RAUL KELISTO. — ¡Ni yo tampoco! ¡Já, já, já!
AMY GALAN. — *(muy seriamente)* ¡Va a ser una farra!
RAUL KELISTO. — ¡Ah, no! esto es ahora, después trabajaremos muy en serio.
AMY GALAN. — ¡Qué suerte haberte encontrado!
RAUL KELISTO. — ¿Te das cuenta? Por mi parte, encantado. Comprenderás que para lo que quiero hacer contigo, necesito una persona de toda confianza como tú.
Ambos personajes guardan silencio un momento.
AMY GALAN. — ¿Si hablásemos un poco en serio ahora?
RAUL KELISTO. — ¡Nada más formal que lo que te he propuesto!
AMY GALAN. — Pero partes de un supuesto completamente falso.
RAUL KELISTO. — No te entiendo.
AMY GALAN. — Yo no soy el que tú crees. Soy siempre el mismo Amy que frecuentabas de muchacho, lo único que con veinte años más...
RAUL KELISTO. — ¿Otra vez con la edad? ¿Te sientes ya muy viejo? ¿O es una manía?
AMY GALAN. — El novelista célebre, que se llamaría como yo y que gana lo que quiere, no soy yo.
RAUL KELISTO. — ¿Cómo?
AMY GALAN. — Ese doctor Rienzi, amigo tuyo, conoce sin duda a demasiada gente y ha hecho una confusión.

RAUL KELISTO. — Dejáte de chistes. ¿Acaso no te ví en ese banquete donde figuraba la flor y nata de la intelectualidad nacional?

AMY GALAN. — Estaba en el extremo de una mesa, una mojarrita detrás de un banco de pejerreyes gordos... Es raro que se te haya escapado el detalle... ¿Y sabes como fuí allí? Porque el homenajeado me regaló una entrada, en agradecimiento de que suelo hacerle copias a máquina a precio excepcional.

RAUL KELISTO. — *(examina a Amy de pies a cabeza)* ¿Qué novela me estás contando?

AMY GALAN. — Me miras la ropa. El smoking que llevé me lo habían prestado... Mi mujercita insistió en que me haría bien aquel rato de distracción, se forja una idea muy optimista de la sociedad de quienes escriben libros... ¡Y dí contigo!

RAUL KELISTO. — ¡Calamidad!... *(Examina a Amy con franco recelo ahora).*

AMY GALAN. — *(apuntando hacia el teléfono)* Apúrate a dar contraorden a tu cocinera.

RAUL KELISTO. — ¡Triple calamidad!... ¡No se trata de eso! Lo de la invitación a comer es lo de menos, te excusaré... ¡Lo grave es que no te vas a ocupar de lo que yo quería y ya estás enterado!

AMY GALAN. — ¡Pierde cuidado, no lo sabrá nadie!

RAUL KELISTO. — Igual, es una lástima... ¿Y si ensayaras? ¡te expresas bastante correctamente, a lo mejor!...

AMY GALAN. — No aceptaría tu proposición aunque fuera el que tú te imaginabas. No concibo cierta manera de hacer política. Francamente, eso es logrerismo puro, y el logrerismo es lo que está convirtiendo buena parte de todo en un circo grande, en un circo trágico.

RAUL KELISTO. — Para un espectador te muestras exigente. A mí me hace una gracia enorme eso que tú llamas el circo grande.

AMY GALAN. — Porque estás entre los que manejan el látigo.

RAUL KELISTO. — Prueba de que soy más vivo.

AMY GALAN. — Pues conmigo te has equivocado de medio a medio.

RAUL KELISTO. — ¡Es que eres un caso de escopeta! Perdóname la franqueza... Deben ser curiosas tus opiniones políticas... si es que te has dignado preocuparte por esas cosas.

AMY GALAN. — Siempre me han preocupado. Si yo fuera un político, sé bien lo que haría. Sería algo muy distinto del programa de tus amigos.. ¡Qué amigos políticos, los tuyos!... ¡Empezando por tu candidato, disculpá que te lo diga!

RAUL KELISTO. — *(agriamente)* ¡Haber empezado por ahí!... *(Guarda silencio un instante, para agregar, sarcástico)* ¿De modo que en las próximas elecciones te tirarás con lista propia?

AMY GALAN. — Ni con propia ni con ajena.

RAUL KELISTO. — ¡Vas a hacer camino si te muestras así con todo el mundo! ¡en los tiempos que corren!

AMY GALAN. — *(con sencillez)* Soy así con todos.

RAUL KELISTO. — Yo lamento. No creía que conmigo...

AMY GALAN. — No pienses que es orgullo, ni que me siento agriado, aunque tendría motivos de sobra para estarlo. Es mi modo de ser. Vivo lo menos posible en esta época... Mi mujer, mi hijita, mis viejos, unos cuantos libros, un poco de carpintería... ese es mi mundo... un mundo sin fecha, de todas las épocas.... el mundo de los simples... *(Sacude la cabeza)* Mi mujer suele hacerme la misma observación que tú... dice que debería mostrarme más acomodaticio, pero en el fondo se da perfecta cuenta de que un hombre de veras no puede ser de otro modo... hasta creo que me quiere todavía un poquito más por ser como soy...

RAUL KELISTO. — Siempre te gustó hacerte el original. *(Brutalmente)* ¿Y de qué vives?

AMY GALAN. — Tengo un empleo en la Dirección de Informaciones... ochenta pesos mensuales. Y hago algunos trabajos a máquina, aunque la vista no me ayuda... *(Se quita los anteojos y los limpia frotándolos entre dos dedos).*

RAUL KELISTO. — ¡Ochenta pesos de sueldo!... *(Guarda silencio un momento)* Esa oficina depende de este ministerio.

AMY GALAN. — Depende.

RAUL KELISTO. — *(elevando el tono)* ¿Y sabiendo que yo estoy aquí, no se te había ocurrido venir a verme por tu cuenta? ¡En las condiciones en que te encuentras!... *(Se pone de pie bruscamente)* ¡Tienes razón, no eres orgulloso, eres un imbécil!

AMY GALAN. — *(se levanta a su vez, como movido por un resorte, y se cruza el sobretodo de un tirón)* ¡Raúl!

RAUL KELISTO. — *(saca del bolsillo el carnet en el cual anotó la dirección de Da. Encarnación, y una lapicera fuente. Abre el carnet y se lo presenta a Amy, junto con la lapicera, riendo).* ¡Apuntáme todos los datos de tu empleo, hoy mismo le hablaré al ministro para que te haga ascender!

AMY GALAN. — *(le mira sin comprender)* ¿Eh?... *(Luego, incrédulo)* ¿Serás capaz de hacer algo por mí... después de las cosas que te he estado diciendo?

RAUL KELISTO. — *(riendo siempre)* ¡Aquí no ha pasado nada! ¡Nos hemos sacudido un poco el polvo, eso fué todo!... Puedes darte por ascendido... *(Insiste en ofrecerle el carnet y la lapicera).*

AMY GALAN. — *(se decide a tomar los objetos. Pone su otra mano en un hombro del Secretario, a quien mira en los ojos, diciéndole con voz entrecortada por la emoción)* Ya que eres tú quien me lo ofreces, te diré que es como si me salvaras la vi-

da... ¡no te imaginas los momentos que estamos pasando en casa!... Gracias, Raúl, ¡gracias!

RAUL KELISTO. — *(palmeándole un hombro a su vez)* ¡Déjate de partes! ¡no tenés nada que agradecerme!... andá, escribí.

AMY GALAN escribe en el carnet, sobre la mesita, sin sentarse. El Secretario le mira escribir, estudiándole de pies a cabeza, gravemente.

AMY GALAN. — *(termina su apunte y extiende el carnet y la lapicera al Secretario)* Acá está.

RAUL KELISTO. — *(tomando los objetos y sin mirar el carnet)* ¿Está todo lo que hace falta?

AMY GALAN. — No, hay algo más... Te doy ese apunte con una condición. Si me ascienden, que sea en forma que no vayan a salir perjudicados los derechos de ningún compañero... sino, no aceptaré, desde ya te lo advierto.

RAUL KELISTO. — *(gravemente)* Me agrada oirte así. Las cosas se harán como se debe, estudiaremos bien el caso, y saldrás ascendido de todos modos. Tienes mi palabra.

AMY GALAN. — ¡Ojalá!

RAUL KELISTO. — *(guardándose los objetos de escribir)* Se te presenta una buena oportunidad para juzgar por tí mismo lo que puede haber de cierto en los chismes que circulan sobre este ministerio... *(Sonriendo)* Si no nos vas a votar, por lo menos podrás contribuir a que otros nos voten. *(Le palmotea de nuevo un hombro).*

ESCENA X

Se abre la puerta de la izquierda, más próxima al proscenio, y entra

BEBA. — *(22 años. Dactilógrafa en el Ministerio. Bonita y vistosa. Con peinado alto que deja su nuca al descubierto. Trae en la mano una hoja de papel de oficio cubierta de nombres escritos a pluma, y una lapicera-fuente. Entra con la vista puesta en el papel, y sin apercibirse de que el Secretario se encuentra con gente extraña, se dirige a él con tono de camaradería)* ¡Raúl!... *(Levanta la cabeza, descubre a Amy y se detiene turbada)* ¡Ah, perdón!... *(Gira sobre sus talones para volverse por donde entró).*

RAUL KELISTO. — *(a Beba)* ¿Qué hay, señorita?

BEBA. — *(deteniéndose y dándose vuelta hacia el Secretario)* Esta lista... señor Secretario... Los compañeros me han encargado... vengo después... *(ensaya otra vez el ganar la puerta).*

RAUL KELISTO. — No no, quédese... ¿De qué se trata?

BEBA. — *(allegándose hasta el Secretario)* Estamos haciendo una colecta para la viuda de un funcionario de la Dirección de Informaciones que acaba de fallecer...

AMY GALAN. — *(Al Secretario, con gran emoción)* ¿De la Dirección de Informaciones?

RAUL KELISTO. — Fijáte, de tu oficina... *(A Beba, estirando la mano)* ¿A ver? *(Echando una mirada al papel que le entrega Beba)* Gerónimo Bernall... *(A Amy)* ¿Lo conocías?

AMY GALAN. — *(con profunda emoción)* ¿Murió Bernall?... *(Sacude tristemente la cabeza varias veces)* Se esperaba de un momento a otro... Debe haber fallecido hoy...

BEBA. — Creo que a mediodía, señor.

AMY GALAN. — Cargado de hijos...

RAUL KELISTO. — *(mirando a Amy con intención)* Ahí va a haber una vacante. *(Saca del bolsillo un billete de diez pesos y lo tiende a Beba)* Apúnteme... Mi nombre, y ponga a continuación, Secretario del Ministro. *(Le devuelve la lista).*

BEBA. — *(toma la lista y el billete y hace observar discretamente)* Los cargos no los indicamos... para no hacer distingos...

RAUL KELISTO. — *(tiene un instante de indecisión, luego toma de la mano de Beba el billete, se lo guarda, y en su lugar le entrega uno de a peso)* ¡Si es personal!... Yo no conocía al que falleció.

AMY GALAN. — *(a Beba)* No me extraña que estén haciendo colecta hasta aquí, todos le querían. Yo daré para la lista de mi oficina.

BEBA. — *(retirándose)* Con permiso. (Sale por la puerta de la izquierda *junto al proscenio, por donde había entrado).*

ESCENA XI

RAUL KELISTO. — *(a Amy, con quien ha quedado sólo otra vez)* ¿Esa vacante te puede favorecer?

AMY GALAN. — Podrías esperar un poco para hablarme de eso... *(se dirige a uno de los sillones y se sienta como distraído).*

RAUL KELISTO. — *(sentándose en el sofá)* ¿Que quieres hacerle? ¡Tú no lo mataste!... ¿Cual era la categoría de ese Bernall en tu oficina?

AMY GALAN. — *(con disgusto)* Yo vengo después de él... Me corresponde su puesto por derecho.

RAUL KELISTO. — ¡No te digo! ¡Y sin que nadie se perjudique, como tú querías!... ¡Muchacho suertudo! *(le aplica una palmada en una rodilla).*

AMY GALAN. — Sin que nadie se perjudique aunque uno se murió... Era muy amigo mío.

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Pues mostráte buen amigo alegrándote de que te deje el puesto!... ¿Cual es la diferencia de sueldo?

AMY GALAN. — *(Brevemente)* Cincuenta pesos más.

RAUL KELISTO. — ¡La fortuna para vos, viejo!... Lo que lamento es verme privado del placer de servirte.. ¡esta vez! porque no faltarán oportunidades ahora que conoces el camino de mi despacho.

AMY GALAN. — Bernall era bastante menor que yo, y sufría también del corazón...

RAUL KELISTO. — *(indiferente)* ¿Se veía contigo fuera del trabajo?

AMY GALAN. — Te he dicho que éramos muy amigos.

RAUL KELISTO. — Ahora solucionarás tus pequeños problemas.

AMY GALAN. — Hubiera preferido que fuese de otro modo... *(Se pone de pie)* Me voy... *(Con sequedad)* Volveré a verte un día de estos.

RAUL KELISTO. — ¿Ya te vas? quedáte un rato más... *(Se pone de pie a su vez).*

AMY GALAN. — Te agradezco tu buena voluntad... tu recepción... *(vacilando)* Tu ofrecimiento para colaborar en las elecciones.

Suena el teléfono sobre el escritorio.

RAUL KELISTO. — *(yendo hacia el escritorio)* Espera un momento todavía... *(Mira su reloj-pulsera)* Igual ya perdí la tarde. *(Rectificándose de prisa)* Quiero decir que a esta hora ya podré hacer poco trabajo... *(Descuelga el receptor y habla en el teléfono, de espaldas a Amy)* Secretaría del Ministro... ¿quién es que habla?... Muy bien, quedo esperando... *(conserva el receptor contra la oreja y se vuelve hacia Amy)* Disculpá, ché.

AMY GALAN. — *(se acerca rápidamente al Secretario y le dice con gran impaciencia)* Me voy, Raúl, estoy deseando volver a estar en casa. *(Le extiende la mano)* Volveré a verte un día de estos...

RAUL KELISTO. — *(estrechándole la mano)* ¡Encantado, querido, vení cuando gustes! A las diez y ocho me encontrarás siempre libre, saldremos a tomar algo por ahí... *(En el teléfono)* ¡Hola! ¡Ah, es usted señor Salita!..... El señor ministro no ha llegado todavía..... Diga no más..... *(Vuelve la espalda a Amy).*

(Amy Galán se aparta velozmente del Secretario y atraviesa el despacho en dirección a la escalera. Deja olvidado su sombrero en uno de los sillones de cuero. Baja apresuradamente la escalera, respirando hondo, como con profundo alivio, y una vez en la platea, desaparece, cabizbajo, apresurado y con el sobretodo desprendido).

ESCENA XII

RAUL KELISTO. — *(siempre en el teléfono, sigue con la mirada a Amy, y cuando éste ha desaparecido de la sala del teatro, y los espectadores están de nuevo atentos a lo que acaece en el esce-*

nario, dice a su interlocutor invisible) ¡Está bueno! ¿De modo que ya se murió el del puesto para su hijo? ¿que funcionario cumplidor, eh?..... ¡Usted no lo mató pero lo ayudó a bien morir!... *(Muy sorprendido)* ¿En la Dirección de Informaciones? ¿No será el cargo que ocupaba un tal Bernall que falleció esta mañana?..... *(Hace un gesto de asombro y explica en el acto con suma amabilidad de tono)* ¡Ese puesto ya está dado, señor Salita! ¡El ministro acaba de avisarme por teléfono!..... *(Se sonríe sarcásticamente)* ¡Cuanto lamento!..... Absolutamente nada que hacer, lo ha dado a una persona de la amistad de él..... *(Su sonrisa se acentúa)* ¡No se moleste en ir a ver al Presidente, es asunto que depende exclusivamente del ministro... *(Con fingido desconsuelo)* ¡A esta altura de las cosas ya no puedo hacer absolutamente nada!..... *(Con una exquisita suavidad que va en aumento hasta el fín de la conversación telefónica)* ¡Si usted me hubiera dicho desde un principio de que cargo se trataba! Ahora ya es tarde..... Sí, eso es, otra vez me da todos los datos desde el primer momento..... Comprendo..... ¡Es claro!..... Pero quizás con un amigo como yo..... ¡No, señor Salita, de ningún modo!..... No van a faltar oportunidades, usted conoce el camino de mi despacho..... De nada..... de nada..... ¡Hasta cuando guste, señor Salita!..... *(Cuelga el receptor con infinita suavidad y sonriendo de más en más).*

Apenas ha colgado el receptor, vuelve a sonar el teléfono, y simultáneamente asoma JOSE por la puerta de la derecha junto al proscenio.

JOSE. — *(al Secretario, desde la puerta)* El señor ministro acaba de llegar.

RAUL KELISTO. — *(tomando el receptor del teléfono y haciendo seña a José de que está bien)* ¡Hola, hola!

Sale JOSE por la puerta por donde asomó.

RAUL KELISTO. — *(en el teléfono, con tono de amistoso respeto)* Ministro, buenas tardes..... *(Con el receptor contra la oreja, se sonríe burlonamente y se sienta a medias en el borde del escritorio, en postura displicente que contrasta con la seriedad que afecta su voz)* Sí, ministro..... *(Fingiendo un entusiasmo creciente)* Innumerables visitantes, ministro, puras adhesiones al firme ¡todo el mundo con usted como un sólo hombre!..... ¡Es como un lago *(rectificándose de prisa)* como un mar, que avanza!..... ¡Emocionante, ministro, usted lo ha dicho, siempre la palabra exacta!..... ¡Maravilloso, cuanto me alegro!..... Gracias, ministro..... ¡En el acto, ministro!..... *(Cuelga el receptor con un gesto de burla, y se pone de pie. Extrae de un bolsillo el carnet de las direcciones, lo hojea, dejándolo abierto en determinada hoja, y llevándolo en la mano, se*

dirige hacia la puerta de la izquierda al fondo, por la cual sale volviendo a cerrarla detrás suyo con gran delicadeza.

El escenario queda desierto durante cinco minutos, lo cual se anuncia en el programa.

ESCENA XIII

Se abre suavemente la puerta de la izquierda junto al proscenio y

BEBA. — *(entra en el despacho, vuelve a cerrar la puerta y se dirige a la mesilla de la máquina de escribir frente a la cual se instala. Extrae del cajón de la mesilla un espejito y un lápiz labial, y comienza a retocarse con gran parsimonia, diciendo)* Hoy es un día fatal.

Un momento después se abre la puerta de la derecha al fondo y vuelve a entrar el Secretario.

RAUL KELISTO. — *(se sonríe al descubrir a Beba entregada a su toilette y empieza a pasearse por el despacho, junto a su mesa-escritorio, frotándose las manos con gran satisfacción. Luego dice a Beba en son de burla)* ¡Que calor pasó hace un rato cierta dactilógrafa!

BEBA. — *(sin volverse para mirarle)* ¡Qué verguenza! ¿Esa persona que estaba aquí habrá oído que dije Raúl?

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡No es para tanto! ¿Que tiene de particular el tratamiento de camaradería entre compañeros de oficina?... Bueno, rápido, Beba, un nombramiento para la firma. Voy a dictar los datos.

BEBA. — *(guarda el espejito y el lápiz labial, y se prepara a anotar en un bloc los datos que le van a ser dictados, exclamando)* ¡Más nombramientos!... ¿Cuando me irá a tocar uno a mí?

RAUL KELISTO. — Fecha de mañana... Encabezamiento como de costumbre... Cargo, oficial en la Dirección de Informaciones...

BEBA. — *(anotando)* ¿Es el puesto que dejó vacante ese señor Bernall que falleció hoy?

RAUL KELISTO. — Exactamente... *(Prosiguiendo con los datos)* Causal, por fallecimiento del titular...

BEBA. — ¡Todavía no lo han enterrado!...

RAUL KELISTO. — ¡Sss!... No hay que hablar así, después las gentes repiten por ahí y surgen las malas interpretaciones... El apuro en este caso es para evitar intromisiones que perjudiquen los derechos de los empleados de esa oficina. ¿Estamos?...

BEBA. — ¿Nombramiento a favor de...?

RAUL KELISTO. — Nombramiento a favor de... *(extrae el carnet del bolsillo y busca una determinada hoja que recorre en silencio con una leve sonrisa)* A favor de... *(hace una pausa y permanece pensativo y sonriente).*

BEBA. — *(después de aguardar un instante)* ¿A favor de...? *(Como el Secretario no le contesta, pregunta, impaciente)* ¿Que nombre?

RAUL KELISTO. — ¡Estoy pensando en la cara que va a poner uno que yo sé!

BEBA. — *(observándole)* ¿No podrá haber nunca un nombramiento que sea realmente a favor de alguien y no contra alguien?

RAUL KELISTO. — Todos los nombramientos llevan más de un nombre. Uno, escrito, y los otros en blanco. Muchas veces no se sabe quien es el que figura, pero se conocen bien los otros.

BEBA. — Debe ser emocionante dar nombramientos ¡pero que cargo de conciencia! Con razón el ministro se queda siempre con la pluma en suspenso antes de firmarlos.

RAUL KELISTO. — *(riendo)* Tiene la conciencia tartamuda. ¡Menos mal que yo hago de intérprete!

BEBA. — No me explico que se hagan bromas con estas cosas. Yo no serviría para dar empleos.

RAUL KELISTO. — Por eso la señorita Beba nunca será ministra.

BEBA. — ¡Me tiene tan sin cuidado!

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Pero será secretaria de ministro!

BEBA. — ¿Y ese apuro por el nombramiento? ¿Que nombre pongo?

RAUL KELISTO. — Es un nombre inglés.

BEBA. — Con deletrearlo...

RAUL KELISTO. — No, mejor copiarlo de aquí. *(Va junto a Beba y le muestra el carnet, aproximándose mucho a ella).*

BEBA. — *(evitando abiertamente su contacto, recorre la hoja y exclama con vivo desagrado)* ¿Y eso?

RAUL KELISTO. — Así se llama el nombrado. ¿Que tiene de particular?

BEBA. — *(fríamente)* Nada. *(Apunta el nombre)* Es un nombre ridículo.

RAUL KELISTO. — *(se guarda el carnet y se pasea por el despacho, observando a Beba de soslayo)* A mí me resulta un lindo nombre, es raro.

BEBA. — Lo que hay sobre todo son cosas raras. *(Empieza a disponer papel de oficio en la máquina, para escribir).*

RAUL KELISTO. — No veo nada de particular en ese nombramiento.

BEBA. — *(levantando la cabeza y mirando delante suyo)* ¡Eligen a una mujer para ese puesto!

RAUL KELISTO. — El ministro dispuso.

BEBA. — ¡Lo que van a chillar en esa oficina!

RAUL KELISTO. — Yo me lavo las manos.

BEBA. — ¡Qué manera de proteger a los demás funcionarios!... ¿Y el que estará esperando para ascender?

RAUL KELISTO. — El que espera, desespera. Si no lo sabe, que aprenda.

BEBA. — *(releyendo el nombre que ha anotado)* ¡Pura—Blanca—

Nieves!... ¡Que candorosa debe ser!... *(Sin mirar al Secretario y como al descuido)* ¿De donde salió?

RAUL KELISTO. — Ni la menor idea. Fecha de mañana, ojo.

BEBA. — El feminismo avanza.

RAUL KELISTO. — Okay. Rápido esa escribanía. *(Viene a pararse detrás de Beba como para seguir su trabajo con la mirada).*

BEBA. — *(se iergue y se queda esperando, explicando)* ¡No puedo trabajar cuando me están observando desde atrás!

RAUL KELISTO. — *(se inclina rápidamente hacia Beba, le toma la cabeza con ambas manos y le da un largo beso en la nuca, voluptuosamente, diciéndole, sin soltarla ni volver a incorporarse)* ¿Y así?

BEBA. — *(se endereza, estremecida, y permanece muda e inmóvil).*

RAUL KELISTO. — *(aspirando el perfume de sus cabellos)* ¿Chipre?

BEBA. — *(se sacude nerviosamente y dice a media voz)* ¡No seas loco, podría venir alguien!

RAUL KELISTO. — *(sin cambiar de posición, muy seguro de sí mismo)* No... no entrará nadie.

BEBA. — *(contestando su pregunta anterior)* No tengo más Chipre, hace mucho que se me terminó... Estoy usando un perfume nuevo que ha salido: Monte Casino...

RAUL KELISTO. — Monte Casino, ciudad en ruinas.

BEBA. — Como nuestro amor.

RAUL KELISTO. — *(frota suavemente su mejilla contra el cabello de ella)* ¡Mentira!

BEBA. — *(con gravedad)* ¿Me quieres todavía un poquito?

RAUL KELISTO. — *(se incorpora y le coloca las manos en los hombros)* No, ni un poquito.

BEBA. — *(inmóvil, sin mirarle)* ¿Porqué me quieres?

RAUL KELISTO .— *(con gentileza, sin más)* Porque eres linda.

BEBA. — ¿Nada más que por eso?

RAUL KELISTO. — Porque eres mi mejor amigo.

BEBA. — ¿No hay ningún otro amigo que prefieras?

RAUL KELISTO. — Uno sólo.

BEBA. — ¿Quien es?

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Raúl Kelisto! *(Vuelve a besarla en la nuca, se incorpora definitivamente, y se aparta de ella yendo a la ventana más próxima para mirar distraídamente a través de los visillos).*

BEBA. — *(acomodándose el cabello)* ¡Si es como el que yo conozco!...

RAUL KELISTO. — *(siempre mirando por la ventana)* No me gusta ese nuevo perfume que usas. Te voy a volver a regalar Chipre.

BEBA. — *(suspirando hondo)* ¡Me lo prometiste para mi cumpleaños!... hace un mes... *(Esperanzada)* ¿Me lo regalarás en extracto esta vez, verdad que sí?

RAUL KELISTO. — No, en damajuana. *(Se pasea por el despacho).*

BEBA. — *(se dispone a escribir a máquina, pero al mirar el apunte del nombramiento, su rostro se ensombrece y hace un lado el papel, con rabia, exclamando)* ¡Es mentira lo que me dijiste!

RAUL KELISTO. — ¿El qué?

BEBA. — ¡Lo de que fué el ministro quien nombró a esa mujer!

RAUL KELISTO. — *(impasible)* ¿Como lo sabes?

BEBA. — ¡Lo dispusiste tú!

RAUL KELISTO. — ¿Como lo supiste?

BEBA. — ¡Es alguna amiga tuya!

RAUL KELISTO. — *(riendo)* Todavía no.

BEBA. — ¡Me tienes muy cansada de servirte de juguete!

RAUL KELISTO. — Tomáte licencia.

BEBA. — ¡No me lo digas dos veces!... ¡Es bueno que sepas que me han pedido en comisión de otra oficina!

RAUL KELISTO. — *(riendo)* Aprovechá. ¿Es buen mozo?... Pero no va a ser ministro... *(Vuelve a ella y la besa de nuevo en la nuca, largamente, diciéndole con voz acariciadora)* ¡Tonta! ¿serías capaz de dejarme solito?

BEBA. — *(sonriendo levemente)* Te traerías a Bola-de-nieve.

RAUL KELISTO. — *(incorporándose y riendo)* ¡No sabe escribir a máquina! *(Se dirige a su mesa-escritorio y comienza a hojear los expedientes).* No te pongas caprichosa, escribí pronto, el ministro está esperando.

BEBA. — *(observándole, le señala el retrato sobre la mesa)* ¿Volviste a colocar eso ahí?

RAUL KELISTO. — ¿Te incomoda? ¿cuanto menos me quieres, más celosa?

BEBA. — *(encoge los hombros)* ¡Puesto que dices que ese retrato para tí no es un recuerdo sino una reclame, podrías guardarlo cuando no hay visitantes!

RAUL KELISTO. — *(divertido)* ¡Tienes razón!... *(Toma el retrato, abre un cajón del escritorio y lo arroja adentro)* Se acabó la audiencia... Hoy no recibo más a nadie... *(Frunce el ceño recordando algo mortificante, y aplica un puñetazo a la mesa)* ¡Ya tuve bastante!... *(Y agrega, entre dientes)* ¡El Galán!... ¡A... trevido!...

BEBA. — ¿Que te pasa?

RAUL KELISTO. — Nada. Que estoy contento.

Llaman tímidamente a la puerta de la derecha junto al proscenio. BEBA finge absorberse en el exámen del apunte que tomó al dictado.

RAUL KELISTO. — *(se sienta en el sillón del escritorio y luego grita hacia la puerta)* ¡Adelante!

ESCENA XIV

Se abre la puerta y entra temerosamente

ARTURO. — *(al Secretario)* Con permiso...

RAUL KELISTO. — ¿Ah, es usted? ¿qué desea?

ARTURO. — Señor Secretario... Yo... Usté... Sabe... Yo...

RAUL KELISTO. — Usted está suspendido. Ya lo notificarán.

ARTURO. — Señor Secretario, le pido disculpa... No creí que aquel señor fuera ese amigo por quien usté me preguntaba... Con aquella pinta... Yo le prometo... Ahora no se me despintará más ese caballero... ¡La próxima vez...

RAUL KELISTO. — *(interrumpiéndole burlonamente)* Está bien... Pase por esta vez... Pero es la última y si...

ARTURO. — *(interrumpiéndole por obra de su emoción)* ¿No estoy suspendido?... ¡Ah, señor Secretario!... ¡Muchas gracias, señor Secretario!... Le prometo que la próxima vez que venga ese señor Galán...

RAUL KELISTO. — *(siempre con sorna)* La próxima vez que le permita poner los pies aquí a ese señor Galán, lo hago declarar cesante. Vaya no más.

ARTURO. — *(permanece un instante como alelado. Luego gira sobre los talones y se dirige a escape a la puerta por donde entró, exclamando a media voz)* ¡Máma mía! ¡Yo que no quise que me hicieran cuidador en el manicomio!

Sale Arturo dejando la puerta de par en par abierta.

ESCENA XV

RAUL KELISTO. — *(mirando irónicamente hacia la puerta por donde salió Arturo)* Le debí haber dado a oler el sombrero que dejó el otro.

BEBA. — ¡No sé como lo tienen a ese hombre aquí! ¿No oíste lo que dijo?

RAUL KELISTO. — Es medio loco. Nos va a ser muy útil en las elecciones.

BEBA. — ¡Que frío entra por esa puerta! Estoy helada.

RAUL KELISTO. — ¡No exageres! ¿En medio minuto?

BEBA. — Me ha venido como un chucho... *(Se levanta, va a la puerta que Arturo dejó abierta, y la cierra. Al regresar, vé el sombrero que Amy olvidó en uno de los sillones de cuero)* ¡Oy, mirá!... *(Toma el sombrero con dos dedos, como un objeto sucio, y lo muestra desde lejos).*

RAUL KELISTO. — *(vehemente)* ¡No toques eso!

BEBA. — *(deja caer el sombrero)* ¡Me asustaste!... ¿Quien lo habrá dejado olvidado?

RAUL KELISTO. — ¡Algún pájaro de esos que suelen aparecerse

aquí! *(Se estremece)* ¡De veras que ha venido frío de repente!... *(Se levanta y se allega a la chimenea cuyo fuego observa con fastidio)* ¡También, esto no es fuego!

BEBA. — *(viniendo a colocarse a su lado)* ¿Que querrías que fuera? ¿un fogón de gauchos?

RAUL KELISTO. — ¿Porqué hablas de fogón de gauchos?

BEBA. — No sé, se me ocurrió. Como parece que estuvieras pensando en agregar leña...

RAUL KELISTO. — *(sombrío, con la mirada clavada en el hogar)* En eso mismo estaba pensando... ¡Fuego postizo!...

BEBA. — *(toma al Secretario por un brazo y se estrecha contra su cuerpo)* ¿Te gustaría estar en el campo, solitos los dos, junto a un fueguito de verdad?

RAUL KELISTO. — *(sin apartar los ojos del hogar)* El humo te haría llorar los ojos.

BEBA. — Hay otras cosas que también hacen llorar los ojos.

RAUL KELISTO. — *(soltándose de su brazo, con impaciencia)* ¡No te pongas trágica! Ya tuve que soportar bastantes gemidos hoy.

BEBA. — ¿De mí?

RAUL KELISTO. — *(brutalmente)* ¡Si fueran sólo los tuyos!

BEBA. — ¡Malísimo!... *(Señalándole el hogar con picardía)* ¿Hagamos un fueguito? ¡Sería divertido!

RAUL KELISTO. — ¿Con qué? ¿Con los expedientes?

BEBA. — *(mirando en torno)* Si hubiera alguna maderita...

RAUL KELISTO. — *(mirando en torno a su vez y terminando por posar sus ojos sobre la máxima que está en la repisa de la chimenea)* ¡Sólo que quememos el regalo de mi mujer! *(Toma el objeto y lee en alta voz)* «A tales obras, tales pagos»... ¡La estupidez que se le fué a ocurrir!... Es porque reconoce que todo lo que tengo lo he ganado en buena ley. ¡Es mi hincha número uno! Eso no se lo puedo negar, me hace justicia. ¡Pero que macana haber traído esto aquí!

BEBA. — *(mirando el objeto por encima del brazo de él)* ¿Lo hizo ella?

RAUL KELISTO. — ¡No!... Lo habrá comprado en algún bazar. ¡Que cosa cursi!... ¿Lo quemamos?

BEBA. — No lo quemes... Recien te lo trajo ayer...

RAUL KELISTO. — Razón de más. Ya hace demasiado que está ahí este mamarracho.

BEBA. — Lo colocó ella misma ahí. Oí que te decía que te lo traía para que la recordaras mientras andaba de viaje...

RAUL KELISTO. — ¡Si será infeliz! ¡Se fué anoche y regresa hoy, a eso le llama andar de viaje! *(Inflándose)* ¡Es que no puede estar sin mí!

BEBA. — *(mirándole con expresión indefinible)* Es lo que tiene ser tan lindo muchacho... *(Gravemente)* No puedo evitar el tenerle simpatía a tu mujer, es más fuerte que yo.

RAUL KELISTO. — Es lógico.
BEBA. — ¿Te parece, porqué?
RAUL KELISTO. — Porque tienes conciencia de que le has quitado lo que más quiere. *(Se echa a reir).*
BEBA. — ¡Ya te he dicho que no hagas burla de tu mujer cuando conversas conmigo! ¡Detesto eso!... Ni que hallaras gusto en ponerme de mal humor...
RAUL KELISTO. — ¡Bah! Dejáte de zonceras.
BEBA. — Zonceras, no. Es una falta de delicadeza... No es propio... ¡Parece increíble que no te dés cuenta!
RAUL KELISTO. — Bueno, bueno... ¡Con lo poco malo que ella pensará de tí!
BEBA. — ¿Tú crees que...?
RAUL KELISTO. — *(divertido)* ¡Me imagino! Es una celosa terrible ¡y cuando las mujeres quieren a un hombre!...
BEBA. — ¡Oiganlo al irresistible! *(Mirándole con expresión indefinible)* ¿Estás tan convencido de que ella te quiere?
RAUL KELISTO. — *(agresivo)* ¿A que viene esa pregunta?
BEBA. — Seguro mató a confiado.
RAUL KELISTO. — ¡No admito que se dude de mi mujer!
BEBA. — *(con ironía)* ¡Naturalmente!... ¡Pues si yo fuera ella!...
RAUL KELISTO. — *(insultante)* ¡Pero lo que hay es que... *(se interrumpe bruscamente).*
BEBA. — ¿Que qué? ¿Qué me vas a decir?
RAUL KELISTO. — Nada, no he dicho nada.
BEBA. — ¡Ah, creí que me ibas a decir que lo que hay es que yo no valgo lo mismo que tu mujer, y eso no te lo permito!
RAUL KELISTO. — Dejemos ese tema.
BEBA. — Sí, cambiemos de tema... *(Guarda un silencio, y luego)* Sea por lo que sea, de un tiempo a esta parte tu señora me mira con un aire raro cuando viene por aquí.
RAUL KELISTO. — *(triunfante)* ¿Que te decía yo? *(Le muestra la máxima)* ¡Por eso es que se vino con esto, para hacerte ver que nos mimamos y que no tienes nada que esperar! *(Riendo)* ¡Ah, las mujeres! ¡son el diablo! *(Mira el objeto)* Ahora sí que lo quemo, para que aprenda a andarme celando hasta en la oficina. *(Agarra la máxima con ambas manos y trata de partirla, pero el objeto se dobla sin quebrarse)* ¡Que lástima, es de lata! *(Lo endereza y vuelve a colocarlo en la repisa de la chimenea. Contempla de nuevo el hogar, melancólicamente)* ¡Me habría gustado ver llamas de veras!... aunque hubiese sido una sola... aunque hubiese durado un soplo...
BEBA. — ¡El chico quiere divertirse!... ¡Espérate! *(Se dirige velozmente hacia la puerta de la izquierda junto al proscenio)* ¡Vuelvo enseguida, voy a buscar algunos Diarios Oficiales!

Sale BEBA por la puerta de la izquierda junto al proscenio, dejándola entornada.

RAUL KELISTO. — *(va distraídamente hasta la ventana de la izquierda y mira para la calle a través de los visillos)* ¡En mala hora me acerqué a ese imbécil de Galán!... *(Guarda silencio un momento y añade)* La culpa fué mía... ¡pero también, quien se iba a imaginar!...

ESCENA XVI

Por la puerta de la izquierda junto al proscenio, vuelve a entrar.

BEBA. — *(sumamente nerviosa y sin traer nada en las manos. Cierra con rapidez la puerta detrás de ella y se adelanta hasta el escritorio, haciendo como que acomoda allí algunos expedientes, diciendo con voz emocionada)* ¡Raúl!...

RAUL KELISTO. — *(observándola sorprendido)* ¿Que sucede?

BEBA. — *(tratando de afirmar su voz)* Raúl...

RAUL KELISTO. — Hay que escribir ese nombramiento que te dije.

BEBA. — Es... otra cosa...

RAUL KELISTO. — ¿Que pasa?

BEBA. — *(llevándose una mano al pecho)* ¡Algo tan... tan impresionante!

RAUL KELISTO. — ¿Se te declaró alguien?

BEBA. — *(hablando de prisa, muy gravemente)* Acaban de llamar por teléfono de tu casa... la mucama... no quiso hablar contigo.

RAUL KELISTO. — *(displicente)* ¡Ah, la doméstica! ¿Qué quería?

BEBA. — *(señalando el teléfono)* !Llámala y que te explique ella misma!

RAUL KELISTO. — ¿Me dices que no quiso hablar conmigo y ahora voy a tener que llamarla yo? ¿Que lío es ese?

BEBA. — ¡Es que no habló contigo porque no se animó!

RAUL KELISTO. — ¿Y porqué no se animó? ¿Que fué lo que te dijo?

BEBA. — No lo entendí bien...

RAUL KELISTO. — *(riendo)* ¡Sos pajarona! *(Encoge los hombros)* Sería alguna majadería, como mi mujer no está en casa... Volverá a llamar.

BEBA. — No, no, algo muy serio, muy grave...

RAUL KELISTO. — ¿Algo muy serio?

BEBA. — *(volviendo a señalar el teléfono)* ¡Hablále tú mismo!... *(Hace un movimiento como para retirarse por la puerta por donde entró).*

RAUL KELISTO. — *(adelantándose)* ¡Ché, vení para acá! ¿Que barbaridad ha hecho esa mujer?

BEBA. — *(deteniéndose y sin mirarle)* Ella no ha hecho nada... Ya te explicará... ¡Lo que te digo es que debes hablar con ella en seguida!... ¡O mejor que te vayas en seguida para tu casa!

RAUL KELISTO. — *(francamente alarmado ahora)* ¿Que ha pasado en casa? ¡Díme la verdad! *(Se acerca un poco más a Beba).*

BEBA. — *(retrocediendo otro tanto y agachando tercamente la cabeza)* En tu casa, nada...

RAUL KELISTO. — *(inquieto e indeciso)* ¿Supongo que esto no va a ser como en la canción «Tout va bien, Madame la Marquise»!

BEBA. — ¡No sé... no sé... no te puedo repetir lo que dijo esa mujer!... ¡Disculpáme!... *(Implorante)* ¡No pierdas tiempo!... *(con un gran esfuerzo)* ¡Era de parte de tu señora!... *(Sacude la cabeza, mordiéndose los labios y mirando hacia la puerta como ansiosa por desaparecer).*

RAUL KELISTO. — ¡El avión en que regresa mi mujer no puede haber llegado todavía!... *(Creyendo comprender, y con satisfacción)* ¡Un accidente!

BEBA. — *(le mira un instante, indignada, baja un poco la cabeza y dice con frialdad)* Parece que el que ha tenido el accidente has sido tú. *(Se dirige resueltamente hacia la puerta de la izquierda junto al proscenio, exclamando con fuerza)* ¡Tu confianza en tí mismo te ha traicionado! Están sacando de tu casa todas las cosas de tu mujer, por órden de ella, y te manda decir que se marchó con otro. *(Llega a la puerta, la abre, se detiene en el umbral, se vuelve hacia el Secretario y le grita con infinito desprecio)* ¡Eres un monopolio de canalladas y estoy contenta de haber terminado contigo! *(Sale dando un portazo).*

ESCENA XVII

RAUL KELISTO. — *(que ha quedado sólo, permanece un instante como alelado. Luego se recuesta contra la mesa - escritorio, exclamando)* ¡Se marchó... con otro!... *(Se lleva una mano al mentón, mira hacia el suelo y se formula las siguientes reflexiones con una voz cada vez más apagada)* Ese viaje... ¡tantas valijas!... ¡aquella despedida de Jacobito!... *(Cruza los brazos con flojedad y clava la mirada a sus pies, sacudiendo débilmente la cabeza. Permanece así un instante, luego levanta la cabeza con humildad y volviéndola hacia la repisa de la chimenea, exclama)* ¡Ese «recuerdo»!... *(Se lleva la diestra a la frente, cubriéndose los ojos, y lanza dos o tres profundos suspiros, murmurando con acento de desesperación)* ¡Que desastre!... ¡Que desastre!... *(Mira hacia la máquina de escribir)* ¡Y Beba!... ¡ella también!... *(De pronto se iergue y mirando fijo delante suyo, dice con fuerza)* ¡Cuando yo sea ministro!...

Telón

CARLOS LERMITTE

PAGINAS OLVIDADAS

MEDIOS DE ESTABLECER Y DE CONSOLIDAR LA PAZ EN EL MUNDO (1)

EL ARBITRAJE INTERNACIONAL

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Voy a tratar del arbitraje. No precisamente porque este asunto particular sea el de actualidad entre las personas que ocupan puestos avanzados en el estudio y en la propaganda de las soluciones pacíficas; pero porque las tentativas para aplicarlo de un modo amplio y los fracasos consiguientes han dado lugar a una experimentación de la que van saliendo poco a poco fórmulas nuevas. Y al decir «nuevas», hablo de fórmulas experimentales, en oposición a las concepciones consideradas utópicas, creadas antes por pensadores geniales, pero elaboradas sin el contralor de las resistencias humanas efectivas.

Además, otros motivos tengo; y es que flotan en el ambiente de algunos países, entre ellos el nuestro, exageraciones en cuanto a la aplicación del principio, y creo que esas exageraciones perjudican en particular al arbitraje mismo, y, en general, a la evolución de los

(1) El Uruguay cuenta entre sus más honrosas ejecutorias internacionales el haber propuesto, en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz, reunida en La Haya, en 1907, por boca del Presidente de su Delegación, Don José Batlle y Ordóñez, la creación de un Tribunal de Arbitraje Internacional Obligatorio para dirimir las cuestiones que surgieran entre las Naciones. Aquella iniciativa, que obedecía a una modalidad espiritual de la República, y a una tradición que ha sido mantenida por hombres eminentes, no prosperó. La Conferencia de La Haya se limitó a formular la estructura de una Corte Internacional Arbitral, sin elementos eficaces para imponer sus fallos, y que fué impotente para conjurar los peligros y las realidades de la guerra. La República ha perseverado en su posición; pero las rudas realidades de la vida internacional y la evolución de las doctrinas jurídicas dieron lugar a que algunos de los hombres consagrados al estudio de estos problemas buscaran los medios de conciliar la realidad con los principios puros. Fruto de esa situación espiritual fueron las conferencias que dió en la Universidad el doctor don MANUEL B. OTERO a raíz de la guerra de 1914, en las que expuso sus ideas sobre los medios de establecer y y consolidar la paz en el mundo y la forma de hacer efectivo el arbitraje entre las Naciones mediant enormas jurídicas que atenuaran la universalidad del mismo. Las ideas sostenidas por el autor, si bien limitan el concepto del arbitraje integral, coinciden con algunos de los puntos de vista que actualmente se propician para la solución de los problemas de la guerra y de la paz. En ese sentido estas páginas tienen su actualidad. Además, ellas deben ser teni-

procedimientos de justiciabilidad internacional, dándoles una orientación equivocada.

Lo mismo que en el derecho privado procesal, el arbitraje es en lo internacional un medio útil de resolver pacíficamente muchas cuestiones. Los centenares de casos ocurridos durante el siglo último y el actual lo demuestran, habiéndose llegado por ese medio a evitar algunas guerras que parecían inminentes. Pero de esto a podérsele considerar como un procedimiento para solucionarlo todo, hay una gran distancia. Es difícil precisar su radio de acción; pero, indudablemente, ese radio limitado existe, y es reconocido, universalmente en la doctrina y en la práctica.

Por otra parte, además de ser un instituto utilizable directamente, es también un auxiliar poderoso para ir por su aplicación repetida formando y consolidando en el espíritu público el sentimiento de respeto a la justiciabilidad de las controversias, y abriendo de ese modo, camino a procedimientos superiores, más jurídicos, más efectivos, aplicables a los casos no susceptibles de ser arbitrados.

De ahí la necesidad de defenderlo, pero manteniéndolo dentro de sus límites. Dejarlo ir más allá de lo que permiten sus fuerzas importa llevarlo a un riesgo, por no decir a un fracaso, riesgo y fracaso que tienen que repercutir también en sentido desfavorable a la evolución del derecho procesal internacional, por la misma razón de que el éxito repercute favorablemente.

Ahora bien; como después de cada período de guerras generalizadas se ha producido un movimiento vigoroso hacia las soluciones pacíficas, que se ha traducido en fórmulas nuevas, aceptadas en virtud de la reacción, con una facilidad relativa o con menos dificultad que antes, debe esperarse que, después de estos momentos en que el mundo soporta calamidades inmensas, la reacción que traiga la paz, permita también progresos considerables en el terreno del derecho. (Esto ha

das en cuenta como interesante antecedente de nuestra cultura jurídica. Se apoyan en la autoridad de su autor quien, durante varios años, dirigió la cancillería uruguaya en el carácter de Ministro de Relaciones Exteriores. Perteneció este eminente hombre público a una generación preclara. Nació en Montevideo el 14 de Julio de 1857, se educó en el colegio Pedro II de Río Janeiro, donde hizo profundos estudios de Humanidades bajo la dirección de los Padres Jesuitas. Luego se graduó de doctor en jurisprudencia en la Universidad de Montevideo. Participó de la actividad intelectual provocada por el Ateneo y fué verdadero paladín del movimiento filosófico cientificista que conmovió el ambiente de la época. Se incorporó a la redacción de «La Razón» y participó de las ardientes campañas políticas iniciadas contra los gobiernos del Coronel Latorre y el General Santos. En 1887 se incorporó al Parlamento, donde impuso su saber y su elocuencia. En la Cámara de Representantes y en el Senado dejó huella indeleble de su paso. Presidió la Cámara alta, fué Ministro de Relaciones Exteriores y Ministro Plenipotenciario en Chile y Miembro de la Corte Internacional de La Haya. Sus estudios científicos y su actividad política no ahogaron al cultor de la belleza, al escritor y al poeta que en él había. Coleccionista de obras de arte, autor de bellas poesías, de sesudos ensayos y de bocetos imaginativos y novelas, manejaba el idioma con elegancia y fluidez. Varios volúmenes de prosa y verso recogieron la obra literaria de este ilustre ciudadano fallecido el 19 de Diciembre de 1933.

sido afirmado últimamente y repetido por internacionalistas tan ilustres como Root, Basset Moore, Scott y otros).

Y si la oportunidad de conquistar la implantación de procedimientos superiores, jurídicos y racionales, se presenta o parece que va a presentarse, hay conveniencia en sacar el arbitraje del camino y en reducirlo a sus verdaderas posibilidades, que son las de ser utilizable paralelamente a los tribunales ordinarios, que él habrá contribuído a traer al mejorar el ambiente jurídico, pero que no puede ni podrá reemplazar.

Así, pues, si las exageraciones y los apasionamientos a favor del arbitraje pueden ser disculpables en el período de formación del sentimiento de justiciabilidad, porque colaboran a su desarrollo, esas exageraciones y apasionamientos deben ser refrenados cuando el ambiente se modifica y hay posibilidad de un progreso.

No puede permitirse que el auxiliar, que el colaborador se convierte en obstáculo, pretendiendo hacer lo que no puede y cerrando con sus pretensiones el camino a los institutos que llegan.

Es necesario que se comprenda claramente que, si la gran guerra debe ser, en virtud de la reacción que la ha de seguir, una fuerza ocasional, poderosamente aprovechable para el establecimiento de la justiciabilidad regular ulterior de las controversias internacionales, sería error dejar perder esa fuerza de reacción en aplicaciones equivocadas, que dejarían las cosas más o menos como lo estaban antes; es decir, libradas a convenios de forma rebuscada y con orientación aparente de justicia y equidad, pero sin más fondo que la supremacia de la arbitrariedad individual, cuando ella no quisiera respetar lo convenido.

El arbitraje ilimitado ha tenida sus apologistas y sus detractores. Ha tenido sus épocas de auge y de decadencia. Ha alcanzado a ser la aspiración de numerosos congresos de hombres bien intencionados que trataban de evitar las guerras o de disminuirlas y ha llegado hasta dominar la opinión de grandes parlamentos.

Al fin se ha visto que era fácil admitirlo como aspiración y difícil llevarlo a la realidad, comprendiéndose por último, que no se ajustaba a todos los casos; que no podía vencer todas las resistencias y que, por lo tanto, no respondía por sí solo a la finalidad buscada.

Ha sido fácil admitirlo como aspiración, porque sus formas exteriores son simples, y ha sido difícil transformarlo en realidad de efectos positivos porque no se puede llevar a la práctica sin complicarlo con graves cuestiones que lo detienen.

Pasan los años; los argumentos se repiten; se renuevan las discusiones que parecían agotadas; y, entre tanto, los siglos terminan y el arbitraje hace apenas pasos, digamos, de cantidad entre los asuntos arbitrales; pero no penetra en la región cerrada de lo no arbitrable.

Es ésta una repetición más de la lucha entre la generalización con sus exageraciones místicas, como las llamaría Le Bon, contra la realidad integral y complicada.

Y es interesante ver en ella el cumplimiento, una vez más, de la regla que recordaba Amos en su libro sobre la ciencia de la política,

al referirse a casi todas las generalizaciones políticas, más subjetivas que objetivas, más lógicas, abstractas y singulares que integrales, expeperimentales y prácticas: «*dolus latet in generalibus*» (el engaño está latente en las generalizaciones).

Se aspira a resolver pacíficamente los conflictos internacionales; de la analogía con el arbitraje privado y del éxito de un número de cuestiones solucionadas por el arbitraje se induce la posibilidad de arbitrarlo todo; de la posibilidad se pasa a la afirmación, de la afirmación al entusiasmo, del entusiasmo a la proclamación abosluta del principio y a la determinación de aplicarlo sin limitaciones. Y cuando llega la oportunidad de la aplicación racional efectiva, recién entonces se ve que la posibilidad real no responde a la posibilidad imaginada, se ve que los intereses se oponen, que las opiniones se dispersan y que los hobres de primera fila protestan contra la precipitación y se detienen; y, en circunstancias y en países diferentes, llaman «arduo problema» y cuestión difícil y dificilísima a esta de querer, lisa y llanamente, extender el arbitraje obligatorio a todos los asuntos.

No exagero; fué Marschall de Bieberstein, el jefe de la delegación alemana en la segunda conferencia de La Haya, el que la llamó «*question difficile*», fueron los delegados mexicanos a la segunda Conferencia Internacional Panamericana los que dijeron que el problema de la organización de la justicia arbitral está erizado de dificultades y que ha encontrado obstáculos casi insuperables; fueron esos delegados los que, después de considerar como «indeclinable» la necesidad de una sanción a la obligación de someterse al arbitraje, dijeron que «difícilmente se podrá presentar a la consideración de estadistas y jurisconsultos problema más arduo»; fué el señor Blest Gana, jefe de la delegación de Chile, el que la denominó «dificilísima cuestión»; y fueron los 19 miembros de la Comisión de Arbitraje en el Congreso Pan-Americano de Río de Janeiro, los que lo llamaron «arduo problema». Entre estos últimos se hallaba nuestro delegado doctor Gonzalo Ramírez.

Los no versados en estos asuntos, que deseen estudiar la marcha histórica de la cuestión durante el siglo pasado la encontrarán en la obra de Kamarowsky, bien conocida ya por nuestros universitarios. Allí hay un centenar de páginas en las que se consideran con bastante juicio el movimiento habido en favor del arbitraje, las resistencias que ha encontrado su aplicación general y que subsisten, así como la derivación de los espíritus hacia otras formas más jurídicas de procedimientos.

Yo, por mi parte, no deseo ni podría hacer aquí la historia minuciosa del asunto; no podría, tampoco, exponer todos los argumentos aducidos en pro y en contra; debo, sí, presentar algo claro y concreto que se imponga de plano y que permita desembarazar el camino para pasar a ocuparme de otras soluciones.

Y, para hacerlo mejor, voy a adoptar el procedimiento experimental; a traer un caso de tentativa hecha para llevar adelante el arbi-

traje general, y con él las dificultades que dieron lugar al fracaso, analizándolas paralelamente. Habrá con este método la doble ventaja de poder estudiar y discutir la doctrina dentro de la realidad misma.

II

FRACASO DEL ARBITRAJE BILATERAL AMPLIO

En el año 1890 el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos dictaron una resolución para que el Presidente de la República abriera de tiempo en tiempo, y luego que ocasiones propias pudieran presentarse, negociaciones con cualquier gobierno con el que los Estados Unidos tuvieran o pudieran tener relaciones diplomáticas, con el fin de que cualesquiera diferencias o disputas que surgieran entre los dos gobiernos, que no alcanzaran a ser arregladas por medios diplomáticos, pudieran ser referidas al arbitraje y ser pacíficamente arregladas por tales medios.

La Cámara de los Comunes británica, el 6 de junio de 1893, a su vez, declaró que con satisfacción había tomado conocimiento de la resolución del Senado y de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, y que, cordialmente simpatizando con el propósito en vista, expresaba la esperanza de que el Gobierno de Su Majestad prestaría su decidida cooperación al Gobierno de los Estados Unidos sobre las bases de la resolución precedente.

(Véase Basset Moore Int. Arb. I, 962 y stes., de donde extracto todo lo que sigue sobre el tratado Onley Paunsefoote).

Bien se comprenderá que, después de estas manifestaciones legislativas, producidas en los congresos de dos de la naciones más civilizadas, poco o nada quedaba por hacer en el sentido de presentar el principio del arbitraje ilimitado como una aspiración aceptada para resolver los conflictos internacionales. Difícil fuera encontrar una autoridad moral mayor para impedir que la aspiración se hiciera realidad.

«Como consecuencia de las opiniones manifestadas por los Congresos, se cambiaron comunicaciones entre los dos gobiernos, tendientes a la conclusión de un tratado permanente de arbitraje, siendo las negociaciones seguidas entre Mr. Gresham, Secretario de los Estados Unidos y Sir Julián Paunsefoote, Embajador Británico en Wáshington, Desde la primavera de 1895 hasta marzo de 1896, sin embargo la consideración del asunto estuvo suspendida; pero el 5 de ese mes Lord Salisbury, refiriéndose a negociaciones anteriores, dirigió a Sir Pauncefoote un pliego de instrucciones en el que la discusión se renovaba».

Este pliego de instrucciones, que debía ser comunicado por el Embajador a la Secretaría, dió lugar a un cambio de documentos en que constan las observaciones de los dos gobiernos, y en los que se expresan los motivos que hicieron restringir la aplicación del arbitraje y encerrarlo dentro de los términos reducidos del tratado que luego se celebró, conocido con el nombre de Tratado Onley-Pauncefoote.

En la nota de Lord Salisbury de 5 de marzo se precisaban varios puntos:

I. Que el obstáculo que había separado a las dos Naciones para llegar a un arreglo en el que ambas tenían fuerte interés en concordar, había sido el límite hasta el cual debía ser extendido el arbitraje. De los dos lados se admitía que algunas excepciones debían ser hechas. Ningún gobierno estaba dispuesto a someter al arbitraje asuntos en que estuvieran envueltos el honor o la integridad territorial. Dentro de la amplia región comprendida en esos límites, Estados Unidos deseaba ir más lejos que la Gran Bretaña.

II. Para el gobierno de Su Majestad el arbitraje como sistema, es algo que no ofrece antecedentes precisables y hay que considerar dentro del terreno de la experimentación. Sugiere, pues, un ensayo modesto que no se podrá ir alargando para no aventurar el principio mismo exponiéndolo a un fracaso.

III. Los casos que pueden surgir pertenecen a dos clases: los litigios privados en los que el Estado representa a sus propios súbditos o los que conciernen al Estado mismo como un conjunto. Respecto a los primeros el Gobierno Británico no veía inconveniente en admitir el arbitraje sin reservas, y los consideraba como casos análogos a los del arbitraje privado. Pero respecto a los segundos, entendía que se hallaban en situación diferente.

«Ellos conciernen, decía Lord Salisbury, al estado en su capacidad colectiva y todos los miembros de cada Estado y todos los otros Estados que desean su bien están interesados en el resultado del litigio. Si el asunto en controversia es importante y la pérdida representa un serio golpe al crédito y al poder del litigante deshauciado, ese interés se transforma en un partidarismo más o menos agudo. Los hombres desean la victoria de un lado o de otro de acuerdo con sus simpatías».

«Y tales simpatías interfieren lo más formidablemente en la elección de un árbitro imparcial. Sería demasiado odioso especificar las varias formas de prevención por las que, en una controversia importante entre dos grandes potencias, los otros miembros de la república de las naciones, visiblemente se encontrarían afectados. En las condiciones actuales de sentimiento internacional, cada gran potencia podría indicar las naciones cuya admisión en un jurado por el que sus intereses debieran ser decididos, estaría obligada a recusar; y en un litigio entre dos grandes potencias pronto las recusaciones rivales agotarían del todo el catálogo de las naciones de donde pudieran ser sacados árbitros competentes y aceptados. Sería fácil, pero poco decoroso, ilustrar esta afirmación con ejemplos. Ellos ocurrirán a cualquier espíritu que trate de construir una lista de naciones capaces de suministrar árbitros competentes y quiera considerar cuantos de ellos están en el caso de exigir igual confianza de dos potencias litigantes.

«Esta es la dificultad que está de pie en le camino del arbitraje sin restricciones.»

«Por cualquier plan que el tribunal se seleccione, el final de ello debe ser que los fallos en que los Estados litigantes están más profun-

damente interesados serán decididos por el voto de un hombre, y este hombre, un extranjero. El no tiene jurado para fijar los hechos; él no tiene corte de apelación para corregir su derecho; él tiene la seguridad de ser acreditado, con o sin justicia, con inclinación a un litigante o a otro. Las naciones no pueden entregarse a correr tal riesgo en la decisión de controversias por las que su posición nacional pueda ser afectada o un número de sus súbditos transferidos a un vasallaje extranjero».

El Gobierno Británico acompañaba un proyecto de tratado según el cual se admitía el arbitraje en dos formas y en dos instancias.

1. Para los casos de menos de cien mil libras en cuanto a cantidad y de importancia inferior —especificados— se proponía un tribunal de dos árbitros, nombrados, uno por cada parte, los que designarían el tercero.

2. Para los casos de más de cien mil libras o de importancia superior (especificados) se admitía el mismo tribunal; pero en estos casos, cualquiera de las partes quedaba con facultad de pedir la ratificación del fallo, invocando errores de hecho o de derecho internacional, ante otro tribunal formado por tres miembros de la Suprema Corte de Estados Unidos y otros tres de la Suprema Corte de la Gran Bretaña. La ratificación sólo se podría producir por cinco votos. A falta de ratificación el fallo del primer tribunal quedaría sin efecto.

3. En el artículo 5.° del Proyecto se establecía que cualquier diferencia que, a juicio de cualquiera de las potencias contratantes, afectara directamente su honor o la integridad de su territorio, no podría ser sometida a arbitraje a no ser por convenio especial.

Sería ocioso seguir paso a paso los argumentos que constan en las notas cambiadas ulteriormente. Algunos se refieren a la incertidumbre del derecho que habría que aplicar en los casos de discusiones sobre posesión y propiedad de territorios y a las diferencias de criterios sobre ese punto en derecho privado y en internacional. Más adelante me ocuparé de esto al hablar de la incertidumbre del derecho aplicable a los fallos.

Por el momento y como síntesis de la referencia que he hecho a la elaboración del tratado Onley-Pauncefoote, conviene dejar establecido:

1.° Que a pesar de toda la importancia de las recomendaciones legislativas y de la buena voluntad de los gobiernos, no fué posible llegar más que a un tratado de arbitraje restringido.

2.° Que la cláusula de no someter al arbitraje los asuntos que a juicio de una de las partes envolvieran honor o intereses vitales, quedó dominante.

3.° Que se produjo una orientación marcada en el sentido de atribuir a los miembros de las Altas Cortes de los dos países, es decir, a sus supremos tribunales ordinarios reunidos, mayor autoridad y confianza que a los árbitros de simple y corriente designación por acuerdo de las partes.

1.° El fracaso experimental.

Respecto del primero, cabe observar que si la realidad se opuso con la fuerza de un hecho a que se llenara la aspiración de los que querían el arbitraje ilimitado y eso sucedió a pesar de tratarse de países preparados por resoluciones de sus propios Congresos, con derecho privado y cortes de equidad casi iguales en sus miras, no es razonable suponer que sea fácil y posible en la práctica el arbitraje ilimitado entre países menores afinidades históricas, étnicas y jurídicas.

Años después del fracaso de esta tentativa y de otra que fué repetida por el Presidente Taff en 1911, el Secretario Onley decía en un discurso pronunciado ante la Sociedad de Derecho Internacional:

«No hay dos países en el mundo tan favorablemente colocados para los propósitos de un tratado de arbitraje entre ellos, que incluya todas las diferencias, como lo son Gran Bretaña y Estados Unidos. Con los lazos étnicos, sociales y comerciales que siempre los atan y estrechamente los mantienen juntos, la guerra entre ellos se ha hecho casi inconcebible. Sin embargo, dos pruebas tentadas para llevar a efecto un tal tratado amplio han fracasado y la posición oficial de Estados Unidos hoy parece ser la de que hay una clase de cuestiones que necesariamente deben ser excluídas de un tratado de arbitraje general». (Am. Jour. Int. Law. VI. 595).

No hay mayor argumento contra una doctrina que el de la imposibilidad real de su aplicación manifestada en los hechos. Todos los argumentos académicos pierden en este caso su peso. Por lo menos hay lugar a afirmar que en ciertas oportunidades o en ciertas circunstancias la doctrina no es viable y que por consiguiente, no puede ser de aplicación general.

2.° La cláusula restrictiva de honor e intereses vitales.

Respecto del segundo punto, cabe observar que la cláusula de no someter los asuntos que pudieran afectar el honor o los intereses vitales, fué una verdadera válvula de seguridad para hacer posible la justiciabilidad en los casos simples o de menor trascendencia, dejando el camino abierto para otros más complicados.

En general las personas que se ocupan, «*prima facie*» del arbitraje internacional, encuentran la cláusula de honor y de intereses vitales contradictoria con el compromiso de ir a él. No comprenden que se vaya al compromiso y que se reserve el derecho de excusarlo, al amparo de fórmulas vagas como la de honor y la de intereses vitales; pero es que no han comprendido antes, que esas cláusulas no responden a determinar virtualmente en lo futuro si cada caso será o no de honor o de intereses vitales precisamente, antes de ser sometido al árbitro. Responden en primer término, a salvaguardar, en cada caso eventual, la seguridad de poderse obtener un tribunal imparcial, dadas las circunstancias en que la crisis se produzca, y que el caso puede ser sometido sin peligro a una verdadera solución jurídica que descanse en el padrón de honor tal como lo entiende la magistratura y no en el padrón de honor más relativo, tal como lo entienden la política y la diplomacia.

Esas cláusulas representan una fórmula noble y humana de cortar

durezas y heridas inútiles, rechazos de árbitros y apreciaciones de las que Lord Salisbury llamaba odiosas.

Argumentar contra las cláusulas diciendo que son vagas e inconsistentes con el principio, importa, pues, desconocer su propia esencia. Valen y se han buscado así, precisamente, porque son vagas y elásticas; son verdaderas cláusulas que descansan en la rectitud y el propio contralor del que las opone; dejan el compromiso de arbitraje, en estos casos en que no puede ser estricto, algo así como una obligación natural, librada más a la honestidad que a la eventualidad de poder ser estrictamente reclamada.

En el conflicto de las aspiraciones con las imposibilidades reales no se puede hacer otra cosa; no dejó de ser aquello un adelanto y un paso hacia una civilización superior.

Pueden completarse, en segundo lugar, estas consideraciones con otras del profesor Reeves. Ellas tratan de la concordancia necesaria entre la política nacional y la internacional para que la primera respete a la segunda. Si todas las aspiraciones de una nación se oponen en un momento dado al arbitraje, si el pueblo lo considera inadmisible o peligroso para la existencia de la nación misma, aparecerán factores dinámicos que echarán por tierra todos los pactos llamados «*de compromittendo*». Eso recién se está comprendiendo y es extensivo a todo el derecho internacional.

El profesor de la Universidad de Indiana ha dicho, pues, con razón, que:

«La provisión en los tratados de arbitraje internacional, de que las cuestiones que afectan vitalmente el honor o la independencia de los Estados, no están sujetas a arbitrajes, aunque frecuentemente criticada en el pasado, se ve, después de todo, que descansa en una profunda base psicológica. Sobre tales cuestiones no existe un factor común de ideas legales suficientemente en armonía con la política nacional común, y hasta la extensión que haga posible una justificiabilidad real».

«La observancia del derecho internacional depende, después de todo, debemos confesarlo, largamente de las políticas nacionales. En aquello y hasta donde las políticas nacionales coincidan con ciertos principios generalmente aceptados de justiciabilidad, es que tenemos una base estable para fundar el derecho internacional. Donde las políticas interfieren tenemos situaciones en que los factores dinámicos aun no han sido resueltos y hasta allí el derecho no alcanza ni existe actualmente».

Con la observación que acabo de reproducir se comprenderá mejor, si es posible, la importancia y la razón de ser de las cláusulas de honor y de intereses vitales.

Ellas permiten extender el arbitraje a lo posible y al mismo tiempo salvar la eventualidad de no poder ir a él o de tener que ir para no poder respetar el fallo del árbitro. Ellas prevén el caso de que la política nacional llegue a oponerse con todas sus fuerzas en un momento dado y de que, con o sin razón, haya que saltar por arriba de todos los pactos de arbitraje, sin consideración y sin respeto.

Hay que darse cuenta, en fin, claramente, de que no se ha podido establecer el arbitraje internacional como obligación estricta y sí tan solo como obligación natural. Y son precisamente esas cláusulas, intencionalmente vagas y elásticas las que han permitido el máximum de aplicación útil frente a resistencias imposibles de salvar.

Un autor francés, Mr. Alexandre André, comentando el tratado franco-americano de 1911, decía del Senado Norte Americano:

«Si él no se muestra en principio desfavorable a este género de convenciones, que son para él ocasión de declaraciones noblemente humanitarias, entiende, en cambio, quedar dueño de la decisión, en cada caso particular, de si hay lugar o no a resolverse al arbitraje. En resumen, su actitud es poco diferente de las de los Estados que no aceptan las convenciones de arbitraje obligatorio a no ser con la fórmula restrictiva —que permite siempre sustraerse a él— relativa a «las cuestiones de honor nacional y de interés vitales». Para los Estados Unidos, como para estos Estados, todo tratado de arbitraje general viene a ser en el fondo una declaración de principio, no comprometiendo más que moralmente «*ne ramene a une declaration de principe, ne les engageant que moralement*»).

Y es claro: sin la sanción de la obligación, sanción que la delegación mexicana de 1902 llamara indeclinable, no hay más que obligación moral en el fondo; la forma es indiferente del punto de vista jurídico. Pero si se sabe de antemano que la obligación moral puede llegar a estar en conflicto con la política nacional o con otras resistencias graves, es preferible darle una forma flexible y no una forma rígida. En la 2.ª Conferencia de La Haya se demostró que la forma flexible «*souple*», como la llamaba el delegado griego señor Strait, «elástica», como la llamaba el delegado alemán señor Marschall de Bieberstein) era favorable a la extensión de aplicación del principio.

En resumen, con el derecho internacional individualista, la obligación no puede ser estricta ni exigible, tiene que ser natural. Las cláusulas vagas, buscadas intencionalmente, permiten mayor extensión en la aplicación del principio; la rigidez y la claridad obligarán a cristalizarlo dentro de restricciones exageradas.

Y en la práctica se ve, también, al analizar cualquier tratado general de arbitraje que la fórmula elástica es siempre mantenida, en virtud de lo que en la 2ª Conferencia de La Haya se llamó «*la sagesse*», es decir, algo que es más que el recto juicio, que el buen sentido, que la experiencia; en virtud de lo que los romanos llamaban «*prudentia*», es decir, la más alta condición del hombre de Estado, condición que reúne en sí equilibrio, respeto al derecho y a la equidad, experiencia, benevolencia, calma, orden, integralización, y, principalmente, rechazo de todo exclusivismo de sistema u orientación unilateral y exagerada. (Cazzoniga, pp. 132, 138).

En la práctica se ve, que cuando llega el caso de los tratados generales de arbitraje, la «*sagesse*» hábilmente se impone en una forma o en otra; sonriendo cortés a las exageraciones y al espíritu sistemático, cambia sutilmente una forma elástica e indefinida por otra,

que al fin dé igual resultado; pero no se deja ligar por compromisos estrictos y absolutos, cuyo cumplimiento ulterior es dudoso y problemático; y que pueden traducirse en golpes sobre el instituto mismo que se trata de ampliar y fortalecer en justa medida.

3.ª Evolución hacia los tribunales ordinarios.

La 3.ª observación interesante que resulta del estudio del tratado Onley-Pauneefocte es la derivación hacia fórmulas de procedimiento ordinario. Conviene tomar nota de la aceptación de las Cortes de Justicia reunidas como Tribunal Superior de aplicación, superior al árbitro extraño.

De esto me ocuparé ulteriormente.

III

TENTATIVA DE ARBITRAJE AMPLIO COLECTIVO

Voy a pasar ahora, siempre dentro del terreno experimental, de un caso simple y bilateral a un caso más complicado y colectivo.

Y al hacerlo, voy a penetrar en él acompañando a los Embajadores Norteamericanos, amigos como los más de las soluciones pacíficas racionales, pero al mismo tiempo concientes de la realidad, de la oportunidad y de las resistencias.

Las ideas del Gobierno Norteamericano en materia de arbitraje colectivo, obligatorio y amplio fueron precisadas de un modo muy claro con relación al régimen individualista que inspiró el derecho internacional hasta producirse la actual guerra que todo lo ha desmoronado.

Constan primeramente en las instrucciones dadas por el Secretario de Estado Mr. Hay a los delegados a la 1.ª Conferencia de La Haya de 1893 y en los anexos A y B que las completan; se desenvuelven, además, en las reservas hechas por los delegados norteamericanos que asistieron a esa primera Conferencia.

Pero donde presentan un carácter más firme y preciso es en las nuevas instrucciones dadas por el Secretario de Estado Mr. Root a los delegados a la 2.ª Conferencia de La Haya, el 31 de mayo de 1907.

Os hablaré, aunque brevísimamente, de unas y otras, no sólo porque tratan filosóficamente de las dificultades del arbitraje ilimitado, como porque contribuyen a fijar la orientación hacia los futuros Tribunales de derecho formados por verdaderos jueces.

Decía Mr. Hay a los delegados de la 1.ª Conferencia:

«La prevención por medios pacíficos, de los conflictos armados, para usar las palabras de la circular del Conde Mouravieff de 30 de diciembre, es un proyecto para el que bien vale reunir una gran convención internacional y su realización no debe ser imposible en una edad de general ilustración. El deber de los Estados soberanos de promover la justicia internacional por todos los medios sabios y efectivos puede ser puesto «en segundo término» tan sólo en relación a la necesidad fundamental de preservar su propia existencia».

«Nada puede asegurar al gobierno humano y a la autoridad de la ley que él representa un profundo respeto y una lealtad tan firme como el espectáculo de los Estados soberanos e independientes, cuyo deber es prescribir las reglas de la justicia e imponer penas a las ilegalidades, inclinarse con reverencia ante la augusta supremacia de aquellos principios de derecho que dan a la ley sus eternos fundamentos».

«La larga autoridad y amplia extensión del interés mostrado por el pueblo de los Estados Unidos en el establecimiento «de una Corte Internacional», como se evidencia en el resumen histórico anexo a estas instrucciones, como Anexo A, da seguridad de que la propuesta de un plan definitivo de procedimientos por este gobierno para alcanzar ese fin expresará los deseos y aspiraciones de la Nación».

Al final del Anexo A se habla incidentalmente de la publicación hecha por el gobierno de la obra del señor Basset Moore y se dice con ese motivo:

«Pero, tal vez su mayor significado es la demostración de la superioridad de un tribunal permanente sobre los cuerpos *(boards)* de árbitros meramente especiales y temporarios, con respecto a la economía de tiempo y de dinero, así como a la uniformidad de métodos de procedimiento».

En el plan propuesto (Anexo B) se decía:

«3. Las naciones contratantes convendrán mutuamente en someter al «Tribunal Internacional» todas las cuestiones de desacuerdo que se produzcan entre ellas, «exceptuando aquellas que se relacionen o envuelvan su independencia política o su integridad territorial».

Es sabido que la 1.ª Convención de La Haya determinó deferir al arbitraje las cuestiones de orden jurídico y en primer lugar las cuestiones de interpretación o de aplicación de las Convenciones internacionales, reconociéndolo como el medio más eficaz y al mismo tiempo más equitativo para arreglar los litigios no resueltos por las vías diplomáticas.

Aunque la aplicación del arbitraje fué limitada a los casos jurídicos y de interpretación y aplicación de tratados, los delegados norteamericanos creyeron deber hacer una salvedad en el momento de firmar y dijeron que:

«Nada de lo contenido en esta Convención podrá ser interpretado en el sentido de obligar a los Estados Unidos de América a apartarse de su política tradicional, en virtud de la cual ellos se abstienen de intervenir, de ingerirse o de inmiscuirse en las cuestiones políticas o en la política o en la administración de ningún Estado extranjero. Es bien entendido, igualmente, que nada en la Convención podrá ser interpretado como implicando un abandono por los Estados Unidos de América de su actitud tradicional respecto a las cuestiones puramente americanas.»

He referido estas manifestaciones de los Estados Unidos para demostrar que, aunque el país había hecho públicas sus decididas aspiraciones tranquilas de carácter jurídico, sus gobernantes tuvieron que hacer reservas y no admitir formas de arbitraje ilimitadas.

Al producirse la segunda Convención de La Haya, la situación se hizo a este respecto más precisa y se definieron más claramente las restricciones obligadas al arbitraje.

En las instrucciones dadas a los delegados norteamericanos por el entonces Secretario de Estado Mr. Root, se pueden ver las siguientes restricciones:

1. La cláusula de no intervenir en asuntos de otros países que formó materia de la reserva anterior.

2. La cláusula de no incluir en el arbitraje la política continental americana.

3. La reserva de no incluir los asuntos que pudieran afectar la independencia y el honor.

4. La reserva de no incluir los asuntos concernientes a intereses de terceros.

La parte más importante de las instrucciones con relación al punto que estoy tratando es la que indica lo que el señor Root llama «la debilidad del sistema».

«No puede haber duda, dice, de que la principal objeción al arbitraje descansa no sobre la falta de voluntad de las naciones para someter sus controversias al arbitraje imparcial, pero sobre una aprensión de que los arbitrajes a los cuales ellas se sometan no puedan ser imparciales. Ha sido un práctica muy general de los árbitros la de proceder, no como jueces que deciden cuestiones de hecho y de derecho sobre los autos que tienen delante y bajo la conciencia de responsabilidad judicial, pero sí como negociadores efectuando arreglos *(settlenents)* de las cuestiones traídas ante ellos de acuerdo con las tradiciones y usos y sujetos a todas las consideraciones e influencias que afectan a los agentes diplomáticos. Los métodos son radicalmente diferentes, proceden según diferentes padrones de obligación honorable y frecuentemente conducen a resultados ampliamente diferentes. Sucede frecuentemente que una Nación que tendría mucha voluntad de someter sus diferencias a una determinación judicial imparcial, no está dispuesta a sujetarlas a esta clase de proceso diplomático. Si pudiera existir un tribunal que pasara sobre las cuestiones entre naciones con el mismo criterio imparcial e impersonal que la Suprema Corte de los Estado Unidos acuerda a las cuestiones que surgen entre ciudadanos de los diferentes Estados o entre súbditos extranjeros y ciudadanos de los Estados Unidos, no puede haber duda de que las naciones estarían mucho más prontas a someter sus controversias a su decisión de lo que hoy están dispuestas a tomar los riesgos del arbitraje. Deberá ser vuestro esfuerzo el llevar adelante en la segunda conferencia un desarrollo del Tribunal de La Haya hacia un Tribunal permanente compuesto de jueces que sean magistrados judiciales y no otra cosa, remunerados con salarios adecuados, que no tengan otra ocupación y que quieran dedicar su tiempo todo a la tramitación y decisión de las causas internacionales por métodos judiciales y bajo una conciencia de responsabilidad judicial. Esos jueces deben ser seleccionados de diferentes países, de modo que estén bien representados los diferentes sistemas

de derecho y de procedimientos y los principales idiomas. La Corte debería gozar de dignidad, consideración y rango tales que dieran lugar a que los mejores y más competentes jurisconsultos quisieran formar parte de ella y que todo el mundo pudiera abrigar absoluta confianza en sus fallos».

IV

EN EL 2º CONGRESO DE LA HAYA

El breve extractado que acabo de hacer de las instrucciones del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América a sus embajadores permitirá a las personas que no han penetrado mayormente en estos asuntos ir apreciando la cuestión del arbitraje de un punto de vista humano y positivo. Y les permitirá ir comprendiendo la marcha obligada de la evolución de la justiciabilidad internacional hacia las formas procesales jurídicas ordinarias, aun dentro del derecho individualista que tuvimos hasta producirse esta guerra universal, y que ha descansado en el concepto de las soberanías nacionales intangibles.

La Nación misma que, cuando se negociaba el tratado Onley-Pauneefoote quiera ir más lejos, al decir de Lord Salisbury, tuvo que detener a sus delegados y decirles que los fallos deberían ser jurídicos, no políticos ni diplomáticos y que los árbitros deberían ser jueces.

Y el Congreso de La Haya tuvo que detener, que reducir y que limitar el arbitraje.

Por una parte el concepto de la soberanía impedía, a juicio de algunos, la aceptación de una Alta Corte internacional obligatoria.

«*Donc, point de cour obligatoire, mais seulemente l'arbitrage. Mon gouvermement n'accepterait point d'autre formule*», decía uno de los más ilustres oradores, el señor Ruy Barbosa.

Por otra parte los árbitros librados a sí mismos no podían ofrecer las garantías necesarias en todos los casos eventuales.

Ni el Derecho Internacional ofrecía la firmeza científica y positiva de un conjunto de disposiciones que pudieran ser aplicadas regularmente; ni podía dejarse librado a los árbitros la redacción y la aplicación del derecho en cada caso.

Por el momento, el Congreso de La Haya tuvo que limitar la justiciabilidad de las controversias a los casos extrictamente jurídicos o de interpretación y aplicación de tratados. Todo lo demás hubiera representado una imposibilidad y un salto en el vacío, antes de la existencia de un conjunto de principios de derecho admitidos por las partes interesadas en los fallos.

Y después de estas referencias al modo de pensar de la Secretaría de Estado Norte Americana, y a lo resuelto en el 2.º Congreso de

La Haya, debo volver a hacer notar la situación del asunto en el terreno experimental.

Sin entrar a averiguar las razones de fondo, hay que dejar constatado que el Congreso no creyó deber adoptar el arbitraje sin limitaciones; no creyó ni siquiera deber entrar a discutirlo.

El señor Fromageot, de la delegación francesa, había sido encargado de formular una lista de las proposiciones presentadas sobre arbitraje internacional a fin de facilitar su discusión. Hizo la lista colocando al frente la fórmula más general, la del «arbitraje internacional obligatorio y sin restricciones».

Esa proposición era presentada por la República Dominicana y fué colocada junto a la declaración de la delegación dinamarquesa, en que se recordaba que, por la conclusión de las convenciones en que se estipulaba el arbitraje obligatorio y sin reservas, firmadas con los Países Bajos, con Italia y con Portugal, Dinamarca había demostrado suficientemente su manera de ver en esta materia.

Es de advertir que los Países Bajos, Italia y Portugal, a pesar de aquellos tratados, no acompañaban a Dinamarca en La Haya.

Ahora bien; la proposición llamada dominicana, colocada en primer término en la lista del señor Fromageot fué la primera que se presentó a examen del Comité.

«Ningún debate tuvo lugar dice Ernest Lemonon, el historiador francés de la Conferencia: M. León Bourgeois, presidente, habiendo con razón *(justement)* hecho notar que era inútil discutir proposiciones cuyo fracaso debía ser cierto ante la Conferencia: el Comité no aceptó el principio del arbitraje obligatorio general sin reservas».

El señor Ruy Barbosa al defender después la proposición del Brasil y contestando a los señores Milavanovitch y de Martens, decía que «la presencia de reservas, de excepciones al principio del arbitraje obligatorio se constata en todas las proposiciones presentadas al Comité».

¡Ni siquiera consideraba a la dominicana como presentada!

Eso sucedía después de un siglo de discusiones, de experiencias y de controversias.

¡La generalización aventurada se estrellaba contra la realidad!

Y permítaseme que, para justificar mayormente lo que acabo de decir, repita algunas de las conclusiones de M. Lemonon, el historiador a que me he referido de la 2ª Conferencia de La Haya.

Es casi la palabra oficial de Francia, pues ha dicho el primer delegado francés Mr. León Bourgeois, en el prefacio del libro, que el análisis de Mr. Lemonon es de una fidelidad perfecta y está hecho con la más alta imparcialidad y con la sola preocupación de la verdad histórica.

«Los representantes de 44 Estados unánimemente han reconocido el principio del arbitraje obligatorio». Dice Mr. Lemonon en la página 181.

«Se disminuirían los riesgos de conflicto si se llegara a una inteligencia respecto de un tratado de arbitraje obligatorio».

«Todos los delegados, como se ha visto se han mostrado favorables a este tratado, pero el desacuerdo ha empezado a producirse cuando se ha entrado a examinar las diferencias que serían susceptibles de ser sometidas al arbitraje obligatorio. ¡Los delegados de la América del Sud no habían temido proponer que se concluyera un tratado de arbitraje obligatorio general!».

«La América del Sud cuenta partidarios inflamados del arbitraje: que tengan cuidado y que por querer demasiado no vayan a comprometer la causa misma que defienden. Se hace imposible tomarlos en serio cuando hablan de un tratado de arbitraje universal, o cuando dicen que votarán, en todos los casos, las proposiciones que lleven más lejos el dominio del arbitraje obligatorio: es imposible pensar actualmente — y será, sin duda alguna, imposible siempre, pensar en decretar el arbitraje obligatorio para todos los conflictos sin excepción. Semejante doctrina es pacifismo utópico; es contraria a la naturaleza de las cosas y no tiene en cuenta alguna los elementos en juego: los Estados son aglomeraciones de hombres que tienen intereses contrarios la mayor parte de las veces; la guerra será, pues, verosímilmente siempre de temer entre ellos y es locura tentar suprimirla para siempre».

«Si nosotros nos demoramos más, tal vez, de lo que convendría en refutar una utopía, es porque esta utopía está profundamente desparramada en el público, y porque ella perjudica gravemente la causa del arbitraje: el arbitraje, se dice frecuentemente, tiende a suprimir la guerra. Bajo esta forma, lo repetimos, es el más insensato de los errores. Pero nunca tal ha sido el pensamiento de los que han defendido la causa del arbitraje en la Conferencia de La Paz: el arbitraje tiende a limitar la guerra; los delegados sudamericanos hubieran hecho bien, parece, en inspirarse en esta fórmula, y habrían economizado a la Conferencia la lectura de algunos bellos discursos filosóficos, cuyas ideas tenían el grave defecto de no poder ser realizadas».

«Mientras algunos querían hacer que todo entrara en un tratado de arbitraje obligatorio, —lo que era locura,— otros, entre ellos el Barón Marschall, nada querían dejar entrar, lo que era una locura igual». (Página 182, 183).

Las palabras que acabo de repetir demuestran la profunda distancia que hay entre la aceptación de una doctrina «en principio» y su incorporación a la realidad. En este caso, la opinión fué unánime en cuanto a la aceptación del principio; pero, al llegar a la práctica, esa opinión se dividió, se dispersó y concluyó por colocarse en extremos tales que merecieron, justa o injustamente, ser considerados como delirantes.

Felizmente el buen sentido tendió su red y recogió todo aquello sobre lo cual había conformidad de opiniones y dejó para lo futuro

lo que agitaba o podía agitar los ánimos y los intereses: y especialmente las fórmulas superlativas.

«*Nous ne demandons qu'a suivre, es c'est par sagesse que nous n'allons pas plus loin*».

Había dicho León Bourgeois.

«*Arretons - nous lá sagement*», dijo después el jefe de la Delegación Italiana, conde Tornielli.

«*Nous avons parcouru un bon chemin. Contentons nous de l'oeuvre acomplie. Laissons - lui le temps de porter ses fruits*».

Y los Jefes de las Delegaciones de Alemania, de Austria Hungría y de Francia se adherían a las manifestaciones del Conde de Tornielli...

El profesor cubano señor Bustamante y Sirvén pudo, pues, hablando del arbitraje ilimitado decir con razón que aquella votación casi unánime, encubrió bajo declaraciones generosas un lamentable fracaso.

He presentado al más alto Congreso diplomático que se ha reunido en el mundo, convocado especialmente para tratar del arreglo pacífico de las controversias internacionales, ocupándose de la organización de una Corte de Arbitraje y de la extensión posible de sus facultades, también detenido por los obstáculos de la realidad.

Esto indica que los obstáculos no eran puramente ingleses o norteamericanos.

Ahora debo deciros que no eran tampoco accidentales o de circunstancias; provenían de dificultades orgánicas del instituto mismo del arbitraje, colocado dentro de un derecho internacional nacido y formado en mucha parte de convenciones transaccionales en las que los principios puros de justicia y de equidad habían más de una vez ocupado puesto secundario y relativo, y que dejaba en manos del árbitro facultades superiores a las que humanamente podía pretenderse que estuvieran dispuestas a deferir incondicionalmente las partes.

Los obstáculos existían desde mucho antes, como se verá luego.

V

LO QUE DECIA YA EN 1876, EL PROFESOR LYON CAEN

«Aún dejando de lado la ciega ambición de los príncipes, decía el Profesor Lyon Caen ya en 1876, y las pasiones no menos funestas de los pueblos, se puede decir que la cuestión del arbitraje internacional está llena de dificultades y es muy compleja».

«Durante largos siglos, la fuerza servía para resolver las contestaciones entre los ciudadanos como entre las naciones. Entonces reinaba «*sans partage*», lo que los alemanes denominan con una expresión pintoresca y enérgica: «*Faustrecht*» (el derecho del puño). Si las guerras privadas han podido cesar entre los individuos, es que

hay leyes precisas que fijan los derechos de cada uno, jueces que aplican esas leyes, y una autoridad que, en caso de resistencia, hace ejecutar los fallos. Todo esto falta entre las naciones. Para ellas, no existe tribunal superior encargado de terminar sus diferencias. Si tal tribunal existiera, no sabría que leyes aplicar; porque la incertidumbre más grande reina frecuentemente de las reglas que deben regir las relaciones internacionales».

«Hombres políticos, publicistas, han pensado que se podría aplicar a las naciones lo que existe para los individuos. Creen ellos que sería posible constituir un tribunal internacional permanente y codificar el derecho de gentes.

«Los parlamentos de Gran Bretaña, de Italia, de Estados Unidos de América, de Bélgica, de Holanda, de Suecia han votado mociones recomendando a sus gobiernos respectivos el recurso al arbitraje.

«Dos jurisconsultos han hecho el ensayo de echar las bases de ese gran trabajo de codificación. M. Bluntschli en su obra titulada «El derecho internacional codificado», ha dado, en la forma de artículos de leyes, las reglas de derecho internacional que resultan de los tratados o que parecen consagradas por los usos de los pueblos civilizados. En Inglaterra, Mr. Dudley Field, en su bosquejo de un Código de derecho internacional ha, por su parte, codificado las reglas del derecho que él desearía ver admitidas entre las naciones».

«¿Qué pensar de todos estos generosos proyectos? ¿Es de desear que en lugar de dejar a cada nación libre, en caso de contestación, de elegir árbitros ad-hoc, sea constituído un tribunal permanente, llamado a estatuir sobre todos los litigios internacionales? ¿No se encontrará una viva resistencia de parte de las naciones independientes, a la soberanía de las cuales una jurisdicción de este género puede parece inferir agravios? ¿Debe creerse que todas las contestaciones podrán ser cortadas por un arbitraje? ¿No existen algunas de ellas que, por su naturaleza misma, tales como las que tocan al honor, a la dignidad de las naciones, a la integridad de su territorio, no podrían ser resueltas por ese medio? En fin, ¿qué idea debe formarse del proyecto de ecodificación del derecho de gentes? ¿Es un proyecto realizable a pesar de la diversidad de los intereses que dividen tan profundamente a los pueblos?»

«Admitiendo que se llegue algún dia a constituir un tribunal permanten una grave dificultad se presentará. ¿Cómo se podrá asegurar la ejecución de los fallos? Para los fallos pronunciados en casos producidos entre individuos hay una autoridad superior que se ocupa de ello. Una autoridad superior que impusiera a las naciones la ejecución de los fallos de un tribunal arbitral parecería violar su soberanía. Pero, ¿entonces, es necesario entregarse simplemente al poder de la opinión pública para garantir la ejecución de las sentencias de este tribunal? ¿Si se duda entre los Estados del poder de esta fuerza totalmente moral, que llaman, sin embargo la reina del mundo, será necesario admitir que todas las naciones se reunan para

imponer por la fuerza material la obediencia del Estado recalcitrante? ¿Este último partido no ofrece el peligro de hacer erigir en regla la intervención de todos los gobiernos y de sustituir las guerras generales a las particulares?

VI

CONCLUSIONES DEL PROFESOR KAMAROUSKY

Las contestaciones a las anteriores preguntas estaban de antemano ya dadas en el libro de Kamarousky y precedidas de las objeciones hechas al arbitraje y del análisis de sus ventajas transitorias y relativas (pág. 360 a 368).

Reproduciré tan solo las conclusiones del profesor ruso.

«1. El desarrollo de las relaciones entre los Estados y los conflictos que nacen fácilmente hacen necesario el recurrir más frecuentemente al arbitraje;

2. Sin embargo, en las condiciones existentes, el círculo de acción del tribunal arbitral es de los más restringidos. Para que la misión del tribunal arbitral pueda ser eficaz, es necesario transformarlo, de una institución accidental, excesivamente subjetiva y de carácter político, en una institución enteramente judicial;

3. Este fin puede ser alcanzado por dos medios; primeramente cuando en la ciencia, y luego por los Estados, en los tratados que terminen, sean adoptados, relativamente a la organización y al funcionamiento de los tribunales arbitrales, principios jurídicos determinados, sacados en parte de la naturaleza de la institución, tal como ha sido comprendida durante siglos en materia civil, en parte adaptados a la complejidad y a la importancia de las diferencias internacionales propiamente dichas;

4. Además es necesario establecer una trabazón regular entre el tribunal arbitral, en cuanto voluntario, y una verdadera jurisdicción internacional. A no ser así es inadmisible una mejora seria de esta institución. El tribunal arbitral no está destinado a reemplazar a esta jurisdicción, pero a abrirle el camino y a funcionar conjuntamente con ella, sin perder el carácter particular que le es propio».

VII

EL ARBITRAJE Y LAS NACIONES DEBILES

Hay personas que tienen la inocencia de creer que el arbitraje en cualquier forma y abarcando cualquier asunto, es siempre admisible por un país débil en sus relacions con un país fuerte. Les parece que frente a la seguridad del predominio de la fuerza el arbitraje es un amparo y un recurso para la defensa del derecho.

Dentro del sistema individual que considera a las naciones independientes y soberanas y pudiendo resolver dos de ellas entre sí, sobre la paz o la guerra, sin tener en cuenta a los neutrales, el arbitraje más o menos limitado, mas o menos amplio, queda siempre subordinado a la violencia. El señor Niles expuso esto con todo vigor y claridad en la sesión, de 30 de Diciembre de 1915, que celebraron reunidas la Sociedad Americana de Derecho Internacional, la Asociación Americana de Ciencia Política y la Sociedad para la Solución Judicial de las Disputas Internacionales. Mr. Niles expuso que las naciones independientes podían contratar unas con otras aceptando el arbitraje eventual para cada una y todas sus relaciones, desde los asuntos pequeños hasta los más complicados y permanentes. Y observó que esos tratados se hacían posibles entre países adelantados cuando no se presentaba ante ellos la posibilidad de un conflicto serio. Pero que, con el tiempo, podían muy bien cambiar las condiciones y producirse rivalidades con fricciones y odios consiguientes. Y hablando de su propio país decía: que llegado el caso de que los comercialistas y demagogos hubieran inflamado las pasiones populares y que el gobierno americano llegara a pedir algo que el otro contratante rehusara, se requeriría mucha virtud para mantener la solución en manos de los abogados y no entregarla de inmediato a los generales y los almirantes. El señor Niles considera que todavía debe hacerse mucho trabajo educativo antes de poder conseguir que un pueblo apasionado, que cree tener de su lado el derecho indiscutible y que tiene en sus manos la fuerza, pueda esperar tranquilamente el procedimiento y el fallo del juicio arbitral, sin arrastrar antes al propio gobierno y llevar todo por delante.

«La eficiencia de todo fallo judicial descansa en la creencia, de las partes afectadas, de que en alguna parte reside la fuerza necesaria para hacerlo cumplir». «No existe tal poder efectivo de hacer cumplir los fallos cuando solo entran dos partes contratantes en el convenio. El que tenga mayor fuerza física siempre hará lo que quiera, con razón o sin ella, con corte o sin corte arbitral, si la crisis alcanza a ser tan vital que lleve hasta la destrucción del propio contralor».

De ahí fácilmente puede deducirse que el tratado de arbitraje previo no será una garantía para el débil, ni para el que tenga derecho, cuando su contrario tenga fuerza y la pasión o la necesidad lo dominen, como sucede habitualmente en los momentos de las crisis que preceden a las guerras. Al contrario; el más débil que ha confiado en el arbitraje y ha dejado de prepararse para la eventualidad de la lucha, será la víctima sacrificada, aun más injustamente, si es posible. Después de estas afirmaciones que ningún hombre que conozca la historia y los movimientos pasionales que arrastran a los pueblos, puede negar, el señor Niles defiende el principio de la Corte Internacional impuesta por todos, por razón de orden público y sostenida en sus fallos, también, por todos.

El tratado puramente bilateral, sin sanción efectiva de fuerza, agena a los contratantes, es ilusorio cuando el punto en discusión ofrece proyecciones de honor, bien o mal entendido, o de interés vital, superiores al principio que obliga a respetar lo convenido.

Para comprender bien esto hay que suponer a un pueblo colocado frente a un dilema: o someterse al arbitraje, arriesgando lo que considerá vital, o saltar la valla y asegurar la realidad, sacrificando el principio.

Quien conoce un poco la manera cómo se organizan las opiniones colectivas, la forma en que se abalanzan las muchedumbres y en que las naciones arrastran a sus propios gobiernos no puede, sensatamente, pretender que el simple convenio de arbitraje bilateral, pueda, en un momento dado, detener a las fuerzas nacionales desencadenadas.

VIII

CONCLUSIONES

Muy poco se ve, que voy poniendo de lo mío en esta ya alargada exposición. Intencionalmente he querido presentar la cuestión como es y no como yo puedo apreciarla personalmente.

Habréis visto que durante el siglo pasado, —y no he querido ir hasta la revolución francesa — existió la preocupación de querer resolver los conflictos entre las naciones por medios pacíficos de carácter judicial.

Por analogía con el arbitraje en materia privada, se trae el arbitraje internacional; y frecuentemente por su apariencia exterior, simple, arrastra a las grandes colectividades parlamentarias que lo aceptan como una aspiración. A cada entusiasmo sucede una depresión, cuanto la realidad lo deshace y lo convierte en espuma.

La falta de un derecho fijo y de una regla de equidad que pueda servir de guía a los árbitros y la duda que está en todos los corazones sobre el riesgo de someter lo más querido que tienen los pueblos a un fallo que no tendrá caracteres jurídicos y que podrá ser fundado en razones particulares políticas, en prevenciones o en componendas, es motivo suficiente para detenerlo todo.

Se han multiplicado los casos de arbitraje y ha habido personas que han creído que la frecuencia cambiaría sus condiciones orgánicas; otros han juzgado que podría hacerse ilimitado y aplicarse a todos los conflictos. Errores profundos.

La multiplicación de los arbitrajes podrá resolver el problema de los casos arbitrales hasta agotarlos: pero no podrá resolver los no arbitrales.

Ya Mancini había precisado el verdadero límite teórico del alcance máximo del arbitraje fijándolo en la posibilidad jurídica de la aplicación del instituto: «*nelle materie suscettive d'arbitramento*»,

decía la fórmula propuesta por él y aceptada por la Cámara Italiana. Ese mismo límite de posibilidad jurídica constaba en la fórmula votada por la Cámara de los Estados Generales de los Países Bajos, (Kamarousky, notas en las pág. 295 y 299).

En la segunda Conferencia de La Haya el delegado británico, señor Edward Fry decía:

«*La délégation britannique se rallie entierement au principe de l'arbitrage général... elle pense qu'il est temps de faire un pas en avant dans la voie qui mene a la conclution d'un accord général pour la réglement, au moyen de l'arbitrage, de toute question «comportant une pareille solution»*. (Lemonon p. 122).

Parece increíble que esto haya podido olvidarse y siga desconociéndose por algunos partidarios del arbitraje ilimitado y aplicable a todo.

El deseo de extender el arbitraje a los casos no arbitrables podrá arrastrar a los que no han meditado sobre la naturaleza integral de la justicia, a los que no ven que durante siglos el arbitraje ha coexistido con la justicia ordinaria, pero solo para resolver casos que afectaban particularmente a los que designaban el árbitro.

La historia del derecho privado demuestra que el arbitraje no puede ocupar el puesto de la justicia ordinaria ni desempeñar su rol.

El arbitraje es el resultado de un contrato bilateral y como todos los contratos están sujetos a la condición previa de no contravenir al orden público y a los intereses generales determinados por la ley, no puede llevarse al arbitraje aquello que es de ley, y que no depende ni puede depender de la apreciación de las partes o del árbitro.

Dentro de nuestro derecho privado, por ejemplo, no puede llevarse al juicio arbitral el cumplimiento de las obligaciones que derivan de la ley con relación a la organización de la familia, ni a las formalidades exigidas para la validez de los testamentos, ni a las que se refieren a la trasmisión de la propiedad raíz, ni otras muchas que surgirán de inmediato en el ánimo de mis oyentes.

Es justo que una contienda que afecta solo a dos personas pueda ser resuelta por un juez que ellas elijan y a cuyo fallo se someten de antemano; pero en virtud del mismo principio, es injusto que sea resuelta de ese mismo modo cuando afecta a otros.

Esos otros, esos terceros, tienen derecho a intervenir en la designación del árbitro en virtud de sus intereses o su derecho comprometido.

Y cuando los intereses o el derecho comprometido se extienden a toda la sociedad, el derecho a nombrar el árbitro es de todos y el árbitro es nombrado por la sociedad entera. Se transforma entonces en magistrado público.

Entonces sus poderes no son ya determinados en el compromiso arbitral que firman las partes al someterse; constan en la ley que determina la competencia del juez y el derecho de fondo.

La justicia ordinaria es, pues, una forma superior del arbitraje en la que intervienen como partes todos los ciudadanos.

La cuestión, en fin, que llena el ambiente y que condensa en estos momentos las esperanzas del mundo no es una cuestión entre particulares, librados a sí mismos, con libertad absoluta para ir o no ir a la solución judicial; es una cuestión de orden judicial; es una cuestión de orden público. Porque hay un orden público internacional, como hay un orden público nacional. Y el problema mundial no es ya el de evitar la guerra por los males que pueda acarrear a los beligerantes, sino también por los males que acarrea a todos, a beligerantes y a neutrales.

Hay que convencer a los pueblos de que el sistema individualista, cerrado y estrecho de sus soberanías celosas, es un obstáculo para la seguridad de las soberanías mismas y de que algo hay que ceder en obsequio a la paz y a la justicia.

Hay que meditar sobre la analogía, que ya indicaba en 1847 Kaltenborn, de que la soberanía es a la sociedad política internacional, lo que la libertad individual es a la sociedad nacional.

Hay que meditar en lo que se ha recordado, decía Mazzini en uno de sus postreros escritos. *(Política internazionale,* 1871, obras tom. XVI pág. 130):

«Las naciones son los individuos de la Humanidad».

Hay que pensar en que, como para la garantía de la libertad hay que ceder algo de ella —lo extrictamente necesario para poder defenderla y asegurarla; así para poder garantir la soberanía, evitar el predominio de la fuerza y el desorden, hay que ceder algo de la soberanía misma—; también lo extrictamente necesario para defenderla y asegurarla.

Reciprocidad, por otra parte, pues la hace cada uno a los demás y los demás a cada uno.

Dentro de las formas representativas no hay cesión de soberanía, hay delegación de ejecución y contralor de esa delegación. El que sigue mandando es el individuo, no solo y aislado, pero como fuerza allegada a mil fuerzas más, integralizadas en la ley.

Hay desdoro en someterse a la opinión de otros, sin voluntad propia y renunciando a deliberar; pero no lo hay en someterse a lo que resuelven todos juntos, en virtud de necesidad impuesta por la vida social, y en obsequio a la paz.

MANUEL B. OTERO.

REVISTA LITERARIA

POESIA Y ANECDOTA

Nuestros poetas románticos,— y ello es característico del Romanticismo,— llevaron generalmente al poema su intimidad sentimental y mezclaron así a la obra lírica, la anécdota que revela episodios de su propia vida.

Juan Carlos Gómez es ejemplo de ello. En casi todas sus composiciones líricas asoma el melancólico recuerdo de Elisa, la mujer bienamada y para siempre perdida. Lejos de ella, en el destierro, a una mujer que le ofrece consuelo, le dice:

No, tú no curas mi mortal tristeza
Aunque sea tu bálsamo el mejor.

A otra mujer que ha escuchado sus confidencias y quiere encender en su soledad la lámpara del amor, le dice que eso es imposible, le narra, angustiado, el poema de su juventud y la rechaza así:

¡Ah! ¿Qué me has dado tú, tú que me adoras?
¡Aparta!, ¡aparta! que está en mí su imagen;
No dejaré acercar las tentadoras
Ilusiones livianas que la ultrajen.

En casi todas sus composiciones suena como un *leit motiv* el recuerdo de su primer amor que fué superior a la muerte y al tiempo, y, por fin, en su poema «El regreso», describe la melancólica peregrinación a la tumba de la mujer amada, cuyo borroso nombre apenas pudo descifrar en la losa donde quedaron las huellas de sus lágrimas.

Melchor Pacheco y Obes, al alejarse de Montevideo en el buque que lo condujo al destierro, luego de dar el adiós a la ribera lejana vuelve los ojos, humedecidos en lágrimas, a Matilde, que queda en la ciudad sitiada, y entona el más tierno canto en el que evoca a la mujer amada y pide a la patria que se la guarde como casto tesoro.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!
¿Será que en vano gemirá el dolor?
Levantaré los ojos a otro mundo,
Y lo que a tí, demandaré a mi Dios.

Fermín Ferreira y Artigas escribió una composición que todas nuestras abuelas recitaron de memoria, en la que evocó el trágico recuerdo de su primer amor. La estampó en el album de una amiga que se llamaba Rosa, y comienza así:

Al pronunciar tu nombre, se agolpa en mi memoria
Tristísimo un recuerdo de mi primer amor:
Yo te contara, hermosa, tan peregrina historia;
Mas temo herir en tu alma la fibra del dolor.

El poeta recuerda entonces a Rosa, la mujer que embelesó su alma juvenil:

Reinaba entre las flores y la llamaron Rosa,
La tempestad un día la marchitó en su abril!

Esa tempestad fué realmente cruel. La pobre niña sucumbió durante la epidemia de fiebre amarilla de 1857, en el abandono del hospital, y la sanción social cayó sobre quiénes huyeron de su cabecera por temor al contagio. El poeta no la olvidó jamás.

Con ella concluyeron mis célicas visiones,
Los mágicos ensueños de amor y juventud:
En llanto se trocaron mis blancas ilusiones.
Y hallé en lugar de un ara, su fúnebre ataud.

En otra composición, escrita desde el destierro,— pues el destierro fué lote de nuestros poetas románticos,— al saludar las brisas de la patria que llegan hasta él les pregunta:

¿La tumba visteis do tranquila duerme
De mi existencia la aromada flor,
Y me traéis una reliquia santa
De mi primero inextinguible amor?

El «Alegretto» y los «Recuerdos viejos» de Rafael Fragueiro están también llenos de elemento anecdótico. Las pequeñas piezas líricas, que participan del amargo humorismo de Heine y de la delicada melancolía de Becquer, rebosan de confidencias sentimentales que, en su época, fueron comidilla de sociedad y que muchos recordamos.

El repertorio lírico romántico constituye, pues, un anecdotario que puede ser espigado con interés por los aficionados a los romances sentimentales retrospectivos.

LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS. — ELECCION DE AUTORIDADES PARA EL PERIODO 1946 - 1947.

La Academia Nacional de Letras, dando cumplimiento a lo dispuesto en el Estatuto de la corporación, procedió en su última sesión a elegir los académicos que deben desempeñar las funciones directivas en los años 1946 y 1947.

La elección dió el siguiente resultado: Presidente, señor Don Raúl Montero Bustamante; Vice Presidente, Dr. Don Víctor Pérez

Petit; Segundo Vice Presidente, Dr. Don Carlos Martínez Vigil; Tesorero, Dr. Don José María Delgado; Bibliotecario, Dr. Don José Pedro Segundo; Secretario, Dr. Don Adolfo Berro García.

SOBRE UN LIBRO DE ERNESTO PINTO

El señor Arturo E. Xalambri ha escrito un extenso juicio sobre el reciente libro del poeta Ernesto Pinto «Canción del niño viajero», del cual extraemos los siguientes párrafos que contienen oportunos conceptos críticos, noble y bellamente escritos:

«Canto a canto, al toque de un análisis estético, nos vertería este poemario el deleitoso zumo de bellezas y de emoción que no se saborean en el tipo actual de lectura a la disparada, con velocidad de avión perseguido. Sin las metafísicas hondas de Pablo Valéry, empero con el sentido de elaboración poemática su inspiración se sazona por la faena consciente de acrisolar el verso y engastarle las palabras de más ajuste armonioso para lograr la misma definición de Valéry: «Un poema debe ser una fiesta del intelecto». *Y a mi pensar y sentir agrego: una fiesta del intelecto, coreada por el corazón.*

Valora su poesía Ernesto Pinto porque guarda la templanza selectiva. Presumo que pertenece al sensato, sensatísimo número de los que desechan la fecundidad muerta de la selva, pobre en su riqueza, hasta sin luz solar, para el gozo ajeno y propio de la fecundidad viva del huerto cultivado, del prado ameno y del mirífico pensil. Todo, pensil, prado y huerto, bajo la amplitud de un ingente arco de cielo. Pinto no blasona de haber versificado siete u ocho mil estrofas, como un torrente desbordado de versos donde no se bañan las Musas porque los versos sin poesía las ahogaran... La aduana de su producción es insobornable. No pasa poema sin el visto noble del primor. Hay gemas ya antológicas en su venero poético. Precisamente, porque entiende su menester de artista que conquista y defiende su gloria a pulso de valimiento y superación. Si hubiera empeño de aconsejarle lo que ya practica magistralmente y aleccionador, le trasladaría para su provecho lo que transcribo para el beneficio de no pocos y que es de encumbrada autoridad literaria y crítica. Dice Armando Palacio Valdés: «Persuádanse los escritores de que el ingenio es una esencia preciosa que el cielo concede sólo a gotas. Si la disuelven en mucho alcohol resultará un agua de tocador ligeramente olorosa; más si tienen el buen acuerdo de verterla en pequeño vaso, obtendrán un perfume exquisito y duradero. Persuádanse, asimismo de que el escribir mucho no es tarea de gigantes solamente. Cualquier enano laborioso puede hacer otro tanto...». ¡Cuántos despilfarros millonarios de papel por publicar demasiado! En cambio, Pinto, que no publica todo, habría de dar a luz una selección, con los retoques que cupieran, de sus copiosísimas notas periodísticas, de tanto interés y amenidad, singularmente de su añorado «El minuto que pasa».

Finalmente ha diferenciado nuestro poeta sus tres poemarios para niños, alcanzando una de las más dificultosas victorias del escritor y del poeta: renovarse en la repetición. Su numen está desposado con la originalidad. «Yo quisiera que el hombre no pudiera repetirse. Repetirse es ir contra las leyes del espíritu, contra su fuga hacia adelante», dijo Picasso con seguridad de genio. Y he aquí que Pinto, sin retroceso y en avance, reitera sus canciones a la niñez combinando y creando y sonando nuevos registros en el ya conocido y glorioso órgano de su inspiración».

REEDITANDO UN JUICIO SOBRE PEREZ PETIT

En el libro «Prosas Laudes», de J. M. Vargas Vila, se contiene el siguiente juicio sobre el ilustre escritor nacional Víctor Pérez Petit:

En ciertos escritores, la patria no imprime huella ninguna;

ellos la imprimen á su patria;

entre el Genio y la Patria hay casi siempre un duelo: ó el Genio domina á su patria; ó su patria lo devora;

la patria, es una casualidad geográfica;

cuando no es una... calamidad... geográfica;

la patria está en el corazón;

devorado Romero García por la suya, ¿queda en América algún gran zolaísta en pie, digno del renombre y de la gloria?

sí:

Víctor Pérez Petit;

de Zola tiene el alto estilo; pero modernizado, sutilizado, lleno de sol, sobre su enorme espejo de mar profundo y cambiante;

de cinceladuras no es hecho ese su estilo, reposado y viril, de una plástica armoniosa, que, más tiene templanzas de acero damasquino, que acicaladuras de ánfora etrusca, ó repujes de vaso de oro, antiguo;

ni pesado de ornamentación, ni debilitado por el esfuerzo de la tensión en equilibrios de prosodia, sino monumental más que escultural, desnudo y fuerte, casi sin arabescos, como el muro de un templo griego sólo ornado de metopas;

estilo de pensador;

no que valga sólo por la masa y la acumulación del pensamiento que llegara á hacer difusa su visión, no;

porque en Pérez Petit, el pensador está doblado de un artista;

un pensador enérgico, doctrinario, dando con pasión al Arte, el esfuerzo viril que no reposa, la hora que quita á su meditación filosófica, á su labor de combatiente, en esta época negra, en que la vergüenza de la Vida, sube hasta la demencia;

hora de desolación, en que el espíritu humano siente que la obli-

teración de las almas ciegas, sube como una marea, en el misterio profundo que hace llorar la Noche...

hora en que los hombres de profundidad y de pureza, ven con espanto la mueca vergonzosa de los esclavos, que deshonrando la articulación de la palabra piden á grandes gritos la cadena (1);

sociólogo idealista y contemplativo, magnificando su pensamiento por las ternuras infinitas de su corazón, su espíritu asciende y vive con igual libertad, en el recinto hermético y sinfónico del Arte, que en los vastos espacios de la Historia y en los horizontes ilimitados de la Libertad, donde bajo el ala maternal de las tormentas, duermen las águilas futuras de la Acracia;

y hace de los libros suyos, exquisitos breviarios de hondo dolor, donde el heroico silencio de las almas, vibra más alto que el arrebatado lirismo de otros libros;

fuentes de misteriosa y honda Piedad fluyen de ellos;

aspiraciones igualmente tenaces aguijonean su espíritu, en el vuelo hacia las dos infinitas idealidades: la Belleza y la Libertad;

un estremecimiento de rara vitalidad llena su obra;

esa fiebre que se llama Vida, según el decir de Edgard Allan Poe, la posee, angustiosa y apasionada, y la comunica á sus creaciones con una extraña intensidad dolorosa, que las hace como contraerse bajo la pesadumbre de la inevitable desolación;

hay como una agonía de almas en la ciudad doliente y profética de sus libros, en sus paisajes impresionistas, como llenos de extraordinarios ponientes de Sol;

Gil, es una protesta; *Gil*, es una lamentación, de todas las cosas implacables, de todas las cosas miserables de la Vida;

Gil, es, como un libro de Job, palpitante de Infinito;

el sueño de felicidad social, tierno y difuso, que obsesiona la mente de Pérez Petit, pugna por mostrarse entero y grandioso, en vuelo violento hacia el futuro, libre de las desesperaciones del pasado;

la novela social espera su Apóstol, en América, aquel que con la doble pasión de la Belleza y de la Piedad, despliegue en el horizonte su bandera de Misericordia y de Esperanza;

la hora de la literatura de acción ha sonado;

toda obra de Arte debe ser una obra de combate;

á la literatura pasiva, debe suceder la literatura activa;

(1) Este estado de alma colectivo á que me refiero y que pertenece más á la patología que á la sociología de esos pueblos enfermos, en período agudo de degradación, se refiere exclusivamente á América, donde las almas viles de algunos intelectuales, estragados de la esclavitud, aspiran á refugiarse en la conquista y no aciertan á hallar salud fuera del peripleo de la servidumbre. ¡Como si el cambio de librea, aliviara la vergüenza de llevarla!... Incapaces de hacer un pueblo nuevo, ensayan, como los anexionistas intelectuales de Cuba, hacer de la sangre de sus amos muertos, el fantasma de nuevos amos. Ponen á Roosevelt la espada de Weyler, y creen que han vencido... ¿Quién preside la yankofilia ayuda de esos anexionistas cubanos? Enrique José Varona!...— (Nota de Vargas Vila.)

todo artista debe ser un combatiente...

la novela aspira á transformarse y se hace el campo de los hombres libres;

es la hora de demoler;

el hierro está en la llaga;

salvemos ó matemos;

denunciemos primero;

venceremos después;

la novela socialista está llamada á eso;

¿quién la escribirá en América?

¿quién podría hacerlo mejor que ese socialista evangélico, ese escritor austero, de innegable maestría, que es Víctor Pérez Petit?

en el movimiento majestuoso de río, que lleva sus creaciones, los paisajes de la Piedad, se retratan con una tan gran tenacidad, que esa Misericordia es casi un grito de venganza...

infinita ternura é infinito coraje, ¿qué más necesita el alma enardecida del Apóstol?...

la piqueta está alzada;

demoler, es vencer .. .. ..

si Pérez Petit, hubiera sido un fracasado, uno de tantos impotentes, inevitablemente predestinados al naufragio y al Olvido, se habría agarrado á las tablas de la crítica vacua y cuasi asnal, con que nos regalan tantos tontos de capirote, empeñados en perdurar á fuerza de envilecerse;

su gran talento, desdeña esa táctica de monos náufragos;

hace estudios de Arte, no hace Crítica; y, deja á los agotados, á los estériles, la vergonzosa tarea de insultar la fecundidad radiosa del Genio;

en el proceso de la evolución intelectual de América, Pérez Petit, tendrá un alto puesto de honor, entre los creadores del Arte nuevo y los sembradores del sueño futuro;

su estilo sin retórica, pero lleno sin embargo de elipsis y de anacólutos contínuos, que hacen como un serpentear de rayos, lo coloca de los primeros entre los modernistas enamorados del heteroclismo lleno de coloraciones, del poema sinfónico de la palabra, del jardín de la armonía, lleno de rosas líricas que cantan...

pensador sin arcaísmos y sin trabas, lleno de un sentido humano y compasivo, él, va, de los primeros también, en ese grupo de novadores, que ansían, con voluntad invencible, abrir al hombre nuevos horizontes, nuevas vías, que lo liberten de este dolor brutal de la Injusticia que de tal modo mancha y apena esta irredenta vida humana, miserable y magnífica;

en Pérez Petit, *el escritor está en el hombre,* según la palabra profunda de Pascal;

y, en él, el hombre es noble y complejo, clarovidente y artista, exaltado por la embriaguez sublime de lo justo y de lo bello;

su Filosofía triste, ha visto todos los aspectos de la Vida, y, aún no se atreve á maldecirla...

¡aún guarda la esperanza de embellecerla!

¡privilegio concedido á los grandes rehusadores del aplauso fácil, á aquellos solitarios altivos, de quienes dijo Gœte, que llevan dentro de sí, toda una Estética y toda una Ética;

su vida es como un ritmo unísono y escultural;

un gran río que va hacia el Bien, bajo un cielo de Belleza;

la Naturaleza les dió la Vida, como una prueba, y, ellos, se la devuelven como un honor, después de haber vivido honrándola;

la magnifican con vivirla;

un artista es eso: la magnificación de lo divino;

un poeta así, puede vivir lejos de todos los honores, puesto que tiene el Honor;

y, el Honor, que crece, se llama: Gloria.

J. M. VARGAS VILA.

París, 1906.

REVISTA ARTISTICA

CARLOS ALBERTO CASTELLANOS

El fallecimiento de este eminente pintor constituye un verdadero duelo para el arte nacional, que él había contribuido a crear y caracterizar con su vasta obra difundida en el país y en el extranjero y que, de muchos años atrás, ha sido apreciada por la crítica universal. Su larga permanencia en el Viejo Mundo, su taller instalado durante muchos años en París, su concurrencia a los grandes salones de arte europeos, las recompensas en ellos conquistadas, la adquisición oficial de varios de sus cuadros por museos franceses, dieron singular relieve a su personalidad artística. Había culminado ésta con la exposición completa de sus obras realizada, hace apenas tres años, en Montevideo, y con el otorgamiento del Gran Premio de Pintura que le fué adjudicado en el VIII Salón Nacional.

Artista de vasta cultura, de rico temperamento, de fina sensibilidad, de nobilísima paleta, fué su pintura esencialmente decorativa, y si comenzó por un esteticismo refinado, en que las bellas mujeres, las ricas telas, los soñados jardines y los suntuosos interiores crearon un mundo de imaginación y fantasía, evolucionó luego hacia temas más reales y humanos para dar forma, con un gran sentimiento de modernidad, ya a un mundo exótico sorprendido en el trópico, con sus figuras típicas y sus orgías de color, ya a escenas autóctonas en que aparece como personaje el gaucho, con todo su sabor pintoresco, y el paisaje nacional, con toda su fuerza de sugestión.

Dos elementos fundamentales hay en la obra de este ilustre artista: el sentimiento de lo pintoresco que no todos los maestros del pincel logran desentrañar del mundo que los rodea, y el sentido decorativo que es atributo de los grandes pintores. Además, la vasta obra del laureado pintor ofrece una línea de continuidad, en constante ascención, y una unidad orgánica que le conquistaron en vida jerarquía y caracterización, y que, ahora que la muerte ha detenido para siempre su pincel, le atraerán la gloria de que, con su nombre, su personalidad, su vida y sus cuadros se escriba una de las más bellas páginas de la historia del arte en el Uruguay.

MELCHOR MENDEZ MAGARIÑOS

La muerte ha puesto fin, también, a la carrera artística de este pintor laureado de nuestros Salones, y autor de numerosas obras que revelan su inquietud por hallar fórmulas nuevas y hacer de la pintura, más que arte representativo, arte de sugestión y de expresión. Conoció los Museos de Europa y conoció los maestros revoluciona-

rios, y sin olvidar aquéllos se entregó al hechizo de éstos; pero siempre procuró poner en su obra el impulso personal. Su último esfuerzo fué la ejecución del gran lienzo histórico, adquirido por el Estado, que representa «El Exodo del Pueblo Oriental», vasta y noble composición en que el artista alcanzó el gran acento, y que, por sí sola, es bastante para que su nombre permanezca y se pronuncie con respeto.

EL SALON DE DIBUJO Y GRABADO

En el mes de Abril próximo la Comisión Nacional de Bellas Artes inaugurará el Primer Salón de Dibujo y Grabado. Se independizan así estas disciplinas artísticas que hasta ahora fueron incorporadas al Salón Anual de Pintura y Escultura.

El primer Salón de Pintura y Grabado, cuyo reglamento ha sido difundido, es esperado con gran interés por los artistas y por el público, pues en los últimos años se ha advertido notable progreso en la cantidad y calidad de obras de este género enviadas al Salón oficial.

La Comisión Nacional de Bellas Artes ha establecido numerosos premios oficiales y privados destinados a este nuevo salón anual de arte, que agrupará a un gremio numeroso que aumenta constantemente. Entre los premios instituídos no es el menos interesante el destinado a los artistas ilustradores de libros.

REVISTA HISTORICA

EXPROPIACION DE EDIFICIOS HISTORICOS

Publicamos a continuación el texto de la ley recientemente promulgada, y del Decreto del Poder Ejecutivo dictado por el Ministerio de Instrucción Pública, relacionados con la expropiación de dos edificios coloniales típicos de la época de la dominación portuguesa, existentes en la «ciudad vieja», que ofrecen alto interés histórico y arquitectónico.

PODER LEGISLATIVO

El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General,

Decretan:

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para expropiar en razón de utilidad pública, los inmuebles ubicados en las calles 25 de Agosto Nº 580 y Piedras Nº 554-558, representativos de la cultura y del progreso edilicio de Montevideo en la época colonial y en el período de las luchas por la Independencia.

Artículo 2º — Autorízase igualmente al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de $ 40.000.00 en la restauración de las expresadas fincas.

Tanto esta suma como aquella a que ascienda el precio que como compensación deba abonarse a los propietarios, en virtud de la expropiación a que se refiere el artículo anterior, se tomarán de Rentas Generales.

Artículo 3º — La dirección de los trabajos de restauración expresados, será confiada a una Comisión Especial honoraria que oportunamente designará el Poder Ejecutivo.

Artículo 4º — Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Cámara de Senadores, en Montevideo, a diciembre 28 de 1945.

ALFEO BRUM

José Pastor Salvañach

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

Montevideo, 8 de Enero de 1946.

Cúmplase, acúsese recibo, comuníquese, publíquese e insértese

en el Registro N. de Leyes y Decretos y pase a la Contaduría General de la Nación a sus efectos.

AMEZAGA

Daniel Castellanos — Héctor Alvarez Cina

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social

Montevideo, enero 15 de 1946.

Vista: la Ley de 8 de enero en curso, por la cual se autoriza al Poder Ejecutivo para expropiar en razón de utilidad pública, los inmuebles ubicados en las calles 25 de Agosto Nº 580 y Piedras 554-558, representativos de la cultura y del progreso edilicio de Montevideo en la época colonial y en el período de las luchas por la Independencia;

Atento a lo dispuesto por la Ley de 28 de marzo de 1912 y el Decreto-Ley modificativo Nº 10.247 de 15 de octubre de 1942,

El Presidente de la República;

Decreta:

Artículo 1º — Desígnanse para ser expropiados los inmuebles ubicados en las calles 25 de Agosto Nº 580 y Piedras Nº 554-558 del Departamento de Montevideo.

Artículo 2º — Declárase urgente la ocupación de los inmuebles indicados en el artículo 1º.

Artículo 3º — El importe de dichas expropiaciones se tomará de Rentas Generales.

Artículo 4º — Oportunamente se designará la Comisión Especial honoraria encargada de dirigir los trabajos de restauración de las expresadas fincas.

Artículo 5º — Comuníquese, publíquese y pase con agregación de sus antecedentes a la Dirección General de Catastro y Administración de Inmuebles Nacionales a los fines dispuestos por los artículos 15 y siguientes de la Ley de 28 de marzo de 1912, con las modificaciones introducidas por el Decreto-Ley Nº 10.247.

AMEZAGA

Daniel Castellanos

BIBLIOGRAFIA

FRUCTUOSO RIVERA, por *Alfredo Lepro*. — Editorial «Ceibo», Talleres L.I.G.U. — Montevideo, 1945.

La bibliografía histórica relativa al General Don Fructuoso Rivera se ha enriquecido singularmente en los últimos años. La atención de los historiadores se vuelve a esta fascinante figura que, con su genio y con su obra, llena el escenario de nuestras épocas heroicas y la compleja etapa de la organización nacional cerrada con el gobierno del Triunvirato de 1853, que el ilustre prócer sólo integró nominalmente, y en la cual se sitúan los terribles años de la guerra contra la tiranía de Rosas. Se conocía al héroe y ahora se va conociendo al hombre, y el hombre resulta tan grande como el héroe. A esta clase de libros en que se estudia tanto la parte heroica como la parte humana de Rivera pertenece este libro, cuya síntesis se encierra en estos sub-títulos: «Hombre del pueblo. Sentido revolucionario de su vida y de su acción.» Comencemos por decir que se trata de un libro escrito en noble prosa, la cual, por momentos, inspirada en la narración, se hace movida y pintoresca; otras veces toma el tono discursivo o alcanza la elocuencia oratoria; pero siempre se mantiene digna del género, de la majestad del tema y del plano en que se estudia el personaje. Agreguemos que la lectura del libro demuestra la versación histórica del autor, la riqueza de las fuentes en que ha investigado, la novedad de muchos de los elementos reunidos, la erudición, en fin, del historiador y el concepto filosófico, amplio y humano que aplica al análisis de los caracteres, a la apreciación de las épocas, al examen de las acciones y al comentario de los hechos. De todo ello surge el juicio histórico, sereno y preciso, y, podría decirse, definitivo. El propio autor considera su libro «como una «vista fiscal» en el proceso histórico incoado a Fructuoso Rivera». Y agrega que ha oído a todos los testigos, sin excepción. Pero se juzgaría mal de esta «vista fiscal» si no se agregara que lo que se propone el autor es, como lo dice, «desentrañar del Hombre su entidad espiritual la que, al fin y al cabo, vale ahora en un mundo donde las expresiones de la materia —en el sentido de la grandeza y de la perfección— han tomado proporciones de sueños», y si no se tuviera en cuenta esta breve profesión de fe que realmente impresiona por lo sincera: «Militamos entre los que creemos en el Hombre-espíritu-alma y estamos desesperadamente buceando en los que han sido, para ver si es realidad este peregrinar humano hacia lo perfecto». Y por lo que hace a su héroe, concluye: «Queremos quedar aunque sea con una chispa de luz en el hueco de la mano cerrada, después de exprimir el barro de este hombre tan pródigo en defectos y virtudes». Digamos que es más que una chispa lo que queda en la mano del autor; es una antorcha de luz que ilumina con nuevos y vivos resplandores la figura moral de Rivera, quien, como Artigas, ha sido sometido a la prueba del agua y del fuego. El plan del libro comprende el estudio de la vida de Rivera desde su nacimiento hasta su muerte. Aparece, pues, el niño, el muchachón, las primeras patriadas artiguistas, el oficial convertido en jefe y en gobernante, la abnegada compañera, la caída de la primera patria, los servicios a Portugal y al Imperio, la segunda epopeya, las nuevas batallas, la persecución y el destierro, la sentencia de muerte, la conquista de las Misiones, el regreso y el éxodo misionero, la independencia y la Constitución, los disturbios intestinos, la primera Presidencia, la guerra civil, la segunda Presidencia, la lucha contra Rosas, la Guerra Grande, el destierro, el melancólico ocaso y la muerte; pero aparece, sobre todo, el hombre con su carácter, con sus virtudes, con sus glorias, con sus errores, con sus vicios, si se quiere. Ese hombre, es el hom-

bre del pueblo, que surgió del pueblo y por él luchó y para él vivió. Salido de su entraña es el símbolo de la revolución y de la acción; por eso el autor cree en la inmanencia del héroe montado a caballo, no para inspirar y dirigir a un partido, sino para «acaudillar la Nación, porque debe ser comprendida su grandeza, interpretada su vida como corresponde; por encima de las luchas partidarias, de la pasión cambiante de los hombres y sí en su modo invariable, en su pasión constante por su pueblo, por la libertad, por la mejor vida de todos los «vagabundos miserables» sin pan y sin divisa...» Con estas palabras termina este bello libro, que trae a su frente un notable prólogo del Profesor Doctor Carlos T. Gamba.

LEGISLACION CONSULAR DEL URUGUAY, por *Romeo Maeso.* — Editorial Florensa & Lafón. — Montevideo, 1945.

El autor de este denso volumen de 428 páginas es un técnico en la materia que ha prestado excelentes servicios en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es Contador-Perito Mercantil, Cónsul Universitario, Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y desempeña las funciones de Inspector de Consulados. El mejor elogio de este libro lo constituye el bien fundado decreto del Poder Ejecutivo, de fecha 21 de Marzo de 1945, por el que se dispone la adquisición de seiscientos ejemplares del mismo para el servicio del Estado. Ese Decreto se basa en un informe del Director General del Ministerio de Relaciones Exteriores, señor Luis Guillot, en el que se hace el análisis y el elogio de la obra. Es ésta la primera que sobre esta materia y con tan vasto plan se escribe en el país. Comprende ella la exposición analítica de la estructura de la organización consular de la República, la definición y alcance de la función consular, el estudio de las jurisdicciones y destinos en la materia, y el desarrollo de los siguientes temas: mecanismo de nombramiento de agentes, emolumentos, gastos, viáticos y pasajes, características de las oficinas consulares, forma de ejercer la función, prerrogativas e inmunidades, régimen de licencias, subrogaciones y sanciones disciplinarias, significado y valor jurídico de la función consular, protección, auxilio y registro de ciudadanos, pasaportes y documentos de viaje, régimen de entrada de extranjeros al país, el agente consular considerado como oficial del estado civil y en funciones notariales y sus cometidos en materia comercial y judicial, relación de la función con la marina mercante y la marina de guerra, pólizas de fletamento, conocimientos, facturas, certificados, etc., despachos consulares, despachos, estampillas, y rentas, contabilidad, informes y propaganda, régimen de tránsito, correspondencia, etc., inspección de Consulados. Todos estos temas están cuidadosamente expuestos y estudiados por un maestro que, a sus vastos conocimientos teóricos, une su larga experiencia. Constituye así este libro un repertorio y un digesto indispensable para quienes desempeñan funciones consulares y de gran utilidad para todas las instituciones, corporaciones o personas que tienen que hacer uso de la vía consular.

BANCO INGLES. RELATOS DE MAR, por *Isidoro Sagüés.* — Editorial Losada S. A. — Buenos Aires, 1945.

Este libro fué laureado en el concurso organizado en el año 1942 por la Editorial Losada de Buenos Aires bajo el patrocinio de la Sociedad Argentina de Autores. Ha logrado ya dos ediciones y no nos sorprendería el hecho de que nuevas ediciones siguieran divulgando la obra de este escritor uruguayo radicado en el vecino país, donde la misma editorial ha dado a las prensas otra de sus obras, titulada «Mal de ciudad». Se cumple así aquello de que nadie es profeta en su tierra, lo que no es una novedad en lo que se refiere a los hombres de letras. Los relatos de mar que forman el libro a que nos

referimos no son cosa imaginada o escrita en la cordial mesa de trabajo del hogar; son cosa real, vivida, y escrita en la inmensa soledad que se define con estas dos palabras: cielo y mar. El autor, hijo de marino, impulsado acaso por la inquietud que en su espíritu dejaron los relatos paternos, abandonó la Universidad apenas salido de la adolescencia, y se lanzó al mar a saciar en él su sed de aventura. Diez años permaneció en medio de las aguas, y la mayor parte de ellos en el Pontón Faro del Banco Inglés, diminuta isla flotante que las olas del Río de la Plata sacuden sin cesar y en la que, junto al misterio y la poesía del mar, se hallan todas las tremendas realidades de la vida humana encerradas en el viejo velero desarbolado, amarrado por gruesas cadenas al fondo del banco, que advierte a los navegantes con su fanal y con los toques de su siniestra campana, el peligro de los bajos fondos. «Visto desde el mar, dice el autor, la soledad del pontón estremece; afirma la sensación de inmensidad, es el punto de referencia en lo infinito, el árbol aislado que acentúa la desolación de la llanura ilimitada». En esta misteriosa y desolada isla flotante se desarrolla el drama psicológico encerrado en el libro. «El pontón, dice el escritor, estaba en plena soledad del olvido y en él vivían nueve hombres que lo tripulaban. ¡Y cómo vivían! Con toda la intensidad del no poder ser, sin el renunciamiento del monje, sin el imperativo del presidiario; en plenitud física, colmados de ansias y con la mente enloquecida de imaginación.» En estas breves líneas está sintetizada la sustancia del libro. El autor dice que uno de los tripulantes, el más joven, «para aflojarse la angustia», dió en escribir un diario, y son las páginas de ese diario lo que ofrece a los lectores. El libro cobra así carácter de confidencia y de autobiografía. Advierte que lo escribió «en lenguaje un poco bárbaro», y en ello hay algo de verdad por que estas páginas tienen lo que puso en ellas la terrible soledad, el salobre mar, las ráfagas del huracán y los tumbos de la borrasca. El lenguaje se violenta a veces y busca modos de decir y neologismos que correspondan a la ferocidad del paisaje marítimo y a las tremendas perspectivas del paisaje interior. Con esto queda hecho el elogio del escritor. Fuerza, color y carácter hay en su prosa original y en su manera de relatar, en que lo trivial se mezcla a lo patético y en que todo toma traza de misterio y mantiene suspenso al lector hasta que dobla la última página del libro. Pero a esto se agrega todavía el interés de la sustancia espiritual que hay en sus páginas, y que es producto de la honda introspección, del minucioso análisis, del sentir y verse vivir, y con ello del adivinar las almas que ocultan los groseros cuerpos de los compañeros de tripulación. Hemos dicho «compañeros», pero jamás estuvieron más lejos uno de otro estos nueve confinados que viven en la estrecha isla del pontón. Todo el día y toda la noche permanecen juntos, pero ¡qué distancia moral los separa! Se mueven como autómatas, suelen hablar, comen en común, viven en la desmantelada cubierta o en la miserable cámara, pero ¡qué lejos están sus almas, cómo planean sobre el infinito del mar y el infinito del cielo, como viajan y salvan distancias y se acojen a mundos remotos! Este es el drama que encierran las páginas de esta obra, llena sin embargo de episodios objetivos que, al producirse en tan extraño mundo, adquieren también algo de fantasmagórico. «La isla de las sombras» podría haberse titulado este bellísimo libro, cuya lectura deja un sabor salobre en los labios como si, al doblar las páginas, el mar nos hubiera estado acariciando el rostro.

HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA, por *Arturo Giménez Pastor.* — Editorial Labor, S. A. — Buenos Aires, Montevideo, 1944.

El autor de esta obra es un eminente hombre de letras muy vinculado a nuestro país y a nuestros centros intelectuales y un antiguo Catedrático de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Su labor literaria le ha conquistado jerarquía magistral en las letras del Río de la Plata, y

su acción docente le ha convertido en uno de los profesores de mayor prestigio de la ilustre Facultad porteña. Teatro, novela, poesía, crítica, periodismo, todos los géneros, le son familiares, y en todo ha descollado. Ahora, la Colección Labor de la Biblioteca de Iniciación Cultural ha dado a la estampa esta obra en dos tomos que, aunque tiene propósito didáctico, pues ha sido escrita para que sirva de texto a los estudiantes de Literatura, constituye un excelente libro de historia crítica de la literatura argentina, cuyos valores de concepto y forma son muy superiores a los que generalmente campean en los textos universitarios. Comprende esta obra el estudio de las letras argentinas desde los antecedentes coloniales hasta nuestros días, y todo ello está expuesto y ordenado con excelente método y salpicado de juicios sintéticos, pero de gran precisión. Puede así seguirse el desenvolvimiento literario del país vecino, desde los legados de la conquista y la colonia, pasando a trav;s de la revolución, del romanticismo, de la musa gaucha, del período de renovación iniciado hacia 1880, del circo convertido en teatro, de la formación orgánica de los géneros literarios, hasta llegar a los días que corremos. Entre los muchos interesantes capítulos de esta obra no podemos menos de subrayar aquellos que se refieren a la revolución romántica, y, muy especialmente, los que tratan el período de la emigración unitaria hacia Montevideo y estudian la intensa agitación intelectual a que dió lugar esta circunstancia en nuestra ciudad. Aquella pintoresca época de la lucha contra la tiranía y de la Guerra Grande está trazada con sobria y segura mano. Este libro ofrece verdadero interés didáctico y literario. Estudiantes, hombres de letras y simples curiosos la utilizarán con provecho. La edición es muy cuidada y está enriquecida con láminas, retratos y reproducciones de documentos.

IDEOGRAMAS. — Claudio García y Cª, editores. — Montevideo, 1945.

Este progresista editor ha reunido en este volumen páginas típicas de Pío Baroja, Zorrilla de San Martín, Henri Bergson, Rubén Darío, Max Nordau, Ramón Pérez de Ayala, Eduardo Gilimón, Mas y Pi, Alfredo Palacios, José Francés, Lasso de la Vega, Cristian Roeber y otros. Como se ve, es una antología un poco *pêle-mêle*, pero acaso por ello, resulta interesante. El lector puede abrir este libro por cualquiera de sus páginas en la seguridad de que le saldrá al paso un espíritu que ha de decirle lo que él creyó su verdad, aunque no siempre en realidad lo fuera. Se trata, pues, de un desfile de ideas que visten los más diversos trajes y que, a veces, sorprende que puedan caber en el mismo libro. Pero el colector se ha empeñado en ello, y el hecho es que la caravana resulta pintoresca. Con este pequeño libro se pueden recorrer en un par de horas los más opuestos hemisferios del pensamiento, y si en esta excursión no logramos obtener la solución de nuestros problemas esenciales, ella nos enseña por lo menos una verdad: que en el fondo del corazón humano hay una insaciable sed que no se aplaca nunca.

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA — ARTE — CIENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	En el país	En el Extranjero
Un semestre	$ 5.00	$ 6.00
Un año	» 10.00	» 12.00
Número suelto	» 1.00	» 1.20

Pago por adelantado en efectivo o en giro postal o bancario.

Se venden números sueltos en la Administración y en todas las librerías.

Director Honorario de Administración: JUAN PEDRO CORRADI.

Administración: Ministerio de Instrucción Pública. 25 de Mayo 376. Montevideo.

Teléfonos: 8 04 49 y 8 45 89.

Casa impresora: L.I.G.U., Paysandú 1011, Montevideo.

ADMINISTRACION NACIONAL DE COMBUSTIBLES, ALCOHOL Y PORTLAND
MONTEVIDEO — URUGUAY

Oficinas Centrales: 25 de Mayo 409. — Dirección Postal: Casilla Correo 869

Dirección Telegráfica: ANCAP. Montevideo

DIRECTORIO. — *Presidente:* Don Ricardo A. Ruiz; *Vicepresidente:* Don Latham Clarke; *Vocales:* Don Mario Segredo, Don Silvio Moltedo, Dr. Oscar Canessa.

La ANCAP ejerce los monopolios de alcohol y refinación de petróleo, otorgados por ley del 15 de Octubre de 1931.

Capacidad anual de la Refinería de Petróleo:

Petróleo crudo para elaborar	240:000.000 litros
Producción de nafta	130:000.000 »
» » kerosene	48:000.000 »
» » gas-oil	10:000.000 »
» » fuel-oil	35:000.000 »
» » gas de 2.500 calorías/mt.^{2}	10:000.000 mt.^{3}

Producción anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Capital anual de la Planta Industrial de Alcoholes:

Alcohol potable a 96°	6:000.000 litros
Anhidrido carbónico	130.000 kgs.
Farelo Fresco	7:500.000 »
Aceite	219.000 »
Tortas de germen de maíz	1:700.000 »

En la elaboración de estos productos se emplearán aproximadamente: 15:000.000 de kilos de maíz y 525.000 kilos de cebada.

ADMINISTRACION NACIONAL DE PUERTOS

DIRECTORIO

Presidente: Capitán de Navío don Juan M. Canosa; *Vicepresidente:* Don J. Américo Beisso; *Directores:* Don Horacio García Méndez, Ingeniero Don Santiago Michelini, Ingeniero Don José L. Buzzetti, Contador Don Bartolomé Vicens, Capitán de Navío Don Juan A. Guimil, Don César Benenati Roldós, Don Carlos Sapelli, Don Enrique Storace Bordaberry.

BANCO DE LA REPUBLICA

INSTITUCION DEL ESTADO

DIRECTORIO: *Presidente:* Gral. Arq. Alfredo Baldomir; Vice Presidente: Don Enrique Givogre; *2º Vice Presidente:* Dr. Alfredo García Morales; *Vocales:* Don Carlos Sapelli, Don Alberto Domínguez Cámpora; *Secretario General:* Don Raúl Montero Bustamante.

Gerente General: Contador Don Fermín Silveira Zorzi

El Banco de la República está dividido en dos grandes departamentos independientes: el propiamente bancario, regido por el Directorio, y el Departamento de Emisión, regido por el Consejo Honorario, integrado por el Directorio del Banco y representantes de la banca nacional y extranjera, del comercio y de la industria.

BANCO HIPOTECARIO DEL URUGUAY

Casilla de Correo, 79. — Plaza Constitución. — Montevideo

DIRECTORIO: *Presidente:* Don Andrés Martínez Trueba; *Vice Presidente:* Dr. José Irureta Goyena (hijo); *Vocales:* Arq. Diego Novoa Courras, Don Mario Sadí Barbé; *Gerente General:* Ing. Armando Aresti Hervé; *Secretario General Letrado:* Dr. Humberto E. Capozzoli; *Sub Gerente General:* Esc. Gerardo M. Romero.

CAPITAL		$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES		» 23.826.435.35
AVALUO DE PROPIEDADES HIPOTECADAS:	Urbanas ...	» 263.430.600.00
» » » »	Rurales ...	» 127.677.500.00
VALORES HIPOTECARIOS EN CIRCULACION		» 170.391.750.00

SECCION FOMENTO RURAL Y COLONIZACION

CAPITAL	$ 5.000.000.00
RESERVAS Y PROVISIONES ...	» 2.830.595.96

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

Creado por Ley de 27 Diciembre de 1911

DIRECTORIO: *Presidente:* Dr. Carlos María Sorín; *Vice Presidente:* Dr. Melchor Pacheco, Dr. Guillermo Rodríguez Guerrero, Dr. Benigno Paiva Irisarri.

ADMINISTRACION. — *Gerente:* Sr. Ignacio Reyes Molné; *Sub-Gerentes:* señores Américo Calamet, Julio D. Laguna y Luis J. B. Badetto; *Actuario:* Agr. Hugo Hormaeche; *Contador:* Sr. Francisco Castro; *Asesoría Letrada:* Dr. Aristides Delle Piane y Pedro P. Berro.

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES DE SEGURO
CAPITAL TOTALMENTE INTEGRADO Y RESERVAS: $ 25:025.570.55

Agraciada esq. Mercedes — Montevideo - Uruguay

Caja Nacional de Ahorros y Descuentos

Dependencia del BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Sección Vales Amortizables. — Préstamos Amortizables a plazos hasta de 30 meses al más bajo interés de plaza. Cuotas de amortización de capital e interés; en 10 meses, $ 10.37; en 20 meses, $ 5.36; en 30 meses, $ 3.69. Trámite rápido.

Sección Administración de Propiedades. — Administramos propiedades garantizando el alquiler sin cobrar recargos. Nos encargamos de la venta de solares a plazos. Comisiones mínimas.